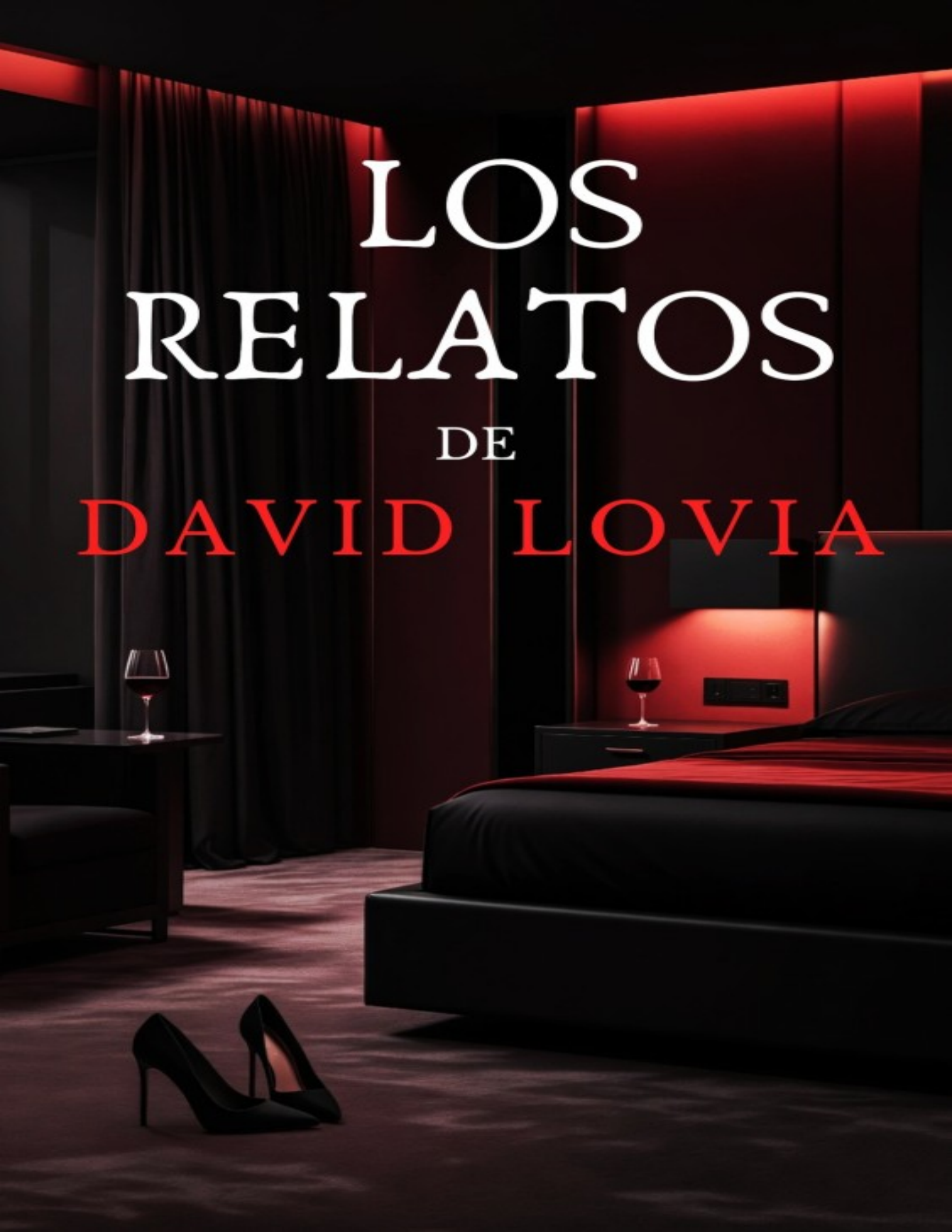

LOS
RELATOS
DE
DAVID LOVIA

Los relatos de David Lovia

David Lovia

Derechos de autor © julio 2026 , David Lovia

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

X; losrelatosdeDL

Email; davidlovia@hotmail.com

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
El mirón del cine
1
2
3
4
5
6
7
8
El mirón del cine 2
1
2
3
4
5
6
7
8

9
10
Verano infiel
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capitulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Navidad infiel
Capítulo 1: Viejos recuerdos
Capítulo 2: Todo a punto
Capítulo 3: El restaurante
Capítulo 4: El pub
Capítulo 5: Decidido
Capítulo 6: El rombo morado
Capítulo 7: Unas copas
Capitulo 8: El reservado
Capítulo 9: Empieza el juego
Capítulo 10: Marcos nos mira
Capítulo 11: El desconocido

Capítulo 12: La guinda del pastel
Capítulo 13: En casa
Capítulo 14: Con ganas de más
Mi primer vuelo
1
2
3
4
5
6
Sorpresa por navidad
1
2
3
4
5
6
7
8
9
Cena de empresa
1
2
3
4
5
6
7
8

9
Asignatura pendiente
1
2
3
4
5
6
7
Agradecimientos
Libros de este autor

El mirón del cine

1

Pasé a recoger a mi mujer a la puerta del gimnasio, cada vez se estaba tomando más en serio lo de ponerse en forma. Silvia había pasado una mala temporada, pero esa etapa ya estaba superada; hacía seis meses que había empezado a trabajar de nuevo como abogada, después de muchos años de excedencia, y había cogido con ganas el entrenamiento físico.

A raíz del nacimiento de nuestra segunda hija, Silvia se veía cada vez más gorda y necesitaba un cambio de estilo de vida. Decía que le sobraban quince kilos, es verdad que había engordado un poco, pero yo la veía estupenda. En los últimos meses, gracias al gimnasio, ya había perdido seis o siete, pero ella seguía disciplinada en su entrenamiento.

A pesar de ser sábado, ella le había dedicado dos horitas a entrenar duro por la tarde, y mientras tanto yo había dejado a nuestras hijas en casa de mis padres. Aquella noche nos la íbamos a tomar de relax; desde que nació la peque, hacía casi cuatro años, no habíamos tenido una noche para nosotros solos. Tampoco es que fuéramos a hacer nada especial, cenar tranquilamente en un centro comercial y luego ver una película en el cine.

Pité con el claxon cuando la vi salir del gimnasio y Silvia vino rápido hacia el coche. Estaba estupenda a sus 36 años, rubia, 1,65, pelo largo y mojado, brazos anchos, tetas muy grandes y generosas, un culo potente con caderas anchas y unas piernas regordetas cada vez más fibradas. Se había puesto una camisa blanca, minifalda vaquera y botas marrones estilo *cowboy*. Lo que más me gustaba de

su vestuario era cómo se le transparentaba el sujetador negro debajo de la camisa.

Ella sabía que lo mejor de su anatomía eran sus inmensas y desproporcionadas tetas y le encantaba lucirlas a la mínima ocasión.

Llegamos al centro comercial y estuvimos dando una vuelta por las tiendas. Me gustaba presumir de mujer; no fueron pocos los tíos que se quedaron mirando cómo se le bamboleaban los pechos al andar e incluso me fijé en que alguno se giraba para ver su culazo. La falda vaquera era muy cortita y Silvia no pasaba desapercibida en ninguna de las tiendas en las que entrábamos.

Compramos algo de ropa y luego subimos a cenar a un restaurante mexicano de la planta alta. Dejé que fuera Silvia a pedir y yo me quedé en la mesa, observando a mi mujer en la caja. Un par de chicos de unos 20 años que había a su lado le pegaron un buen repaso de arriba abajo y, cuando ella vino a la mesa con la cena en una bandeja, se le quedaron mirando el culo descaradamente.

Tengo que reconocerlo, me encanta que miren y deseen a mi mujer. Desde siempre me ha excitado mucho.

Cuando terminamos de cenar, a eso de las 22:40, nos acercamos a las salas de cine. Tampoco es que hubiera una película que tuviéramos especial interés por ver; a mí, sinceramente, me daba igual, yo lo único que quería era estar a solas con mi mujer y recordar nuestra época universitaria, cuando íbamos al cine a magrearnos un poco.

Era mi intención esa noche, jugar un poco con ella y romper la monotonía de la pareja.

2

Al final elegimos una película de acción que llevaba tiempo en cartelera, y me imaginé que tendría pocos espectadores. No me importaba en absoluto, cuanta menos gente hubiera en el cine, mejor para lo que me proponía.

Como había pensado, efectivamente había muy poca gente; pude contar tres parejas, sumándonos a nosotros éramos ocho. La sala de cine era muy pequeña; dos columnas, con unas quince filas a cada lado. Estábamos espaciados, dos en cada columna, y bastante separados entre nosotros. Nos sentamos a la izquierda y, en cuanto se apagaron las luces, me pareció ver que entraba otra pareja, aunque no los pude ver bien. Por desgracia se pusieron en la misma fila que nosotros, pero al otro lado, a unos diez o doce metros de distancia.

Yo estaba sentado a la izquierda de mi mujer y miré para ver si podía ver a los nuevos que habían llegado, pero solo veía al hombre, que parecía mayor, y me imaginé que su mujer estaría junto a él. Eso sí, en cuanto empezó la película, me despreocupé de ellos.

Solo tenía ojos para las piernas de Silvia, que había cruzado en una pose muy erótica. Con la excusa de compartir palomitas y beber Coca-Cola, estábamos pegados y yo le puse una mano sobre el muslo.

—Vale, Santi, estate quieto, que acaba de empezar la película —me pidió Silvia retirándome la mano.

Pero yo no estaba muy por la labor, la película me importaba una mierda, y solo quería sobar a mi mujer. Ella se dio cuenta enseguida

de mis intenciones y cuando apartamos el cubo de palomitas se acercó a mí y entrelazamos los dedos.

Estuvimos un rato así, viendo la película y acariciándonos, pero yo quería más.

—¡Estás increíble hoy!
—Shhhh, calla…
—En cuanto te he visto salir del gimnasio, me has puesto, uffffff, con esa faldita y esas botas —dije intentando tocar sus tetas por encima de la camisa.
—¡Santi!, vale ya —dijo ella apartándome la mano.
—Venga, Silvia, ¿no te acuerdas de jóvenes lo que hacíamos en el cine?
—Sí, claro que me acuerdo.
—Hoy podríamos…, mmmm, ya sabes, la peli es muy mala y casi no hay gente…
—¿Y para eso querías venir tú al cine?
—Pues sí, hace mucho que no morboseamos un poco —le recordé volviendo a acariciar sus pechos por encima de la camisa.

Silvia miró a los lados, esta vez dejándose hacer, para comprobar si había gente que pudiera vernos.

—¡Shhh, calla, que nos van a oír!, anda, vamos a ver la película…
—Lo que tú digas —dije sin dejar de magrear sus tetas.

Yo sabía perfectamente cuándo le apetecía a mi mujer, aunque protestara, solo tenía que ir calentándola poco a poco. Tampoco había ninguna prisa, la película apenas llevaba media hora y teníamos casi una hora por delante para disfrutar de la intimidad del cine.

Seguíamos con los dedos entrelazados y yo, de medio lado, con la mano izquierda, le tocaba las tetas por encima de la camisa; y, cuando intenté meterla bajo la falda, ella me la apartó inmediatamente.

—¡No corras tanto! —exclamó Silvia palpándome la polla por encima del pantalón y volviendo a echar una ojeada a los lados.

Teníamos las cabezas casi pegadas y nos dimos un pequeño beso en la boca cuando Silvia me agarró la polla por encima. Yo no pude aguantarme más y volví a bajar la mano para acariciar sus muslos, llevaba toda la noche queriendo tocar esas piernazas, y clavé mis dedos en ellos.

—¡Estás estupenda!
—Todavía tengo que bajar diez kilos más…
—¡Ni se te ocurra!, a mí me gustas así y tener de donde agarrar…
—¡No seas bobo!, sabes que estoy gorda…, pero me encanta que digas eso.
—¿Qué coño vas a estar gorda?, ¡¡pero si estás buenísima, joder!!
—Ya veo que te gusto, ya, la tienes bastante dura —afirmó sin dejar de pajearme por encima del pantalón.

Yo mismo me desabroché los botones y con disimulo me saqué la polla. Echaba de menos cuando estábamos en la universidad y Silvia me hacía unas pajas y unas mamadas tremendas en el cine. De eso hacía muchos años y Silvia había cambiado. Nunca había tenido problema en enseñar su cuerpo, incluso hacía *topless* en la playa en aquella época de novios y mostraba sus enormes tetas; pero, en cuanto tuvimos a la mayor, se volvió más recatada y nuestra vida sexual fue cayendo poco a poco.

No tardó en rodear mi polla con sus dedos y comenzó a masturbarme despacio. Yo subí las manos y le fui desabrochando los botones de su camisa blanca uno a uno.

—Pero ¿qué haces? —me preguntó Silvia cuando se dio cuenta de mis intenciones.
—¡Quiero verte las tetas!, desnudarte aquí…
—¡Estás tonto, aquí hay gente, pueden vernos!
—Tranquila, nadie nos va a ver…

—¡Te voy a matar! —me amenazó Silvia girándose un poco hacia mí.

Se dejó soltar cuatro botones y yo metí la mano por dentro para agarrar uno de sus pechos desde abajo. Las tetas de Silvia eran grandes, calientes y muy pesadas. Cuando quise seguir desabrochando su camisa, ella me lo impidió.

—¡Vale ya, joder!
—Deja que te los quite todos, me apetece verte con la camisa abierta…, por favor…, ¡me estoy poniendo muy cachondo!

Silvia me agarró la polla con más fuerza y me miró directamente a los ojos sin decirme nada, pegándome unas cuantas sacudidas con lentitud.

—Entonces, ¿puedo? —pregunté con insistencia mientras abría otro botón más.

Mi mujer ya estaba casi con la camisa abierta, apenas le faltaban un par de botones más, que solté sin esfuerzo. Cuando lo hice, miré hacia abajo y le abrí un poco la camisa apartándola hacia fuera. Las tetazas de Silvia lucían poderosas, embutidas en un sujetador negro que parecía dos tallas más pequeño.

Silvia apoyó la espalda en su asiento y se echó hacia atrás, luciendo orgullosa sus pechos. Por un momento me soltó la polla.

—¿Esto es lo que querías? —dijo exhibiéndose delante de mí.
—¡Joder, sí, qué buena estás!

En ese momento, el señor que estaba sentado a nuestra derecha se puso de pie. Al levantarse me di cuenta de que estaba solo y echó a andar por el pasillo en dirección hacia nosotros.

—¡Mierda, tápate, que viene alguien! —dije girando el cuerpo de mi mujer hacia mí, a la vez que ocultaba mi polla como buenamente podía.

El señor se quedó mirando detenidamente hacia donde estábamos nosotros, estaba claro que nos había pillado, pero no dijo ni hizo nada. Y, en cuanto llegó al pasillo central, subió por las escaleras en dirección a la salida.

3

El corazón se me puso a mil pulsaciones y creo que a Silvia le pasó lo mismo. Pero, pasado el susto inicial, me dio morbo la situación y me calentó mucho pensar que aquel tío había visto a mi mujer en sujetador.

—¡Anda, vamos a dejar de hacer el tonto, que ya tenemos una edad! —dijo Silvia comenzando a abrocharse los botones de su camisa.

—Estate quieta, deja eso —dije yo impidiéndoselo—. Ya se ha ido, ahora sí que nadie puede vernos…

—¡Saaaaaanti, para ya!

—Venga, ¡no me digas que no estás un poco caliente!

—Pues claro, un poco sí, pero es que…

—Aquí no puede vernos nadie, venga, no me dejes así —le rogué echándome hacia atrás para enseñarle la erección que tenía—. Además, si te digo la verdad, me ha puesto mucho que ese tío casi nos pille, ¿te imaginas que te hubiera visto las tetas?

—¿Eso te pone?, que ese tío me hubiera visto así, mostrándome como una cualquiera…

—Un poco sí, no me digas que te va a dar vergüenza ahora, ¿cuántas veces has hecho *topless* en la playa?

—No es lo mismo la playa que aquí. Y ya sabes que hace muchos años que no hago eso.

—Pues deberías…, ¡¡porque estás buenísima!!

—Ahora estoy gorda y tengo las tetas caídas…

—¡Deja de decir tonterías!, ¡tienes unas tetazas de impresión! ¿No te has fijado en cómo te miraban en el centro comercial los tíos?

Anda, ven aquí, que me estoy poniendo cerdísimo —dije soltándole el último botón de la camisa.

Silvia se acercó a mí y me dio un morreo mientras me volvía a agarrar la polla. Yo metí la mano bajo su camisa y le apreté con ganas sus tetazas. Fue la primera vez que mi mujer gimió y cerró los ojos mordiéndose los labios.

No sé si eran imaginaciones mías, pero parecía que Silvia también estaba más cachonda desde que el desconocido nos había interrumpido.

—¡Venga, córrete! —me ordenó incrementando el ritmo de su paja.
—Espera, espera, no tan deprisa, joder, más despacio…, todavía tenemos tiempo…

Puse mi antebrazo derecho sobre su pecho y la empujé, haciendo que apoyara la espalda en el asiento. Silvia me soltó la polla al caer hacia atrás.

—¡No te muevas! —Y aparté despacio la camisa.

Con tranquilidad eché la tela de su camisa a ambos lados y descubrí sus tetas, que seguían cubiertas tan solo por el sujetador. La respiración de Silvia se había acelerado y parecía que el pecho se le iba a salir por la boca. Me miró inquieta, nerviosa y excitada.

—¿Qué haces?
—Nada, solo estoy disfrutando lo buena que está mi mujer…

Ahora fui yo el que se inclinó sobre ella y colocó la mano bajo su falda. No me costó llegar a sus braguitas e hice presión, intentando meter un dedo sin tan siquiera apartar la tela.

—Aaaaah —gimió Silvia sujetándome por el brazo.

Ella quiso agarrarme la polla, pero yo se lo impedí, quería que estuviera más caliente todavía. Aparté sus braguitas y conseguí llegar hasta su coño, que me esperaba ansioso, húmedo y abierto.

Silvia se escurrió un poco en el asiento y abrió las piernas para facilitarme el trabajo. Introduje un dedo dentro de ella, pero eso pareció saberle a poco a mi mujer.

—Joder, Santi…, mmmmmm, te estás pasando…, ¡¡joder, qué gusto!!

—¿Quieres más?

—Sí —suspiró mirándome con una cara mezcla de placer y súplica.

—Espera, quiero hacer algo…

Subí su minifalda vaquera, metí la mano por los laterales y tiré de sus braguitas hacia abajo. Quería dejarla desnuda, cosa que no pareció gustarle mucho a Silvia.

—¡¿Qué haces?!

—¡Quitarte las braguitas, para tocarte mejor!, me están molestando…

—¿Qué pasa, me quieres desnudar o qué?

—¡Uffffff, no me importaría!, no lo había pensado, pero imaginarte aquí desnuda…

—Ni lo pienses, eso no va a pasar —dijo cruzando la camisa sobre sus pechos y bajándose la falda.

No había soltado el elástico de sus braguitas y seguí tirando hacia sus pies. Silvia protestó, pero a la vez levantó las caderas para facilitarme el trabajo. Poco a poco fui deslizando las braguitas por sus muslos, por sus rodillas y bajé por sus piernas hasta que conseguí quitárselas.

Ahora tenía mi trofeo en la mano.

—¡Te voy a matar! —me riñó otra vez Silvia, abierta de piernas en el asiento.

Me incliné sobre ella, aparté la camisa y me fijé otra vez en sus tetas. Luego metí la mano bajo su falda y, cuando alcancé su coño, la penetré con dos dedos. Silvia me agarró por el brazo.

—¡¡Aaaaah, Diossss!! ¡¡Uffffff, qué bueno!!, ahhhhgggg… —gimió en alto.

Yo me asusté, no pensé que se le iba a escapar ese gemido; por suerte el volumen de la película era muy alto y seguramente nadie se hubiera percatado de lo sucedido, pero al mirar hacia atrás me encontré con el señor de antes. Se había sentado en nuestra misma columna de filas, pero tres asientos por detrás y a nuestra derecha.

Cruzó la mirada conmigo y sonrió. Silvia estaba medio desnuda, abierta de piernas y ajena a que estaba siendo observada por aquel tío.

Estaba claro que nos habíamos encontrado con un puto mirón.

4

Mi primera reacción fue terminar aquello y decirle a mi mujer que se vistiera, pero estaba muy excitado y siempre había sido una de las fantasías que había compartido con Silvia, que alguien nos viera follar o manteniendo relaciones. Y ahora aquel mirón estaba en el sitio exacto, en el momento oportuno.

La sonrisa con la que me obsequió me descolocó un poco, pero la primera impresión que tuve de él solo me pareció un pobre pervertido. No era más que un viejo, vestido con una camisa de franela a cuadros. Tendría sobre 60 años y pinta de rural. Un cateto de pueblo.

Yo seguí masturbando a mi mujer, pero estuve unos segundos con la mente en otra parte, pensando en qué debía hacer. Al final le comenté a Silvia lo que estaba pasando.

—¡¡Joder, el tío ese ha vuelto, está detrás de nosotros!!

Silvia se giró a la derecha y miró hacia atrás, entonces vio al mirón a unos cuatro metros de nuestra posición.

—¡¡Mierda!!, ¡¡ahora sí que te mato!! —protestó volviéndose hacia mí para taparse los pechos.

—¡No le hagas caso, solo es un viejo mirón!

—¿Tú estás tonto?, ¿y qué hacemos, seguimos como si nada?

—Desde allí casi no puede vernos. A mí no me importa si te digo la verdad, casi mejor, me da mucho morbo que esté ahí ese cerdo mirando…

—Dame las bragas, que voy a vestirme…

—Venga, Silvia, no me dejes así, lo estábamos pasando de puta madre, ¡¡no le hagas caso!! —le pedí, agarrándola de la mano para ponerla sobre mi polla.

—¡Te corres rápido y nos vamos!

Comenzó de nuevo a pajearme, esta vez más deprisa, quería que me corriera y que todo terminara; sin embargo, a mí me daba mucho morbo que el viejo estuviera tan cerca de nosotros, pendiente de nuestros juegos. Pero no quería disfrutar yo solo, quería que Silvia también se lo pasara bien y estaba convencido de que allí, en la sala oscura de cine, con la camisa abierta, sin braguitas y con mi polla en la mano, ella también se encontraba muy cachonda.

Metí la mano bajo su falda, Silvia me lo intentó impedir, pero yo hice fuerza para llegar hasta su coño.

—Santi, ¡estate quieto, no quiero hacer nada con ese tío aquí!

Yo miré hacia atrás y él seguía en la misma posición, atento a nosotros. Por unos segundos cruzamos la mirada y me pareció que hasta me sonreía, que estuviera allí me estaba excitando sobremanera. Silvia nunca había tenido problema en enseñar su cuerpo, en la playa haciendo *topless* o llevando mallas ajustadas en el gimnasio. Le encantaba lucir sus tremendas curvas, por eso sabía que en el fondo aquella situación a ella también le gustaba.

En cuanto llegué a su coño, le introduje un dedo dentro y ella gimió, cerró los ojos y me siguió pajeando duro al mismo ritmo. Yo no iba a tardar mucho en correrme, por lo que le dije a mi mujer que aflojara un poco.

Aquello tenía que durar más.

Otra vez volví a acariciar sus tetas apartando la camisa a los lados, Silvia se cubrió con la mano que tenía libre, pero abrió un poco las piernas y facilitó que pudiera meter otro dedo en su coño.

—¡Estate quieto, deja la camisa!, no quiero que me vea ese…

—¡Y qué más te da!, has hecho *topless* en la playa, ¿ahora te va a dar vergüenza que un viejo te vea en sujetador?

—¡No es lo mismo, Santi!

—Pues claro que es lo mismo, además, ¿no te da un poco de morbo que ese viejo nos esté mirando?, a mí me está excitando mucho…, voy a correrme de un momento a otro.

—Pues venga, termina y vámonos…

—No tengas prisa, que para una vez que salimos…

Como no me dejaba sobar sus tetas, subí para acariciarle la mejilla y luego rodeé sus labios con el pulgar empezando a follármela más fuerte con los dedos que tenía en su coño. Esto hizo que abriera la boca, momento que aproveché para meterle el pulgar dentro.

Silvia me miró sorprendida y otra vez aceleró el ritmo al que me pajeaba, succionó profundamente mi pulgar y me miró a los ojos. Luego pasó la lengua haciendo círculos sobre mi dedo y se lo volvió a meter en la boca.

Era como si me la estuviera chupando.

—Joder, Silvia, mmmmm, ¡me estás poniendo a mil!

Me eché hacia atrás, apoyé la espalda en el asiento y apunté con la polla hacia arriba. Silvia tan solo me la sujetaba y había dejado de pajearme hacía un par de minutos, estaba demasiado concentrada en disfrutar con mis dedos en su coño y me miraba con cara de guarra mientras simulaba lamerme la polla.

Otra vez me giré hacia atrás, él no se había movido de su posición y volvimos a cruzar la mirada.

—¡Chúpamela, Silvia, chúpamela, por favor!, hace mucho que no me lo haces…

—No pienso hacer eso, y menos con ese tío ahí detrás…

—Vamos, cómeme la polla, por favor, cuando éramos jóvenes, me lo hacías siempre en el cine y ahora, ¿por qué no? Ya ni en casa, ni

en ningún sitio…, ya no me la chupas…

—No te pongas pesado, Santi, anda, córrete —me ordenó comenzando a pajearme otra vez.

Aquello estaba a punto de terminar, entonces el viejo mirón se levantó, yo me giré y lo seguí con la mirada, bajó las escaleras hasta que se quedó a nuestra altura. Dudó qué hacer. Luego se sentó en nuestra misma fila, apenas había cuatro asientos de separación entre él y mi mujer, que lo tenía sentado a su espalda.

—¡Ha bajado! —le dije a ella.

—¡Venga, termina ya o nos vamos! —me apremió Silvia incrementando el ritmo de su paja.

Alcé la vista por encima de mi mujer para fijarme en lo que estaba haciendo el viejo. Silvia se dio cuenta de que estaba pendiente de él.

—¡Deja de mirarlo y termina!

Mi mujer estaba recostada de lado, de espaldas al mirón. Yo seguía con la mano metida bajo su falda y volví a masturbarla con rapidez, follándomela con los dedos. No me quedaba nada para correrme y ya me daba todo igual. Estaba en ese instante cuando estás tan cachondo que haces cualquier cosa.

Silvia me sujetó el brazo para que no lo sacara de debajo de su falda y me dejó hacer; ella también se iba a correr. Nos quedamos mirando fijamente a los ojos, pajeándonos mutuamente, a punto de llegar al orgasmo. Acaricié sus tetas y luego me acerqué a ella para apartar su camisa, desnudarle un hombro y morderla unos segundos.

Sinceramente, estábamos tan concentrados en correrno s que ya no nos importaba que estuviera ese mirón allí, a tres metros de nosotros. Entonces, no me lo esperaba, pero el viejo se levantó otra vez y se acercó. Se escuchó perfectamente el ruido de la butaca al bajar, antes de que él se volviera a sentar.

Ahora solo había un espacio de separación entre Silvia y el viejo mirón.

5

El corazón se me puso a mil pulsaciones, podía verlo a tan solo un metro y medio de mí. Era muy morboso y excitante estar metiendo mano a mi mujer delante de aquel tío, que se inclinó hacia delante para mirar cómo Silvia me pajeaba.

—¡Está detrás de ti! —le jadeé al oído.

Pensé que se iba a asustar o algo parecido, sin embargo, su respuesta estuvo a punto de hacerme explotar.

—Lo sé…, uffffff, Santi, estoy…, joder…, aaaaaaaaaaaaaah…, sigueeeee….

Lo siguiente que escuchamos fue la hebilla de su cinturón y luego el ruido de los botones desabrochándose de un solo tirón. No podía creérmelo. Me parecía hasta surrealista. Aquel pervertido iba a sacarse la polla.

¿De verdad iba a ser tan descarado de hacerse una paja delante de nosotros?

Ahora pude verlo bien, era un tío mayor, de unos 60 años, llevaba una camisa a cuadros, parecía un hombre de campo, tenía las manos fuertes, grandes y curtidas, con unos dedos anchos, complexión media, algo de barriga y un frondoso pelo canoso.

Sin pensárselo dos veces, se sacó la polla a la espalda de mi mujer y comenzó a meneársela. Joder, ¡¡el viejo mirón tenía una verga increíble!!, era exageradamente grande y ancha y, además, tenía pinta de estar muy dura. Era como si tuviera vida propia, le palpitaba y se le marcaban las putas venas por todo el tronco. Se la

sujetó con sus rudas manos y se pegó un par de sacudidas mirándome a los ojos.

Me quedé turbado ante aquella escena, por unos segundos incluso me olvidé de que estaba pajeando a mi mujer y volví a mirar sus pechos, ahora parcialmente ocultos por su camisa.

—¡Se la ha sacado el muy cabrón! —la informé.

Silvia no quiso mirar hacia atrás y comenzó a mover las caderas al ritmo al que mis dedos la follaban. Yo sabía perfectamente cuándo ella estaba a punto de llegar al orgasmo. Entonces el mirón se levantó y se sentó en la butaca que estaba al lado de mi mujer.

Todo fue demasiado deprisa y yo no supe reaccionar cuando vi las manos del viejo tocando el hombro desnudo de Silvia, que a punto de correrse se giró.

—¡No me toques, joder!, ¡¿pero qué haces?! —protestó apartando la mano del mirón.

Luego cerró los ojos, dejando que yo la siguiera masturbando, y aceleró el ritmo de mi paja. La imagen de aquel viejo tocando a mi mujer fue demasiado para mí; normalmente le hubiera dicho algo por haber molestado a Silvia, pero a punto de correrme me pareció muy morboso.

Y el mirón no se quedó quieto, volvió a pasar las manos hacia delante, solo que esta vez las colocó sobre las tetazas de Silvia, que protestó cuando sintió que el viejo la estaba sobando con todo el descaro del mundo.

—¡Quita, joder, aparta! —exclamó ella intentando zafarse de su abrazo.

Silvia se echó hacia atrás y me soltó la polla, la mano que yo tenía bajo su falda se salió y dejé de acariciar su coño. El viejo había arruinado el orgasmo de mi mujer y ahora forcejeaba levemente con él.

—¡Para, joder!, estate quieto. ¿Y tú no vas a decirle nada? —me dijo Silvia sorprendida cuando vio como yo mismo me agarraba la polla.

A punto de correrme, empecé a pajearme observando al viejo mirón sobar las tetazas de mi mujer con sus gruesas y rudas manos. Le apretaba los pechos con dureza, clavando los dedos tan fuerte que parecía que se los iba a hacer explotar. Aunque Silvia forcejeaba con él, cerró los ojos y abrió la boca, en una mueca de placer instantánea que no pudo reprimir.

Y el que exploté fui yo, que me corrí sobre mí estómago viendo cómo aquel desconocido sobaba a mi mujer, que seguía tratando de librarse de él.

—¡Y encima te corres! —protestó Silvia muy enfadada.

Ese momento de desconcierto de mi mujer ante lo que estaba pasando fue aprovechado por el viejo mirón, que se abalanzó sobre ella, besó su cuello y volvió a acariciar sus tetas, esta vez subiéndolas y bajándolas, comprobando lo pesadas que eran.

Una vez que me había corrido intenté reaccionar y ya no me gustó ver al viejo forcejeando con mi mujer. Había apartado un poco su camisa para besuquearla por el hombro y seguía amasando sus pechos. Silvia se movía intentando escapar de sus garras, pero aquel hombre estaba muy fuerte y mi mujer apenas se podía mover.

Estiré el brazo para ayudar a Silvia, agarré la mano del viejo y tiré para que la dejara en paz, pero él insistía. Iba a ponerme de pie para encararme definitivamente con el mirón, pero entonces Silvia me apartó la mano. Me quedé sorprendido y paralizado otra vez, era como si mi mujer no quisiera que interviniese.

Me quedé mirándola y ahora su cara era una mezcla de placer y miedo. No me lo podía creer, no era posible.

¡Estaba empezando a gustarle que aquel viejo la sobara delante de mí!

Volví a agarrar las manos del viejo, pero Silvia me apartó otra vez.

—¡Ahora te estás quieto!, ¿esto es lo que querías, no? —me gritó enfadada.

Entonces nos quedamos mirando fijamente, de repente Silvia dejó de forcejear y el viejo mirón siguió magreando sus tetas con ganas. Apretándoselas duro. Haciendo que se bambolearan delante de mi cara.

—Je, je, je, en cuanto te vi fuera, sabía que necesitabas un hombre de verdad —gruñó el viejo antes de poner su boca sobre el cuello de Silvia.

6

Fue cuando nos enteramos de que el mirón nos había estado siguiendo antes de entrar al cine y de que ya se había fijado en Silvia, que, por cierto, empezó a gemir ante las caricias que le estaba dando. Yo seguía mirando aquellas manos tan fuertes que no paraban de tocar las tetas de mi mujer, que abrió la boca buscando poder respirar y echó la cabeza hacia atrás, dejando que el viejo siguiera babeando su cuello y el hombro.

En ese momento crucé la mirada con el viejo, que me sonrió con superioridad; me imaginé las pintas que debía tener con la polla flácida y la corrida encima de mi ropa. Seguro de sí mismo le cogió la mano a mi mujer y se la puso en la polla.

Me dio vergüenza hacerlo, pero aquello tenía que verlo bien, me incliné hacia delante y vi cómo Silvia se agarraba a aquella verga dura y palpitante. Las venas del tronco se le marcaban como si fuera a reventar y esa visión hizo que me volviera a empalmar.

Apenas aguanté unos segundos viendo esa escena, luego me dejé caer otra vez en el asiento, observando al viejo, que seguía jugando con los pechos de mi mujer.

—¡Menuda hembra, vaya tetazas tienes! —alardeó con una voz socarrona.

Silvia llevaba un par de minutos en los que había dejado de forcejear, entonces el viejo tiró de su minifalda hacia arriba y se sorprendió al ver que no llevaba ropa interior. Agachó la vista para mirar su culo y no tardó en bajar una mano para comprobar el tacto y la dureza de las nalgas de mi mujer.

—¡Encima vienes sin braguitas!, ¡menuda golfa estás tú hecha!, ¿te gusta esto, verdad?

El viejo quiso asegurarse de que ella no iba a volver a intentar escaparse y con un brazo rodeó su estómago, justo por debajo de los pechos, luego bajó la otra mano hasta que llegó al pubis de Silvia.

—¡Mmmmmm, me encanta cuando lo lleváis tan depilado!

No tardó en empezar a acariciar el coño de mi mujer, que se agarró a su brazo, gimiendo más alto y se abrió un poco de piernas, lo que facilitó que el viejo pudiera alcanzar su objetivo.

El mirón hizo como una especie de gancho, metiendo los dedos corazón y anular en el coño de mi mujer, luego movió el brazo tirando hacia arriba y hacia abajo a toda velocidad, e increíblemente aquello empezó a chapotear.

Abrí los ojos como platos cuando Silvia se puso a gemir en alto, miré alrededor y una pareja se había girado para ver de dónde venían esos gemidos. El viejo también se dio cuenta y antes de que nos pudieran llamar la atención le tapó la boca a mi mujer.

—¡Cállate, rubia, no chilles, que nos van a echar!

Sin embargo, siguió masturbándola, la acariciaba por encima del coño y luego le metía un par de dedos; cuando se los sacaba le daba golpecitos con toda la mano, como si le diera azotes, y otra vez volvía a meter los dos dedos. No tuvo ni que incrementar la velocidad de sus caricias, en apenas un minuto la cadera de Silvia se tensó hacia delante y el cuerpo de mi mujer comenzó a temblar con unos movimientos espasmódicos que incluso me llegaron a asustar.

Jamás en mi vida la había visto correrse así.

En todo el proceso, el viejo no la dejó apenas respirar y le siguió tapando la boca hasta que Silvia pareció estar más relajada. Entonces se dejó caer un poco en el asiento, seguía de medio lado,

mirando hacia mí y pude ver como la mano de mi mujer seguía aferrada a su polla. No solo eso.

¡Se la estaba meneando muy despacio!

Ni me acordaba de que Silvia tenía la mano en la polla del mirón, y ahora lo pajeaba lentamente, disfrutando de la sensación de tener aquel trozo caliente y palpitante entre sus dedos. Era mucho más grande que la mía y desde mi posición tenía pinta de estar dura como una piedra.

Yo quería que ya se terminara la aventura con ese desconocido, pero posiblemente Silvia iba a meneársela hasta hacer que se corriera. Era mi castigo por haber dejado que el mirón le metiera mano delante de mí y por haberme corrido mirando cómo lo hacía.

Sin embargo, el viejo tenía otras intenciones.

—¡Dale más rápido, mmmmmm, qué mano tienes! —le pidió cogiendo por el brazo a mi mujer y haciendo que acelerara el ritmo al que lo pajeaba.

Silvia me miró, seguía de espaldas al mirón; ni tan siquiera le había visto la cara y aun así se había corrido, dejando que un desconocido jugara con su coño. Estaba tranquila, pero vi en sus ojos que seguía encendida, caliente, con ganas de más. Tenía la camisa abierta y una mano del viejo seguía manoseando sus pechos, la minifalda vaquera se le había subido y le enseñaba los glúteos sin ningún pudor y, además, cada vez lo pajeaba más rápido, cerrando la mano fuerte sobre aquella enorme polla, que parecía que iba a reventar.

Entonces el viejo mirón levantó el reposabrazos que lo separaba de mi mujer y se puso de medio lado detrás de ella. Pensé que querría estar más cómodo a punto de llegar al orgasmo, pero lo que hizo fue situar su verga entre las piernas de Silvia, que gimió cuando sintió aquel trozo caliente de carne rozar sus labios vaginales.

—¡No te muevas, rubia, te voy a follar! —afirmó lo suficientemente alto para que yo pudiera escucharlo.

7

Silvia me miró de nuevo, estaba asustada, expectante, ansiosa, se mordió los labios esperando que yo detuviera aquella locura, cuando entonces vio que mi polla se había vuelto a poner dura. Y en ese momento comprendió que aquello me estaba gustando mucho, igual que a ella, y sin soltarle la polla le pegó varias sacudidas rápidas y echó el culo hacia atrás, intentando acoplarse a él. Silvia giró un poco el cuello, sin llegar a verle la cara, y le susurró:

—¡Métemela!

El viejo sonrió, luego con calma se bajó un poco los pantalones, se desabrochó lentamente la camisa y me enseñó su peluda barriga. Después se escupió en la mano, se agarró la polla y la guio hacia el coño de Silvia.

—¡Ahora vas a saber lo que es un polvo de verdad, zorra!

A pesar del insulto, mi mujer le siguió ofreciendo su generoso trasero, que el viejo no paraba de mirar y de sobar con ansia. Parecía que el haberle llamado zorra le hubiera excitado más. Entonces mi mujer gimió en alto al sentir su verga a punto de penetrarla.

—¡Con cuidado, despacio! —le imploró Silvia poniendo una mano sobre el muslo del viejo.

Pensé que era imposible que el viejo pudiera meter aquella polla tan gorda con esa postura que tenían, pues los dos estaban medio recostados y era muy difícil hacerlo así. De repente Silvia cerró los ojos y con toda la facilidad del mundo la verga del viejo se fue

abriendo paso lentamente en su interior. Silvia nunca había tenido una polla así de grande dentro de ella. A decir verdad, era la segunda que se la follaba, después de la mía.

—¡Aaaaaaah, despacio, despacio! —volvió a gemir.

El viejo mirón le tapó la boca con la mano y soltó una embestida fuerte y seca, que hizo que en el culo de mi mujer sonara un PLOP muy característico. Luego la cogió por la cintura, pasó la otra mano hacia delante y manoseó sus tetazas cuando se la empezó a follar.

Lo hacía de manera muy peculiar, con embestidas secas, duras y espaciadas, aproximadamente unos dos segundos entre sí.

Silvia cerró los ojos y abrió la boca buscando aire, pues la mano del viejo ahogaba los gemidos, que hubieran provocado un pequeño escándalo en la sala del cine. El mirón seguía follándose a mi mujer a su ritmo, cada dos segundos una embestida, y ella sacaba el culo hacia atrás, buscando encontrarse con la polla del viejo, que se vio con la suficiente confianza para girar el cuello a mi mujer e intentar morrearse con ella, pero Silvia le apartó la cara y volvió a mirar hacia delante.

Entonces el mirón comenzó a acelerar, no mucho, pero lo suficiente para que Silvia se abandonara al placer que estaba recibiendo. Las acometidas del viejo se hicieron más frecuentes; primero cada segundo y medio; luego un segundo entre cada embestida. Silvia gritó, apenas podía respirar, y el viejo tiró con fuerza del sujetador hacia abajo hasta que se le salió un pecho, para luego pellizcarle el pezón que había asomado.

—¡¡Ahhhhhgggggg!!
—¡¡No grites, puta, que nos van a echar!!

Pero Silvia se estaba corriendo por segunda vez, moviendo el culo en círculos, acoplándose al ritmo al que se la estaba follando. Entonces el viejo comenzó a gruñir como un cerdo.

—Ooooooooh, ooooooooooh…

Silvia todavía jadeaba y giró el cuello para pedirle:

—No te corras dentro…

El viejo me miró sonriendo con su enorme polla dentro de mi mujer, y, con toda la tranquilidad del mundo, siguió acariciando sus tetazas hasta que detuvo sus golpes de cadera. Estaba a punto de llegar al orgasmo.

—Si no quieres que me corra, tendrás que chupármela…

Ahora el que sonrió fui yo, el viejo mirón la había cagado pero bien, mi mujer no iba a hacerle eso. Era el final de aquella aventura. Silvia hacía años que no me chupaba la polla, desde antes de que naciera nuestra primera hija, pues me decía que ya no le gustaba hacer esas cosas.

El viejo sacó la polla de dentro de su coño, se lo veía confiado, y se apoyó en el respaldo de su butaca, esperando que Silvia hiciera lo que le había pedido. Mi mujer se colocó el sujetador volviendo a meter sus tetazas dentro, pero no se molestó en colocarse la falda. Luego me miró con cara de culpabilidad y sin decir nada se giró. No podía creérmelo cuando sin dudar se agachó sobre el regazo del él y se metió su enorme polla en la boca.

¡Mi mujer se la estaba mamando a ese desconocido!

El viejo la sujetó por el pelo y bajó una mano para volver a comprobar el tamaño y peso de sus enormes tetas. Yo desde mi asiento contemplé el culo desnudo de mi mujer. Estaba tan excitado que ni me lo pensé cuando vi su coño abierto; me acerqué a ella e intenté metérsela, pero ella me apartó con la mano.

Tan solo me quedaba pajearme viendo cómo se la chupaba al mirón, que sonrió al verme masturbándome mientras Silvia luchaba por intentar meterse su pollón en la boca. Con la mano sujetando su pelo la guiaba a la velocidad que le gustaba y mi mujer, sumisa, le estaba brindando una mamada lenta, disfrutando de su polla.

Una felación como no me había hecho a mí en la vida.

Los besos y los muerdos por su polla retumbaban por toda la sala de cine, luego le pasaba la lengua de arriba abajo, saboreando aquel tronco tan duro y lleno de venas, y cuando llegaba al capullo hacía círculos sobre él y se la volvía a meter en la boca. Entonces me sorprendió cuando vi la mano de Silvia aparecer entre sus labios vaginales.

¡Se estaba masturbando a la vez que se la chupaba!

El viejo mirón gruñó otra vez como antes, era la señal inequívoca de que se iba a correr.

—Ohhhhhhhhggggg, ¡joder, la chupas increíble, rubia!

Le sujetó fuerte el pelo y se aseguró de que yo lo viera bien. Con sus enormes manazas se cogió la polla y comenzó a meneársela delante de su cara mientras Silvia sacaba la lengua y rozaba su capullo.

—¡¡Me corro, tomaaaa, chupaaaa, aaaaaaah!! —gruñó el viejo mirón metiendo su polla en la boca de mi mujer a la vez que la agarraba por el pelo.

El primer disparo de su corrida fue directo a la garganta de Silvia. Yo también comencé a eyacular, casi a la vez que él. Entonces el viejo sacó la polla de la boca de mi mujer y siguió descargando por la boca y la cara de Silvia, que ansiosa sacaba la lengua para recibir el caliente y espeso semen del mirón.

El cabrón no paraba de correrse, sujetaba con fuerza el pelo de mi mujer y le iba restregando la polla por sus dos mejillas, la nariz, la boca, incluso le soltó un pequeño azote con su verga en la cara cuando terminó.

—¡¡Uffffffffff, qué gustazo!!, ¡has estado increíble!

Todavía, antes de incorporarse, Silvia seguía masturbándose ella misma y le lamió un poco más la polla, limpiando el semen que

había quedado en ella, y así continuó hasta que llegó al orgasmo por tercera vez, moviendo su tremendo culo delante de mi cara.

—¡¡¡Ahhhgggg, me corro, me corro!!!

Sin duda alguna mi mujer estaba disfrutando como nunca de una verga de semejante tamaño. Mientras se recuperaba del orgasmo, se la siguió chupando, aunque la polla del viejo había caído en tamaño y dureza. Antes de incorporarse le pegó un sonoro beso en el capullo. Luego se levantó y se giró.

Me miró con cara de puta. Tenía la camisa abierta, la falda levantada, el pecho le latía con fuerza y su cara estaba llena de semen. Abrió la boca y un pequeño hilo de lefa le cayó entre las dos tetazas. No supe ni qué decir. Acabábamos de cumplir una de nuestras fantasías más ocultas.

El viejo mirón se fue subiendo los pantalones y se los abrochó, antes de decirnos:

—Suelo estar por aquí los sábados, por si queréis repetir otro día…

Luego se agachó para besar el hombro desnudo de mi mujer.

—Me ha encantado follarte, rubia…

Y como vino se fue, y nos dejó allí plantados. Todavía quedaban diez minutos de película, que aprovechamos para limpiarnos un poco y salir rápido, pues no queríamos que las otras personas que estaban en el cine se fijaran en nosotros. Las otras tres parejas seguro que habían escuchado los gemidos de mi mujer y nos fuimos antes de que se encendieran las luces.

8

Unos meses más tarde fuimos a pasar el día al centro comercial con nuestras hijas. Casi por la noche, después de cenar en el Burger, y, cuando ya nos íbamos para casa, pasamos por delante del cine. Y entonces lo vi. No había duda de que era él, estaba por la zona de las taquillas, fijándose en las parejas que sacaban la entrada, seguramente buscando unas nuevas víctimas con las que jugar. El viejo mirón salió justo hacia fuera en el momento en el que pasábamos. Se quedó mirando cómo le botaban las tetas a mi mujer a cada paso que daba y su culazo apretado en unos pantalones vaqueros muy ajustados. Luego me miró a mí y sonrió. Estaba claro que nos había reconocido y se acordaba de nosotros.

Silvia ni se dio cuenta de que ese era el tío que se la había follado meses atrás en la oscuridad del cine. Yo creo que ni le llegó a ver la cara aquel día.

Seguimos andando y el viejo nos persiguió unos minutos, me giré y tenía la mirada fija en los glúteos de mi mujer; estaría recordando cómo sus huevos rebotaban contra el culo de Silvia mientras se la metía desde atrás. Me puso nervioso que nos siguiera durante unos metros, ya que íbamos con las peques, pero a la vez me dio un poco de morbo.

Cuando bajamos por la escalera en dirección al *parking*, el mirón ya se quedó arriba y yo lo miré por última vez antes de que él me saludara con la mano.

Quién sabía si alguna vez volveríamos a encontrarnos con él…

El mirón del cine 2

1

Salimos del cine con las niñas, no era muy tarde, sobre las ocho y media, acabábamos de ver la última peli de los Minions y en lo que íbamos debatiendo sobre dónde cenar nos topamos de frente con aquel tipo.

Había pasado casi un año y aunque yo le había visto en otras ocasiones, casi siempre merodeando por la zona de la entrada de los cines, esta vez Silvia se fijó en él, notando el repaso visual que le pegaba y cómo la traspasaba con la mirada. Mi mujer se puso más tensa de lo normal, cogió a las niñas de la mano y salió de allí como alma que lleva el diablo.

Fue la primera vez que ella vio al mirón que se la había follado delante de mí.

Como decía, había pasado mucho tiempo, aquello fue un incidente que nos dejó muy marcados interiormente, aunque preferimos pasar página como si no hubiera sucedido nada y jamás habíamos hablado de ello.

Pero yo no había día en que no me acordara de la polla de aquel señor en la boca de mi mujer, ¡menuda mamada le había hecho Silvia! Y lo que era peor, terminó metiéndosela delante de mis narices y yo no es que no protestara, es que además, me hice una paja. También es verdad que en las siguientes semanas en casa, follamos casi a diario, llevando un ritmo que ni en nuestros mejores años de universidad, y es que Silvia parecía estar excitada continuamente, aunque no me dijera nada.

Ese sábado, en cuanto acostamos a las niñas le pedí a Silvia que se pusiera guapa, me apetecía acostarme con ella y unos minutos más tarde apareció en el salón con un conjuntito negro, tipo corsé, con unas medias hasta medio muslo y un liguero que se enganchaba con unas tiras finas con las medias.

El *body* negro parecía a punto de reventar en el cuerpo de Silvia, que había vuelto a coger los siete kilos que perdió, pues primero una lesión en la espalda y luego la carga de trabajo en el bufete de abogados, habían hecho que mi mujer dejara de ir al gimnasio. Pero a mí me daba igual, es más, casi lo prefería, me encantaba ver sus curvas y cuando se ponía así lo primero que le crecía eran las tetas.

Ahora sus tetazas eran todavía más grandes y pesadas y se le salían una parte por los laterales del *body*.

—Joder, casi no me vale ya esto... —protestó Silvia tumbándose a mi lado.

—Anda, no digas tonterías, te vale perfectamente, ¡estás imponente!

—¿En serio que me sienta bien?

—Joder, te queda impresionante...

—Mmmm, sí, ya veo que dices la verdad, esta nunca miente —susurró Silvia sacándome la polla del pantalón y pegándome un par de sacudidas.

Entonces se me ocurrió tocar el tema prohibido. Quizás no debería haberlo hecho, pues fue como abrir la caja de Pandora.

—¿Esta tarde lo has visto, verdad? —pregunté a Silvia.

—¿A quién? —contestó haciéndose la tonta, pero sabiendo de sobra a lo que me refería.

—En el cine, al tío ese..., se te ha quedado mirando...

—No me he dado cuenta...

—Sí que te has dado cuenta, Silvia, se te ha cambiado la cara y has salido a toda leche de allí...

—No sé a quién...

—Has visto al viejo en el cine, ya sabes... el que te...

—Está bien, Santi, vale, sí, lo he visto..., y me he puesto un poco nerviosa, no me ha hecho mucha gracia encontrarme con ese cerdo delante de las niñas..., además, creo que nos ha reconocido.

—Yo creo que también, por cierto, después de casi un año..., nunca hemos hablado de lo que sucedió...

—Mejor, ya ha pasado mucho tiempo, no quiero remover ese tema...

—Quería disculparme por lo que hice, me comporté como un cretino dejándote en manos de ese cabrón...

—Pues sí, pero ahora ya es tarde...

Silvia me soltó la polla y se quedó parada, quizás lo último que se esperara es que termináramos hablando de la noche en la que el viejo se la folló en medio del cine. Sin embargo, yo la seguía teniendo muy dura.

Hacía mucho que no estaba tan empalmado.

—¿Qué te pasa? —pregunté yo.

—Nada, es que no me apetece recordar aquello..., aunque a ti ya veo que sí...

—Lo siento, no estoy así por eso... bueno, puede que un poco sí, pero estoy excitado porque estás increíble con ese conjuntito..., ¡ni te imaginas el morbo que me das!

—¿Qué pasa? ¿Te pone recordar que ese viejo casi me obligó a la fuerza mientras tú te hacías una paja como un salido?

—Bueno... ehhh... tanto como a la fuerza, yo creo que lo disfrutaste, los dos..., yo también, eh...

—No sabía que te gustaran esas cosas...

—¿Qué cosas?

—Pues eso, ya sabes, verme con otro... eso solo lo hacen los degenerados...

—¿Los degenerados?, lo siento de verdad, yo tampoco sabía que me gustara..., no sé si fue por el momento, te recuerdo que estábamos muy cachondos cuando apareció, quizá fue eso..., ¡tuvo que ser eso!

—O quizás es que te gusta mirar cómo otros me follan...

—¡Joder, Silvia!, no digas eso...

—¿Por qué? ¿Se te pone más dura? —dijo agarrándome la polla otra vez y pegándole cinco o seis sacudidas para volverla a soltar.

—Mmmmmm, uf, cómo me estás poniendo...

—¿Ves cómo te gusta?

—¿Y a ti, qué? ¿Te excita que te vea con otros?

—A mí, no. Eso no me va nada..., yo quiero que mi marido sea un tío de verdad, un hombre que me proteja, y no que cuando otro me mete mano en sus narices se saque la polla y se haga una paja..., fue patético...

—Lo siento, Silvia, me he disculpado muchas veces, y ya no puedo arreglarlo... bueno, quizás, podría haber una manera...

—¿Una manera de qué...?

—Pues de ser todas esas cosas que me acabas de decir, de protegerte, de ser un hombre de verdad... había pensado que podíamos volver y..., darle un escarmiento a ese tío..., me da asco cómo te mira, cómo le mira a todas las mujeres cuando pasan a su lado, ¡es un cerdo!

—¿Darle un escarmiento?, ¿tú te estás escuchando?, quedaste como un panoli, como un cornudo, ¿qué puedes hacer ahora?

—Volver al cine y demostrarle que eres mía, que vea quién te folla, y si quiere que se haga una paja mirándonos...

—Anda, deja de decir tonterías... no vamos a volver al cine a follar delante de ese..., y que encima se haga una paja para darle el gusto... mira cómo terminamos la otra vez...

—Pero ahora sería distinto... ya estaríamos preparados... sabríamos que está ahí esperando a que bajemos la guardia...

—¿Y sí se acerca y me vuelve a tocar? ¿Se lo vas a impedir? —me preguntó Silvia muy seria volviéndome a agarrar la polla.

—Sí, desde luego que si te tocara sin tu permiso no se lo iba a decir por las buenas, quizás tendría que echarle la mano al pescuezo.

—Mmmm, ¡qué maridito más duro tengo!

Bajé los dos tirantes de su *body*, deslizándolos por un costado y de un tirón aparecieron sus inmensas tetas que acaricié con

devoción. Era increíble, pero Silvia se había puesto cachonda fantaseando con el viejo mirón.

—Entonces, ¿te gustaría volver al cine? —insistí de nuevo.

—Nooo..., no te preocupes por lo que pasó, a ver si ahora por querer arreglarlo vas a terminar peleándote en medio del cine, además, te recuerdo que el viejo estaba bastante fuerte...

—¿Y crees que no podría con ese anciano?, ja, ja, ja, por favor, Silvia...

—Tenías las manos grandes, ásperas, y... mmmm, prefiero no hablar de él...

—¿Por qué? ¿Te pone cachonda?

—No, el único que se pone cachondo eres tú, pero si quieres que me folle a otros tíos dímelo, cuando vuelva al gimnasio seguro que hay unos cuantos jovencitos a los que no les importaría...

—Joder, Silvia...

—¿Ves cómo te excitas? —dijo acelerando el ritmo de su paja—. Lo mismo te gustaría saber que llevo unos meses follando con mi jefe...

—Mmmmm, ¿ah, sí?, no me lo creo, pero seguro que el muy cabrón te mira esas tetas que tienes...

—Pues claro que me las mira, cornudo cabrón... entonces, ¿quieres que me tire a algún jovencito del gym?

—Noooo, solo te voy a follar yo —aseguré poniéndome encima de ella y restregándome contra su coño.

—¿Me la vas a meter?

—Por supuesto —dije apartando la tela de su *body* y clavándosela de un solo empujón.

—Ahhhggg, ¡qué bueno!, venga, fóllame...

—¿Te gusta mi polla, eh?

—Me encanta...

—Nunca te ha follado una polla así, dímelo...

—Nunca me ha follado una polla como la tuya, nunca me ha follado un hombre como tú...

—Te vas a enterar, zorra...

La embestí con golpes secos, haciendo bambolear sus pechos a cada acometida. Silvia se reprimía los gemidos todo lo que podía, para no despertar a las niñas y me puso las dos manos en el culo guiando el ritmo que a ella le gustaba.

—Vamos, sigueee, sigueeee...

—Quiero enseñarle a ese cerdo cómo hay que follarte para hacer que te corras...

—Cállate ya y sigueeee, vamosssss...

—¿Así te gusta?

—Sí, síííí, sigueeee... —me pidió agarrando con fuerza mis glúteos para empujarlos contra su cuerpo.

—Lo tengo a punto, aaaah...

—No te pares, sigueeee, aaaah, sigueeeee...

—Diossss, Silvia, me corro, aaaah, aaaaah, aaaah, me corrooooo, ¡¡iaaaah!!!

—¡¡Ay qué rico!!, muy biennn, mmmmmm, un poco máááás, échamelo todo dentro..., muy bien, cariño...

Me quedé varios segundos más moviéndome lentamente sobre mi mujer, que acababa de gozar como una loca del polvazo que le había echado. Con la respiración agitada me pidió que me quitara de encima y se volvió a meter las tetas dentro del *body.*

—Venga, anda, vamos a la cama —dijo Silvia.

Yo me levanté del sofá completamente desnudo y me pegué a su espalda, abrazándola satisfecho.

—Ha estado bien, ¿eh?, ufff, ¡vaya polvazo! —afirmé orgulloso.

—Sí, sí, ha sido una pasada...

2

Dos semanas más tarde, volvimos al centro comercial. Dejamos a las niñas en el parque de bolas, y Silvia y yo recorrimos los pasillos entrando en varias tiendas. Mi mujer quería comprarse ropa para el trabajo y un par de zapatos de verano.

Me costó convencerla para que no se quitara los pantalones vaqueros que se había estado probando en casa antes de salir. Con mucho esfuerzo consiguió abrocharlos, era evidente que había ganado unos kilos, pero una vez que lograba metérselos le sentaban espectacular. Su tremendo culo y sus anchas caderas luchaban con reventar cada costura del pantalón.

¡No podía ir más apretada la cabrona!

Si a eso le sumábamos un polo amarillo de manga corta, con el que no enseñaba escote, pero con el que se le marcaban las tetas de manera exagerada, no me extrañó que unos cuantos tíos se giraran para ver bien a Silvia cuando nos cruzamos con ellos.

Y lo peor fue cuando nos encontramos de nuevo al merodeador del cine, se encontraba junto a la tienda de animales hablando con el dueño, y nos extrañó mucho verlo allí. Casualmente teníamos que entrar porque le queríamos dar una sorpresa a la peque mayor y regalarle un *hámster* que nos llevaba tiempo pidiendo.

Por un momento dudé qué hacer, pero Silvia lo tuvo mucho más claro y decidida se metió en la tienda. Al pasar a su lado el viejo le pegó un repaso de arriba abajo antes de darnos las "buenas tardes", luego entró detrás de nosotros y disimuló como si estuviera mirando los peces que había al fondo. Yo me lo quedé mirando

detenidamente, si él no se cortaba, yo tampoco, esta vez pude verlo bien y no me intimidó tanto como en el cine. Era un señor mayor que tendría sobre 60 años, más bajito que yo, aunque bastante más ancho y corpulento y llevaba una camisa blanca de manga corta veraniega con un par de botones desabrochados, enseñando los pelos canosos del pecho.

Mi mujer llamó al dueño y nos estuvo explicando un poco los cuidados del animal y también nos enseñó un par de jaulas para guardar al *hámster*. El señor de unos 50 años no eran tan descarado como su amigo, pero mientras hablaba con Silvia se le escaparon un par de veces los ojos a sus tetazas. Luego mi mujer se fue con él al mostrador y el mirón del cine se acercó a tres metros de ella fijándose en su culazo detenidamente, incluso me pareció que llegó a acomodarse el paquete mientras lo hacía.

Entonces me acerqué a él poniéndome delante para que no siguiera babeando con el culo de Silvia. Él subió la cabeza y me encontró frente a él desafiándole con la mirada.

—¿Todo bien? —le pregunté.
—Sí, ¿por qué, pasa algo?
—No sé, parecía que nos estabas siguiendo...
—¿Que os estaba siguiendo?, no, hombre, no, solo estaba dando una vuelta por la tienda de mi amigo, Nicolás...
—Ahh, es que me parecía...

Silvia, que estaba pagando la compra, se giró con la jaula en la mano y me encontró hablando con el señor que meses atrás se la había follado en el cine. La escena cuanto menos era curiosa. Yo delante del tío con los brazos en jarra, Silvia detrás de mí con la jaula en la mano y el viejo reculando y haciéndose el buenazo.

—Santi, ¿pasa algo? —me preguntó mi mujer.
—Sí, ya nos vamos... entonces, ¿todo bien? —dije avanzando unos pasos para ponerme a la altura del mirón y apoyar una mano en su hombro.

—Sí, claro, sin problemas —me respondió levantando los brazos en son de paz.

Envalentonado me di la vuelta y salí de la tienda agarrando a Silvia de la cintura mientras le daba un suave cachete en el culo, para que ese viejo viera quién era el macho que se la follaba.

Por la noche, ya en casa, Silvia me preguntó qué es lo que había estado hablando con ese tío.

—Es que te estaba mirando de una manera que no me gustaba nada y he tenido que ir a decirle cuatro cosas, ¿has visto cómo se ha acojonado el pobre?, ja, ja, ja, creo que ese cretino no es tan duro como se cree, en cuanto le plantas cara se achanta a la más mínima, si te digo la verdad, me ha gustado dejarle las cosas claras..., creo que no le han dado nunca un escarmiento, no sé a cuántas parejas le habrá hecho lo mismo que a nosotros, aquel día del cine se aprovechó viendo que estábamos muy cachondos, por eso te dije el otro día lo de darle una lección...

—No empieces con eso, Santi, lo que pasó ya no tiene solución, yo no quiero ir al cine a hacer nada delante de ese asqueroso..., para que encima se haga una paja a nuestra costa...

—Le tenías que haber visto cómo te miraba el culo, joder, ¡es que no se corta un pelo!

—¿Me estaba mirando el culo?

—Sí, cuando estabas en la caja, se puso detrás de ti y vamos, es que ni disimulaba... incluso se tocó el paquete, no me extrañaría que hasta se le hubiera puesto dura..., y el dueño de la tienda lo mismo, te ha pegado un buen repaso.

—Anda, deja de decir tonterías, pero muchas gracias por haber sacado la cara por mí...

—Es lo mínimo que podía hacer... después de...

—Deja de darle vueltas al asunto, Santi.

—¡Es que no me lo puedo sacar de la cabeza!, me siento fatal por haberte dejado en manos de ese cabrón, ¡cada vez que me acuerdo me hierve la sangre!, quedé como un gilipollas y... Silvia, ¡te lo pido por favor!, tienes que dejarme hacer esto.

—¿Pero hacer el qué...?

—Pues ya sabes a lo que se dedica ese tipo, siempre está por los cines, esperando en la entrada a la caza de parejas, le gusta mirar y aprovecharse de sus momentos de intimidad...

—¿Y qué estás pensando?

—Quiero resarcirme..., me gustaría enrollarme contigo en el cine delante de él, que vea cómo lo hacemos..., y cuando se acerque a nosotros, que ten por seguro que lo hará, volver a plantarle cara, como esta tarde.

—¡Menudo plan más ridículo!, a ver si lo he entendido bien..., me estás pidiendo que nos lo montemos en el cine delante de un pervertido mirón, vamos a hacer lo que a él le gusta, darle el espectáculo para que se haga una paja a nuestra costa.

—Ehhh, bueno, no lo decía...

—Ese tío es un mirón y va al cine a espiar a las parejas, si nos enrollamos y dejamos que nos vea, se habrá vuelto a salir con la suya.

—Sí, pero seguro que después de lo que pasó se acerca y va a querer tocarte, ese no se va a conformar solo con mirar... y cuando venga...

—¿Qué vas a hacer?

—Pararle los pies, estoy dispuesto a llegar a donde haga falta, incluso si se pone violento o agresivo no me voy a detener, si me busca me va a encontrar..., aunque no creo que haga falta llegar a esos extremos, hoy le he dejado las cosas bien claritas..., te quiero follar delante de él, necesito hacerlo, Silvia... por favor...

—¡Todo esto es absurdo, Santi!, no vamos a follar con ese tío a nuestro lado.

—¿Por qué?, así podría sacarme la espinita de la otra vez y si lo piensas bien tendría su morbo, es muy excitante follar mientras nos mira.

—¿Y si te vuelves a poner muy cachondo como la otra vez?

—Eso no va a pasar... por muy caliente que esté no voy a permitir que ese cerdo te toque un pelo...

—No sé, Santi..., aquella noche perdimos el control de la situación.

Vi las dudas en el rostro de mi mujer, por primera vez parecía que se estaba pensando lo de montárnoslo en el cine delante del pervertido mirón. Yo necesitaba hacerlo, quería demostrarle a Silvia que lo que pasó la otra vez fue fruto de un calentón y que nos pilló desprevenidos, pero ahora estaríamos preparados para recibirle.

Íbamos a pasar un buen rato jugando con aquel tío. Ni se imaginaba que ahora sería él el que saldría humillado de la oscura sala del cine.

Ya solo me faltaba un último empujoncito y convencer a mi mujer del todo para llevar a cabo nuestro alocado plan.

¿Qué podía salir mal?

3

Todavía me costó tres meses más para que Silvia aceptara pasar una caliente noche en el cine y darle el escarmiento que se merecía el viejo mirón. Tres meses a pico y pala, erre que erre, sacando el tema cada vez que follábamos, cuando lo veíamos por el centro comercial, insistiendo, poniéndome muy, pero que muy pesado.

Y al final Silvia, solo por no aguantarme más, aceptó.

"Una vez y ni se te ocurra volver a sacar el tema, ¿entendido?, te lo digo muy en serio", me advirtió mi mujer para que dejara ya de atosigarla.

Enseguida nos pusimos manos a la obra, no queríamos fallos y tenía que salir bien todo lo que habíamos ideado. A mediados de septiembre, un sábado por la tarde dejamos a las niñas con la hermana de Silvia y fuimos al centro comercial.

No elegimos película, ni sabíamos los horarios. Nada. Eso lo decidiríamos sobre la marcha cuando llegáramos al cine. En la misma entrada nos quedamos mirando la cartelera, y el viejo, de momento no estaba por allí.

—No está... —dije yo buscándole en todas las direcciones.
—Bueno, pues mejor, elegimos una peli y la vemos tú y yo, tranquilitos...
—Nooooo, Silvia, ese no era el trato, vamos a esperar un poco...

Hicimos tiempo viendo las películas de la cartelera y leyendo las críticas que había sobre ellas. La situación era absurda, estuvimos casi una hora los dos, esperando que apareciera el viejo para que

nos viera. Como no venía fuimos a dar una vuelta por el centro comercial y subimos a la planta alta a picotear algo.

Sobre las nueve y media regresamos al cine, y ¡bingo!, allí se encontraba el mirón, por la zona de las taquillas.

—Ahí está —afirmó Silvia agarrándose a mi brazo con fuerza.

Nos reconoció en cuanto nos vio y se puso a la cola de la taquilla detrás de nosotros. Escuchó perfectamente a qué sala íbamos a entrar, de todas formas, yo lo dije bien alto cuando hablé con la taquillera, para que él no tuviera dudas y en cuanto compramos las entradas pasamos a las salas para aprovisionarnos con un buen cargamento de palomitas y dos coca colas.

Sentí la sucia mirada del viejo en el trasero de Silvia. Me giré mientras pagaba los refrescos y no nos perdía de vista, como si fuera un colega que va a entrar con nosotros. Se quedó esperando con tranquilidad a que termináramos y en cuanto echamos a andar por el pasillo nos siguió a una distancia prudencial.

Iba vestido de una manera muy parecida a la otra vez, con unos pantalones vaqueros desgastados y una camisa de franela a cuadros de manga larga, a pesar del calor que hacía. La que iba más fresca era Silvia, que esta vez había elegido un vestido veraniego de tirantes finos de color blanco y azul, con una falda amplia que casi rozaba el suelo.

Lo más llamativo de su vestido era el escotazo que le hacía, y ya más de uno se había girado en el centro comercial para ver qué tal trasero tenía la rubia de las tetas gigantes. A mí me encantaba que fuera así vestida, y me gustó que Silvia quisiera lucirse, sabiendo que era más que probable que nos encontráramos con el mirón.

Antes de entrar en la sala, nos cruzamos con un chico de seguridad, tendría sobre 30 años y eso parece que le dio algo de tranquilidad a mi mujer. Eso sí, el segurata también le pegó un buen

repaso visual a Silvia, era un tipo extraño, y ¡menudas pintas tenía con esas gafas de culo de vaso!

Mi mujer se giró para comprobar que el viejo estaba detrás de nosotros y rápidamente volvió la cabeza al verse sorprendida por él.

—Nos está siguiendo —me informó Silvia con voz nerviosa.

—Lo sé, lo he visto antes donde las palomitas, no te preocupes por él, el plan va según lo previsto...

—Esto no lo veo nada claro, Santi, todavía estamos a tiempo de echarnos para atrás...

—No te preocupes..., yo creo que lo vamos a pasar muy bien..., ¡uf, me estás poniendo mucho con ese vestidito que te has puesto hoy!

—Venga, anda, vamos a entrar...

4

Tal y como había imaginado, apenas había gente, la peli elegida ya llevaba tiempo en cartelera y no era muy conocida. Eso sí, la sala era muy pequeñita con tan solo una columna de 14 asientos en cada fila. En la parte del medio había una pareja y con el mirón y nosotros en total éramos cinco.

Nos pusimos bien separados de la pareja, por la parte central y el viejo se situó todavía más arriba, para vernos bien, en la última fila, a unos tres metros de nosotros. Intentamos no estar pendientes de él, pero yo sabía que en cuanto se apagaran las luces y comenzara la película iba a acercarse, aunque esta vez lo estaríamos esperando.

¡Todo iba según lo previsto!

A pesar de no hacerle caso, era imposible no pensar en él, a mí me daba cierto morbo estar con mi mujer, sabiendo que ese tío no perdía detalle de nuestros movimientos. Y por fin se apagaron las luces y Silvia y yo nos pusimos a ver la película mientras comíamos las palomitas y bebíamos la coca cola.

La verdad es que pasados veinte minutos, la peli era un auténtico tostón y yo aparté el bol de palomitas para acercarme a Silvia.

—¿Tienes algo...?, no quiere tocarte con estas manazas...

Ella sacó del bolso una toallita húmeda y me limpié las manos con parsimonia, haciéndoselo desear a mi mujer, que ya sabía lo que venía a continuación. Me acerqué a Silvia, apoyando la cabeza en su hombro, después de darle un beso y apartar uno de sus finos tirantes. Mi mujer se lo volvió a colocar, aunque me dejó hacer

cuando subí la mano para acariciarle los pechos por encima del vestido.

—¡Joder, qué tetas! —exclamé sopesándolas y comprobando el peso que tenían.

La oscuridad del cine, las miradas indiscretas hacia su escote de cada tío con el que nos habíamos cruzado en el centro comercial, los primeros toqueteos y saber que el viejo estaba detrás de nosotros, sin perder detalle de lo que hacíamos, nos había ido poniendo calientes poco a poco.

Casi sin darme cuenta ya tenía una buena erección bajo los pantalones y las tetazas de Silvia cada vez estaban más duras y sensibles. Cuando se le escapó el primer gemidito al contacto de mis manos me atreví de nuevo a bajarle el tirante del vestido.

—¡Santi...! —me rogó Silvia sin decir nada más.

No hacía falta que siguiera suplicando, podía ver en sus ojos lo excitada que se encontraba y estábamos a punto de cruzar una línea de no retorno. Silvia estiró el brazo y comprobó el estado de mi polla, tanteando con sus dedos, y recorriendo todo mi tronco con la palma de la mano.

Me encantaba cuando me la agarraba por encima del pantalón y comenzaba a pajearme así, era una costumbre de nuestra época universitaria y Silvia era una experta en el arte de las caricias sin sacártela. Hacía bailar mi polla sobre su mano con una habilidad especial, abriendo y cerrando el puño y a veces, incluso me gustaba más eso que el contacto directo.

Y con delicadeza deslicé el otro tirante por su hombro, bajándole el vestido para que asomaran sus dos tetas embutidas en un elegante sujetador negro. La dejé así, con los pechos por fuera y ahora fui yo el que la acarició sobre la fina tela de su vestido veraniego, apretando la carnosa piel de sus muslos y moviendo la mano hasta ponerla a la altura de su coño.

En cuanto la metí entre sus piernas Silvia volvió a gemir y me dejó que la masturbara unos minutos. Nos estábamos pajeando mutuamente por encima de la ropa, y durante esos instantes me llegué a olvidar de nuestro pervertido compañero, no así mi mujer, que miró hacia atrás para comprobar que no se había movido de su asiento.

—¿Sigue ahí? —pregunté a Silvia.
—Sí...
—¡Qué raro que no venga!... pensé que...
—Mejor, no me apetece que ese tío se acerque a nosotros...
—¿Te imaginas que baja ahora y te ve así?..., tienes las tetas casi fuera...
—¡Muy gracioso!... —dijo Silvia intentando subirse los tirantes del vestido.
—Ni se te ocurra hacerlo, me encanta tenerte de esa manera... ¡no sé por qué me pone tan cachondo!, recuerdo que la otra vez hasta te quitaste el sujetador... —y tiré de su vestido hacia abajo para descubrir todavía más sus pechos.
—¡Santi... para!
—Me estoy poniendo a mil, ¡qué ganas tengo de que se acerque ese cerdo y demostrarle quién es tu marido.
—Tranquilo, a mí no tienes que demostrarme nada —susurró Silvia abriéndome los pantalones de un solo tirón.

Mi cuerpo se tensó por completo al sentir los calientes dedos de Silvia agarrándome la polla y sacándola por fuera de los calzones. Ahora me tenía en su mano y comenzó a pajearme despacio, pero apretándola con mucha fuerza.

—Mmmm, Silvia, más despacio...
—Shhhhhhh, déjame a mí...

Y esta vez el que se giró hacia atrás fui yo para comprobar si el mirón seguía allí. No se había movido y se encontraba en su butaca atento a lo que hacíamos, con el pequeño detalle que ¡¡también se

la había sacado!!, y se meneaba su enorme verga con extremada lentitud.

Ya no me acordaba del tamaño de la polla de aquel viejo. Joder, desde mi posición se veía un falo grande y ancho y el muy cabrón se la agarró estrangulándola por la base, para mostrármela bien con una perversa sonrisa en la boca.

Me giré rápido con las pulsaciones a mil y Silvia se dio cuenta de que algo sucedía.

—¿Qué pasa? —me preguntó asustada por la cara que había puesto.

Yo sujeté sus mejillas con las dos manos y le di un beso en la boca. Ella me seguía pajeando, sin prisa, pero sin pausa.

—¡Uf, se la ha sacado! ¡Se está haciendo una paja mientras nos mira! —expliqué a mi mujer.
—Bueno, con eso ya contábamos, ¿no?
—Ehh, sí, sí, claro...
—¿Tú crees que bajará o solo se va a tocar?
—No lo sé... aunque sinceramente me apetece mucho follarte delante de él...
—¿Follarme? ¿Dónde?... ¿aquí¿, i¿en medio del cine?!
—Claro, ¿a eso hemos venido, no?, quiero ponerle los dientes largos, que se muera de envidia viendo cómo te mueves encima de mí, cómo te manoseo esas tetas, ¡que se entere bien que eres mi mujer! —dije metiendo la cabeza entre sus calientes pechos sin dejar de besárselos—. ¿Estás de acuerdo?
—A mí todo esto me parece absurdo, Santí..., ya te lo he dicho, no sé cómo permitimos que pasara lo de la otra vez... nos dejamos llevar y no tienes nada que demostrarme...
—¡Quítate el sujetador!, ¡quiero que me enseñes las tetas! —la ordené tirando de su pelo para comerme su cuello, y haciéndola gemir.

Fue la primera vez que se giró la pareja que teníamos delante, pero sinceramente, esos dos nos daban igual. Nosotros solo estábamos pendientes del mirón y de que no se moviera. Entonces Silvia me soltó la polla y pude ver su cara de morbo.

Iba a hacerlo.

Se inclinó hacia delante y pasó las dos manos por su espalda, soltándose el sostén y con mucha habilidad se lo sacó por los brazos y lo metió en el bolso que estaba en el suelo. Luego se subió los tirantes del vestido para cubrirse los pechos que ahora se movían libres bajo la tela.

—Uf, ¿por qué te tapas? —le pregunté.
—¿Qué quieres, que me quede aquí medio desnuda?
—Por supuesto...

Nos fundimos en un beso húmedo y Silvia reanudó su tarea masturbatoria volviéndome a agarrar la polla. Yo le sobé las tetas por encima del vestido, haciendo que bailaran arriba y abajo, el movimiento de sus tetas bajo la tela era bestial y entonces me di cuenta de que si Silvia seguía pajeándome a ese ritmo no iba a tardar mucho en correrme.

Ahora era mi turno.

—Espera, para..., déjame a mí... —y detuve su brazo hasta que Silvia me soltó la polla.

Bajé la mano y rocé su tobillo y despacio fui subiendo los dedos sin dejar de tocar su piel por debajo de la falda. Noté cómo se le erizaba el vello al paso de la yema por sus gemelos, por las rodillas, por los muslos... hasta que me topé con sus finas braguitas negras.

Me encantaba acariciarla por debajo de la falda, me daba mucho morbo, y aparté sus braguitas, colando uno de mis dedos entre sus labios vaginales.

—¡Santi... mmmmmm!

—Te gusta esto, ¿eh?, te conozco bien... —dije introduciéndole un dedo en el coño.

Miré hacia atrás y el mirón seguía en su sitio. Moviendo la mano sobre su rabo sin dejar de observarnos. No era más que un pervertido. Un *voyeur* que disfrutaba de las maravillosas vistas que le ofrecíamos, mientras Silvia se empezaba a retorcer en el asiento al sentir mi dedo entrando y saliendo de su interior. Echó la cabeza hacia atrás restregando el culo en su butaca y se le escapó otro gemido.

Cuando cerró los ojos y se abandonó al placer que sentía, el viejo me hizo un gesto con el pulgar, como diciéndome que se lo estaba pasando muy bien y yo seguí masturbando a Silvia, mientras retaba a aquel pervertido con la mirada.

No iba a dejarme intimidar como la otra vez.

Me ponía a mil hacerle un dedo a Silvia sin apartar la vista de ese tío, que sonreía socarronamente tocándose la verga. El muy cabrón parecía muy seguro de sí mismo, igual que yo, pero estaba convencido de que desde el incidente en la tienda de animales me había ganado su respeto y ahora ni tan siquiera se atrevería a acercarse a nosotros.

Se iba a tener que conformar con hacerse una paja viendo cómo hacía disfrutar a mi mujer.

Silvia subió un pie en el asiento y tiró de la rodilla hacia fuera, abriéndose de piernas, ahora sí, mi dedo entraba con demasiada facilidad en ella y hasta me pareció poco para ese coño, que me pedía más, hablándome con el lenguaje especial de sus fluidos. Y no me conformé con otro, le metí dos de golpe, para empezar a follármela rápido con tres dedos.

Estaba demasiado excitada, pero no se acababa de soltar del todo, incluso se giró para comprobar que el viejo seguía en su sitio y se quedó unos segundos mirándole. Y cuando lo hizo se encontró al

mirón con su pollón en la mano, sacudiéndosela a buen ritmo. De repente, otro gemido salió de su boca y se volvió hacia mí.

—¡No puedo más... estoy a punto! —susurró en mi oído.
—¿Ya vas a correrte?... mmmmm, espera, todavía no, joder... es muy pronto...

Y yo pensando que debido a la presencia de ese tío Silvia no estaba a gusto, y resultaba que no le faltaba mucho para llegar al orgasmo. Al subir el pie en el asiento su pierna quedó libre por la abertura lateral del vestido, enseñando todo el muslo al mirón mientras se retorcía en la butaca.

—Aaaaah... ¡qué bueno!, sigueee un poco más... —jadeó Silvia.
—¡Espera, no termines así!, ¡quiero follarte! —exclamé yo interrumpiendo el movimiento de mi brazo.
—Nooooo, no te pares, ufff... ¡me has dejado a puntito! —dijo meneando las caderas ella misma para que mis dedos siguieran entrando y saliendo.

Pero yo retiré la mano, dejando su coño abierto, húmedo y palpitando. En cuanto lo hice, sus braguitas volvieron a la posición original y pude ver la cara de decepción de mi mujer.

Tiré de mis pantalones hacia abajo descubriendo mi polla y me la agarré con la mano ofreciéndosela a Silvia, que no lo dudó dos veces cuando vio mi erecto miembro a su lado.

—¿Quieres chupármela?
—Uf, ahora no, ya estoy a punto, Santi...
—Vale, hemos venido aquí a follar, vamos, ven aquí, siéntate encima de mí...

Silvia echó otra ojeada hacia atrás, lo mismo que yo, el mirón seguía en su sitio, y decidida se subió la falda, sentándose en mi regazo, pero de espaldas a mí, y la sujeté por las caderas mientras posaba su imponente trasero sobre mi polla. Es verdad que mi mujer había ganado unos kilos, pero en ese momento su culazo me pareció

sublime cuando apareció ante mis ojos, tan solo cubierto por sus finas braguitas.

Se echó hacia atrás y se acomodó mi polla entre sus piernas y cuando ya estábamos listos me la agarré mientras ella se apartaba las braguitas para ponerla a la entrada de su coño. No es que fuera la postura más cómoda del mundo y al primer intento no pude clavársela, haciendo que Silvia se pusiera más nerviosa.

—Vamos, no puedo más... ¡métemela!

Yo me la sujetaba firme, pero desde atrás me costaba hacerlo, ya que mi polla no es que fuera excesivamente grande y además, las braguitas entorpecían mi cometido. Silvia levantó las caderas y descendió suave, soltando un gemido al pensar que ahora sí, se había sentado sobre mi polla, sin embargo, volvió a protestar al darse cuenta de que su coño seguía vacío.

—¿Pero qué haces?, métemela, vamos, quiero que me folles... aaaah...
—Ya voy, pero estate quieta, deja de moverte, que así no puedo..., ¡me estás poniendo nervioso!
—¡Quita, déjame a mí! —me pidió Silvia agarrándomela con dos dedos a la vez que con la otra mano se apartaba las braguitas.

Y de repente acomodó mi polla a la entrada de su coño y se dejó caer hasta apoyar sus glúteos en mis muslos. Se levantó un poco y repitió la misma operación dos veces más, sintiendo mi caliente verga deslizándose en su interior. Esta vez sí.

Me estaba follando a mi mujer en el cine.

Pasé las manos hacia delante sobando sus tetas y tiré de los dos tirantes para desnudar sus pechos, que comenzaron a botar libres, al ritmo al que Silvia me cabalgaba. Ya me daba igual si el viejo veía desnuda a mi mujer, pues todo mi afán era echarle un polvazo en aquella sala y salir de allí como un puto triunfador.

—¿Te gusta, eh? —suspiré en su oído mientras Silvia seguía montándome a la vez que ahogaba sus gemidos.

Giró la cabeza y nos fundimos en un morreo húmedo y guarro entremezclando nuestras lenguas. Dejé sus tetas huérfanas de caricias cuando bajé las manos para ponerlas en su cintura y acompañar los movimientos de Silvia sobre mí. Me follaba despacio, disfrutando de ese polvo prohibido delante del mirón.

Parecía que no quería que se terminara y así me lo hizo saber.

—¡No te corras todavía, nene!, aguanta un poco más..., aaaah, ¡qué bueno!
—Uf, lo intento, pero me lo estás poniendo difícil... ¡me estás volviendo loco moviendo el culo así!

Y cuando nos quisimos dar cuenta, ¡el viejo mirón había dejado su asiento!, y descendía sin tan siquiera guardarse la polla. Avanzó unos metros y sin preguntar se sentó justo a nuestro lado. Silvia notó que rozaba con la pierna a alguien y al abrir los ojos se encontró con ese tío allí.

Haciéndose una paja como si fuera lo más normal del mundo.

El viejo se inclinó hacia delante, por la abertura de la falda se le veía todo el muslo a mi mujer, pero no se conformó solo con eso, y encendió un par de segundos la luz del móvil, alumbrando directamente a su coño.

—Vaya, vaya, pero, ¿qué es lo que tenemos aquí? ¿En serio estáis follando?

5

No hicimos caso a su comentario y al apagar tan rápido la linterna no me dio tiempo a reprenderle por lo que había hecho. Pero tengo que reconocer que en cuanto se puso a nuestro lado me dio mucho más morbo y me puse nervioso, y creo que a Silvia le pasó lo mismo, aunque de primeras se guardó las tetas en el vestido.

—No, rubia, ¡no me jodas!, no te las tapes, ¡¡si tienes unas tetas cojonudas!! —exclamó el mirón tirando de unos de sus tirantes hacia abajo y descubriendo uno de sus pechos.

—¡Aparta, cerdo! —protestó Silvia colocándose de nuevo el vestido.

—Ey, tío, ni se te ocurra volver a tocar a mi mujer... —le advertí en medio del polvo levantando el dedo.

Me gustó mucho que Silvia le parara los pies y que entre los dos le pusiéramos en su sitio con determinación, sin embargo, eso no rebajó nuestra calentura y Silvia siguió follándome, solo que ahora incrementando el ritmo.

—¿Te ha gustado que ese cerdo te vea las tetas? —jadeé en su oído.

—¿Qué...?, nooooo...

—Claro que te gusta..., he notado lo caliente que te ponías, uffffff, Silvia, quiero que te deseé, que vea lo buena que estás —suspiré tirando de uno de sus tirantes para destaparle un pecho.

—Noooo, para, ¿qué haces? —me preguntó ella, dejándose hacer.

—Da igual, deja que te vea... no me importa...

—Uf, sigueee, un poquito más...

—Sí, ¿vas a correrte?, yo estoy a punto —la anuncié ante mi inminente orgasmo.

Estaba orgulloso de follarme a una jaca como Silvia delante del viejo y me tensé para que mi polla se clavara en lo más profundo de su coño. Miré al viejo desafiante con las manos en la cintura de mi mujer, mientras le daba golpes de cadera acompasando mis sacudidas al movimiento de su culo.

—Es mucha hembra para ti la rubia, je, je, je... —soltó el viejo de repente.

Yo seguí embistiéndola sin dejar de mirarle y bajé el otro tirante de su vestido para que el cabrón viera cómo se le bamboleaban las dos tetas al ritmo de mi follada. El mirón se sacudía la polla frenéticamente y por la velocidad de su mano, a él tampoco le faltaba mucho para terminar.

—¿Has visto cómo me la follo? ¿Vas a correrte ya, cerdo? —le pregunté intentando vacilarle un poco.

El viejo sonrió y detuvo la paja que se estaba haciendo. Entonces bajó la mano y acarició el muslo de mi mujer, haciendo que los gemidos de Silvia subieran de nivel. Eran increíble, pero con un leve roce el muy cabrón consiguió que mi mujer se volviera loca. O quizás es que yo le estaba llevando al borde del orgasmo con el polvazo que la echaba y el mirón se había vuelto a aprovechar de la situación.

Sí, tenía que ser eso.

No podíamos caer otra vez en la misma trampa y aparté la mano del viejo con decisión, mirándole fijamente.

—Si la vuelves a tocar se acabó, y te quedas con un palmo de narices —le advertí.

Pero Silvia ajena a lo que pasaba entre el mirón y yo, golpeaba su culo contra mis muslos cada vez con más potencia. Y cuando

noté que el orgasmo brotaba de mis pelotas intenté avisarla, y puse las manos en sus caderas para que ralentizara el ritmo.

—Aaaaah, Silvia, paraaaaa... aaaaah, aaaaah... para... un momento, más despacio...

Ella se giró por el lado contrario, para que el viejo no viera su cara de placer, me comió la boca sin dejar de follarme y yo no pude más.

—Aguanta un poco... no te corras ahora... —me pidió. Pero ya era tarde.

—Silvia, aaaaaah, aaaaaah... no puedoooo, paraaaaa... aaaaah, joderrr, diosss, me corro, me corro.

—Un minuto más... solo un min... ¡¡AHHHHHGGGGG!! —y un potente gemido salió de su boca sin saber por qué.

Mientras me corría dentro de Silvia no quise mirar al viejo, que ya se estaría imaginando lo que pasaba. Y es que al eyacular dentro de ella le había dado un gustazo tremendo a Silvia y ya nos importó una mierda que la pareja que teníamos delante nos mandara callar.

—Aaaaah, ¡qué rico, mmmmmm! Aaaaah, me estoy derritiendo —dije dejándome llevar.

—¿Quéeeee?... noooooooooooo, no te corrassss, noooo... AAAAAH... —volvió a jadear incrementando el ritmo de su cabalgada.

Entonces me di cuenta de lo que sucedía, esos aullidos de placer repentinos de Silvia se debían a las rudas manos del mirón, que le apretaba las tetas, hundiendo sus dedos en la piel, como si se las quisiera hacer estallar. Y cada vez que se las estrujaba mi mujer gritaba completamente extasiada.

—¡¡¡¡AAAAH, AAAAAH, AAAAAH, AAAAAH!!!!

Mi polla deshinchada salió de su coño, aunque Silvia siguió moviéndose intentando follarme y notó mi humedad brotando entre sus piernas y mi pingajo frotándose contra su culo. Entonces se

quedó parada dejando que el mirón, con una sonrisa sarcástica, manoseara sus tetas a la vez que se pajeaba con la otra mano.

Intenté apartar sus garras del cuerpo de Silvia, que tenía la respiración acelerada y gemía cada vez que él sobaba sus pechos sin decirle nada, como si no le importara que aquel tío estuviera metiéndola mano delante de mis narices.

—Ey, tío, tranquilo, que a tu mujer le gusta, además, ella me lo permite, ¿no ves que no protesta? —dijo sin apartar sus manazas de las tetas de Silvia—. Le has dejado a medias, todavía no se ha corrido, je, je, je.

La cosa se estaba poniendo seria.

Y busqué el apoyo de mi mujer, teníamos que hacer un frente común contra aquel cerdo. Ese era el plan inicial y había que reconducir con urgencia la situación.

—¿Qué pasa, Silvia?, ¿no te has corrido?, yo pensé que... que... —tartamudeé intentando poner un poco de cordura en lo que estaba sucediendo.

—No le hagas caso, ha estado muy bien —susurró Silvia echándose hacia atrás para darme un beso en la mejilla.

—Es mucha hembra para ti, ya te lo dije la otra vez —se burló de mí el mirón—. Uf... ¡qué buena está! ¡menudas berzas tiene la rubia! —exclamó sin dejar de meneársela.

Silvia bajó la mirada y se quedó mirando cómo el viejo se la cascaba delante de nosotros a un ritmo frenético. Yo le aparté la mano de un golpe seco y tiré de los dos tirantes de su vestido hacia arriba, cubriendo los pechos de mi mujer.

Se acabó la función.

Pero el viejo protestó. Eso no entraba en sus planes.

—No, tío, pero, ¿qué haces?, al menos deja que le vea las tetas para hacerme la paja, ella me está mirando la polla, es lo justo, ¿no?

—me pidió bajando un tirante para volver a descubrir una de sus tetas.

—Te he dicho que no la toques...

—Ehhh, ahora no la he tocado a ella, solo el vestido, si veo sus tetas me correré enseguida, ¿no es eso lo que queréis?

Yo fui a taparla de nuevo tirando del tirante, pero esta vez fue Silvia la que me lo impidió.

—¿Qué haces, Silvia? —pregunté yo sin saber qué pretendía mi mujer.

—Da igual, déjalo, cuanto antes termine mejor... —dijo ella.

—¿Ves?, anda, haz caso a la rubia... y todos tan contentos... —intervino el viejo.

—Y a ti, ni se te ocurra volver a tocarme —le recriminó Silvia.

—Vale, vale, entendido, sin tocar... —y con todo el cuidado del mundo tiró del otro tirante agarrándolo con dos dedos en forma de pinza y bajándoselo por un lado para destapar su otro pecho.

Ahora Silvia volvía a estar con las dos tetazas al aire.

Y el mirón se las miraba relamiéndose mientras reanudaba su paja. Otra vez me fijé en su polla, que a cada sacudida se le ponía más grande y gorda. Aquella verga no era ni medio normal para un tío de su edad. Debía ser el doble que la mía en cuanto a grosor y cuatro o cinco dedos más larga y en el tronco central se le marcaba una pedazo vena que parecía a punto de explotar.

—¿Te gusta, eh? —alardeó el mirón cuando sorprendió a mi mujer mirándosela—. Pero, tú no te cortes, rubia, me la puedes tocar si quieres, no me importa, es toda tuya... siento que este inútil te haya dejado a medias y no sepa follarte como dios manda... —y se soltó la polla apoyándola sobre su tripa.

—No, Silvia, no lo hagas —le pedí yo—. Ahora deberíamos irnos...

Pero Silvia seguía sentada encima de mí sin moverse y yo no podía hacer nada, el voluminoso cuerpo de mi mujer me tenía medio aplastado contra el asiento.

—Venga, termina ya, y ahora ¿por qué paras? —le preguntó Silvia al viejo.

—Porque necesito algo más para correrme... no estaría mal si me ayudaras un poco —dijo subiendo una mano y pellizcando un pezón de mi mujer.

—¡¡Auuuuu, cabrón!!, ¡me has hecho daño!

—¡Que no la toques! —le amenacé yo en alto.

Y cuando me quise dar cuenta el mirón le había cogido a Silvia por la muñeca guiando la mano de ella hasta su polla.

—Así terminaría muy rápido..., ¿o es que ni tan siquiera puedes conseguir que se corra un pobre viejo como yo? —la retó él.

Pensé que Silvia se iba a negar, a pesar de lo excitada que se encontraba y lo morboso de la situación, hasta el momento le estaba parando muy bien los pies, además, habíamos hablado de lo que teníamos que hacer si llegábamos hasta este punto, pero ante mi sorpresa, Silvia cerró los dedos sobre su falo, empuñando su erección.

—Mmmmmm, eso es... la echabas de menos, ¿eh?, je, je, je, tranquila, les pasa a todas igual, en cuanto la prueban siempre repiten... —dijo el viejo en plan fanfarrón.

—Silvia, ¿qué haces?, ¿por qué le agarras la...

—Es para que termine cuanto antes, así nos dejará en paz... —suspiró Silvia interrumpiendo mi pregunta, con un argumento que no se creía ni ella misma, y empezó a masturbarle lentamente.

El viejo volvió a manosearla, apretando y estrujando sus tetas y de vez en cuando le pellizcaba los pezones. Los gemidos de Silvia fueron subiendo de nivel y sus caderas comenzaron a moverse encima de mí. El ronroneo de su mi mujer, unido al baile de su culo hizo que mi polla recobrara vida de nuevo.

Y al mirar hacia abajo observé la mano de Silvia meneando despacio la poderosa tranca del mirón, le pajeaba agarrándosela con

fuerza, como me había hecho antes a mí, pero a un ritmo pausado y continuo.

—Así no me voy a correr en la puta vida, yo no soy como el pichafloja de tu marido, joder... mmmmm, me encanta la carita de cachonda que pones, ¿te gusta mi polla, eh? —preguntó bajando la mano para comprobar el estado de su coño—. Ahhhgggg, joder, ¡qué puto asco!, no tenías que haber dejado que este se corriera antes... así no te voy a poder follar...

—Tú no te vas a follar a nadie —aseguré yo con voz firme.

—Eso lo tendrá que decidir la rubia, ¿no? —dijo el viejo volviendo a subir sus rudas manos y apretando sus pechos—. Anda, ven aquí, zorra, y déjate ya de tonterías —y agarró con fuerza su cuello tirando hacia abajo, y cuando mi mujer se quiso dar cuenta tenía la polla de ese tío pegada en su mejilla.

—¡¡Suéltame!! —le gritó mi mujer.

—¡Déjala, cerdo o te parto la cara! —le amenacé yo mientras mi polla no dejaba de crecer bajo los glúteos de Silvia.

—Es solo hasta que llegue..., y ya te dejo..., con la mano no voy a terminar nunca... —aseguró el mirón—, ¿en serio no puedes conseguir que un viejo como yo se corra?

El muy cerdo acababa de tocar la tecla exacta. Silvia parecía herida en su orgullo, ningún hombre se había podido resistir a sus encantos y ahora aquel sinvergüenza le acababa de retar. Y a orgullo no la ganaba nadie. Ella misma se inclinó en el regazo del viejo, sin que él volviera a pedírselo.

—Te vas a enterar —susurró mi mujer furiosa.

—Abre la boca, eso es... ¡¡immmmmmm!! —exclamó el mirón cuando mi mujer le pasó la lengua por todo el tronco sin dejar de meneársela con la mano.

A la segunda pasada de arriba abajo por su rabo, el viejo acarició su cuello y ella hizo círculos con la lengua sobre su morado capullo. Por más que Silvia lo deseara iba a ser imposible meterse semejante verga en la boca. Y aun así lo intentó. Con todas sus ganas. Abrió la

mandíbula como un tiburón hambriento y cuando cerró los labios sobre esa barra de carne incandescente apenas pudo tragarse el glande.

A mí no había querido chupármela, pero a ese viejo se la comía con devoción. ¡Y yo no salía de mi asombro!

—¡Silvia! —protesté sabiendo que estaba perdiendo el control de la situación, pero ella no me hizo caso.

Además, mi polla me delataba. Y Silvia se había dado cuenta de que me estaba excitando demasiado todo aquello, pues ya notaba mi erección bajo sus glúteos.

Me quedé unos segundos mirando cómo mi mujer le aplastaba las tetas contra sus muslos y le mamaba la polla a ese señor. Cada poco se la tenía que sacar de la boca para coger aire y aprovechaba para darle golpecitos con la lengua a la vez que se le meneaba y luego se la volvía a introducir tratando al menos de tragarse su capullo al completo, cosa que consiguió un par de veces, inflando sus mofletes de una manera extraña.

El mirón sonrió y acarició su pelo.

—Muy bien, rubia... aaaah, ¡tengo que reconocer que eres muy buena con la boca!, joder, no me la habían comido así en la vida... —y bajó la mano para acariciarle la cara interna de los muslos.

Esta vez no se conformó con tocarla por encima, tiró de una de sus piernas hacia fuera, abriéndola, para luego, clavar el índice en su coño.

Aquel dedo tenía un grosor casi como el de mi polla y se dispuso a follarla con él. Silvia tensó las caderas y ahogó sus gemidos, luchando por seguir avanzando en su intento de meterse lo máximo posible la verga del mirón en la boca.

—¡Qué asco!, espera un momento, rubia... —protestó él tirando de su pelo hacia arriba y sacando la mano de su falda—. Vamos al

baño, tendrás que limpiarte un poco si quieres que sigamos..., ya no me queda mucho..., creo que lo vas a conseguir... —y se incorporó del asiento a la vez que se guardaba la polla en los pantalones y después agarraba el brazo de Silvia para levantarla como si fuera una pluma.

—¿Qué haces? —protestó Silvia.

—Ey, deja a mi mujer, cabrón...

¡¡¡PLAS!!!

Y sin que me lo esperara, y con toda la tranquilidad del mundo, el viejo me soltó un guantazo rápido en la mejilla con el dorso de la mano, haciendo que cayera hacia atrás, mostrándole mi pollita erecta. Me quedé sentado sin atreverme a reaccionar, y él se abalanzó sobre mí.

—¡Cállate ya la boca de una puta vez!

—No, no, no me pegues más, por favor... —le rogué cuando él volvió a levantar la mano.

—Joder, eres patético, pensé que tenías más cojones, te suelto una cachetada y ya te has meado encima... —dijo poniéndome la mano sobre el cuello y apretando sin hacer mucha fuerza—. No vamos a pelearnos aquí, ¿no?, anda, guárdate esa cosita, levántate y ven con nosotros... —me pidió soltándome.

—No vuelvas a tocar a mi marido —le amenazó Silvia.

—Perdona, es que ya se estaba poniendo un poco pesado...

—No vamos a ir contigo a ninguna parte... —le dijo mi mujer.

—¿Y vas a dejarme así? —preguntó mostrando su paquete—, pensé que eras diferente..., especial, pero ya me veo que me he equivocado contigo, ni tan siquiera has conseguido hacer que un pobre viejo como yo se corra...

—Ese es tu problema... —respondió mi mujer observando el exagerado bulto que se le marcaba bajo los pantalones.

—Vamos, solo van a ser cinco minutos, te lo juro que estoy a punto y además, yo también quiero hacer que disfrutes...

—Silvia, no —intervine yo viendo en su cara la determinación y el convencimiento, pues había sido herida en su orgullo y ya no iba a

parar hasta hacer que se corriera el viejo.

—Ya casi hemos terminado... —insistió él.

—Joder, de acuerdo, cinco minutos, ehhhh, ni uno más... —cedió Silvia, que sin duda alguna quería seguir gozando con el pollón de ese tío.

El mirón agarró su mano y tiró de ella para salir del cine con mi mujer, que se dejó llevar a los baños, dispuesta a terminar lo que había empezado. Yo les seguí y llegamos al pasillo del que iban saliendo las distintas salas. El viejo pasó el brazo por la cintura de mi mujer para guiarla, bajando un par de veces la mano, y sobando su trasero por encima del vestido.

—Estás muy buena, rubia... —dijo soltando un azote sobre el glúteo de Silvia.

—¡Para un poco, aquí no!

Cualquiera podría habernos visto, aun así, Silvia caminó impúdicamente, moviendo las caderas con descaro, y yo les seguí a dos metros de distancia, hasta que llegamos a los baños de los cines.

—Venga, vamos, y tú quédate en la puerta... vigilando... —me ordenó el viejo—. Hoy está de segurata el Bartolo y como nos pille... este es de los que nos denuncia y llama a la policía..., no querrás que tu mujercita se vea implicado en un escándalo así... ¿verdad?

Y se metió en el baño de hombres abrazando a Silvia de la cintura antes de darle otra cachetada en el culo.

—Tira pa dentro, rubia... y no te preocupes por nada... que ya tenemos a tu marido vigilando... en cuanto te limpies un poco voy a hacer que te corras como te mereces...

6

Me daba mucha vergüenza mi comportamiento y el haberme amilanado cuando el viejo me cruzó la cara, y ahora Silvia estaba dispuesta a satisfacer las exigencias de ese tío, que ya nos dominaba a su merced.

Como me ordenó el mirón, me quedé en la puerta por si venía el chico de seguridad con el que antes nos habíamos cruzado por el pasillo. La advertencia de que si nos pillaba podía denunciarnos por escándalo público e incluso llamar a la policía hizo que todavía me pusiera más nervioso. A pesar de eso, me encontraba extrañamente excitado, y eso que me acababa de correr, pero ver al viejo manoseando a mi mujer en medio del pasillo había hecho que se me pusiera más dura.

Entré en el baño y eché una ojeada rápida para ver qué es lo que estaban haciendo. Cuando me asomé, Silvia se limpiaba el coño con un poco de papel y al terminar, el viejo le agarró por la cintura e hizo que se inclinara sobre el lavamanos sacando el culo hacia fuera. Me fijé que las bragas de Silvia se encontraban hechas un ovillo en el suelo y él metió las manos por el lateral de su falda hasta que desnudó su culo.

El mirón se quedó unos segundos deleitándose con el trasero de Silvia y luego le soltó una cachetada suave. ¡*Plas*!

—Uf... ¡qué bien suena!, nos lo vamos a pasar de puta madre —aseguró accionando el jabón para que cayera sobre su mano a la vez que abría el grifo, para después meterla entre las piernas de Silvia.

El muy cerdo clavó un par de dedos en su coño, y se los restregó unos segundos, como si se lo estuviera lavando por dentro. Silvia se apoyó, sacando más el culo y cerró los ojos gimiendo, mientras el viejo la limpiaba con sus rudas manos.

—Bueno, creo que esto ya está listo... ven, termina tú... —y pulsó el botón del jabón para que cayera sobre la palma de Silvia.

En cuanto notó el jabón, bajó la mano y mi mujer se introdujo un par de dedos en el coño para terminar de asearse. La escena me parecía tremenda y me asomé fuera otros treinta segundos comprobando que no venía nadie.

Al regresar al interior, Silvia seguía con el culo desnudo y ahora se metía y sacaba los dedos de su coño con rabia, mostrándole al viejo lo caliente que estaba.

—¡Madre mía!, joder, tío, ¿has visto a tu mujercita? —me preguntó al verme—. Le digo que se limpie un poco y la muy puta se hace un dedo, je, je, je. Tengo que reconocer que me la ha puesto muy dura. ¡Anda, ven aquí! —dijo incorporándola y agarrando su brazo para meterse juntos en un reservado.

Desde mi posición ya no podía verles, aunque no cerraron la puerta. Salí fuera y eché otro vistazo, no había nadie y me metí en los baños avanzando hasta donde se encontraban. Mi mujer tenía las dos tetas fuera y se miraban a los ojos frente a frente mientras el viejo, ahora con la camisa abierta, manoseaba su culazo. Los dos se dieron cuenta de mi presencia, pero no dijeron nada y Silvia no pudo más y tiró con fuerza del pantalón del viejo para desabrochárselo y meter la mano por dentro.

—¡Qué ganas de polla tienes! —exclamó el mirón dejándose hacer.

Y de repente, su venosa polla apareció entre los dedos de ella, que se afanó en sacudir con ganas aquella verga, agarrándosela a dos manos. El mirón acarició su cuello y tiró de Silvia para acercar su

boca a la de mi mujer. Eso sí que no me lo esperaba. Podía entender que le gustara su polla, pero que abriera los labios para besarse con el viejo ya me descolocó del todo.

¡¡Silvia estaba decidida a desplegar todos sus encantos para hacer que el viejo se corriera!!

El muy cabrón no dejaba de sobar su culazo mientras se morreaba con Silvia, que lejos de amilanarse, le correspondía lamiéndole los labios y entremezclando sus lenguas en un beso guarro, húmedo y soez. Cuando el viejo bajó la cara para chupar su cuello, Silvia no pudo más y me miró fijamente a los ojos aumentando el ritmo al que le meneaba la polla y bajó una mano para sobarle los huevos.

—¿Vas a correrte ya? —le preguntó mi mujer.

—Mmmmm, me matas, rubia, todavía me queda un poco, yo no soy como el inútil de tu marido, que termina en quince segundos, je, je, je —y apartó de nuevo sus braguitas metiendo dos dedos dentro.

Eran gruesos, ásperos y varoniles y se los clavaba con fuerza, formando en su interior un gancho a la vez que la penetraba. Silvia tuvo que agarrarse a su cuello con las dos manos, soltándole la polla y comenzó a gemir en alto.

—Aaaaaah, aaaaah, aaaah, síííí, síííííí —se dejó llevar mientras ese desgraciado ya tenía el control absoluto de la situación.

Y a punto de conseguir que Silvia se corriera le sacó los dedos y tiró de su vestido hacia abajo desnudando sus tetas. Mi mujer le miró sorprendida, preguntándose por qué se había detenido ahora que estaban tan cerca de llegar al orgasmo los dos.

Con un rápido movimiento el viejo la giró y le puso el antebrazo contra su espalda, prácticamente inmovilizándola.

—No, joderrr, para, para, estate quieto..., ¿qué haces? —protestó Silvia.

—Si te la meto me voy a correr, te lo prometo, ¿no es lo que quieres?, me tienes muy cachondo y ya no puedo más.., ahora voy a follarte, rubia...

En cuanto sintió su polla entre las piernas, Silvia apoyó la cara contra los fríos azulejos del baño y ella mismo buscó la abertura de su falda para ir pasando la tela por un lado y desnudar su culo. El mirón se puso detrás de ella y le pegó varios golpecitos secos con su verga en medio del coño, haciéndola gritar de placer.

—Mmmmm, ¡cómo chapotea! ¿Lo escuchas? —me preguntó disfrutando del momento—. Venga, anda, sal fuera y vigila, luego te dejamos mirar un poco para que te hagas una paja, je, je, je..., ¡¡ahora voy a follarme a tu mujercita!!

Me quedé unos segundos quieto, no me apetecía salir de allí y dejar a Silvia en las garras de aquel cretino, que seguía restregando su polla entre sus piernas. Mi mujer no paraba de gemir con los ojos cerrados y cada vez sacaba más el culo hacia fuera buscando el contacto.

—No, aaaaah, para, para, aaaaah... —le pidió por última vez.

Pero el muy cerdo se lo estaba haciendo desear. Nos lo estaba haciendo desear.

—Vamos, vete fuera a vigilar, o no voy a poder follarme a la rubia, en cuanto se la meta se va a poner a chillar... —me repitió el mirón.

Entonces la voz de mi mujer me sacó del trance en el que me encontraba.

—Por favor, Santi, sal fuera... haz lo que te dice... —susurró en una especie de gemido.

—¿Entonces quieres que te folle? —se regodeó el viejo.

—Eres un cabrón, aaaaah, aaaaah...

Eché a andar hacia la puerta y un segundo antes de abrir, un potente gritó desgarrador brotó de la boca de Silvia.

—¡¡¡AAAAHHHHHHH!!!

No sabía qué hacer, si dar media vuelta para ver por qué había gritado así, o quedarme en medio del pasillo como me habían pedido. Y después del primer aullido de Silvia vino otro. Y después otro.

El viejo mirón ya se estaba follando a mi mujer en los baños del cine.

Y la cosa se puso peor cuando vi aparecer al de seguridad al fondo del pasillo. Debí de disimular muy mal, porque echó a andar en mi dirección con paso decidido. Sin tiempo que perder entré en los baños y fui hasta la última cabina, donde el viejo, con los pantalones por el suelo, embestía a Silvia agarrando con fuerza sus tetas.

—¡¡Parad, parad... viene el segurata!! —les avisé.
—¡Mierda, no me jodas!, ¿en serio? —preguntó el mirón deteniendo sus movimientos.

Silvia miró hacia atrás, preguntándose por qué había parado de follársela y ella misma meneó las caderas para que siguiera.

—¡No pares, sigueee..., venga, córrete ya...! —le pidió al viejo.
—Silvia, ese tío viene hacia aquí... —les advertí.
—Yo creo que ahora mismo le da absolutamente igual, je, je, je... —alardeó el mirón sacándosela para dejarla apoyada sobre sus glúteos.
—Parad ya, joder, o por lo menos cerrad la puerta... —dije yo entornándola un poco.

No me dio tiempo a volver a salir, pues cuando me dirigía de nuevo al pasillo se abrió el acceso al baño y apareció el tipo de seguridad, con sus extrañas gafas de culo vaso.

—Buenas noches —me saludó con una irritante voz de pito.
—Buenas noches...

Se metió en un reservado a hacer pis y yo me lavé las manos. Cuando terminó se puso a mi lado, en el otro grifo y de repente se escuchó un gemido que provenía del último cubículo.

No cabía duda de que había sido una mujer.

Frunció el ceño y nos miramos a través del espejo, entonces sacó la porra, se acercó a la puerta y le dio un ligero empujón con ella. Pensé que al menos habrían echado el cerrojo, pero otra vez me equivoqué.

Y la puerta se abrió lentamente.

—¡¡¡¿¿Pero, qué coño es esto??!!! —gritó el segurata con su particular voz.

7

El mirón estaba detrás de mi mujer, con su polla dentro, follándosela despacio contra la pared. Las descomunales tetas de Silvia lucían aplastadas contra los azulejos y abrió la boca, soltando un gritito, al verse sorprendida por aquel tipo.

—¿Otra vez tú? —le inquirió al viejo.

Estaba claro que no era la primera vez que le pillaba en una situación así. Yo me puse muy nervioso, pero el mirón se quedó tan tranquilo, sacando su verga del interior de Silvia y volviéndola a dejar apoyada sobre su culo.

—Te advertí que si te cazaba otra vez te iba a denunciar..., lo siento, ya no puedo dejarlo pasar, además, esta vez tengo testigos —dijo mirando hacia mí y cogiendo el móvil para llamar a la policía.

—Espera, venga, tío, enróllate un poco, y por este no te preocupes, es el marido de la rubia... —le interrumpió el viejo.

—¿Cómo dices? ¿El marido?

—Sí, es solo un cornudo al que le gusta ver cómo se follan a su mujer...

—Ey, no te pas... —quise intervenir yo.

—Shhh, cállate, te pedí que vigilaras la puerta y ni para eso sirves... —me regañó.

—Pero si os he avisado que venía...

—Venga, déjanos terminar, y hacemos como que aquí no ha pasado nada... —le pidió el viejo al segurata sin hacerme caso.

—No puedo, tengo que cumplir con mi trabajo...

Durante toda la conversación surrealista que se traían entre los dos, Silvia no cambió de posición, pero al menos, se subió el vestido para taparse las tetas, mostrando un mínimo de pudor y decencia, aunque siguiera sacando el culo con la esperanza de volver a ser penetrada.

—¡No me jodas!, ¿pero no has visto lo buena que está la rubia?, nos has cortado el polvazo a la mitad, y mira qué cachonda está... —le explicó el viejo restregando la polla entre sus piernas para que se escuchara el chapoteo—. Déjanos un poco más...

—¡Hostia! —exclamó, abriendo los ojos de par en par detrás de sus gafas de culo de vaso.

—¿Ves?, lo que te decía..., si quieres puedes mirar cómo me la follo, no nos importa, ¿verdad, rubia?

Silvia apenas podía articular palabra, y emitía pequeños gemiditos, a la vez que movía sus caderas, mientras el viejo le frotaba la verga por los labios vaginales.

—Seguro que podemos llegar a un acuerdo —soltó el mirón.

Pude ver en la cara de Bartolo que empezaba a tener dudas, había echado la mano al móvil, pero la erección bajo sus pantalones marrones le delataba. Y ahora el viejo le estaba ofreciendo un trato.

—¿Qué te apetece hacer?, ¿quieres sobarle las tetas?, te aseguro que son impresionantes...

—Este no va a tocarme un pelo —aseguró Silvia.

—No, no puedo... tengo que denunciar, de verdad... —se reiteró el segurata.

—¿Quieres tocarle el coño y ver lo mojada que está?, ¿quieres soltarle un azote?, vamos, habla, tiene que haber algo que te guste...

—¿No me has oído que no pienso hacer nada con este tío? —volvió a decir mi mujer.

—Venga, nena, colabora un poco, no querrás que nos denuncie...

—Me da igual.

—No, de verdad que no puedo.

—Acércate, tío, mira qué melones... —dijo el viejo sacudiendo las tetas de Silvia delante de sus narices y bajando los tirantes de su vestido para descubrírselas—. Hazte una paja mientras follamos, o que te la haga el cornudo del marido si eso es lo que te pone...

Y la cara de Bartolo se transformó cuando escuchó esas palabras, comenzando a tartamudear todavía más.

—Per... perdona, ¿qué..., qué has dicho?, que me haga una paja, ¿quién?

—El marido, que te la menee mientras me follo a la rubia...

—Ni de coña..., no te lo crees ni tú —me negué yo.

—Yo prefiero que me la haga ella... —le corrigió.

—Está bien, como prefieras, pues que te la haga la rubia... —aceptó el mirón.

—Que noooo, que noooo —protestó Silvia—, que te he dicho que este no me va a tocar ni un pelo..., ni yo a él...

—Solo es para que se vaya y nos deje solos...

—De eso nada...

—Está bien..., qué difícil me lo pones, rubia...

Seguro de sí mismo, se agarró la polla y comenzó a restregarla con fuerza en el coño de mi mujer. Los gemidos de Silvia subieron de nivel y sacó el culo hacia fuera cediendo contra la pared, cuando las piernas le flaquearon.

—¿Quieres que te la vuelva a meter? —preguntó el mirón soltándole un duro azote en su nalga izquierda que resonó en todo el baño. *¡PLAS!*

—Ey, parad ya, en serio... —volvió a pedirles Bartolo.

—Venga, sácate la polla y hazte una paja, este se puede quedar fuera vigilando la puerta —dijo el mirón refiriéndose a mí—. Nadie se va a enterar nunca, a ojos de todos seguirás siendo un profesional intachable, te prometo que si viene alguien paramos... y cada uno por su lado...

—No, no puedo...

—Vamos, la rubia se está derritiendo...

—¡Métemela ya! —le pidió Silvia mirando hacia atrás y pasando la mano entre sus piernas para agarrarle ella misma la polla al mirón.

—Joder..., venga, vale —cedió al final el de seguridad, animado por los gemidos de Silvia... —. Pero que este vaya a la puerta...

—Bien, sí, ya le has escuchado, si quieres que me folle a tu mujercita tienes que salir fuera y vigilar...

—Silvia... —le fui a preguntar si estaba de acuerdo, pero no me dio ni tiempo.

—Hazlo, Santi, por favor... aaaaah, aaaaah... joder... sal fuera, vamos... aaaaah... —jadeó cuando el mirón volvió a restregarle la polla entre las piernas.

El vigilante de seguridad se quitó el *walkie*, dejándolo sobre el lavabo y se desabrochó el pantalón. El muy cabrón se iba a masturbar viendo cómo el mirón se follaba a mi mujer. Entonces, antes de salir al pasillo, le escuché desde la puerta con su voz de pito.

—¿Al final me hago yo la paja o me la hace la rubia?

8

El plan inicial ya hacía tiempo que se había directamente a la mierda. De hecho, no había ni rastro de él. Nuestra intención inicial era echar un polvo delante del viejo, para darle un escarmiento y al final habíamos terminado en los aseos del cine, conmigo vigilando la puerta mientras el mirón se follaba a mi mujer delante del segurata.

Todo muy surrealista.

Y a pesar de la peculiar situación, y aunque me había corrido antes, volvía a estar empalmado y muy caliente, igual que el día que el viejo se folló a mi mujer delante de mí. Ese día descubrí que me gustaba ver a Silvia con otros hombres, y durante todos estos meses había querido apartar esa idea de mi cabeza, pensando que aquello que ocurrió fue algo excepcional y que no se iba a volver a repetir. Pero tenía que asumir mi realidad.

Me acababa de convertir en un pobre cornudo y mi mujer se volvía loca con la enorme polla del viejo mirón.

Aunque no me gustaba nada la idea de dejarla sola con esos dos elementos, así que abrí la puerta y me asomé al baño. Ahora ella y el viejo estaban discutiendo, y Silvia negaba con la cabeza. Al menos le estaba poniendo un poco de cordura y parecía que no quería masturbar al segurata, que impaciente, asistía a la conversación con la polla en la mano.

—Dijiste que ella me iba a hacer la paja... —insistió Bartolo.

—Que sí, pesado, espera un momento, lo estamos hablando... —le cortó el viejo, que por unos instantes ya no lo tenía todo bajo control.

—Y tú vigila la puerta —me gritó apuntándome con la porra.

—Silvia, ¿estás bien? —pregunté yo desde la otra punta.

—Está estupendamente —contestó el mirón—. ¿A que no te importa que le haga una paja a este?

—Silvia deberíamos irnos, no me gusta esto...

—¿Qué pasa?, ¿se decide o no? —se impacientó el vigilante.

—Acércate y tócale las tetas, ¡¡mira, qué berzas tiene la puta esta!! —le pidió el mirón.

Bartolo avanzó dos pasos despacio y estiró la mano, rozando los pechos de Silvia con extremada delicadeza, como si le diera miedo hacerle daño al tocárselos.

—Pero, apriétaselos bien, hombre... ¿ves cómo le gusta? —dijo el mirón cuando gimió Silvia.

Luego se agarró la polla y la puso a la entrada de su coño, mi mujer se inclinó hacia delante y sus pechos cayeron colgando como dos ubres sobre las manos del segurata, que comprobó el peso y el tacto que tenían.

—¿Quieres que te folle? —preguntó el viejo sabiendo la respuesta.

—Sí, vamos, métemela ya, aaaaah... —le pidió Silvia abriéndose más de piernas.

—Tiene buen culo también, ¿eh? —le comentó a Bartolo, que se quedó mirando incrédulo las marcas de las manos, en la suave piel de sus glúteos.

—Joder, tío, te has pasado, lo tiene muy rojo...

—No te preocupes, a esta zorra le encantan unos buenos azotes... no veas cómo gime cada vez que le doy... ¿qué pasa? ¿te gustaría sacudirla un poco?

—¿Pu... puedo hacerlo? ¿Me dejaría hacerlo a mí?—preguntó volviendo a tartamudear.

—Pues claro, a la rubia no le importa..., podemos llegar a un acuerdo, mira, nos olvidamos de la paja y te dejo que le sueltes unos azotes, te parece bien, rubia, ¿verdad? —dijo el mirón

subiendo el vestido de Silvia para que Bartolo pudiera admirar los potentes glúteos de mi mujer—. ¿Has visto que culazo tiene?

—Aaaaah, aaaaah, vamos, métemela ya, uffff... no puedo más —le imploró Silvia agarrándole de la manga de la camisa.

—Espera, que este quiere castigarte un poco, estamos cerrando un trato... —la calló el viejo—. Entonces quedamos en eso, nos olvidamos de la paja y a cambio te dejo que azotes su culo y que nos veas follar... —le ofreció al vigilante, al que se le había iluminado el rostro.

Este ni lo dudó y se acercó a ellos. El viejo había encontrado su fetiche en unos minutos.

—Cinco azotes... —negoció agitando la porra delante de ellos, como si estuvieran regateando—. Hay que castigar a la rubia por incumplir la ley...

El viejo se inclinó sobre la espalda de mi mujer y estranguló sus tetas, apretándoselas con mucha fuerza. Silvia gritó de dolor y le suplicó que se la volviera a follar.

—Por favor... por favor, aaaaah... métemela...

—Deja que este tío te dé unos azotes y te aseguro que después te voy a echar el polvo de tu vida... hazme caso —le aseguró el mirón retirándose mientras le subía el vestido para desnudar el culo de mi mujer—. Ven aquí, amigo, es toda tuya...

Salí fuera para echar otra ojeada y rápidamente volví a los aseos. Aquello no quería perdérmelo. La cara de Bartolo se había transformado y ahora parecía un puto sádico empuñando con fuerza su porra, mientras le colgaba la polla de la bragueta.

9

El viejo estaba apoyado contra la pared, con la camisa abierta y una sonrisa de suficiencia. Me miró y afirmó con la cabeza. El muy cabrón seguía con la polla dura apuntando hacia el culo de mi mujer y se la agarraba con la mano, sacudiéndosela despacio, intrigado como yo por lo que estábamos a punto de presenciar.

El segurata se acercó a Silvia y con la porra en paralelo al suelo atizó con fuerza en medio de sus dos nalgas. *¡¡PLAS!!*

Mi mujer gimoteó en bajito y se puso de puntillas, mordiéndose los labios y buscando algo a lo que agarrarse, pero sus manos se deslizaron por los azulejos de la pared sin encontrar un apoyo y Silvia hundió la espalda, sacando todavía más el culo hacia fuera. Bartolo, recreándose en lo que acababa de hacer, se cogió la polla y se pegó un par de sacudidas, observando la marca de su porra en los glúteos de Silvia.

—Has cometido un delito de exhibicionismo y eso tienes que pagarlo, si no queréis que llame a la policía tendré que castigarte yo —dijo acercándose a ella y pasándole la porra por los dos cachetes.

El siguiente azote fue igual que el primero, duro, seco y resonó en todo el aseo. *¡¡PLAS!!*, pero esta vez el chillido de Silvia fue de dolor.

—¡¡¡AAAAAHHHHH!!! —gritó volviéndose a tensar de puntillas acercando la cadera a la pared.

Pensé en intervenir, no podía dejar que aquellos dos individuos se aprovecharan así del calentón de mi mujer y me acerqué hasta ellos,

sin embargo, Silvia, se inclinó otra vez, sacando el culo en una pose muy sensual. Su cara era de dolor, placer y morbo a partes iguales, y en sus glúteos ya se mezclaban las marcas de la mano del mirón con la porra del segurata, que ahora se meneaba la polla contemplando su hazaña.

Entonces Silvia se metió la mano entre las piernas y comenzó a masturbarse, el calor de los golpes que estaba recibiendo habían conseguido encenderla todavía más. Era increíble. Y allí se abrió de piernas dispuesta a seguir siendo castigada, sabiendo que después vendría su premio.

Ser follada por el mirón..., y al fin conseguir que se corriera.

Le miró desafiante al vigilante, que ahora parecía no tener prisa y le incitó a que siguiera golpeándola. No solo eso. Incluso le provocó.

—¿Eso es todo lo fuerte que puedes darme? —le preguntó con la respiración agitada.

—Vaya, vaya, así que a la rubia le está gustando que le den caña... ¿has visto, panoli?... a tu mujercita le gustan los hombres de verdad... —intervino el viejo.

El segurata se soltó la polla y se quedó mirando con rabia el culo de Silvia. Esta vez puso la porra en vertical sobre su glúteo izquierdo, lo apoyó dos veces en él y la sacudió de arriba abajo de refilón, *¡¡¡PLAS!!!*, haciendo que mi mujer se pusiera de puntillas, tensando su culo después del impacto.

—¡¡Diosssss!! Ahhhhgggg... —chilló.

—¿Eso ha dolido, eh, rubia?, yo que tú no le provocaría mucho... —le advirtió el mirón.

—¿Así de fuerte te gusta o quieres más? —preguntó Bartolo al que parecía que se le había puesto más dura.

Silvia echó los pies hacia atrás sin dejar de mirarle, y volvió a colocarse en posición, con la cara apoyada en la pared, la espalda curvada y el culo hacia fuera.

—¿Quieres más, eh? —dijo pasando la porra por sus dos glúteos, haciéndola desear su cuarto azote.

Bartolo se acercó a ella y la cogió por el pelo.

—¡Ahora no te muevas, ya casi hemos terminado!

Levantó la porra y la dejó caer sobre su culo golpeándola todavía más fuerte, *¡¡¡PLAS!!!*, pero esta vez no se conformó con un solo azote y le soltó el siguiente porrazo casi de seguido, *¡¡¡PLASSSS!!!*

Ya le había dado los cinco cachetazos acordados. Sin embargo, seguía agarrando a Silvia por el pelo y mi mujer no había cambiado su posición ni un milímetro.

—Sigue, no te pares ahora, la has dejado en lo mejor —le pidió el mirón.

—¿Se... seguro?, ¿puedo seguir un poco más...? —preguntó el segurata sin tenerlo muy claro.

—Pues claro, ¿no ves que la muy puta ni se ha movido y está jadeando como una perrita?

Y entonces, sin soltar su pelo, comenzó a azotar el culo de mi mujer con su porra. No la golpeaba tan fuerte como antes, pero eran impactos mucho más seguidos y Silvia cerró los ojos, gimiendo a cada gomazo que recibía y metiéndose la mano entre las piernas para acariciarse.

Un minuto más tarde, le soltó el pelo y dejó de castigar a mi mujer. El mirón y yo no entendíamos qué estaba pasando, pero lo descubrimos pronto cuando Bartolo se acercó a Silvia meneándosela a toda velocidad y acto seguido, comenzó a eyacular sobre su enrojecido culo.

—Oooooh, oooooh, ¡toma, tomaaaa, esto es para ti!

Silvia gritó de placer, como si el semen de aquel tipo la hubiera quemado la piel y dejó que él cubriera sus dos glúteos de leche, con varios lefazos que atravesaron su culo.

Exhausto por la corrida, restregó su pingajo por la piel de mi mujer y luego se guardó rápidamente la polla en los pantalones.

—Venga, daros prisa y terminad... si viene alguien os escondéis... yo me voy a dar una vuelta y cuando vuelva no os quiero ver por aquí —dijo el segurata poniéndose el *walkie* en el cinturón antes de salir del aseo.

Y otra vez nos quedamos solos el viejo mirón, Silvia y yo.

—Muy bien, rubia... sabía que te iba la marcha, pero no me imaginé que tanto... joder, otra vez te han puesto perdida. Tú, ven aquí... —me ordenó el viejo—. Si quieres que me la folle limpia esto...

—Yo no voy a limpiar eso ni de coña... —le respondí.

Entonces Silvia, se inclinó sobre la pared, y se abrió de piernas, ofreciéndole el culo para ser follada y me miró. Esta vez no me lo pidió por las buenas.

—¡Vamos, Santi, ven aquí y hazlo de una puta vez!... y si quieres te haces una paja mientras me folla..., pero hazlo ya..., mmmmm, ¡no puedo más! —me ordenó con la voz quebrada.

10

No fue plato de gusto tener que limpiar la abundante corrida de Bartolo en el culo de mi mujer. Le pasé un poco de papel retirando los restos y Silvia me dio una toallita húmeda para dejárselo al gusto del mirón.

Ya había caído tan bajo, que me dio igual humillarme un poco más, había visto cómo ese tío se follaba a Silvia después de que ella se la hubiera chupado, había dejado que me diera una cachetada delante de mi mujer y ni le respondí y por último, el pervertido segurata le había azotado el culo con su porra para después correrse encima de Silvia.

Y lo peor de todo es que me encontraba cachondo como nunca. Lo mismo que mi mujer, que buscó entre sus piernas la polla del mirón para acomodársela a la entrada de su coñito.

Me la saqué delante de ellos y comencé a meneármela mientras el viejo se lo hacía desear a Silvia un poco más.

—¿En serio te has casado con este mierda? ¿Qué clase de hombre se hace una paja mientras se follan a su mujer? —preguntó—. Anda, dile que es un mierda y que quieres que te folle...

Silvia se volvió hacia mí y con cara de guarra, el pelo sudado pegado en la frente y sus tetazas colgando, me miró a los ojos.

—Mmmmm, sí, eres un mierda..., y un cornudo..., ¿ahora te vas a hacer una paja? —y luego se giró hacia el viejo—. Vamos, no seas tan cabrón y métemela ya... ¡¡¡AAAHHHHHHHH!!!

No le dio tiempo a terminar la frase y le clavó la polla hasta el fondo, haciendo que a mi mujer se le escapara un tremendo gemido. Él apoyó las rudas manos en su cintura y al igual que la primera vez, se la folló con golpes secos, pero espaciados entre sí en unos dos segundos. Era una manera extraña de hacerlo, pero al parecer le encantaba a mi mujer, que abandonándose al placer, se metió la mano entre las piernas para acariciarse el clítoris.

El viejo no tenía prisa, a pesar del inminente orgasmo de Silvia, y me miró un par de veces, viendo cómo me masturbaba, mientras se follaba a mi mujer. Yo me la meneaba muy despacio, porque no quería terminar antes que ellos y él pasó las manos hacia delante, atrapando los pechos de Silvia.

Otra vez lo tenía todo bajo control, sin embargo, su cara se cambió en un instante, y dejó de embestir a Silvia, que había subido el nivel de sus gemidos y el movimiento de su culazo.

—¡¡Mierda!! —exclamó el viejo—. Para, rubia, para, joderr... para, para..., te lo digo en serio... —le rogó echándose hacia atrás.

—Vamos, sigueeeeee, aaaaah, aaaaah, aaaaah...

—No te muevas, zorra, o me corro... —le pidió el mirón quedándose quieto, con el culo pegado a la pared y apoyando las manos en la cintura de Silvia.

—No la saques ahora, ni te ocurra, me da igual... mmmmm... puedes terminar dentro si quieres, pero no la saques, ¡¡¡¡aaaaaahhhhhhh!!!

El culo de Silvia fue tras él y no permitió que el mirón se saliera de su interior, era acojonante ver cómo mi mujer lanzaba su voluminoso trasero contra su cuerpo, haciendo que sus glúteos chocaran fuerte contra la incipiente barriga de él.

¡Ahora era mi mujer la que se estaba follando al viejo!

Al final se rindió, y el mirón apoyó las manos en la espalda de Silvia dejándose llevar. No debía estar acostumbrado a correrse tan rápido, pero cuando mi mujer comenzó a chillar, golpeando con su

culazo a toda velocidad contra él, subió la cabeza hacia el techo y cerró los ojos intentando retrasar lo inevitable.

Entonces lo vi, la cara de satisfacción de mi mujer, que orgullosa, no se había olvidado de su principal objetivo y ahora lo iba a conseguir. Hacer que ese cabronazo se corriera. Se le escapó una sonrisa lasciva cuando sintió un primer disparo dentro de ella y se abandonó a su propio placer.

—¡¡¡¡AAAAAHHHHHH, AHHHHHHHH!!!!! —se mezclaron los gritos de los dos en un orgasmo simultáneo.
—Ooooh, oooooh, oooooh, oooooh...

Yo dejé de masturbarme, y observé cómo Silvia no paraba de embestirlo con su culo mientras se corría, a la vez que él vaciaba sus huevos en el coño de mi mujer. Aquel ruido, cuando chocaban era hipnótico.

—Oooooh, rubia, oooooh, ¡¡eres tremenda, joder!!, ooooh...

Todavía se quedaron unos segundos más con la polla de él disfrutando del calor del interior de Silvia y jugueteando con los pezones de mi mujer entre sus dedos, hasta que Silvia retiró la mano que tenía metida en las piernas para apoyarlas contra los azulejos, echándose hacia delante.

La enorme verga del viejo salió de ella y contemplé, alucinado, cómo comenzó a brotar el semen de su coño, cayendo hacia el suelo.

¡¡Menuda lefada le había regalado a mi mujer!!

Cuando se recompuso le dio la vuelta a Silvia para quedarse frente a frente, y buscó su boca dándose un morreo con ella. Lo peor de todo fue que mi mujer le correspondió, metiéndole la lengua de forma soez, jugando con los pelos de su pecho y dejándose manosear otra vez el culo.

—Eres la hostia, rubia..., me encantaría seguir viéndote, ¡quiero emputecerte bien, tienes mucho potencial!, nunca había conocido a una hembra como tú, conmigo no te vas a aburrir, te lo aseguro... piénsalo, ya sabes dónde encontrarme... —dijo el viejo azotando una de sus tetas antes de salir—. Adiós, campeón... —se despidió al pasar a mi lado.

Entré en el reservado con Silvia y cerré la puerta, echando el cerrojo. Era absurdo, después de todo lo que había pasado, pero mi mujer sabía de mis intenciones al verme con la polla fuera.

—Date la vuelta, por favor —le rogué.

Ella volvió a ponerse de la misma manera en que se la había follado el viejo, aplastando sus melones contra los azulejos y por la abertura del vestido fui tirando hasta desnudar su culo. Sacó las caderas hacia fuera y yo me puse detrás, metiendo la polla entre sus piernas.

No me costó encontrar su coño abierto y sensible, desprendía un calor exagerado y la penetré con una insultante facilidad. Estaba muy mojada, mezcla de sus propios jugos, pero sobre todo por la corrida del mirón y apoyando las manos en su cintura y viendo las marcas rojas en sus glúteos la embestí seis o siete veces antes de vaciarme con unos gemidos patéticos.

Ni se enteró de que me la acababa de follar, y yo apenas sentí nada en mi polla, de lo dilatado que tenía su coño, pero me encantó metérsela después de que otro tío acabara de descargar en su interior.

¡Fue una sensación indescriptible y adictiva!

Avergonzado, me salí de ella y mi mujer se recompuso el vestido guardándose las tetas dentro. Dejó las braguitas tiradas en el suelo y sin decir nada fuimos hasta el coche.

Silvia estaba seria y muy callada, pero podía seguir viendo el fuego en sus ojos. El orgasmo que había tenido con el mirón no

había calmado su calentura y algo tenía en mente. Y cuando llegamos a casa volvimos a follar, esta vez completamente desnudos en nuestra cama.

Al terminar, Silvia se quedó con las piernas abiertas, sudorosa y jadeante y me miró con cariño mientras me acariciaba el pecho. Pensé que me iba a pedir perdón por lo que había pasado en los baños, y entonces me soltó con voz sensual.

—¿Te apetece que volvamos otro día al cine?…, lo hemos pasado muy bien, ¿no?

Continuará…

NOTA: Esta historia de El mirón del cine consta de 7 relatos. Si os ha gustado, tenéis disponible en Amazon los 7 relatos de la serie.

Verano infiel

Capítulo 1

El camping

Llegamos al camping sobre las dos de la tarde, hacía mucho calor y el viaje había sido bastante largo. Estaba deseando dejar aparcada la autocaravana unos días. Y así disfrutar de aquellas instalaciones de las que tan buenas opiniones habíamos leído.

Por suerte, fuimos los únicos llegando a esa hora, eso sí, la mirada que nos echó el sudoroso recepcionista nos intimidó un poco. A través de la puerta y en otro pequeño cuarto vi un sándwich ya mordisqueado. Le habíamos interrumpido la hora de la comida y «muy amablemente» nos indicó el número al que debíamos dejar la autocaravana las tres noches de estancia.

Entré en el camping y aparqué donde nos había dicho el recepcionista. Enseguida salió nuestro peque de seis años a corretear por el césped, que estaba muy bien cuidado y mi mujer Marta y yo sacamos los bocadillos que habíamos preparado para comer el primer día.

—¡Qué calor hace aquí! —exclamó mi mujer mientras colocaba una mesa y tres sillas.

—Deja que ya pongo yo la mesa.

—Gracias, voy a cambiarme para estar más cómoda.

Terminé de poner los platos y en lo que salía Marta hice una pequeña ensalada con lechuga, tomate y cebolla.

—Adrián, venga a comer que luego nos vamos a la piscina, que me han dicho que está genial.

No tuve que repetírselo dos veces, el peque estaba deseando pegarse un chapuzón y al parecer también mi mujer que ya salió cambiada de la autocaravana con un bikini rojo que debía ser nuevo, pues no lo tenía visto. En la parte de abajo se había anudado un pareo para ocultar sus caderas y se recogió el pelo en una coleta, lo que le daba un aire más juvenil.

Y es que Marta estaba más estupenda que nunca a sus 29 años, con su cara aniñada, 1,72 de altura y sus perfectas tetas, era muy atractiva. Yo era diez años mayor que mi mujer y se notaba la diferencia de edad. Apenas tenía tiempo ni ganas para hacer ejercicio físico, todo lo contrario que Marta, que gracias a sus turnos de enfermera en el hospital se administraba muy bien sus libranzas para caminar mínimo una hora al día e ir a natación cuatro veces a la semana. Tenía el mismo cuerpo que en la universidad e incluso se había vuelto a poner el *piercing* en el ombligo.

Como decía, Marta estaba realmente guapa. Era extrovertida, activa, simpática y llena de vitalidad, un completo terremoto. Se sentó a la mesa desenvolviendo el bocadillo de Adrián y yo me quedé mirando sus tetas, como si no se las hubiera visto jamás.

—Te sienta muy bien ese bikini.

—Anda, no seas tonto.

—No lo recuerdo, ¿es nuevo?

—Sí, me he cogido un par de ellos por internet y un bañador para tapar esta barriguita —dijo Marta acariciando su vientre plano.

—¿Barriguita? ¿Qué barriguita? —dije yo dando unas palmaditas en mi panza—. Esto sí que es una barriga.

Y entonces aparecieron los vecinos, con las prisas no había reparado en la autocaravana de a lado. Lo tenían todo muy bien montado, un toldo con una mesa y cuatro sillas, un pequeño tendedero y hasta habían instalado una hamaca con un soporte que se anclaba en la parte delantera del vehículo.

—Hola, ¿qué tal? —nos saludaron efusivos—. ¡Qué bien, tenemos nuevos vecinos!

Eran una pareja mayor, sobre unos 55-60 años, él con el pelo canoso y una incipiente barriga se notaba que era un hombre de mundo, llevaba una toalla envuelta en el cuello y traía de la mano dos sillas de playa y una sombrilla. La mujer que lo acompañaba parecía más discreta, era una morenaza que en sus años jóvenes tuvo que ser un auténtico bellezón. Llevaba un vestido de playa muy escotado, con unos pechos no tan generosos como los de Marta, pero poco le faltaba.

—¡Que aproveche! —dijo él.

—Ya estamos con el postre, si queréis una rodaja de melón —les ofrecí.

—No, gracias, todavía no hemos comido, nos gusta aprovechar las mañanas para bajar a la playa. ¡Guau! Es muy bonita la autocaravana —dijo el hombre quedándose de pie a nuestro lado—. Es una Pilote Pacific 600P, estuve pensando en comprarme una hace un par de años, quería algo así, más pequeñito para nosotros dos, pero Carmen me dijo que con la que tenemos no nos hacía falta más.

—¡La vuestra sí que es impresionante! —exclamó mi mujer.

—Es que viajamos mucho, nos hemos recorrido toda España y gran parte de Europa, nos encanta este tipo de turismo.

—Para nosotros es nuestro primer viaje, siempre nos había hecho ilusión tener una —afirmé yo.

—Ya veo, se nota que está nuevecita. Por cierto, yo soy Matías y ella es Carmen —dijo estirando el brazo para darme la mano.

Nos levantamos y yo le correspondí el saludo diciendo mi nombre. A continuación, Matías puso una mano en la cintura

desnuda de mi mujer para darle dos besos, al tiempo que ella le decía el suyo.

Me dejó un poco cortado que se tomara esas confianzas sin apenas conocernos, tampoco le quise dar importancia, lo interpreté como un gesto distendido dentro del ambiente en el que estábamos, yo hice lo propio con su acompañante y también le di dos besos a Carmen, pero sin tocarla.

—Encantado, Marta. A ver si me acuerdo, que soy muy malo para los nombres, Marcos y Marta, creo que me acordaré, los dos empiezan por la misma letra que el mío —dijo Matías—. ¿Y este pequeñajo cómo se llama?

—Es Adrián —respondió Marta—. Saluda a estos dos señores, cariño.

—Nada déjale, parece muy tímido. Y no nos llames señores, que nos hace más viejos —bromeó Matías al ver que nuestro hijo no le decía nada.

—Sí, tímido, ya verás cuando se suelte, lo vas a tener que frenar —dijo Marta—. Mira, ya os ha invadido el espacio, lo siento.

En un gesto rápido se levantó a apartar las cosas, con las prisas ni nos dimos cuenta de que Adrián había dejado un balón y la bicicleta tirada en lo que supone que era la zona de Matías y Carmen.

—No te preocupes, ni se te ocurra recoger eso, podéis utilizar lo que queráis —dijo el vecino.

—Pues esa hamaca tiene muy buena pinta, no hay nada que me guste más que una cerveza fría y dormir al aire libre —le contestó mi mujer.

—Te tomo la palabra, puedes utilizarla cuando quieras, y en lo de la cerveza también te podemos ayudar, llevamos un buen cargamento —exclamó Matías—. Ahora mismo iba a por una para

tomar el aperitivo antes de comer, da igual que sea tarde, aquí no tenemos ninguna prisa, ¿tú también quieres una Marcos?

—No, yo no bebo alcohol.

—Pues un refresco o un zumo, hace mucho calor.

—No, no, gracias. De verdad que no, acabamos de comer y no me apetece nada.

—Como quieras.

No tardó Matías en salir de su autocaravana con tres cervezas que dejó apoyadas en la mesa y se sacó de la bandolera, que llevaba a la cintura, un abridor para quitar el tapón con sorprendente facilidad. Luego le dio un botellín a Carmen y otro a mi mujer.

—Pues yo sí me tomo una, muchas gracias —dijo Marta.

Y mientras le pasaba el botellín Matías se quedó mirando descaradamente las impresionantes tetas de mi mujer que, embutidas en ese pequeño bikini rojo, parecían todavía más grandes al ponerse de pie frente a él.

—Mmm, ¡qué buena está! —dijo Matías sin dejar de mirar a mi mujer después de pegarle un trago a su cerveza—. Entra sola con este calorcito.

Aquella frase estaba cargada de doble sentido. Primero el saludo poniendo su mano en su cintura y ahora esa exclamación que dejaba en el aire, hasta apostillar que «entraba sola». No sé si eran imaginaciones mías o me estaba montando una película absurda de celos.

Entonces miré a Carmen que sonreía cómplice, negando con la cabeza, como si estuviera ya acostumbrada a las «andanzas» de su marido.

Capítulo 2

Los vecinos

La última semana había sido un caos, era nuestro primer viaje con la autocaravana y a pesar de desearlo mucho no dejaba de ser un quebradero de cabeza organizarlo todo a la vez que zanjabas los asuntos pendientes en el trabajo. Mis tres semanas de vacaciones parecían una eternidad para mi jefe y si quería asegurarme algo de tranquilidad debía dejarlo todo atado y servido en bandeja. No me apetecía apagar fuegos absurdos en mitad de mis días de descanso.

Revisé mi lista de cosas y «por si acaso» como unas veinte veces antes de salir, móvil en mano marqué con un visto cada elemento del listado, sin olvidar cerrar todas las llaves de paso posibles y evitar una supuesta catástrofe en nuestros tres días de ausencia.

Marcos y el niño me esperaban ya con el cinturón de seguridad puesto mientras yo echaba un último vistazo y me aseguraba de cerrar con doble vuelta de llave la puerta. En sus caras se reflejaba la ilusión por la aventura que comenzaba, en la mía el estrés de llevar dos horas seguidas organizando cosas.

Me metí en la autocaravana, miré al infinito soltando un suspiro y me prometí darme un respiro. El estrés se quedaba en la ciudad, aquellos días eran para disfrutar.

El viaje fue tranquilo y, a pesar del aspecto del recepcionista, el camping cumplió mis expectativas. Un compañero de trabajo de Marcos le había hablado maravillas de sus instalaciones, pero yo soy de esas personas que necesita ver para creer. Miré muchas opciones más, hice una comparativa exhaustiva de los campings de la zona y al final di mi brazo a torcer dando por buena la recomendación.

Debía reconocer que, solo por esa vez, Marcos tenía razón y aquel era un lugar excelente en el que pasar los próximos días.

Al llegar ya era casi la hora de comer, mientras el niño correteaba inspeccionando el nuevo espacio me puse a preparar la mesa. Marcos no tardó ni dos segundos en proponerme que fuera a cambiarme tras mis quejas por el calor bochornoso de aquel pueblo costero. No era perfecto, pero sabía cómo actuar conmigo para que todo fuera bien. Eran ya casi diez años de relación, con sus altibajos, pero contenta con lo que habíamos construido juntos.

Rebusqué en la maleta en busca de uno de mis bikinis nuevos. Me costó mucho dar con ellos, todos tenían algo que no me convencía. Después del embarazo mi cuerpo había cambiado y todavía no me hacía a él.

Me gustaba la imagen que me devolvía el espejo, pero mis nuevas caderas tras la maternidad no se ajustaban a los estándares que vendían en las tiendas y dificultaba encontrar un conjunto que me encajara bien. Mi pecho tampoco me lo ponía fácil, siempre por encima de la media era mi arma letal. Un buen escote, sensual e imponente era el complemento perfecto a mi personalidad.

Me decidí por el conjunto rojo, tenía un aire caribeño que resaltaba con mi tono de piel. Tomar el sol a diario en la piscina de la comunidad mientras el niño jugueteaba con sus amigos había surtido efecto. Me até un pareo a la cintura, por aquello de no estar casi desnuda mientras comíamos, no me acostumbraba a exponerme en un espacio compartido con tanta gente, y salí al porche.

Marcos lo tenía todo preparado, nos sentamos a comer y disfrutamos de nuestros primeros momentos en aquel espacio. No se estaba nada mal.

Al rato llegaron los vecinos, un matrimonio de unos casi sesenta años. Se dibujó una amplia sonrisa en él al vernos. Cruzó

algunas palabras con Marcos, a mí me cuesta un poco más entablar conversación con desconocidos, en eso nos complementamos genial.

Ella en cambio no parecía ser tan impulsiva como su marido. Le eché un vistazo de arriba abajo disimulando, se conservaba muy bien para la edad que tenía. Movía mucho las manos al hablar y su carcajada sonora se contagiaba. Eran una de esas parejas que te hacen sentir cómodo sin apenas conocerlos, habíamos tenido suerte con nuestros vecinos. Podía tachar eso de mi lista de preocupaciones.

Me despisté un segundo y Adrián estaba invadiendo con sus juguetes la parcela de la pareja, me incomodaba molestar a alguien, procuraba que todo estuviera siempre en su sitio. Me lancé a recoger las cosas del pequeño cuando Matías, nuestro simpático vecino, con su desparpajo natural me disuadió.

Sin darme cuenta estaba aceptando una cerveza fría y riendo como una boba, aquel hombre tenía una mezcla que me echaba atrás y me atraía al mismo tiempo. No dejaba de mirarme las tetas y se tomó la confianza de ponerme la mano en la cintura al presentarse con dos besos, pero por alguna razón no me molestó.

Bien, en realidad sí sé el motivo, siempre me han atraído los hombres seguros de sí mismos. En especial, cuando me los imagino cumpliendo mis fantasías. Me ocurre también con mi jefe. Sonreí pensando en ello mientras Matías brindaba conmigo dando un largo trago a su cerveza sin quitar ojo a mis pezones que por el frío de la bebida se habían puesto duros y se marcaban a través de la fina tela.

Capítulo 3

En la piscina

Mientras me ponía el bañador dentro de la autocaravana no dejaba de pensar en lo que acababa de pasar. Me había molestado mucho la escena de Marta compartiendo la cerveza con Matías, estaban tonteando descaradamente delante de mí, y lo que más me jodía de todo era esa risita estúpida de mi mujer mientras el viejo le miraba las tetazas sin cortarse un pelo.

Cuando salí Marta le estaba echando crema solar al niño y el matrimonio vecino comía en una mesita pequeña sin perder detalle de lo que hacíamos. Luego mi mujer me pasó el bote de crema y me dijo que le echara por la espalda. Mientras esparcía la protección crucé la mirada con Matías, que estaba a unos diez metros, fue una sensación extraña tocar el cuerpo de mi mujer y sentir los ojos de aquel señor clavados en nosotros.

—Echaros bien de crema, que en la piscina pega mucho —nos advirtió.

Les dejamos comiendo y nos despedimos de ellos, tardamos unos minutos en llegar a una de las dos piscinas que tenían las instalaciones del camping. Adrián estaba deseando meterse en el agua y Marta se tumbó en el césped con las gafas de sol puestas mientras yo me bañaba con el niño. Por un rato me olvidé del vecino, pero a eso de las siete de la tarde aparecieron por allí.

Matías llevaba unas bermudas azules y una camisa hawaiana abierta por completo mostrando su canoso pecho. Nos saludaron educadamente y se sentaron a nuestro lado.

—¿Qué tal se lo está pasando el peque? —nos preguntó Carmen.

—Está encantado, nos cuesta sacarle del agua, y más con el calor que hace hoy.

—Pues mañana y pasado todavía da más calor —intervino Matías.

Adrián se levantó de la toalla y nos dijo que quería volver a bañarse.

—Anda Marcos, entra tú porfa que yo no me quiero meter otra vez —me pidió Marta.

Así que me tocó de nuevo entrar en la piscina con el niño, en realidad no me importaba, es más, a mí también me gustaba mucho estar en remojo, pero la verdad no me apetecía nada dejar sola a mi mujer con los vecinos, sobre todo con Matías.

Me acababa de incorporar en la toalla y mientras le ponía las gafas de nadar a nuestro hijo escuché al vecino.

—Voy a pedirme una cañita en el bar de la piscina. ¿Os apetece una, chicas?

—No, yo no —le respondió Carmen.

—Ah pues sí, estaría bien, yo sí me tomo esa cañita —contestó rápido mi mujer mientras se quitaba las gafas de sol y se ponía de pie.

—Si quieres te la traigo aquí, no hace falta que vengas —le dijo Matías.

—No pasa nada, así me muevo un poco que llevo toda la tarde aquí con este sol...

Y al entrar al agua con el niño vi como mi mujer se sentaba en un taburete alto del chiringuito de la piscina junto con Matías.

Intenté controlar mis celos, eran completamente ¿infundados? Debía calmarme, Marta tan solo se estaba tomando una cerveza con un amable señor que podía ser su padre, por la edad que tenía. Pero cada vez que les miraba ella asentía muy interesada ante las historias que Matías le contaba, incluso una de las veces mi mujer empezó a reírse a carcajadas y llegó a tocarle el brazo mientras le decía:

—¡Calla, calla! Ja, ja, ja. ¡Qué bueno! De verdad que no me lo creo.

Lo que me faltaba, mi mujer poniéndole el brazo encima a aquel señor, ya era suficiente con ver cómo Matías disfrutaba de las tetas de Marta que se bamboleaban descontroladas cada vez que ella se reía.

Media hora más tarde salí del agua, deseaba volver a la autocaravana, pegarme una ducha, cenar y acostarme pronto. Estaba muy cansado del viaje y del asfixiante calor que hacía, pero Marta tenía otros planes.

—Carmen y Matías nos han invitado a cenar con ellos. ¿Qué os parece? Una buena hamburguesa para Adrián.

—Sí, sí —exclamó el niño.

No sé por qué, aquello no me sorprendió, es más, me lo estaba imaginando. No es que yo fuera poco sociable o que los vecinos me cayeran mal, pero me apetecía pasar unas vacaciones familiares, solo con mi mujer y el peque. Y en aquel momento fue cuando empecé a resignarme.

Matías y Carmen no se iban a despegar de nosotros durante los tres días que íbamos a estar en el camping.

Capítulo 4

La cena

Después de la piscina me metí en las duchas del camping, necesitaba relajarme del día que había tenido. No podía dejar de pensar en Marta y en Matías, les veía todo el tiempo en mi cabeza, en el chiringuito de la piscina, juntos, riéndose, tocándose mientras se tomaban una caña como si fueran amigos de toda la vida.

Sinceramente, nunca me había importado que otros hombres miraran a mi mujer, de hecho, me gustaba que lo hicieran, Marta solía hacer toples en la playa o llevar buenos escotes cuando vestía para lucir sus generosos pechos. Era normal que la mayoría de los tíos se fijaran en ella. Aunque estaba acostumbrado a ese tipo de cosas no entendía los celos que tenía con Matías. No dejaba de ser un señor veinte años mayor que yo, pero me molestaban sus miradas lascivas hacia ella y como Marta le seguía el juego.

Llegué a la autocaravana y me fui vistiendo hasta que regresaron mi mujer y el niño que se habían ido a duchar también.

—¿Y de quién ha sido la idea de la cenita conjunta con los vecinos? —le pregunté a Marta.

—Pues un poco de los dos, no sé, estábamos hablando y surgió, ¿por qué lo dices? ¿Te ha molestado?

—No, pero es que parece que no nos les vamos a quitar de encima en los tres días.

—Bueno no te enfades.

—Es que no sé, no me acaba de gustar ese tío.

—¿Quién? ¿Matías? Pero si es muy majo. ¡Vaya risas me he echado esta tarde con él en la piscina! Me ha estado contando cada aventura de cuando trabajaba...

—Ya, ya he visto que te reías mucho.

—¡Venga, no fastidies! ¿Ahora te vas a poner celoso? Ja, ja, ja, ya lo que me faltaba por ver.

—Yo no estoy celoso de ese viejo.

—Pues no lo parece —dijo Marta sentándose en mis piernas—. No seas tonto, en un camping es lo normal relacionarse un poco con los que tienes al lado, tendrás que irte acostumbrando si vamos a hacer muchos viajes en autocaravana.

—Ya, pero es que también hemos estado con ellos en la piscina y ahora cenar juntos.

—Pues mañana nos bajamos a la playa nosotros solos, ¿ves?, problema resuelto, además me apetece hacer toples para que no se me quede mucha marca, en la piscina había un par de guiris sin la parte de arriba, pero no me parecía apropiado —me dijo cariñosa—. Anda, vete vistiendo al niño en lo que me preparo yo.

Marta comenzó a peinarse delante del espejo y yo vestí a Adrián en un minuto. El pequeño estaba deseando salir al césped que hacía las veces de patio. Mientras él jugaba yo me senté un rato cerrando los ojos, sin hacer nada, solo disfrutando de la naturaleza y del aire libre. No tardó en salir mi mujer con el Kindle en la mano.

Pegué un salto en la silla incorporándome para verla bien, ¿qué era eso que se había puesto? Llevaba unos mini *shorts* vaqueros con la tela de los bolsillos asomando por debajo, unas sandalias de piscina y encima un bañador blanco de cuerpo entero en el que sus generosas tetas rebosaban por ambos lados. Al conjunto se le sumaba el pelo suelto y mojado, lo que la hacía todavía más atractiva.

¿De verdad iba a cenar así con los vecinos? ¿Con Matías? No quería ni imaginar como iba a mirar aquel tío a mi mujer cuando la viera así vestida.

Marta notó que estuve a punto de decirle algo, pero al final no lo hice, no quería que se volviera a burlar de mí a costa de mis celos.

—¿Te pasa algo? —me preguntó.

—No, no.

Y con toda la tranquilidad del mundo encendió su libro electrónico y se puso a leer esperando a que regresaran de la piscina los vecinos.

No tardaron mucho en aparecer los dos, lo primero que hizo Matías fue quitarse las gafas de sol que llevaba puestas para mirar bien a mi mujer. Él tampoco se creía que Marta fuera así vestida.

—Ya estáis listos, enseguida saco la parrilla para hacer las hamburguesas, le van a encantar al peque —dijo sonriendo.

En menos de dos minutos ya estaba saliendo de su autocaravana con una parrilla portátil, iba igual que en la piscina, con su camisa hawaiana abierta y se había puesto unos pantalones cortos vaqueros. Marta se levantó de la silla y se ofreció a ayudarle.

—No te preocupes, que ya me apaño yo. Por cierto, estás muy guapa.

—Gracias —dijo mi mujer ruborizándose como una quinceañera—. Bueno, entonces voy poniendo la mesa.

Un rato más tarde salió Carmen, se sentó a mi lado viendo como cocinaba su marido y Marta lo dejaba todo listo para poder cenar. Matías se acercó a su compañera y se agachó besando su mejilla.

—¿Te apetece tomar algo, cariño?

—No, estoy bien.

—Pues ya está la mesa preparada —dijo Marta acercándose a la parrilla—. Venga Adrián siéntate a cenar.

Carmen miraba con tranquilidad a Matías y a mi mujer cómo hablaban, se notaba que no le molestaba en absoluto el comportamiento de él, ya estaba más que acostumbrada. Aquel hombre tenía pinta de haber sido muy mujeriego, y de que lo seguía siendo. Marta le ponía poses, se hacía la interesante, se tocaba el pelo húmedo delante de él, incluso se ruborizaba cada vez que le soltaba algún piropo.

No entendía por qué mi mujer se estaba comportando así.

Durante la cena tuve que soportar las constantes miradas de Matías al escote de Marta, digo escote, por decir algo, porque ese bañador parecía dos tallas más pequeño y se le veían las tetas por todas partes. Eran como dos globos a punto de reventar bajo la tela del minúsculo bañador. Después de cenar nos tomamos una caña con ellos y hasta un chupito. Yo cada vez estaba más serio y no veía la hora de irme a dormir.

—¿Estás bien? No dices nada —me preguntó Matías.

—Sí, sí, es que estoy cansado del viaje, me voy a acostar ya, si no el peque mañana está insoportable como no descanse —dije levantándome y cogiendo a Adrián en brazos, el pobre estaba medio dormido en una silla viendo videos de *Youtube*.

Marta también se levantó y nos despedimos de los vecinos hasta el día siguiente. En cuanto entramos en la autocaravana y acostamos al niño mi mujer me echó una pequeña bronca.

—¿Pero se puede saber por qué estás tan borde?

—Que no estoy borde, parad de preguntarme ya, estoy cansado y ya.

—Deja de comportarte como un tonto con esos celos —dijo Marta quitándose los shorts y el bañador quedando desnuda delante de mí.

Se puso unas braguitas y una camiseta y se echó a dormir a mi lado.

—A ver qué tal pasamos nuestra primera noche en este colchón y tú no te enfades —dijo Marta—. No quiero tener un mal recuerdo —y me abrazó por detrás.

No llevábamos ni diez minutos acostados cuando comenzamos a escuchar gemidos.

—Lo que faltaba, alguien está follando —dije.

—Pues me parece a mí que son estos dos, ja, ja, ja.

—¿En serio? —exclamé incorporándome en la cama.

—Déjalo anda, acuéstate.

Me levanté y abrí despacio la puerta, tal y como había dicho Marta los gemidos venían de la autocaravana de nuestros vecinos. Carmen gritaba cada vez más alto y se escuchaban a la perfección los crujidos de la cama al ritmo de las embestidas. Marta se puso a mi lado riendo en mi hombro sin decir nada.

—Lo que me faltaba para terminar el día —protesté resignado.

Capítulo 5

Primera noche

¿Qué tendrán los gemidos ajenos que siempre me han parecido tan morbosos? Marcos seguía con esa actitud suya de crío cabreado con el mundo y celoso por un hombre que solo era amable conmigo.

Me molestaba enormemente esa actitud y acentuaba mis gestos y risitas con Matías para que rabiara un poco más, a ver si así se le quitaba la tontería. Es más, estaba siendo él quien provocaba mi acercamiento con sus morros y malas caras. No me apetecían unas vacaciones con alguien al lado con aire de acelga todo el día.

A veces parecía que no me conocía, después de meses de estrés en el trabajo lo único que me apetecía era desconectar y pasarlo bien. ¿Qué tenía de malo darle coba al «viejo»?

No dejaba de pensar mientras escuchaba de fondo a los vecinos. Llevaban ya más de quince minutos así, sí que aguantaba Matías.

Me puse a imaginar qué postura practicarían y a dibujar en mi mente escenas muy guarras, tenía una creatividad desbordante y se acentuaba con el morbo de estar encerrados en aquel pequeño habitáculo.

Me acurruqué en la espalda de Marcos, su respiración era profunda y tranquila, estaba casi dormido, en cambio yo tenía el cuerpo pidiéndome guerra.

Colé una mano por su torso y bajé hasta su polla, estaba tan dormida como él. Me apetecía desahogarme, pero despertarlo después del día que habíamos tenido no iba a ser una buena idea.

Rebusqué por el cajón en busca de mi móvil, lo puse en silencio y busqué en mi página favorita un vídeo que me acompañara en aquella primera noche de autocaravana. Miré en la sección de maduros, no solía pasarme por allí, pero todo lo sucedido había despertado un nuevo interés en mí.

Con la única luz de la pantalla de mi móvil y en silencio absoluto colé una mano por debajo de mis bragas. Solo de escuchar la juerga de mis vecinos ya estaba húmeda, me acaricié suavemente por encima de los labios, colé el dedo índice y medio en busca de mi clítoris para estimularlo con pequeños círculos. Ahogué el suspiro que me provocó la electricidad que salió de mi entrepierna. Apoyé el móvil en mis tetas y con la mano libre hice círculos sobre mi pezón derecho, aumenté el ritmo de la izquierda entre mis piernas y hundí los dos dedos en mí.

Ante mis ojos el hombre de aquel vídeo se follaba a una jovencita a cuatro patas, en mi mente estaba Matías. No me sentía especialmente atraída por él, pero no podía quitármelo de la cabeza. En pocos minutos la intensidad del orgasmo se expandió por mi cuerpo, se tensaron todos mis músculos y en silencio me abandoné a la marea de placer.

Tomé aire, dejé el móvil en la repisa y me di media vuelta. El sueño no tardó en llegar.

Capítulo 6

En la playa

Aquella mañana me desperté con un dolor terrible en las cervicales, quizá de algún mal gesto en la piscina o de la mala postura en la cama viendo el vídeo de la noche anterior. No sé qué fue, pero no podía girar la cabeza hacia la izquierda.

Me di una ducha caliente intentando que el chorro me diera en la nuca y los hombros para relajar la zona, pero no noté mucha mejoría. Al salir de la autocaravana Marcos se había encargado de preparar el desayuno y Adrián ya correteaba en bañador y con el cerco de la leche alrededor de la boca.

—¿Qué tal? ¿Mejor? —preguntó Marcos al verme salir girando en pequeños círculos el cuello.

—No mucho, debí hacer un mal gesto ayer.

—Si quieres me acerco a la farmacia a por alguna crema.

—No es necesario, vamos a la playa que el mar lo cura todo —respondí dándole un bocado a una magdalena. Si pretendía resarcirse del día anterior no iba a conseguirlo con cuatro atenciones.

Cogimos todo lo necesario y nos fuimos para la playa, siguiendo el paseo en apenas cinco minutos estábamos pisando la arena. Antes de salir de la parcela eché un último vistazo a la autocaravana de los vecinos, tenían todo cerrado y eran más de las nueve. Quizá seguían durmiendo después de la sesión de anoche.

Mientras Marcos se daba un baño con el niño aproveché para acomodarme en el suelo haciendo hueco a mis tetas en la arena.

Bocabajo y escondida bajo mi enorme sombrero de playa me leí un par de capítulos de mi nuevo libro. Me tenía completamente atrapada.

Miré a los lados y no vi a nadie conocido, me quité la parte de arriba del bikini, lo estaba deseando desde que había pisado la playa. Metí la prenda en la bolsa y sentí el tacto de la toalla en mis pezones. Me encantaba aquella combinación junto con el sol en mi espalda y el sonido de las olas de fondo, no le podía pedir más a aquel día de playa.

Adrián llegó corriendo para mostrarme las conchas que había recolectado en la orilla, me salpicó de agua y arena, detalle que me saca de quicio, pero ignoré por la ilusión que había en su gesto. Me incorporé para admirar su hallazgo y sentí de nuevo el latigazo en mi nuca.

Decidí darme un baño al que se sumó el pequeño, no desaprovechaba ocasión. Marcos se quedó vigilando las cosas. No estaba muy hablador, parecía que nos esquivábamos, me sentí algo mal por todo lo ocurrido, era nuestra primera escapada y no la estábamos disfrutando en pareja. Mientras me bañaba con el niño pensé en cómo podría arreglar la situación entre nosotros y animarlo un poco, se me ocurrieron un par de buenas ideas.

Al volver a la toalla, a medida que me acercaba y podía ver mejor, me di cuenta de que Marcos hablaba con alguien. Eran Carmen y Matías. Por un segundo pensé en darme la vuelta y volver al agua, no quería plantarme allí delante de ellos con las tetas al aire. Demasiado tarde, Carmen me vio de lejos y alzó el brazo saludándome, gesto que hizo que Matías mirara en la misma dirección. Ya no había vuelta atrás.

Me acerqué hasta la toalla agachándome sin inclinarme, solo doblando las rodillas para no seguir siendo el centro de atención de la conversación. Marcos iba a explotar como Matías continuara sin quitarme los ojos de encima.

Me cubrí con la toalla, pensé en la noche anterior masturbándome, en los gemidos de la pareja y sentí que Matías podía leerme la mente. Sonreí sin intervenir mucho en la conversación y me puse a jugar con el niño, necesitaba pensar con claridad.

Pasados los primeros minutos de encontronazo y de situación incómoda decidí tomar el sol bocabajo y leer un rato. Marcos seguía conversando con la pareja que se acomodó a escasos metros de nosotros. Yo me sumergí en la lectura y desconecté, tanto que me di la vuelta poniéndome boca arriba sin pensar que de nuevo me exponía al mirón. No quise darle más importancia, la playa estaba llena de chicas haciendo toples, solo era una más. Incluso me sentí algo creída al pensar que mis tetas podrían ser las protagonistas de las miradas y pensamientos de Matías y Marcos.

Adrián quería darse otro chapuzón, me puse la parte de arriba del bikini y me dirigí a la orilla. Se sumó Carmen y aproveché para hablar con ella mientras el niño chapoteaba en el agua.

—Si te gusta hacer toples no tienes por qué taparte por nosotros —dijo de repente con la mirada puesta en el mar.

—La verdad ha sido un poco raro, nunca lo había hecho delante de nadie conocido y no quiero incomodaros.

—Por mí no hay problema y por parte de Matías te aseguro que tampoco —añadió deslizando sus gafas de sol por la nariz para que viera cómo me guiñaba un ojo.

No entendí mucho el significado de aquel gesto ni el trasfondo de su comentario, si es que lo había. Solo me quedé en silencio mirando al niño. Aquella mujer desprendía una seguridad y una experiencia que se respiraba estando a su lado. Pensé en cómo habría sido su vida, la miré de reojo y sonreí. De mayor, quería ser como Carmen.

Capítulo 7

La tumbona

Cuando llegamos a la autocaravana todavía me duraba la vergüenza por la situación que acabábamos de pasar en la playa. No me importaba que Marta hiciera toples, aunque es verdad que nunca lo había hecho delante de ningún conocido y me puso de los nervios ver a Matías mirando sin reparo las tetas de mi mujer.

En un primer momento ella se tapó con la toalla, pero los vecinos se sentaron a nuestro lado y Marta quería seguir tomando el sol sin la parte de arriba, así que se tumbó boca abajo mientras yo charlaba con ellos. Pero Marta no aguantó mucho en esa posición, el calor pegaba y se dio la vuelta mostrándonos sin ningún pudor sus tetas.

Incluso luego volvió a tumbarse boca abajo y sacó el *ebook* de la bolsa de playa, se puso a leer apoyando los codos en la arena, sus pechos colgaban pesadamente sobre la toalla y entonces Matías le preguntó:

—¿Qué estás leyendo?

—Pues Reina Roja de Juan Gómez Jurado, me han dicho que es muy bueno, lo empecé ayer y me está gustando bastante.

—Sí, te va a encantar, yo he leído los tres.

Este Matías era una caja de sorpresas, ahora también era lector, eso sí, con la excusa de preguntarle eso a mi mujer le echó otro buen repaso de arriba a abajo.

Por lo menos Marta tuvo la compostura de ponerse el bikini, antes de volver a meterse al agua, cuando la reclamó nuestro

peque. Con toda la tranquilidad del mundo se sentó en la toalla, mostrándonos otra vez sus tetas, y ante la atenta mirada de Matías y la sonrisa cómplice de Carmen se puso el sujetador.

—Esperad, que os acompaño, así me mojo un poco los pies —dijo Carmen dejándome solo con Matías en las toallas.

—¿Qué tal vuestra primera noche en la autocaravana? —me preguntó de repente.

—Genial, yo he descansado muy bien y Adrián también, Marta se ha levantado con bastante dolor en las cervicales, ha debido dormir en una mala postura.

—Suele ocurrir, hay que comprar buenos colchones y almohadas.

—No, si hemos cogido unos de calidad, pero le pasa a menudo también cuando estamos en casa, tiene que ir varias veces al año al fisio por el mismo motivo.

—Pues a mí se me da muy bien eso —me dijo Matías—. Si no te importa luego le echo un vistazo a tu mujer.

—No, por favor, da igual, no hace falta.

—Tú deja a Marta en mis manos, no os vais a arrepentir —añadió bajándose las gafas de sol y mirando hacia la orilla.

Por supuesto le omití esa conversación a mi mujer mientras preparábamos la comida, me parecía increíble la desfachatez de ese tío, no tenía que haberle dicho nada de los problemas musculares de Marta. Se lo serví en bandeja para que pusiera las manos encima de mi mujer.

Aquella tarde por lo menos comimos solos, nos fuimos de la playa antes que los vecinos, ellos iban un poco por libre, pero con el peque debíamos respetar sus horarios de comida.

Casi a las cuatro regresaron de la playa, nosotros ya habíamos recogido y estábamos reposando un poco antes de ir a la piscina. Marta descansaba medio adormilada en la silla y yo leía un cuento con el niño para que estuviera tranquilo. Mi mujer se levantó al escuchar el ruido de los vecinos y se desperezó estirando los brazos, entonces le volvió a dar el latigazo en las cervicales.

—Ay, ¡qué daño!

—¿Estás bien? —preguntó Matías sin desaprovechar la oportunidad—. Ya me dijo antes Marcos que habías dormido mal, si no te importa luego te echo un vistazo.

—Ja, ja, ja, estás en todo, pero no hace falta, muchas gracias —le respondió mi mujer.

Al menos, en ese momento cortó un poco el tonteo que se traía con él. Marta se quedó de pie sin saber muy bien que hacer.

—Buf, ¡vaya modorra tengo! Debería echarme un poco la siesta.

—Pues mira, ahí tienes la hamaca, ¿no dijiste que la querías probar? —le sugirió Matías.

—No creo que en tu estado te venga bien echarte ahí —intervine yo.

—Tú pruébala, deja el cuello recto y relajado, a mí de verdad que no me importa que la uses.

—¿Estás seguro? A lo mejor te quieres echar luego un rato.

—Segurísimo, tu tranquila, en lo que vamos comiendo puedes utilizarla, intentaremos no hacer ruido —dijo Matías.

Y Marta se recostó en la tumbona de nuestros vecinos. Al menos estaba vestida con unos shorts playeros y una camiseta blanca, porque el viejo no le quitaba ojo de encima a mi mujer.

—Mmm, se está en la gloria.

—Ya te lo había dicho.

No tardó en quedarse dormida, y yo no podía controlar más a Adrián que estaba deseando irse a la piscina, así que veinte minutos más tarde cogimos un par de toallas y en silencio, para no despertar a mi mujer, nos despedimos de Matías y Carmen que estaban comiendo.

—Nos vamos a la piscina —dije en bajito—. Si no os importa cuando se despierte Marta se lo decís...

—Vete tranquilo, luego vamos nosotros...

Y allí dejé sola a mi mujer. Durmiendo plácidamente en la tumbona de Matías que no le quitaba ojo de encima.

Capítulo 8

Bajo sus manos

Un rato más tarde, llegaron a la piscina. Yo me estaba bañando con Adrián y les hice señas para indicarles donde había extendido las toallas. Mi mujer iba acompañada por nuestros vecinos y en cuanto dejaron las cosas en una hamaca, pude ver desde el agua como Marta y Matías se iban de nuevo al bar del chiringuito a tomar otra cervecita.

Mi mujer se había cambiado de bikini y llevaba uno negro de lazos, con una braguita pequeña que se ataba por los laterales. Por el calor que hacía no llevaba puesto nada más y Matías frente a ella se debió de pegar un buen atracón de sus tetas mientras se tomaban esa caña. Como la tarde anterior, se echaron unas risas y una de las veces que los miré, Marta me hizo un gesto por si me apetecía tomar algo.

Salí con el niño y nos acercamos al chiringuito, no quería dejarles solos más tiempo, cada vez estaba más celoso y rayado, no sabía por qué Marta actuaba así. No le había hecho nada, al menos que yo me diera cuenta.

—Adrián se quiere comer un helado —dije cuando llegamos.

—A ver, ¿cuál le apetece al campeón? —propuso Matías llevándose a nuestro hijo de la mano para enseñarle la carta de helados.

—La siesta bien, ¿no? —le pregunté a Marta cuando nos quedamos solos.

—Pues sí, estupendamente, me ha gustado mucho la hamaca. Lo mismo esta noche duermo allí.

Yo la miré extrañado y ella vio mi reacción. Solo lo había dicho para picarme.

—Que era broma, tonto. Eso sí, no sigas comportándote como un celoso o pienso seguir fastidiándote un poquito—dijo acercándose a mi oído para que no pudiera escucharlo Matías.

—Pero si no te he dicho nada.

—Da igual, no hace falta que lo hagas, ¿o te crees que no te conozco?

Estuvimos un rato más en la piscina y sobre las ocho nos despedimos de los vecinos que todavía se quedaron un tiempo más tumbados en las hamacas.

Mientras nos cambiábamos para cenar no hacía más que pensar en lo que me dijo Marta. A pesar de intentar disimular ella percibió mis celos y me sentía muy mal por ello, pero es que no soportaba el tonteo que se tenía con el viejo, que cada vez se estaba tomando más confianzas con mi mujer,

—Si quieres le vamos poniendo algo a Adrián —dije yo.

—No hace falta, he quedado con Matías para cenar todos juntos. No te importa, ¿no?

—No, no, claro.

—Dice que debemos probar su famosa tortilla de patatas...

—Está bien, como quieras.

Al menos tenía que reconocer la generosidad de nuestros vecinos, no les importaba invitarnos constantemente, tanto a comida como a bebida. Otra vez Matías nos preparó la cena, esta vez una

jugosa tortilla de patatas que estaba de muerte y que nuestro hijo devoró en cinco minutos.

Cuando terminamos de cenar, ya era de noche, nos quedamos sentados charlando en la mesa mientras el niño jugueteaba por el jardín. Matías nos sirvió unos chupitos con hielo y estábamos en la gloria una vez que había caído el sol. Entonces Marta hizo un pequeño gesto de dolor al girar el cuello.

—¿Todavía te duele? Ya me he fijado antes. Casi no puedes ni mover la cabeza. No te preocupes, eso lo arreglamos ahora mismo.

Matías se levantó como un rayo y entró en su autocaravana, no tardó en salir con un bote de crema antiinflamatoria de color azul.

—Esta es muy buena, déjame, ven aquí y siéntate en mi silla que es un poco más alta por favor —le dijo a mi mujer mientras la ayudaba a levantarse.

—No, que de verdad que no hace falta.

—Insisto.

—Déjale, es muy bueno con los masajes —dijo Carmen.

Casi obligada, Marta se sentó frente a mí, llevaba una faldita vaquera y arriba solo se había puesto el sujetador negro del bikini. Nos miramos cómplices y extrañados sin saber qué hacer. La escena cuanto menos era curiosa. Me imaginé las vistas que debía tener Matías de las tetas de mi mujer desde su posición.

Le pidió que se bajara las tiras del bikini para dejar sus hombros desnudos y echó un par de chorros de crema en ellos. Al deslizarse el tirante casi se le salió una de sus tetas, pero no pareció importarle mucho a Marta que cerró los ojos cuando sintió las manos del viejo apretando y buscando la zona dolorida.

—Mmm, ¡Qué bueno! Ahí, ahí me duele.

Capitulo 9

El masaje

Fue al sentarme en aquella silla y notar el chorro de crema fría sobre mis hombros cuando me di cuenta de dónde me estaba metiendo. Situada frente a Marcos mientras Matías me tocaba. Quizá no era la situación más erótica de mi vida, pero sí la más extraña que había vivido junto a mi marido.

No hacía nada malo, ¿no? Él estaba delante, viendo todo lo que ocurría y yo solo me dejaba masajear, como cuando iba al fisioterapeuta. Quise convencerme de que aquella situación no era tan extraordinaria. Además, ya estaba allí sentada con las manos expertas de Matías encima, no había vuelta atrás, solo me quedaba disfrutar del masaje.

Sus manos eran grandes y fuertes, en pocas pasadas cubría todo mi cuello y mis hombros. Siempre he sido muy fetichista de las manos masculinas y todavía más cuando saben dónde tocar. Las deslizaba gracias a la crema con gran facilidad, a veces me agarraba del cuello y sin poder evitarlo eso me ponía cachonda. Me lo imaginé cogiéndome del pelo y embistiéndome.

¿Por qué pensaba en aquello? Solo estaba dándome un masaje por un dolor de cervicales, no era nada sexual. Matías por su edad podría ser mi padre, sí se conservaba muy bien y tenía un atractivo que no había percibido en ningún otro hombre de su edad. Quizá fuera por la erótica de la madurez y la experiencia, no podía ser otra cosa, eso o me estaba volviendo loca.

Bajé la cabeza y me dejé llevar por las sensaciones, tanto que en algún momento el tirante de mi bikini se deslizó descubriendo más de lo previsto. Sentía sus palmas firmes y calientes en mi

cuerpo, deseaba que las bajara por mis clavículas hasta llegar a mis tetas, solo de pensarlo me excitaba, sabía que no iba a ocurrir, pero aquellos pensamientos incontrolables hicieron que humedeciera mi ropa interior.

La mezcla del placer relajante por el masaje y de cómo me tocaba aquel hombre me estaba acercando al orgasmo, no iba a llegar a ese punto, pero quedarme en el limbo de esos momentos previos era casi mejor. No quería que se detuviera, podía fundirme con el vaivén de sus manos. Las deseaba por todo mi cuerpo. Tuve que controlarme para no soltar un gemido sonoro.

Cuando Matías dio por finalizado el masaje estaba tan cachonda que podría haber cometido cualquier locura. Volvimos a la caravana, era tarde, pero yo necesitaba quitarme el calentón de encima.

Capítulo 10

Calentón

Los celos se multiplicaron por mil, pero no solo esa sensación me invadía. Me había quedado profundamente turbado viendo a Matías manosear a mi mujer. Marta se estaba tan relajada que un par de veces se le llegó a caer el bikini mostrándonos sin pudor una de sus increíbles tetas.

Y lo peor fue la empalmada que lucía el viejo bajo sus bermudas cuando terminó el masaje, nos dimos cuenta tanto Marta como yo al despedirnos.

Dentro de la autocaravana no nos dijimos nada, intentando no hacer mención a lo que acababa de pasar, como si nos avergonzáramos de ello. Acostamos al niño que ya dormía y me pegué a Marta abrazándome a su espalda.

Entonces, ella echó la mano hacia atrás y me acarició el paquete. Me sorprendió mucho que hiciera eso, pensé que no íbamos a tener nada de sexo estos días, estando delante el niño dormido, pero ese pequeño detalle pareció no importarle a mi mujer, que se bajó ella misma las braguitas, echando el culo hacia atrás cuando comprobó que mi polla ya la esperaba dura.

Metí la mano bajo su camiseta acariciando sus pechos desnudos, estaban calientes, hinchados y firmes. Marta gimió al contacto de mis manos con su piel. Me sacó la polla y la acomodó entre sus piernas haciendo que la penetrara.

El coño de Marta estaba mojadísimo. Pocas veces había visto así de excitada a mi mujer, sin duda, el masaje del viejo delante de mis narices la puso muy cachonda, pero no era la única que estaba

así. Yo también me encontraba raro, furioso, contrariado y por qué no decirlo, caliente.

Intentaba no estar así, pero no podía evitarlo, ¿de verdad me había excitado viendo a ese viejo tocar el cuerpo semi desnudo de mi mujer?

Casi no podía pensar, Marta echaba el culo hacia atrás buscando mi cuerpo y mi polla entraba y salía con facilidad de su empapado coño. Yo le mordí el hombro y de repente me llegó el olor a la crema antiinflamatoria, entonces caí en la cuenta de que unos minutos antes el viejo había tenido las manos en esos hombros y aquello me puso todavía más fuera de sí.

Marta intentaba ahogar los gemidos, pero cada vez le costaba más hacerlo, estábamos follando de lado y otra vez le mordí cerca del cuello. La boca me supo a crema y mi polla tembló en un espasmo de placer. Mi mujer no dejaba de moverse y era ella la que llevaba el ritmo de la follada.

No podía ser, apenas dos minutos después y ya estaba a punto de correrme. Nunca me había pasado, sujeté a Marta de las caderas intentando que bajara el ritmo, pero ella estaba a lo suyo, concentrada para llegar al orgasmo. Lanzaba su culo contra mi cuerpo en movimientos amplios y golpes secos.

Entonces se me escapó todo, una corrida potente y placentera dentro de Marta. Yo me resistía, no quería acabar así, pero supongo que tanta tensión acumulada de los últimos dos días me hizo explotar como un adolescente. Mi mujer se seguía moviendo hasta que mi polla perdió dureza y se salió de su coño.

—¡Joder! —exclamó Marta intentando agarrármela para volver a meterla dentro.

Entonces se dio cuenta de que había semen por todas partes y que mi corrida caliente se le salía del coño.

—¿Ya has terminado? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Sí, perdona, no sé qué me ha ocurrido. Joder, lo siento.

—No pasa nada, no me he dado ni cuenta de que ya... Uf, ha estado muy bien.

—¿Quieres qué...?

—No, tranquilo, anda vamos a dormir —dijo Marta subiéndose las braguitas y pegándose a mí otra vez.

Capítulo 11

De nuevo en la playa

Aquella mañana de playa no fue como la anterior. Algo había cambiado, quizá solo fuera yo, pero estaba claro que aquellas vacaciones me abrieron la mente de una forma increíble.

Elegí un nuevo bikini para aquel día, de antemano ya sabía que nos encontraríamos allí con nuestros vecinos y me vestí con toda la intención del mundo. No quería pensar mucho en lo que estaba haciendo, es más, no quería pensar por qué lo estaba haciendo, pero me apetecía e iba a dejarme llevar por aquellas mariposas en el estómago o fuego en la entrepierna que no paraba de crecer en las últimas veinticuatro horas.

La noche anterior en la caravana con Marcos había sido un desastre, llegué con todo el calentón tras el masaje y acabé sin correrme y mosqueada. En cambio, por la mañana, y después de un sueño erótico con Matías en el que daba rienda suelta a mi imaginación volvía a estar ardiendo.

Al llegar a la playa unté en crema al niño y a Marcos, y los mandé a jugar a la orilla. Sabía que no faltaba mucho para que llegara el matrimonio y quería estar sola y tener la oportunidad de jugar un rato. No me equivoqué y en apenas diez minutos allí estaban conmigo, los esperaba ya en toples. Esta vez los invité a compartir un espacio más cercano con nosotros, cosa que Carmen me agradeció porque no traían sombrilla y su migraña necesitaba aislarse del sol un rato en la nuestra.

Matías puso su toalla junto a la mía, no pegada, pero sí muy cerca, más de lo que sería políticamente correcto. Mientras hablábamos saqué mi crema solar en spray. Me rocié las piernas y

empecé un suave masaje por mi piel, en círculos desde los tobillos hacia los muslos. No dejaba de conversar con él, el tema era banal, pero sabía que no me quitaba ojo de encima a pesar de llevar unas gafas de sol opacas.

Seguí con la crema, esta vez por la zona del abdomen y colando de forma sutil mis dedos bajo la braguita del bikini. De lado, recorrí también mis nalgas con las manos, sin dejarme ningún rincón. Fue en aquel momento cuando llegó Marcos, se tumbó en su toalla, al otro lado de la mía y yo continué con mi ritual. Me rocié el pecho con el spray y con la mano derecha pasé por el cuello y bajé a mi teta izquierda recorriéndola en un suave masaje para cubrirla por completo. Hacía movimientos lentos, en apariencia sumergida en la conversación con Matías, aunque en realidad centrada en lo que estaba tocando y cómo lo acariciaba. Era una declaración de intenciones en toda regla.

Para acabar, me senté de espaldas a Marcos y le pedí que me echara la crema por la zona en la que no llegaba. Situada de frente a Matías, el cual tumbado de lado en su toalla no perdió detalle del espectáculo que le ofrecía. Marcos no se entretuvo demasiado, estaba pendiente del niño que jugaba con la arena a su lado y le reclamaba atención. Propuse darnos un baño y solo se unió Matías que afirmaba estar muy acalorado, quizá tanto como yo pensé.

Nos acercamos juntos a la orilla dejando que las olas nos mojaran los pies, di un par de pasos y la propia pendiente hizo que me desequilibrara. Matías fue rápido y me sujetó por la cintura, mi cuerpo y en especial mis tetas se apoyaron en él, en un casi abrazo. Me separé apresurad y le agradecí sus reflejos. Él se limitó a sonreír, nos metimos en el agua y nadamos unos metros mar adentro.

Yo no tocaba fondo, en cambio él, algo más alto que yo todavía lograba hacer pie. Fue en ese momento cuando me dio un calambre en el gemelo y de nuevo necesité de su apoyo mientras se me pasaba. Ni hecho expresamente, seguro que Matías no se esperaba aquel baño.

Sujeta a él nos desplazamos unos metros hasta donde pude ponerme de pie. Bajo el agua, Matías, me cogió la pierna e intentó masajear el gemelo para relajar el músculo. Procurando no perder el equilibrio, seguía sujeta a su hombro. El oleaje nos mecía y con una pierna en alto acabé rozando parte de mi cuerpo con la de él. Sentir el calor de su piel en mi entrepierna bajo el agua me puso a cien, y a él también porque el bulto tras sus pantalones era más que evidente.

La situación se me estaba yendo de las manos, miré hacia la sombrilla y Marcos no quitaba ojo a nuestros jueguecitos. Salimos del agua y volvimos a la toalla, entonces vi que Matías no era el único que se había puesto cachondo. ¿Le ponía a Marcos verme jugar con el vecino? Ya no sabía si me gustaba más a mí o a él.

Capítulo 12

Consentida

Después de comer nos fuimos a la piscina, aunque no le dije nada a Marta, seguía avergonzado por lo ocurrido aquella mañana en la playa. No entendía cómo se me había puesto dura viendo salir del agua juntos a Matías y a mi mujer con sus preciosas tetas al aire. Y lo peor es que Marta se había dado cuenta.

Ella seguía su pequeño tonteo con el viejo vecino y yo me estaba volviendo loco, quería que llegara el día siguiente por la mañana para salir huyendo de allí y cambiar de camping. Por la tarde, al menos, estuvimos solos en la piscina, no tuve que ver como Marta y Matías se tomaban juntos otra cerveza, aunque por la noche habíamos vuelto a quedar a cenar con ellos. Era la despedida.

Apuramos hasta tarde por ser el último día que íbamos a estar en el camping, para que Adrián disfrutara al máximo de la piscina que tanto le había gustado y regresamos a la autocaravana después de ducharnos en los vestuarios. Ya era casi de noche.

Nos estaban esperando Matías y Carmen con la mesa preparada, donde había un pequeño picoteo y unos pinchos que compraron en el supermercado del camping para hacerlos a la parrilla.

Volvimos a cenar fenomenal, y otra vez alargamos la última noche tomándonos un chupito que nos preparó Matías.

—¿Qué tal por la tarde, estás mejor de las cervicales? —preguntó nuestro viejo vecino.

—Sí, sí, la verdad es que fenomenal, todavía noto algo, pero ya estoy mucho mejor, no me habían hecho nunca un masaje tan bueno como el tuyo...

—Ja, ja, ja, no eres la primera que me lo dice, esta noche si quieres repetimos y mañana te vas de aquí en perfectas condiciones.

—Uf, pues por mí encantada.

—¿No te importa Marcos, no? —me preguntó Matías.

Noté como de repente me miraban fijamente esperando mi respuesta, sobre todo mi mujer. No quería quedar de celoso, ni posesivo, ni nada por el estilo, al fin y al cabo, solo era un pequeño masaje para aliviar la contractura cervical de Marta.

—Eh, no, claro, claro, sin problemas —dije quedando como un tonto.

A Carmen se le escapó una sonrisa traviesa mientras le daba un trago a su chupito y Matías sin decir nada se metió en la autocaravana saliendo inmediatamente con la crema. Seguro que ya la tenía preparada. Cuando regresó dio un par de golpes a su silla para indicar a mi mujer que se sentara allí y ella se levantó sin decir nada. Me revolví incómodo en la silla cuando Marta y yo, frente a frente, cruzamos la mirada. Noté otra vez ese cosquilleo en el estómago, como me sucedió en la playa justo antes de que se me pusiera dura.

Marta llevaba una minifalda azul marino bastante corta y en la parte de arriba solo se había puesto el sujetador blanco del bikini. Mientras Matías le echaba crema por los hombros no perdía detalle del cuerpo de Marta. Tenía unas vistas privilegiadas de sus piernas y sobre todo de sus tetas.

Esta vez no esperó a que se bajara los tirantes del bikini, lo hizo él mismo deslizándolos hacia abajo, y mi mujer se tuvo que agarrar el sujetador o nos hubiera mostrado sus encantos. Luego

con una sonrisa de suficiencia Matías me miró a mí cuando le puso las manos encima.

En cuanto Marta cerró los ojos soltando un pequeño gemido de placer mi polla saltó como un resorte bajo las bermudas.

—¡Oh, qué bueno, podría acostumbrarme a esto todos los días! —exclamó mi mujer.

De repente se hizo el silencio, solo se escuchaba al peque jugando por allí con sus trastos, pero nada más, Carmen y yo no perdíamos detalle del masaje que Matías le pegaba a mi mujer. Sus manos se movían vigorosas y sueltas por su cuello y la espalda. Parecía un puto profesional.

—Aquí te duele, ¿verdad? Se nota que está mucho mejor que ayer —le preguntó a Marta.

—Sí, era ahí, mmm, ¡qué daño!, pero lo haces de maravilla, con la presión exacta, uf.

Carmen volvió a sonreír y luego me miró a mí, para ver como estaba. Crucé las piernas hacia el otro lado intentando acomodar la erección que tenía bajo el pantalón, Marta se sujetaba los tirantes del bañador como podía, pero a veces se le olvidaba hacerlo de lo relajada que estaba y nos mostraba sus tetas, incluidos los pezones.

Entonces me di cuenta de no era el único que la tenía dura. Con la mirada fija en su escote, Matías volvió a echar un poco de más de crema por los hombros de Marta y al moverse pude ver la erección que lucía bajo los pantalones. La imagen era terrible, mi mujer medio desnuda de cintura para arriba y Matías con su camisa desabrochada y una empalmada impresionante mientras manoseaba a mi mujer.

Entonces Marta me miró, se le bajó de nuevo el sujetador y esta vez no se molestó en colocárselo, quedándose con las dos tetazas al descubierto y pude ver en su cara lo cachonda que estaba. Matías bajó una mano hacia delante y llegó a tocar un poco

sus pechos sin que Marta ni yo le dijéramos nada, luego siguió su masaje bajando las manos de vez en cuando por la parte frontal. Parecía que estaba a punto de sobar las tetas de mi mujer delante de mí.

Marta volvió a mirarme, la tensión sexual era irrespirable. Carmen se dejó caer en la silla cruzando las piernas y disfrutando la escena.

De repente se acercó Adrián hasta donde estaba yo para decirme que tenía mucho sueño y que se quería acostar, Marta no hizo la menor señal de moverse y yo me levanté para llevar al peque hasta la autocaravana.

Entonces todos pudieron ver la erección que tenía bajo las bermudas. Carmen, Matías y mi mujer que justo abrió los ojos fijándose en mi paquete cuando me puse de pie.

Entré en la autocaravana, nervioso y excitado ante lo que estaba pasando. No me podía creer que me estuviera poniendo cachondo viendo a ese viejo manosear a mi mujer. Acosté al niño e intenté relajarme, me quedé un rato con él hasta que se durmió. No creo que pasaran más de diez minutos, entonces cuando volví a salir me quedé de piedra. Carmen seguía sentada en su silla, pero estaba sola.

¡Matías y mi mujer habían desaparecido!

Me acerqué hasta ella, no hizo falta que le preguntara nada. Carmen se me adelantó leyendo mis pensamientos. Había una luz muy tenue encendida en la autocaravana de nuestros vecinos.

—¡Déjales, que hagan lo que tengan que hacer! —me dijo Carmen con toda la tranquilidad del mundo.

Sin dudar me dirigí hasta la puerta de su autocaravana y la abrí. Ni tan siquiera pedí permiso para entrar, asomé la cabeza y Marta y Matías estaban de pie junto a la cama comiéndose la boca mientras el viejo le sobaba las tetazas desnudas a mi mujer, que tan

solo llevaba puesta la minifalda. Cuando él se inclinó a comer su cuello Marta me miró y me vio allí parado.

En su cara pude ver la excitación y el morbo que la invadían. No parecía nerviosa, ni sorprendida por mi presencia y la polla me palpitó bajo los pantalones cuando ella cerró los ojos y abrió la boca para suspirar de placer.

No quise ver más, derrotado salí de allí y me senté en la mesa junto a Carmen.

—¿Y a ti no te importa que Matías...?

—Sinceramente no, puede hacer lo que quiera, además ya me lo esperaba, en cuanto os vio el primer día me dijo muy confiado que se iba a acostar con tu mujer, no es la primera vez.

—¿Te importa que me tome una cerveza aquí contigo? No me apetece irme a dormir.

—En absoluto, pero desde aquí lo vas a escuchar todo.

Capítulo 13

Matías y yo

En cuanto Marcos se metió en nuestra autocaravana, Matías me propuso entrar en la suya con la excusa de tumbarme en la cama y poder hacerme mejor el masaje.

Miré a Carmen y ella asintió con la cabeza, no hablamos, no dijo nada más, pero entendí el tipo de relación que tenían. Me puse en pie, Matías me cogió de la mano y lo seguí. El corazón me latía rápido y la respiración estaba algo agitada. Entramos en el minúsculo espacio y el vecino me hizo un gesto para que me tumbara. Obedecí sin plantearme lo que estaba haciendo, me acosté bocabajo en la cama y él me desabrochó el bikini librándome de él.

Se sentó en el borde del colchón junto a mí y esparció más crema por toda la espalda, empezó el masaje desde los riñones subiendo por la columna hasta mi nuca. Al bajar pasaba por el lateral rozando parte de mis tetas. No pude contener los suspiros de placer.

Lo deseaba, anhelaba follarme a aquel tío allí mismo. No podía dejar de pensar en su polla atravesándome. Mi mente iba a mil por hora, pero mi cuerpo seguía quieto sobre aquel colchón dejándose llevar por las caricias.

Continuó por las piernas, desde el tobillo subiendo por el interior de mi muslo hasta mi ingle. Me rozó los labios por encima de las braguitas y cambió de pierna. Sin quererlo arqueé un poco la espalda levantando la cadera. Mi cuerpo lo esperaba con ansia y él lo sabía. Cogió mi mano, la que estaba más cerca de él y la llevó hasta su paquete. Era mucho más grande de lo que parecía a simple vista, la tenía muy dura y presionada bajo la tela. La recorrí

apretándola con la palma de la mano y esta vez fue él el que soltó el suspiro.

Me incorporé quedando sentada en la cama, lo miré a los ojos y no supe qué hacer. Me puse de pie y él también, agarrándome de la cintura tiró de mí contra él. Subió las manos despacio por mi cuerpo y con el dedo índice dibujó círculos sobre uno de mis pezones. Sentí un placer que me recorrió entera. Cerré los ojos dejándome llevar por la sensación. Luchaba contra el deseo que sentía mi cuerpo, en cambio, mi mente estaba fuera con Marcos.

Un ruido me hizo girar la vista hacia la puerta, allí permanecía él mirándonos. No dijo nada, vi en sus pantalones el mismo bulto que aquella mañana en la playa. Matías se abalanzó sobre mi cuello, suspiré y Marcos se dio media vuelta. Fue la señal para dar rienda suelta a mi deseo.

Matías se apartó un segundo y me miró a los ojos, lo empujé suavemente contra el mueble que había tras él y lo besé con pasión mientras le agarraba del paquete. Ya nada iba a contener el fuego que sentía dentro. Por mi cabeza pasaron mil imágenes, recordé todos aquellos momentos en los que mi jefe y muchos otros habían tratado de imponer su criterio sobre el mío, ahora tenía yo el control de la situación y Matías iba a satisfacer mis deseos más oscuros.

Le agarré fuerte de la entrepierna y sin dejar de besarlo desabroché sus pantalones, tiré de ellos y de sus calzoncillos que cayeron al suelo. Me agaché y de un gesto rápido metí su polla desafiante en mi boca, hasta el fondo. La atrapé con los labios y succioné, recorriéndola entera ayudándome de mi mano para acompañar el movimiento. Matías me cogió de la cabeza marcando la velocidad. Con la mano libre le agarré de las pelotas y las masajeé, de vez en cuando me sacaba su polla de la boca y las lamía para volver de nuevo a metérmela hasta el fondo. Pocas veces había hecho una mamada con aquella fuerza y pasión.

Tras unos minutos, me levanté y me quité la falda para ponerme de rodillas sobre la cama. Apoyé mis codos dejando mi

culo y mi coño a merced de Matías. Él no dudó un segundo, se lanzó a lamerme. Primero por encima de la ropa interior, luego la apartó a un lado y me recorrió los labios con la lengua. Empezó por mi clítoris, entreteniéndose en él haciendo pequeños círculos y luego siguió hasta la entrada de mi vagina hundiendo en ella su lengua dura. Humedeció también mi culo y con el dedo índice lo acarició por la parte de fuera, estimulándolo. Contuve el orgasmo que estaba a punto de estallar, quería que el primero fuese con su polla dentro.

—¡Fóllame! —dije casi gritando. Matías sonrió al escucharme en aquel alarido ahogado por la impaciencia.

—¿Ya? Quería jugar un poco más contigo —dijo dándome un cachete que me encendió todavía más.

—No me hagas esperar —respondí casi suplicante.

—Acabamos de empezar —añadió hundiendo más su cara en mí y agarrándome con las dos manos del culo. No pude contenerme y exploté en un primer orgasmo que seguro se escuchó desde fuera.

Mientras volvía a la calma, Matías no dejó de lamerle a la vez que se masturbaba preparándose para mí. Bajé el culo dándole un mejor ángulo y de pie detrás de mí puso la punta de su polla en mi coño ya más que húmedo. Metió solo el glande, un par de centímetros y se quedó quieto. Yo moví la pelvis contra él, pero me frenó.

—Shh, no tengas prisa —dijo sujetándome de las caderas.

Aquel autocontrol que tenía me ponía muy cachonda, Marcos nunca me hacía esperar, me lo daba todo desde el principio y esperar era una sensación nueva y muy caliente. No tener lo que quería al momento me volvía loca de deseo.

Se hundió un poco más y alargó las manos hasta llegar a mis tetas que colgaban. Me pellizcó ambos pezones y me hizo enloquecer. Aproveché que tenía las manos ocupadas y empujé mi cuerpo de golpe contra él consiguiendo que se hundiera

completamente en mí. Hice círculos con mis caderas para sentirla por todas las paredes, quería llenarme de ella. Matías estaba sobre mi espalda, notaba su cuerpo en mi piel. No había soltado mis tetas y me mordía por el cuello.

—Eres muy mala, no te has estado quieta como te he dicho.

—Todavía puedo serlo más —respondí moviendo la cadera en círculos profundos que lo llevaron al límite en pocos segundos.

—Si sigues así me voy a correr —dijo en un tono más brusco agarrándome de los hombros y embistiéndome con fuerza. En cada sacudida el placer se multiplicaba, los suspiros pasaron a ser gemidos que retumbaron en aquel pequeño habitáculo.

Matías siguió empotrándome con fuerza, mi cuerpo temblaba y necesité sujetarme a las sábanas para anclarme al colchón. Me encantaba sentir esa vitalidad y potencia, su cuerpo contra el mío y sus pelotas rebotando en mi coño.

Las embestidas eran más profundas, cuando llegaba al final empujaba un poco más haciendo que el placer se expandiera. Tenía el pelo empapado en sudor, me agarró de él y tiró suavemente. Al arquear la espalda todavía sentí más el roce de su polla en mi punto G.

—No pares —dije sintiendo crecer el orgasmo en mi interior.

Sin responder acató mi petición, me follaba con el ritmo e intensidad perfecta. ¡Joder! No me esperaba que aquel «viejo» me diera aquella caña. El placer explotó en mí una vez más, con tanta intensidad que se tensaron todos los músculos de mi cuerpo en un orgasmo agitado y duradero. Matías se corrió con las contracciones de mi vagina y ambos caímos exhaustos sobre la cama.

El placer todavía me recorría hasta el alma y la respiración poco a poco se normalizaba. Allí tumbada junto a Matías acababa de tener dos de los mejores orgasmos de mi vida.

Ya recuperada me vestí y salí de la autocaravana despidiéndome de él con un beso, fuera solo estaba Carmen tumbada en la hamaca. Parecía dormida.

Me metí en nuestra caravana en busca de una toalla para irme a los vestuarios a darme una ducha. Marcos tumbado en la cama se dio la vuelta y me miró al escucharme entrar. No sabía qué decir ni qué hacer.

Me acerqué a él despacio y me senté en el filo de la cama, él se abalanzó sobre mí y me besó como queriendo devorarme. Apartó la tela del bikini y me lamió las tetas con pasión haciendo que mis pezones se pusieran duros de nuevo, nunca lo había visto en aquella actitud. No me daba tiempo a reaccionar, sus manos y su lengua eran mucho más rápidas.

—Voy a darme una ducha y vengo —le dije mientras me succionaba uno de los pezones.

—No, ven aquí —respondió en un tono imperativo poco común en él.

Me dejé hacer deseando comprobar qué había tras aquella actitud dominante. Tumbada en la cama casi me arrancó la falda y las bragas, me puso de lado como la noche anterior y se humedeció dos dedos que acercó a mi culo. Poco a poco y mientras me mordía por el cuello, uno de mis puntos débiles, fue haciéndose hueco con dos dedos. Escasas veces practicábamos el sexo anal, requería de mucho más tiempo y atención, pero aquella noche ambos estábamos impacientes.

Agarré su polla y la dirigí a mi culo, la puse en la entrada y me moví despacio. Marcos sacó sus dedos dejándome vía libre y así aprovechar para acariciar mi clítoris con una mano y mis tetas con la otra. Clavé su polla en mí, despacio, sintiendo como entraba apretada y se hacía hueco. Esa mezcla de dolor placentero, esa adicción que te pide más fue dando lugar al placer. Tan solo unos

minutos antes estaba follando con Matías y ahora Marcos se hundía en mí.

Despacio fue aumentando el ritmo volviéndose más salvaje que nunca. Lo sentía resoplar junto a mi oreja, clavé mis uñas en su muslo. El orgasmo crecía y las oleadas de placer hacían aumentar ese fuego. Como una corriente eléctrica me invadió y tuve que morder la almohada para ahogar mi grito mientras sentía el néctar caliente de Marcos dentro de mí.

Después de las últimas sacudidas nos quedamos quietos y abrazados recuperando el aliento. Quizá aquel había sido el polvo más pasional de nuestras vidas.

Capítulo 14

La despedida

Pasamos la mañana recogiendo juguetes del niño esparcidos por toda la parcela y haciendo las maletas. Teníamos por delante algunas horas hasta llegar al próximo destino, aquella había sido nuestra primera parada en el viaje.

Antes de marchar nos pasamos por la autocaravana de los vecinos a despedirnos. Compartimos algunas palabras de cariño y recuerdos de las noches anteriores cenando juntos. No mencionamos nada de lo ocurrido, de hecho, Marcos y yo todavía no habíamos hablado de ello.

Carmen compartió conmigo su número de teléfono y prometimos volvernos a encontrar algún día. Adrián había disfrutado como nunca aquellos tres días que pasamos juntos.

Sentí que Marcos estaba mucho más relajado, me rodeó la cintura con el brazo mientras nos despedíamos y habló más distendido y natural. No parecía el mismo de los días anteriores, me alegró verlo así, me hacía estar mucho más tranquila y disfrutar de la conversación.

Antes de irnos, Matías me dio el bote de crema para mi contractura, por si tenía alguna molestia los próximos días. Yo pensé en las agujetas que sentía en los muslos de la noche anterior.

—Nosotros estamos por estas fechas aquí cada año, os esperamos el próximo verano —dijo Matías mientras se despedía agitando la mano. Lo vi por el retrovisor sonriendo, con la misma

sonrisa con la que me había invitado a su autocaravana la noche anterior.

NOTA: Este relato fue escrito junto a la autora, Valentina Vinson.

Navidad infiel

Capítulo 1: Viejos recuerdos

Llevaba unos días como un alma en pena. Irritado, de mal humor y con mucho sueño. Apenas había podido dormir por la noche y al cansancio se unía una desagradable sensación de miedo en el estómago. El motivo no era otro que una simple llamada telefónica.

Y es que Matías se puso en contacto con Marta. No habíamos tenido noticias de él desde el verano, en el camping, y ya hacía más de cinco meses y ni tan siquiera sabía que mi mujer y él intercambiaron los números de móvil. Por lo que me comentó Marta, Matías y su pareja Carmen iban a pasar un fin de semana en la ciudad en la que vivíamos y querían invitarnos a cenar.

Yo no podía creerme que Marta hubiera aceptado y menos después de lo que sucedió en la autocaravana de Matías. Había intentado no pensar en esa noche, borrarla de mi disco duro, pero esas cosas son de las que no se te olvidan. La imagen de mi mujer besándose con aquel cincuentón mientras él sobaba sus tetas se repetía una y otra vez en mi cabeza. Una y otra vez. Y yo, como un tonto, me quedé con Carmen fuera, tomándome una cerveza escuchando los gemidos de Marta.

Carmen le dio un trago a su botellín mirándome fijamente a los ojos con una sonrisa de suficiencia. A ella parecía no importarle que su pareja se estuviera follando a mi mujer, pero a mí sí.

Apuré el botellín y me levanté rápido intentando ocultar mi erección, pues no quería que ella se diera cuenta. Estaba enfadado conmigo mismo, mi mujer follando con un puto viejo delante de mis

narices y yo me encontraba como un pasmarote con la polla dura y en un estado de nervios y de excitación jamás visto.

Bajo las pegajosas sábanas de la cama de nuestra autocaravana esperé a que Marta regresara de su «pequeña travesura». Quería gritarle, insultarla, decirle que era una jodida guarra. Siempre he sido un poco celoso, aunque alguna vez jugábamos a fantasear con un intercambio de parejas, pero una cosa era imaginar y otra era escuchar como aquel señor follaba con mi mujer. Eso no había entrado en nuestros planes jamás. Hasta aquella noche.

Cuando Marta volvió yo estaba enloquecido. Ella quiso ir a pegarse una ducha, pero yo no la dejé, tenía que descargar mi rabia, mi frustración. Mi tremenda calentura. Hice que se metiera conmigo en la cama y allí me la follé por el culo. No se merecía otra cosa. Mi mujer olía a sexo, su piel desprendía una fragancia típica e inconfundible después de tener relaciones y aquella noche ese olor me volvió loco, literalmente. Entonces me dejé ir descargando mi orgasmo en su entrada trasera.

Al día siguiente quise sacar el tema, hablar de lo que había pasado, teníamos que discutir, pero no le dije nada. No hice nada. Me callé. Sí, me callé como un muerto. Esa rabia de la noche anterior se había transformado en vergüenza. Permitir que Marta se acostara con Matías me hacía sentir abochornado, avergonzado y humillado. Y no solo es que no lo había impedido, es que además me excitó que lo hiciera.

Marta tampoco quiso sacar el tema, actuando con la más absoluta normalidad y toda esa sensación tan extraña se quedó dentro de mi cuerpo. Más de cinco meses rumiando eso, continuamente. Casi a diario.

Habían sido muchas noches despertándome entre temblores, soñando con la sonrisa de Carmen, que me miraba fijamente mientras escuchábamos los gemidos. Poco a poco lo fui superando, más o menos y cuando ya casi lo tenía olvidado Matías llamó a mi mujer para cenar con nosotros. Yo no quería quedar con ellos, no

quería verlos, ni que existieran. Solo deseaba que nos dejaran tranquilos y que no volvieran a irrumpir en nuestras vidas como un puto tornado poniéndolo todo patas arriba. Pero Marta aceptó la invitación. Ni tan siquiera lo dudó ni me había preguntado. Y yo debí negarme, aprovechar la oportunidad para sacar el tema y que entre los dos intentáramos averiguar lo ocurrido, como habíamos permitido que la situación llegara tan lejos aquella noche de verano en el camping.

Sin embargo, no lo hice. Bajé la cabeza y dejé que Marta reservara en uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

El sábado teníamos cena en parejitas con Matías y Carmen.

Capítulo 2: Todo a punto

Proponerle a Marcos la cena con Matías y Carmen se me hacía un mundo. Nunca hablamos de lo sucedido en el camping y tampoco sabía cómo abordar el tema. ¿Una disculpa? Quizá es lo que esperaba mi marido, pero entonces ¿por qué actuaba tan normal? En ningún momento hablamos del asunto y jamás mostró ni el más mínimo interés en ello. La situación era de lo más inverosímil, no se lo había contado a nadie y me moría por confesárselo a Ana. Ella me guardaría el secreto, aun así era demasiado fuerte hasta para compartirlo con mi mejor amiga.

Varias semanas después de lo sucedido en el camping estuve dándole vueltas hasta que en octubre me escribió un mensaje Matías preguntándome cómo me iba la vida. Tardé varias horas en responder. Estaba entre el «no debes» y el «solo es saludar», pero ya sabía de sobra que nada de todo aquello tenía ni una pizca de inocencia. Me imaginaba lo que estaba buscando Matías y lo que es peor: me parecía bien. No había nada comparable al morbo que me provocaba aquella situación. Qué sexy es todo lo prohibido, tanto que no pude contenerme. A la primera de cambio caí, sí, respondí a aquel mensaje con un simple saludo que abrió de par en par la puerta a un punto de no retorno.

Y desde entonces ahí ha estado Matías, al otro lado del teléfono en conversaciones fugaces y aparentemente inocentes para saber qué tal nos iba la vida. Guiños y algún «lo pasamos bien». No sé si era él, yo o ambos, pero nos unía un extraordinario magnetismo. Siempre me daba un vuelco el estómago cuando veía una notificación suya, corría a esconderme para responder a sus

mensajes. No quería que Marcos supiera nada, todo entre nosotros estaba en calma. Seguíamos teniendo sexo, pero ninguno como el polvazo en la autocaravana al volver de mi encuentro con Matías.

Alguna noche, más de las que quiero admitir, había estado chateando con Matías hasta altas horas de la madrugada. Luego buscaba a Marcos bajo las sábanas para satisfacer el deseo que el madurito había provocado en mí, follándome a mi marido recordando aquella noche de verano.

Todo estaba controlado, era una fantasía que seguía viva por mensaje, pero no era infidelidad o eso trataba de decirme a mí misma. Matías estaba a kilómetros de mí, aunque metido en mi cabeza. No iba a ocurrir nada más hasta que me propuso encontrarnos. Me negué, no deseaba tener un amante, no quería hacerle eso a Marcos. En la caravana él lo consintió, él lo sabía, pero no iba a actuar así a sus espaldas.

Matías no iba a conformarse con mi negativa así que me sugirió otro plan: una cena de cuatro. Era descabellado, pero no me pareció tan mal. Me moría por verlo, el morbo puede ser muy adictivo. Quería tenerlo cerca, que me provocara y sentir el calor que me recorría el cuerpo cada vez que pensaba en él. Así que acepté y crucé los dedos para que Marcos no se opusiera.

Ideé durante un par de días la estrategia y decidí que se lo soltaría de forma natural, sin darle opción a elegir, con la decisión tomada. Como en verano. Me recordó a la frase de Hopper: es más fácil pedir perdón que pedir permiso. Y así lo hice. Para mi sorpresa él no rechistó, no dijo nada. En el fondo todo aquello le gustaba tanto como a mí, pero no quería aceptarlo. O eso me decía para apaciguar mi mala conciencia cuando chateaba con Matías a escondidas.

Unos días antes me fui de compras, quería algo sexy y provocador para aquella noche. Tardé en dar con ello, pero al final lo encontré. En el escaparate me enamoré del conjunto, una minifalda negra de piel sintética fruncida por la parte de delante que me hacía

un culazo espectacular, y en la parte de arriba un jersey calentito de color rosa chicle, muy vaporoso que dejaba al descubierto uno de mis hombros. Para completar unas botas por encima de la rodilla. Por supuesto, por mucho frío que hiciera pensaba ir sin medias, me solían molestar y así podría lucir las piernas que tantas horas de gimnasio me costaban. Sin duda, radiante.

Solo me quedaba elegir la ropa interior.

Capítulo 3: El restaurante

Llegamos puntuales al restaurante. Para mí la situación no era nada agradable y ya se lo había advertido a Marta antes de salir de casa: «Cenamos y nos volvemos, no quiero ninguna tontería esta noche».

No tardaron en aparecer Matías y Carmen. A diferencia de como los recordaba, vestidos cambiaban mucho, no se parecían en nada a cuando estábamos en el camping, siempre en bermudas o con ropa veraniega. Él sonrió en cuanto nos vio y se acercaron a nosotros estrechándome la mano y dando dos besos a mi mujer, mientras yo también saludaba a Carmen.

No sé los años que tendría exactamente, supongo que sobre los 55, pero tengo que reconocer que estaba espectacular. El vestido negro con falda de tubo y el escote palabra de honor resaltaban su figura. Los ojos sombreados de oscuro, las uñas pintadas de un rojo muy intenso al igual que los labios le daban un halo de misterio muy seductor.

Parecía diez años más joven que cuando estábamos en el camping.

Y a Matías también lo veía cambiado, con unos vaqueros, un jersey rojo de Lacoste y una camisa a cuadros, era muy distinto al señor barrigudo que se pasaba todo el día en bermudas y la toalla al cuello.

—¡Qué alegría veros de nuevo! No pensé que aceptaríais la invitación —nos dijo efusivamente Matías—. Bueno, ¿y dónde habéis dejado a Adrián?

—Con mis padres —respondió Marta.

—Seguro que está muy guapo, nos hemos acordado mucho de vosotros estos meses...

Aquella frase no sé si la dijo con doble sentido, pero quise entender que se refería a la familia y lo bien que lo pasamos aquellos días de verano. Enseguida nos llamaron para entrar a cenar, Carmen y mi mujer se adelantaron y Matías se quedó mirando el culo de Marta descaradamente. En un principio lo vi algo normal, yo hubiera hecho lo mismo, lo que no me gustó fue cuando me puso la mano en la espalda como si fuéramos dos colegas de toda la vida.

—Marcos, ¡qué bueno estar de nuevo con vosotros! No pensé que... ya sabes, los campings son zonas de paso y se conoce a mucha gente que no vuelves a ver en la vida.

—Sí, la verdad es que fue una sorpresa cuando Marta me contó que la llamaste.

—Nunca habíamos estado aquí, espero que por lo menos nos enseñéis un poco la vida nocturna de la ciudad.

—No teníamos pensado salir después de cenar, creo que...

—Nada, nada, luego por lo menos os quedáis a tomar una copa, eh, no nos podéis hacer ese feo.

—Ya veremos...

En cuanto nos sentamos a la mesa hizo como que no me había escuchado.

—Le comentaba a Marcos que luego salimos a tomar una copa. Marta, a una sí que os apuntáis, ¿no?

Mi mujer me miró esperando que yo contestara. Estaba serio y lo último que me apetecía era salir de fiesta con ese tío. Tampoco debía haber aceptado venir a la cena y desde el principio no me estuve nada a gusto. Tenía una sensación muy extraña en el estómago, me encontraba ridículo sentado en la misma mesa que ellos. El muy cerdo se había tirado a mi mujer delante de mis narices y ahora parecíamos amigos de toda la vida.

—No mires a Marcos, él está encantado de que vayamos luego a tomar algo —le dijo Matías a mi mujer.
—¿Seguro? —me preguntó Marta.

Todos me miraban esperando mi respuesta, y no quise quedar como el gilipollas que estropeaba la noche.

—Está bien, pero solo una...
—¡Eso es! —dijo Matías dándome otra palmadita en la espalda.

Yo solo quería que empezáramos a cenar y que pasara la noche cuanto antes. Sabía que esos nervios no se me iban a quitar hasta que regresáramos a casa, y la cosa se puso peor cuando miré a Carmen y ella sonrió asintiendo con la cabeza.

Estos dos no habían quedado con nosotros solo para cenar. Tenían algún plan en mente y todos los allí sentados lo sabíamos. Incluida mi mujer.

El camarero nos trajo la carta para que pidiéramos los segundos platos. En la reserva ya elegimos el menú que nos iban a servir. Había varios entrantes para compartir y luego cada uno tenía que elegir lo que quería de segundo.

—¿Qué vino nos recomendáis? —le preguntó Matías al camarero.

Le detalló los que entraban en el menú y finalmente se decidió por uno. No tardó en venir con un par de botellas y después de que el camarero nos llenara la copa a todos Matías la levantó para proponer un brindis.

—Por nosotros y porque esta noche lo pasemos muy bien...

Al beber cometí el error de mirar a Carmen y ella ya estaba pendiente de mí, esperándome. No pude evitar recordar la famosa noche del camping y los gemidos de Marta se vinieron a mi cabeza. Como por arte de magia mi polla reaccionó bajo los pantalones y todavía me sentí más confuso sin entender lo que estaba pasando

cuando observé como Matías y Marta se miraban fijamente a la vez que bebían de sus copas.

La comida estaba deliciosa y por lo menos tenía que reconocer que con Matías no te aburrías. No paraba de contar anécdotas, cada cual más graciosa y mi mujer se reía con las ocurrencias del madurito. Yo intentaba odiarle, pero incluso a mí, me sacó la sonrisa un par de veces. Carmen era todo lo contrario a él, una mujer reservada y misteriosa, apenas hablaba, aunque se notaba que estaba atenta a todos los detalles, lo que decíamos, lo que comíamos, nuestros gestos...

El vino bajaba que daba gusto, y Matías levantó la mano para que nos trajeran otras dos botellas.

—No tenéis que conducir, ¿no?

—Ufff, yo no voy a beber más, que enseguida se me sube a la cabeza, como sigamos a este ritmo nos bebemos una botella cada uno —respondió mi mujer.

—¡Tonterías! Seguro que hace siglos que no salíais así de cena.

—Pues desde que nació Adrián, no nos gusta dejarle en casa de nadie, cada uno tiene que asumir sus responsabilidades —intervine yo—. Me fastidian esos que van diciendo que necesitan su espacio y chorradas de esas. Luego dejan a los niños muchos fines de semana con los padres o durante la semana apenas ni los ven y prácticamente se crían con los abuelos. Nosotros nos hemos encargado de Adrián desde el principio y creemos que es nuestra responsabilidad.

—Totalmente de acuerdo, pero bueno, por una noche en ¿seis años? Tampoco pasa nada, aunque pienso igual que tú... sí, señor —dijo Matías brindando conmigo.

Justo antes de llegar los postres las dos botellas de vino estaban ya por la mitad y los cuatro empezábamos a ir un poco alegres. Matías seguía contando batallitas y ya éramos el centro de atención en el restaurante, sobre todo por las risas, cada vez más

exageradas, de mi mujer. Se le habían subido los colores y se levantó de la silla excusándose para ir al baño.

—Espera que voy contigo —dijo Carmen acompañando a Marta y dejándome a solas con Matías.

Otra vez se quedó mirando el culo de mi mujer hasta que desapareció de su vista. Cuando se dio cuenta de que le había pillado babeando con Marta cogió la copa y sin inmutarse le dio un trago con una sonrisa de zorro astuto.

—Ha venido muy guapa tu mujer esta noche —me dijo.
—Ehh, gracias... Carmen, también.
—Bueno, ahora que estamos a solas me gustaría decirte el verdadero motivo por el que hemos venido este fin de semana a vuestra ciudad.

Yo me quedé intrigado y sobre todo muy nervioso por las palabras que me acababa de decir. Por fin iba a conocer sus planes.

—Verás, nos han comentado unos amigos que han abierto cerca de aquí un club, y la verdad es que hablan maravillas de él, El rombo morado, no sé si se te suena.
—No, no había oído hablar nunca de ese pub... ¿Por qué zona está?
—No es un pub, es un club, ya sabes, un local de...
—Un local de qué... no te entiendo.
—Pues de intercambio...
—¿Un local de intercambio? ¿De parejas?
—Sí, claro, jejeje, a Carmen y a mí nos gusta mucho visitar estos sitios, la verdad es que lo pasamos muy bien.
—No, a nosotros esas cosas... no.
—Ya, ya lo sé, no pasa nada, ahora al salir del restaurante vamos a tomar una copa y si no os animáis, Carmen y yo ya os dejamos tranquilos, pero antes me gustaría comentárselo a Marta, a ver qué le parece la idea.
—Marta y yo no vamos a ir a ningún sitio... y menos después de lo que pasó en el camping.

Matías sonrió mientras vaciaba su copa de vino. Justo llegaron los postres a la vez que volvían las chicas del baño.

—Le estaba comentando a Marcos que si conoce algún sitio agradable para tomarnos una copa después de cenar. Verdad, ¿Marcos? —comentó Matías.

—Ehhh, síííí... claro —dije yo con la mirada perdida intentando asimilar lo que estaba sucediendo.

—Pues claro que conocemos unos cuantos, ¡la verdad es que hacía tanto que no salíamos que me lo estoy pasando muy bien! —exclamó Marta antes de empezar con la tarta y el helado.

—Todos lo vamos a pasar muy bien, creo que va a ser una gran noche... —dijo Matías dándome una palmada en la espalda por tercera vez y llenando de nuevo la copa de vino a Marta.

Capítulo 4: El pub

Cierto nerviosismo me recorría el cuerpo cuando entramos en el pub. Dejamos las chaquetas en un taburete junto a una mesa alta. Era un local muy oscuro, el suelo de madera cedía al andar y sonaba una música estridente a todo volumen. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por pequeños grupos que bebían y reían. La media de edad no superaría los 30 años y al principio me sentí un poco fuera de lugar.

Matías propuso acercarnos a la barra y pedir unas copas, me puso la mano en la espalda para que lo acompañara. Sentí sus dedos por encima de la ropa y conecté con aquella noche en la autocaravana. Se me aceleró el corazón y tenía la boca seca, necesitaba beber algo.

Los camareros estaban ocupados atendiendo a otros clientes, el volumen de la música no me dejaba escuchar bien a Matías y acerqué mi oreja a su boca apartándome a un lado el pelo. Tenerlo tan cerca provocaba que se me erizara la piel, mi cuello estaba expuesto a su boca y mi marido a escasos metros viendo la escena. ¿Le estaría molestando verme así? Me apoyé en la barra e incliné un poco la espalda para darle un primer plano de mi culo a Marcos para que se deleitara con él. Solo él y yo sabíamos que debajo de aquella falda llevaba un pequeño tanga rojo, eso lo volvía loco.

Mientras pasaba la bayeta por la barra la rubia jovencita nos preguntó qué íbamos a tomar. No tendría más de 22 años. La melena lisa y larga le caía hasta media espalda. Llevaba una camiseta de tirantes finos de color negro, uno de ello se le descolgaba del hombro cubierto de tatuajes. Unas flores dibujadas con mucho gusto que le llegaban hasta la muñeca. El vaquero

dejaba al descubierto su ombligo y un abdomen perfecto. Al darse la vuelta para coger las botellas me perdí en las curvas de su culo, redondo y muy bien puesto.

Antes de conocer a Marcos había tonteado con alguna chica, pero ya no solían llamarme la atención. Sin embargo, después del vino de la cena, mi imaginación se disparó y me vi en la cama con aquella chica y Matías.

—¿Te gusta? —preguntó con una sonrisa pícara.
—Es muy guapa.
—Me encantaría veros juntas. Sería un espectáculo —añadió esperando mi respuesta.
—¿Ya vamos a empezar?
—Hace rato que he estoy en ello... —dijo sentándose en un taburete frente a mí mientras la camarera servía las bebidas.
—No esperes nada de mí hoy, solo es una cena de amigos y una copa para pasar un rato divertido.
—Claro, eso es.

Ese tipo de respuesta me daban mucha rabia. Tan sobrado, creyendo que controlaba la situación cuando quien tenía la sartén por el mango era yo. Lo que ocurriera aquella noche sería solo si a mí me daba la gana, así que ya podía ir bajando esos humos.

Sin darme tiempo a pagar mi parte, Matías sacó uno de entre tantos billetes que llevaba en la cartera y pagó las copas de todos. Otro gesto que me molestaba, se creía el gallo del corral. Necesitaba con urgencia ponerlo en su sitio.

—¿Has convencido a tu marido para ir a «El rombo morado»?
—Todavía no tengo claro que me apetezca ir, no sé si me apetece estar en un sitio así.
—Seguro que te encantaría, lo podríamos pasar muy bien.
—Ah, ¿sí? ¿Y qué haríamos allí?
—¿Quieres que te lo explique? —preguntó acercándose a mi oído y bajando una mano por mi cintura hasta posarla sobre mi culo.
—Dame detalles

—No necesito dártelos, por como se te eriza la piel ya sé que tienes ganas de ir —dijo susurrándome al oído.

Estaba vendida, pero no quería darle señales de derrota todavía. Me apetecía jugar un poco más, siempre me ha gustado ese tira y afloja.

—La verdad es que estoy cansada, el vino de la cena me ha tumbado.
—Si quieres te hago un masaje, tengo experiencia.
—No gracias, lo de este verano no se repetirá.
—¿Estás segura?
—Segurísima. Aquella noche estuvo bien, pero solo fue eso, una noche.

No respondió, se limitó a sonreír y alejarse un poco de mí. En aquel momento se acercó Carmen para llevarse su copa y la de Marcos sin decir nada. Miré de reojo a mi marido, no me quitaba la vista de encima, parecía nervioso. Me gustaba aquella situación, hacía mucho tiempo que no sentía ese morbo. Me moría de ganas de follar con Matías delante de Marcos, pero ¿cómo iba a plantearle algo así? Quizá el local de intercambio diera pie a la situación, de forma más natural, menos forzada. Mi imaginación viajó hasta aquel lugar que no conocía, sentí en mi piel las sensaciones y recreé en mi mente el encuentro.

Quería ir, solo por ver el ambiente. No estábamos obligados a hacer nada. Convencer a Marcos no sería un problema, ya tenía pensada la estrategia para conseguir lo que quería. La verdad, siempre ha sido muy fácil de convencer.

Me acerqué un poco a Matías buscando su contacto.

—Me apetece conocer el club y ver el ambiente.
—Qué rápido has cambiado de opinión.
—Nunca he estado en uno, ya va siendo hora de ver como es.
—Te va a encantar, ya verás.

—¿Sí? —pregunté emitiendo un ligero gemido para provocar todavía más su acercamiento.
—Martita, no me hables así que me conozco.
—Me encanta provocarte —añadí en el mismo tono.

Me puso de nuevo la mano en la espalda.

—Baja un poco más, quiero sentir tu mano en mi culo.
—¿Te apetece un azote? —preguntó en tono burlón.
—Todavía no —respondí sonriendo.

Me dirigí hacia Marcos y cambié el semblante para que no viera la seguridad que desprendían mis intenciones. Sin saberlo, ya estaba convencido.

Capítulo 5: Decidido

No sé el tiempo que llevarían solos, pero a medida que pasaban los minutos yo me iba excitando más y más. No entendía por qué me calentaba tanto esa situación, tenía a Carmen a mi lado, pero apenas hablaba nada con ella. Solo éramos dos espectadores de como Matías sobaba a mi mujer descaradamente en aquel pub.

Al fin Marta se acercó a mí, estaba nerviosa, agitada y en cierta medida un poco abochornada. Sabía de sobra que desde nuestra posición habíamos visto como el viejo no paraba de tocar su culo mientras le decía cualquier cosa al oído.

Matías abrazó a Carmen y le dio un pequeño pico en los labios, separándose unos metros de nosotros. Entonces Marta titubeando me dio un beso en el cuello, fue muy suave, casi como una caricia.

—Matías me ha dicho que iban a ir a un local de intercambio y que ya lo había comentado contigo, entonces, ¿te parece buena idea? —me dijo Marta con voz melosa.

—Sí, salió el tema durante la cena, cuando os fuisteis al baño, pero ya le dije que no contara con nosotros.

—¿No te apetece ir?

—Pues claro que no... ¿Qué pasa? Tú sí que quieres, ¿verdad? Ya he visto lo que ha pasado.

—Perdona —dijo Marta como si le diera vergüenza—. Ya le he pedido que se estuviera quieto, lo siento.

—Ya sabía yo que no había sido buena idea quedar con ellos.

—Tampoco te pongas así, lo estamos pasando bien, ¿no?

—Sobre todo vosotros...

—Sí, ya, y tú no, ¿o te crees que no me he dado cuenta de cómo miras a Carmen?

—¿Yo? ¿A Carmen? Pero por favor, si podría ser mi madre.

—Ya, pues bien que llevas mirándole las tetas toda la noche.

—Anda, deja de decir tonterías, ahora no te quieras excusar. O sea que dejas que Matías te meta mano delante de mí y encima me reprochas que yo esté mirando a Carmen, ¡esto me parece surrealista!

—Venga, Marcos, no te pongas así, hace mucho que no salíamos de fiesta, no estropees la noche.

—¿Y qué coño quieres? ¿Dejar al viejo que haga contigo lo que le dé la gana?

—¡Claro que no! ¡Me cabrea mucho cuando te pones celoso!

—Pero bueno, ¡si te acaba de meter mano delante de mí! ¿Y yo soy el celoso?

—No quiero discutir esta noche, para una vez que íbamos a vivir una aventura emocionante, tranquilo, en el local de intercambio no haríamos nada, solo tomar una copa y ver un poco el ambiente, ya está.

—Veo que ya tienes decidido ir a ese sitio.

—Yo solo quiero ir si tú también quieres... venga, Marcos, yo creo que podemos pasarlo muy bien.

—Joder, Marta, no me parece una buena idea.

Yo intentaba negarme con todas mis ganas, pero Marta vio en mis ojos un pequeño resquicio de duda y se agarró a esa posibilidad con uñas y dientes. Con la música sonando en mi cabeza, el vino haciendo mella en mi cuerpo y el calentón que me había pillado viendo al viejo sobar descaradamente el culo de mi mujer, cada vez estaba más indeciso. Además, Marta tenía razón, llevaba toda la noche mirando el escote de Carmen, lo que no ayudaba a que me calmara.

—Nunca hemos estado en un local de esos... ¿No te gusta ni un poquito la idea? —me dijo Marta apretando sus tetas contra mis brazos y mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

—No, no me gusta.

—Solo vamos, nos tomamos una copa... y ya está.

Entonces se puso delante de mí para besarme en la boca y notó la erección que tenía bajo los pantalones.

—Ostras, ¡si la tienes dura!

Intenté apartarla, pero ya era demasiado tarde, Marta había notado la empalmada que llevaba y ahora el que se sintió avergonzado fui yo.

—Venga, ¡solo una copa! Así vemos como son esos sitios, ¡no seas soso! Es como si fuéramos a una discoteca, tomamos algo, escuchamos un poco de música...

—Marta, nooooo.

—Si lo estás deseando... Una vez allí no te separes de mí, ¿vale? Entonces, ¿les digo que sí?

No me dio tiempo a responder cuando Marta ya se había acercado a nuestros acompañantes. Vi como afirmaba con la cabeza. Ellos sonrieron y comenzaron a ponerse los abrigos antes de venir hasta mi posición. Carmen y Marta salieron del pub delante de nosotros y yo me quedé rezagado unos metros con Matías.

—Me ha comentado Marta que nunca habéis estado en un local de estos, ya verás que bien lo vamos a pasar...

Capítulo 6: El rombo morado

Era más de la una de la madrugada y hacía mucho frío en la calle, me castañeaban los dientes y busqué abrigo en los abrazos de Marcos mientras decidíamos si ir en un taxi o en el coche de Matías hasta el local. Él insistía en llevarnos y luego nos dejaría en casa, pero Marcos no quería, prefería tener la libertad de irnos cuando nos apeteciera sin depender de él.

Por las características del lugar y mayor discreción, se accedía al local por el *parking*. Fuimos todos en el coche de Matías para que dejara de insistir y subimos juntos en el amplio y elegante ascensor del edificio. Al abrirse las puertas salimos a un recibidor oscuro con pequeñas luces leds azules rodeando el techo.

A los pocos segundos apareció una chica muy guapa con un vestido corto negro que resaltaba su figura. Nos recibió con una gran sonrisa y nos preguntó si era nuestra primera vez, a lo que todos asentimos. Muy amable nos propuso una visita guiada por el local. Dejé que Carmen y Matías caminaran delante de nosotros, tenía mucha curiosidad por conocer aquel lugar. El corazón me latía deprisa, le di la mano a Marcos y tiré ligeramente de él para que se pegara a mí. Tenerlo así de cerca me daba cierta sensación de protección ante el sitio desconocido.

Amanda, como se presentó la chica, nos mostró en primer lugar los vestuarios, en ellos podríamos dejar las chaquetas en taquillas que cerraban con llave, por si queríamos estar más cómodos. Seguimos caminando por el pasillo estrecho y llegamos a una zona de bar. A la derecha la barra con tres camareros guapísimos, dos chicas y un chico, nos recibieron también con una sonrisa. No había mucha gente en la sala, apenas algunas mesas ocupadas por

parejas que tomaban una copa y hablaban de forma distendida sin prestar atención a nuestra presencia.

Tras la sala del bar llegamos a otra zona con habitaciones independientes. Amanda nos explicó el objetivo de cada una de ellas de modo sutil. Una tenía una cama enorme que iba de punta a punta de la habitación, por lo menos tendría siete metros aquel colchón. Al final se podía intuir una pareja, fui la única que asomó la cabeza entre la discreta cortina para ver cómo era aquel lugar.

Nos habló del resto de salas. Una de ellas tenía una pared negra dividida en dos partes con unos agujeros, no supe su utilidad, pero me pareció de lo más curioso. Incluso una de las habitaciones incluía juguetes para azotar y atar. Mis ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad y ya podía intuir más sombras en las salas. Aquel sitio rezumaba un cierto aroma a sexo y seducción que me estaba poniendo muy cachonda.

Terminamos el tour volviendo a la sala del bar e intentando mantener la discreción para no molestar a ninguno de los clientes, durante aquellos minutos de visita se había llenado. Por último, Amanda, nos indicó los precios y extras que podíamos solicitar. Aluciné con la de detalles de aquel sitio, habían tenido en cuenta hasta el más mínimo elemento. Ni en los mejores hoteles.

Miré a Marcos para saber qué estaba pensando sobre el local, él me devolvió el gesto y cierta sonrisa nerviosa. Sin duda aquel sitio le gustaba tanto como a mí. Mientras Amanda nos daba las últimas indicaciones me acerqué a él y pegué mi culo a su paquete moviéndolo ligeramente, él me rodeó la cintura con las manos. Estaba cachondo y podía sentir su dureza contra mi cuerpo. La sensualidad de aquel lugar invitaba a dejar volar la imaginación sin límites.

En la barra había algún chico solo, uno de ellos tendría unos 25 años y no me quitaba ojo. Lo miré y me sonrió. Yo seguía pegada a mi marido rozándome con su polla y el desconocido se había dado cuenta. Era la primera vez que estaba en un local así, todas aquellas

personas tenían el objetivo de pasarlo bien y ser observada era algo que me provocaba un morbo increíble. Imaginar a aquel chico moreno mirándome me parecía de lo más excitante. Aquella no era una noche más, algo estaba cambiando en mí y deseaba que fuera igual para Marcos.

Sin consultar, Matías pidió un reservado para los cuatro. Amanda nos acompañó hasta una sala al final del pasillo. Puse un pie dentro y un escalofrío me recorrió el cuerpo, nadie había dicho nada, pero ya sabíamos lo que iba a ocurrir entre aquellas paredes.

Capítulo 7: Unas copas

El reservado tenía dos sofás medianos de color gris, eran muy modernos y pinta de ser bastante cómodos. Me pregunté cuánta gente habría follado en ellos, por lo menos me gustó el detalle de que saliera una limpiadora justo antes de entrar nosotros.

Matías se puso de pie y me propuso acompañarlo a la barra a pedir unas consumiciones. Dejamos a las chicas sentadas una en cada sofá y fuimos a por algo de beber. Matías se movía como pez en el agua en ese ambiente, todo lo contrario que yo, que estaba en constante alerta. Veía parejas pasar por el pasillo, solteros en la barra en busca de alguna presa, a la chica de relaciones públicas enseñar el local a los que iban entrando nuevos... no me esperaba que hubiera tanta gente en este tipo de sitios.

Llegamos a la barra que estaba atendida por dos chicas y un chico de unos veinte años. Matías pidió las copas y le dio los cuatro pases que nos habían dado a la entrada para pagar con ellos.

—No me creo que no hayáis venido antes a un local de intercambio —me dijo.
—No, es la primera vez.
—Yo pensé que vosotros...
—Ehhh... no, no, nosotros estas cosas…

Puso cara de extrañeza, estaba claro que Matías creía que éramos una pareja liberal o algo por el estilo, solo así era entendible que yo no le hubiera dicho nada después de follar con mi mujer y que ahora les estuviéramos acompañando a un club swinger. Como le estaba viendo sus intenciones de lejos, antes de volver al reservado quise dejarle las cosas claras. Cuando fue a girarse le puse una mano en el hombro.

—Espera...

—¿Qué pasa, Marcos?

—Sé perfectamente lo que pretendes, te he visto en el bar y no he querido decir nada por no montar una escena y por respeto a Carmen, respeto que parece que tú no le tienes a tú... mujer, o lo que sea... pero que sea la última vez que le pones una mano encima a mi m...

—¡Ey, tranquilo! No te preocupes por lo que tengamos Carmen y yo, eso no es asunto tuyo, y en cuanto a Marta... ehm, no te voy a negar que antes, bueno... ya has visto lo que ha pasado, eso es una cosa que deberías hablar con ella, pero por lo que me ha contado tu mujer creo que te ha gustado vernos juntos, ¿no? No quiero malos rollos, tío, me parecéis una pareja de puta madre y estás con una mujer que es la hostia, guapa, simpática, morbosa, ¡joder, lo tiene todo!

Recogió dos copas de la barra, la de Marta y la suya, dejando la de Carmen y la mía sobre el mostrador.

—Anda coge eso y vamos con las chicas, que nos estarán esperando.

Me parecía increíble la desfachatez del aquel tipo, que tenía una facilidad sorprendente para encontrar las palabras adecuadas en cada momento y quitarle importancia a las cosas. Total, solo se había follado a Marta en verano y le acababa de sobar el culo delante de mí en el pub.

Y todavía se puso peor en cuanto entramos al reservado. Matías le dio la copa a mi mujer y después se sentó a su lado, por lo que yo me tuve que poner en el sofá con Carmen. Marta se recostó apoyando el hombro en el respaldo y pasó un pie por debajo del gemelo de la otra pierna en una postura cómoda y distendida para comenzar a charlar con Matías.

Me sorprendió que mi mujer hiciera eso, era como si Carmen y yo no estuviéramos allí. Yo me senté con Carmen en el único hueco que tenía disponible. Era un sitio que no me gustaba nada, pues dejaba

a Marta y Matías a mi espalda y no podía ver que es lo que hacían. Me giré y me encontré con la madurita mirándome y con voz tranquila y serena me dijo.

—La verdad es que han congeniado genial desde el principio.
—¿A quién te refieres?
—Pues a estos dos, claro...

Carmen adoptó una postura completamente distinta a mi mujer y cruzó las piernas de manera sensual en dirección hacia mí, como toda una señora. En ese momento me vi intimidado por completo, y de nuevo volví a tener una erección bajo los pantalones. Intenté ocultarla situándome de lado, antes de que Carmen se diera cuenta, pero por la sonrisa que puso, lo único que hice con esa postura fue descubrirme yo solo.

Sin querer se me fue la vista a su busto, las tetas de Carmen lucían de manera espectacular en ese escote palabra de honor y ella estiró el brazo con delicadeza para brindar conmigo.

—Por nosotros... —me dijo antes de mirarme fijamente a los ojos mientras le daba un trago a su copa.

No pude evitar girarme cuando escuché a Marta riéndose en alto con alguna aventura que le estaba contando Matías. Lo peor es que él se había acercado peligrosamente a ella y no solo eso, ya tenía una mano sobre el muslo de mi mujer mientras le hacía confidencias en el oído.

Capitulo 8: El reservado

Mientras los chicos fueron a la barra a pedir unas copas, Carmen y yo nos quedamos a solas en el reservado. Me generaba mucha curiosidad aquel lugar. Me puse en pie, nerviosa y empecé a examinar los cuadros que decoraban las paredes. No eran más que láminas enmarcadas con imágenes de siluetas desnudas, pero necesitaba hacer algo para aplacar mis nervios. En cierta manera me incomodaba un poco estar a solas con ella, me había acostado con su marido y nunca hablamos de ello. No tenía muy claro qué opinión tendría Carmen de mí, y no debería importarme, pero lo hacía. La relación que tuvieran con Matías era asunto suyo, sin embargo, necesitaba sincerarme con ella.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó como si pudiera leerme la mente.

—Un poco sí, por la novedad de la experiencia supongo.

—¿Es tu primera vez?

—Ehmmm…. Sí, en un local así.

No sabía ni qué estaba respondiendo. ¿A qué se refería? ¿Mi primera vez en un local así o a solas con una pareja? Carmen permanecía sentada, sonriendo sin quitarme los ojos de encima. Incluso de espaldas a ella sentía su mirada. ¿Cómo podía estar tan calmada? ¿Nada perturbaba su paz?

Su aparente tranquilidad y seguridad me ponían todavía más nerviosa. Me faltaba que reaccionara de alguna forma, soltara cualquier comentario, algo que me facilitara entenderla, empatizar con ella. Poner un poco de cordura a toda aquella situación. Pero no logré esclarecer nada. Carmen parecía de hielo, un agradable témpano inquebrantable.

—Ya estamos aquí, chicas —dijo Matías al entrar en estampida en el reservado.

Siempre tenía una energía arrolladora aquel hombre. Sin preguntar se sentó junto a mí y dejó un espacio para que Marcos se situara cerca de Carmen. Me pareció un buen plan, así podríamos entablar conversación por separado y mi marido se soltaría un poco con ella y dejaría de estar pendiente de mí y Matías.

Di un sorbo a mi copa y me pareció que estaba cargadísima, pero tenía un fondo afrutado que me encantó. Todavía sentía en mí el efecto del vino de la cena. La luz tenue, la música de ambiente y la situación ayudaban a que mi actitud fuera más distendida de lo normal. Por un segundo me pregunté qué estábamos haciendo allí, pero ni me respondí. No quería dedicar tiempo a cuestionarme. A veces dejarse llevar es la mejor opción y aquella era una noche perfecta para ello. Estaba harta de pensar siempre en las consecuencias, en hacer lo correcto, en ser ejemplar. En verano rompí con esa tendencia comportándome como jamás me hubiera imaginado y me sentí muy viva, la adrenalina recorrió mi cuerpo hasta incluso unos días después. Recuerdo la vuelta a casa de aquel verano, los olores e imágenes de aquella caravana se tatuaron en mi alma. No por el sexo, que estuvo muy bien, sino por la decisión. Creo que fue la primera vez que me atreví a hacer sin preguntar.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó Matías acercándose a mi oído.
—En este verano —respondí con toda la intención.
—¿En la playa? —dijo guiñando un ojo.
—En tu polla.

Sí, acababa de decir que estaba pensando en su polla. ¿Qué me pasaba? Era como tener un angelito y un demonio mientras hablaba con aquel hombre sentado frente a mí. ¿Qué tenía para ponerme así? Esa mezcla de prohibido, novedad, experiencia, me excitaba y atraía.

—Vaya, Martita, vas fuerte esta noche.

—¿Por qué nos has traído aquí? ¿Para hablar del tiempo? —seguí en una actitud provocadora, más que nunca. Me encantaba aquel juego.

—No lo sé, ¿para qué crees que te he traído?

—Para follar delante de mi marido.

—¿Y eso te gustaría?

—Puede…

Mis respuestas lo estaban poniendo a mil, el bulto en sus pantalones era más que evidente. Se abalanzó un poco más sobre mí y me puso la mano en el muslo. Le costaba controlar el impulso, sabía que yo tenía ganas, pero no iba a dar el primer paso. Quería jugar un poco más.

—¿Qué te parece mi falda? Me la he comprado pensando en ti.

—Me encanta, pero me gustas más tú. Y cuéntame, ¿qué más has hecho pensando en mí?

—Alguna noche me he tocado, despacio, colando mis dedos por debajo de mis bragas para hundirlos dentro de mí.

—Mmmm… si sigues así me va a costar no besarte.

—Mientras me metía los dedos recordaba aquella noche y en ti dentro de mí, embistiéndome. Me corría susurrando tu nombre.

Matías se me acercó más y me apartó el pelo a un lado para tener vía libre a mi cuello.

—Marta… —me susurró al oído.

Solté un leve gemido, un escalofrío me recorrió al sentirlo tan cerca. Subió la mano por mi muslo hasta la cintura acariciándome las tetas. Descrucé las piernas y me aparté un poco para rozar mi nariz con la suya mirándonos a los ojos.

—Matías… —respondí mordiéndome el labio.

La tensión del momento se desató en un beso apasionado. Su lengua buscaba la mía, clavé mis uñas en su muslo y él subió la mano hasta mis tetas, acariciándolas por encima del jersey.

No había marcha atrás.

Capítulo 9: Empieza el juego

Carmen y yo no lo estábamos pasando tan bien como ellos, nuestra conversación no era tan fluida y hablábamos de cosas intrascendentes. Me gustaba la serenidad de Carmen, parecía acostumbrada a ese tipo de situaciones. Entonces me miró por encima del hombro y luego me hizo una indicación sin decirme nada para que viera lo que estaba pasando detrás de mí.

Al girarme me encontré a Marta y a Matías besándose en el sofá, no era un beso tierno o cariñoso, el viejo le metía la lengua en la boca a mi mujer mientras le sobaba las tetazas por encima de la ropa. Me quedé hipnotizado, no podía dejar de mirarlos, entonces sentí una mano de Carmen en mi rodilla y ella se acercó a mí.

—¿Te gusta lo que ves?

No supe ni qué contestar, pero la erección bajo mis pantalones me delataba. Yo no quería un intercambio de parejas, ni nada parecido, pero me excitó muchísimo ver a Marta morreándose con aquel señor. Todo me parecía muy sucio y guarro. Y ahora tenía a Carmen a escasos centímetros de mí con nuestras cabezas casi pegadas.

Ya no podía pensar con claridad e hice lo que se suponía que tenía que hacer en un caso de estos, me incliné sobre Carmen para buscar sus labios, pero sorprendentemente ella me rechazó el beso. La miré extrañado, no podía creerme que Carmen me negara la boca, así que volví a intentarlo con el mismo resultado.

Aquello era increíble, Matías se estaba comiendo a mi mujer mientras no dejaba un centímetro de su cuerpo por tocar y Carmen ni tan siquiera me permitía darle un pequeño beso. Indignado y

furioso me puse de pie. No iba a aguantar ni un segundo más aquella humillación.

Entonces Carmen se dio cuenta de que si no cedía a mis pretensiones me iba a llevar a mi mujer de allí dejando a su marido con un palmo de narices. Tiró de mi mano hacia abajo para que volviera con ella y en cuanto puse el culo en el asiento se acercó a mí besando mis labios con suavidad, rozándome, como si fuera una caricia.

Pasó una mano por detrás de mi cabeza, enredando sus dedos en mi pelo y poco a poco fue subiendo la intensidad de su beso, metiendo con timidez la lengua en mi boca. Me encantaba la sensualidad que desprendía Carmen y la forma de besar tan exquisita que tenía. La polla me palpitó bajo los pantalones cuando ella apoyó una mano sobre mi muslo, acercándola peligrosamente a mi entrepierna.

Ahora nos chupábamos las lenguas en un morreo cada vez más húmedo y apoyé una mano en su escote, para acariciar sus tetas. Carmen me dejó hacer unos segundos, aunque luego me retiró la mano. Pensé que quizás iba demasiado rápido, pero ella me había dado pie, acercando cada vez más su mano a mi paquete.

No tenía prisa, y me dejé llevar disfrutando un par de minutos más de los besos de Carmen, nuestras bocas se habían acoplado de maravilla y las lenguas bailaban juntas empapándose de saliva. Los dedos de Carmen hacían un gran trabajo masajeándome la nuca en una caricia placentera y de repente ella bajó la boca acariciándome el cuello con sus labios. No sé qué estarían haciendo Matías y Marta, pero Carmen apoyó la mano en mi polla y me la agarró por encima del pantalón pegándome un par de sacudidas.

Mientras me comía el cuello me giré para ver que sucedía detrás de mí. Entonces me quedé de piedra cuando vi a mujer con la polla de Matías en la mano, meneándosela con firmeza y la mano de él acariciando su coño por debajo de la falda. Marta me vio y se besó con el viejo sin dejar de mirarme a los ojos. Luego con cara de zorra

se separó de él pegándole cinco o seis sacudidas para que yo lo viera. Y se agachó sobre su regazo.

Mi mujer iba a comerle la polla.

Capítulo 10: Marcos nos mira

Quería llevar el control de la situación, vi que Marcos y Carmen se habían animado a seguir con el juego y eso todavía me puso más. Me encantaba que pudiéramos disfrutar de todo aquello, de dejarnos llevar por nuestro deseo y compartir una experiencia tan intensa. Nunca imaginé que Marcos y yo viviríamos algo así, siempre habíamos sido una pareja muy tradicional, pero todo aquello me estaba encantando.

Dirigí la mano de Matías bajo mi falda, él me acarició el interior del muslo hasta la ingle, sin prisa. Con el dedo índice hacía dibujos sobre mi tanga acercándose a mis labios, pero sin tocarlos. Yo le acariciaba por encima del pantalón y a tientas trataba de buscar el botón para liberarle de aquella tensión que ejercía la ropa. No dejábamos de besarnos y de reojo veía a Marcos haciendo lo mismo con Carmen. Mil ideas me pasaban por la cabeza a toda velocidad, por un momento me imaginé entre las piernas de Carmen mientras los chicos nos miraban y me follaban.

Matías ya estaba más cerca de mi clítoris, lo acariciaba haciendo pequeños círculos y lo sentía palpitar. Por mi parte había conseguido sacar su polla de los pantalones y la acariciaba de arriba abajo muy suave. El glande brillaba en la oscuridad de la sala y aproveché las primeras gotas de su excitación para lubricar la zona y poder jugar con mi mano sin hacer demasiada fricción. Le estaba encantando porque aumentó la intensidad y profundidad de sus besos.

Me moría por sentir sus dedos dentro de mí. Apartó un poco mi tanga a un lado y yo abrí más las piernas.

—Estás muy mojada —dijo sonriendo mientras se alejaba un segundo de mí para mirarme a los ojos.

—Culpa tuya.

—Me encanta ser el culpable.

—No dejes de tocarme —dije en tono autoritario. No quería charlar, estaba muy cachonda y mi mente no podía pensar en otra cosa.

—Poco a poco, no hay prisa.

Siguió besándome por el cuello a la vez que me acariciaba la entrepierna, esta vez directamente sobre la piel apartando la ropa interior. Aquello era una tortura, necesitaba más ritmo o me correría solo con las caricias.

—Matías, estoy muy cachonda.

—Ya lo noto, ¿y qué te apetece?

—Que metas dos dedos dentro de mí, ¡ya!

—¿Así? —preguntó hundiendo uno muy despacio y provocando que soltara un gemido.

—Otro más, por favor —pedí entre suspiros suplicándole mientras no dejaba de masturbarlo.

Me hizo caso y lo sentí dentro de mí, sus nudillos hacían presión contra mi clítoris. Sus manos eran mucho más grandes que las de Marcos, dos de sus dedos eran como una polla que jugaba con mi punto G. Me recosté en el sofá cerrando los ojos para disfrutar de las sensaciones. Mi mano se movía arriba y abajo por inercia, sin estar muy pendiente de lo que hacía y centrándome en mí.

Entreabrí los ojos y vi a Marcos mirándome, me incorporé, besé a Matías y le masturbé con más intensidad la polla imaginando que era la de mi marido. Quería que me viera haciéndolo y sin quitarle la mirada acerqué despacio la boca y lamí la punta. Seguí recorriéndola con la lengua de arriba abajo, preparándola para metérmela dentro. Puse los labios en forma de o para encajarla despacio en la boca haciendo la presión justa y dejando que se deslizara entre mis dientes y rozara el paladar hasta el fondo de mi garganta. Succioné

despacio al ritmo que él me metía los dedos, acompasando sus movimientos con los míos. Cuando él aumentó la velocidad yo hice lo mismo a la vez que lo envolvía moviendo de forma circula mi cabeza para abarcarla entera dejando que rozara el interior de mis mejillas. Pocas veces había sentido tanto deseo por comerme una polla.

No me podía contener más, los dedos me sabían a poco. No quería tenerla más tiempo en la boca, deseaba follármelo. Allí, delante de Marcos y Carmen. Anhelaba sentirlo dentro de mí y rebotar sobre ella. Aparté la mano que Matías tenía bajo mi falda y la subí hasta la cintura, coloqué a un lado el tanga y me monté a horcajadas sobre él. Me quité el jersey lanzándolo a una esquina del sofá y acerqué mis tetas a su cara, el sujetador de encaje rojo semitransparente rozaba con su boca. Me devoraba por encima de la tela, pero yo quería más. Seguía deseando mucho más de aquel hombre y aquella noche. Estaba desbocada.

Me desabroché el sujetador, lo lancé junto al jersey, me agarré las tetas y se las puse en la boca para que las chupara mientras su polla dura se restregaba por mi coño y mi culo, todavía no estaba dentro, pero la sentía caliente rozándose con mi cuerpo y mojada gracias a mi humedad. Moví las caderas tratando que encajara, pero necesité de mi mano para guiarla. La coloqué en la entrada de mi coño, la sujeté por la base y fui bajando mi cuerpo a lo largo de todo el tronco hasta que sentí sus pelotas en mi culo. Era mía, mi sexo la había engullido por completo. Matías no dejaba de jugar con mis tetas, me encantaba como mordisqueaba mis pezones. Marcos no me daba tanto placer cuando me las chupaba, en cambio, Matías era un experto y lograba que mi sexo palpitara con una ligera presión de los dientes.

Me moví arriba y abajo. Subía y cuando estaba a punto de salirse me dejaba caer para sentirla de golpe dentro de mí. Lo hice unas cuantas veces y Matías me confesó que si seguía así se correría. Eso provocó que lo hiciera en un par de ocasiones más, para llevarlo al límite. Luego me quedé quieta con su polla dentro y me moví en

círculos con mis caderas echando mi espalda atrás y apoyándome en sus piernas. Arqueándome así la sentía todavía más rozando en el lugar justo. El placer estaba a punto de estallar para ambos y no podía dejar de pensar en que quería tener la polla de Marcos en la boca.

¿Estaría él pensando en lo mismo?

Capítulo 11: El desconocido

Ya no pude dejar de mirarlos, Carmen de espaldas a mí me seguía acariciando con sus dedos por encima del pantalón, alguna vez me giraba y nos dábamos un pequeño beso, pero enseguida volvía a estar pendiente de Matías y Marta.

En cuanto la polla de él entró dentro del coño de mi mujer Carmen me desabrochó el pantalón, y ahora sí, me la cogió suavemente con un par de dedos para sacármela del calzón agarrándomela con toda la mano. Aquella señora tenía un tacto increíble, no solo besaba bien, en cuanto comenzó a meneármela mis piernas temblaron y me recosté en el sofá dejando que Carmen me pajeara viendo como follaban Matías y mi mujer.

—¿Te gusta lo que ves? —me susurró Carmen al oído.

Me costó escucharla, no por la música, que sonaba bajito, sino por los gemidos de Marta que cada vez eran más altos. Me sorprendía la fogosidad y la virilidad de Matías mientras se la follaba. Aquel señor era un amante de primera y su polla estaba dura como si fuera un chiquillo de 18 años.

—Matías es muy bueno, va a hacer que se corra unas cuantas veces... —volvió a decirme Carmen mientras me daba un pequeño mordisquito en el oído.

Estábamos tan concentrados en la escena que ni tan siquiera nos percatamos de que alguien se había asomado a la cortinilla del reservado y disfrutaba del espectáculo. Mi primera reacción fue levantarme para echar a aquel mirón de allí, pero Carmen me lo impidió.

—Déjale que mire, es muy normal en estos sitios, ¿no te da morbo que vean como se follan a tu mujer? —me jadeó Carmen en el oído sin dejar de masturbarme.

Aquellas palabras me encendieron todavía más, y el invitado sorpresa viendo que no le decíamos nada se atrevió a avanzar un par de pasos quedándose ya dentro del reservado. Era un tío normal, tendría sobre 40-45 años y con todo el descaro del mundo tenía la polla fuera y se hacía una paja.

Matías viendo que no estábamos solos descubrió las tetazas de mi mujer e hizo que se diera la vuelta. Marta ahora estaba sobre el viejo, pero de espaldas a él, y se quedó muy sorprendida, pues lo último que se esperaba era tener público. Yo estaba sentado frente a ella mientras Carmen me la meneaba y de pie teníamos a un desconocido con la polla en la mano. Intentó taparse los pechos, pero Matías se lo impidió y con un golpe de caderas se la metió hasta el fondo haciéndola gritar de placer.

Mi mujer se sujetó a sus piernas y se inclinó hacia atrás dejando que Matías se la follara en esa postura, el viejo le agarraba las tetas a Marta y se las bamboleaba delante del desconocido que cada vez se pajeaba más rápido.

—¿Has visto como la mira? —me dijo Carmen—. Está deseando acercarse a tu mujer y tocarle las tetas... y no me extraña porque las tiene muy bien puestas, mmmmm...

No sabía de esa vena exhibicionista de mi mujer, o a lo mejor es que estaba tan cachonda que no le importaba que aquel mirón se estuviera tocando mientras los veía follar. Las embestidas de Matías eran salvajes, con golpes secos que levantaban el cuerpo de Marta como si no pesara nada.

Marta se echó hacia atrás y abrió de piernas mostrándole el coño al mirón que desde su posición debía ver perfectamente como la polla del viejo entraba y salía sin descanso. El desconocido se acercó

a mi mujer meneándosela más rápido, creo que estaba a punto de terminar. Lo mismo que yo.

Entonces Matías empujó por la espalda a Marta para que se pusiera recta y le escuché cómo le ofrecía las tetas de mi mujer, haciéndolas bailar de arriba a abajo.

—¡Córrete encima de ella!

No tuvo que repetírselo dos veces, y el mirón avanzó dos pasos más y eyaculó sobre los blancos pechos de Marta, que se bamboleaban sin descanso al ritmo de la follada que le imprimía Matías.

El siguiente que se corrió fui yo, Carmen también había acelerado el ritmo con el que me masturbaba a la vez que me daba pequeños besos en el oído y comencé a expulsar semen a lo bestia. La corrida fue muy potente viendo al desconocido como iba bañando con un lefazo tras otro las tetazas de mi mujer.

Y como vino se fue, después de eyacular sobre Marta, aquel señor se guardó la polla y con un escueto «buenas noches» salió del reservado.

Me giré para buscar la boca de Carmen en un beso con lengua. Yo había terminado, pero mi mujer y Matías no.

Capítulo 12: La guinda del pastel

Mi atención estaba puesta en los movimientos sobre Matías hasta que me pareció ver a alguien asomarse al reservado. Por un segundo me quedé quieta sin saber cómo reaccionar. No sabía si me molestaba o me gustaba. ¿A qué venía? ¿Pretendía unirse? No lo conocía de nada y que participara no me hacía sentir muy cómoda.

Miré a Matías buscando una respuesta y me susurró al oído que era normal aquello en el club, que solo venía a contemplarnos. Sus palabras me tranquilizaron.

—Entonces, si viene a mirar queremos que lo vea bien —le dije al oído mientras clavaba su polla hasta lo más profundo de mí.

En un gesto rápido Matías me dio la vuelta, seguía a horcajadas, pero expuesta a nuestro mirón y mi marido. Me encantó la sensación. Apoyé las manos en sus piernas permitiendo que mis tetas se movieran libremente y con las rodillas sobre el sofá le di ángulo a Matías para que pudiera moverse a su gusto. Aprovechó aquella postura para embestirme con ganas, en cada sacudida un escalofrío me recorría el cuerpo entero.

El desconocido se acercó más a mí, lo tenía a escasos centímetros. Era un tío atractivo con una polla enorme. Quería metérmela en la boca, pero me contuve. No lo conocía de nada, aunque allí nadie se conocía. Demasiado para mi primera vez. Lo miré a los ojos y me recorrí los labios con la lengua, quería que supiera que me encantaba su presencia. Él me devolvió el gesto masturbándose con más intensidad. Movía su mano con firmeza, de arriba a abajo apuntando hacia mí.

Matías me cogió de las tetas dejándolas expuestas al mirón, me ayudó a echarme atrás para darle un primer plano de mi coño a nuestros espectadores. Me sentí el centro de atención y me gustó la sensación. Nunca había follado siendo observada por nadie, el subidón de adrenalina provocó que mis gemidos fueran más intensos. El desconocido dio un par de pasos en mi dirección y se corrió en mis tetas a la vez que mi marido lo hacía sobre la mano de Carmen. Me encantó verlos terminar a la vez mientras Matías no dejaba de embestirme. Me sentí en el paraíso, solo pensaba en que quería volver a aquel lugar.

El chico se fue y aproveché para ponerme en pie, me apoyé con las manos en la mesa bajita que había junto a los sofás y dejé mi culo expuesto a Matías. Me quería correr allí frente a Marcos y Carmen, verlos de cerca.

El madurito me agarró por las caderas y me la metió despacio, la sentí muy caliente y dura. No le faltaba mucho para correrse, como a mí.

Clavé mi culo contra él y moví la cadera para presionar un poco más, no podíamos estar más pegados. En aquella posición mis tetas colgaban libres y se movían como en una danza acompañando mis movimientos. Aceleramos el ritmo, se escuchaba el sonido de nuestros cuerpos, una contra otro y mis gemidos invadían la pequeña estancia. Estaba siendo el mejor polvo de mi vida y me iba a correr.

—Joder, me encanta, ¡¡no pares!! —le grité fuera de mí.

Matías siguió con las embestidas, me agarró del pelo y arqueé la espalda sintiendo su polla rozar el punto justo para desencadenar mi orgasmo. Un clímax que fue creciendo poco a poco, intenso y duradero no dejaban de llegarme oleadas de placer que ahogaban mis gritos. Al mismo tiempo sentí las sacudidas de Matías, se estaba corriendo con tanta intensidad como yo.

Ambos caímos exhaustos en el sofá ante la mirada de Marcos y Carmen.

En el ascensor hasta el *parking* me miré al espejo y me retoqué el pintalabios que me había manchado alrededor de los labios. Me peiné el pelo con las manos y me ajusté la falda que estaba algo torcida. Matías hablaba de la atención recibida en el local y la buena música, como si nada ocurriera y no acabáramos de follar frente a nuestras parejas. No dejaba de sorprenderme su naturalidad. La cara de Marcos me confundía. Al salir del reservado, caminando tras Matías y Carmen me dio un beso acelerado queriendo devorarme. Parecía que le había gustado la escena. Mientras me morreaba con la otra mano me agarraba del culo con fuerza.

Nos despedimos con dos besos y prometimos estar en contacto para quedar algún otro día que se pasaran por la ciudad. Matías insistió en llevarnos a casa, pero preferimos volver por nuestra cuenta. Los vimos alejarse y mientras Marcos hacía señas intentando parar un taxi, se iluminó la pantalla de mi móvil, era un mensaje de Matías: ya tengo ganas de repetir.

Se me escapó una sonrisa recordando lo que acababa de ocurrir en aquel reservado y en cómo había cambiado mi vida en los últimos meses. Necesitaba contarle todo aquello a Ana, pero antes tenía que hablar con Marcos, no podíamos seguir fingiendo que no había ocurrido nada. Lo que acabábamos de hacer era un antes y un después en nuestra relación.

No respondí al mensaje en ese momento, pero yo también tenía ganas de repetir.

Capítulo 13: En casa

Nos volvimos solos en un taxi, íbamos agarrados de la mano, todavía nerviosos y excitados por la experiencia que acabábamos de vivir. Quería estar enfadado con Marta, pero no podía, era imposible disimular que me había gustado verla follando con el viejo. Y lo del desconocido corriéndose encima de ella me voló la cabeza, literalmente.

—¿Estás bien? —me preguntó Marta.

—Sí, ¿y tú?

—Fenomenal, y muchas gracias por lo de esta noche... ahora en casa me apetece, mmmmmm... todavía tengo ganas.

Yo estaba igual que ella, a pesar de haberme corrido con la paja de Carmen, deseaba acostarme con mi mujer. En cuanto llegamos nos fuimos al dormitorio y nos desnudamos. El cuerpo de Marta estaba sensible y se abrió de piernas para que me la follara en un simple misionero.

Todavía tenía dentro el semen de Matías, podía notarlo perfectamente, el calor que emanaba de su coño no era normal, y mi polla se cubrió de sus jugos para terminar follándomela sin control.

—Perdona si te ha molestado algo, no sé qué me pasa con Matías, pero en cuanto le vi en el restaurante ya sabía que iba a terminar la noche con él... me puso mucho cuando me tocó el culo en el pub delante de ti y tú no dijiste nada... se te puso dura, ¿verdad? —gimió Marta mientras me la follaba.

—Sí...

—Fue una prueba que hizo Matías para ver si estabas dispuesto a ir al local de intercambio...

—Joder, Marta, ¡voy a correrme!

—Termina cuando quieras, ¿te apetece verme más veces con él?

—Noooo, con lo de hoy ha sido suficiente.

—Entonces, ¿por qué estás tan cachondo?

—No lo sé...

—Lo sabes igual que yo, Matías quiere que quedemos más veces... ahora que hemos empezado con esto... y a mí me apetece seguir viéndole... ¿te parece bien?

—Marta, ahhhhhhgggggggg, ¡¡no puedo más!!, ¡¡ahhhhgggg, ahhhhgggg!!

—Mmmmm, eso es... córrete, muy bien, córrete cariño.

Me dejé llevar y mezclé mi semen con el de Matías que ya reposaba caliente y pringoso en el interior de mi mujer. En cuanto terminé, Marta se levantó para pegarse una ducha y me dejó solo en la cama. Seguía caliente y cada vez más confundido con lo que acababa de confesarme Marta.

¿Me había dicho que quería seguir viéndose con Matías?

Capítulo 14: Con ganas de más

Necesitaba darme una ducha. Puse música muy suave de fondo y dejé que corriera un poco el agua caliente para crear vapor. Me miré al espejo, tenía la piel sonrojada todavía de las caricias de Marcos. No tenía nada que ver él con Matías, era un sexo muy distinto. Mi marido nunca había sido salvaje y bruto en la cama, todo lo contrario. Es un hombre cariñoso y cuidadoso, demasiado a veces y en algún momento echaba de menos un poco de intensidad y aventura como me ofrecía Matías y los encuentros con él. Juntos eran la mezcla perfecta.

Me metí bajo el chorro de la ducha dejando que el agua me calara el pelo y las gotas viajaran por todo mi cuerpo. ¿Era una relación abierta? ¿Era infidelidad? Mi mente cuadriculada necesitaba ponerle una etiqueta a aquello, era como si hubiera una nueva identidad en mí que no encajaba con la anterior. Además, era madre y esa realidad chocaba con mis creencias. ¡Qué tonta!

Sonreí pensando en la de sandeces que se me estaban pasando por la cabeza. Zanjé la extraña discusión conmigo misma recordando cuánto disfruté aquella noche y todo lo que me había hecho sentir la experiencia. Marcos estaba bien, yo también y eso era lo más importante. No quería perderlo, pero tampoco quería dejar de vivir aquellas sensaciones. Encontraríamos la forma de que funcionara.

Como un fogonazo vino a mi mente aquel tío desconocido que se coló en el reservado y me imaginé entrando yo en algún reservado viendo a otros follar. Me apetecía volver a aquel local, quería experimentar más, quería ver a más parejas y quizá, quién sabe, sumarnos a ellos o que Marcos mirara. Me encantaba verlo pendiente de mis movimientos, mis gemidos y luego tan cachondo.

No podía evitarlo y eso todavía me excitaba más. Quería provocarlo, ponerlo a cien viéndome con otros. Solo era sexo, un juego, nuestro juego.

Froté el jabón por mi piel para envolverme con la espuma. Tenía la piel muy sensible y los pezones enrojecidos de los jugueteos entre los dientes de Matías. Recordé aquellos mordiscos e intenté reproducirlos pellizcándome levemente. Me gustaba la sensación. Siempre he tenido unos pezones muy sensibles, sería capaz de correrme solo tocándolos y dejando volar mi imaginación. Sentí que todavía estaba cachonda, el polvo con Marcos me había sabido a poco. El pobre estaba tan excitado que terminó muy rápido y después del ajetreo con Matías yo apenas la sentía dentro, hubiera tardado horas en correrme con Marcos.

Bajé la mano por la cintura y recorrí mi sexo, palpitaba y me estaba pidiendo más. No podía irme a dormir con aquella sensación. Me acaricié el clítoris en círculos estimulándolo poco a poco, muy lento, dejándome llevar y sintiendo el agua recorrerme. Aumenté un la presión y el ritmo, pensé en Matías, en otro encuentro con él, en el local, en el desconocido, en Carmen pajeando a Marcos y sin darme cuenta ya había colado un par de dedos en mí. Recordé los de Matías al principio de la noche en el reservado y como hábilmente lograban ponerme a mil en un momento.

Seguí aumentando el ritmo, mi respiración empezó a agitarse, se agolparon las imágenes de aquella noche en mi cabeza y sentí el orgasmo crecer, despacio. Subí un pie al escalón que rodeaba la ducha para tener mejor acceso. Me dejé llevar y me corrí, jadeando. Al terminar apoyé una mano en la pared para sostenerme, estaba exhausta, pero con una sonrisa de oreja a oreja.

No podía ser la última noche, quería más. Me envolví en la toalla y respondí el mensaje de Matías.

¿Cuándo repetimos?

Mi primer vuelo

1

Le encantaba dormir sin ropa. Se estiró en la cama mientras me vestía frente al espejo y mi chico emitió un pequeño ronquido. Ocho años de relación con él y me seguía volviendo loca su espalda desnuda y musculada.

Las sábanas estaban muy revueltas y olía a sexo sucio en la habitación, unas horas antes habíamos follado con tal intensidad que caímos exhaustos en cuanto terminamos. Mira que era guapo el cabrón, pero un inseguro de la hostia, y aunque es verdad, que se escuchaban muchas historias de *affairs* entre azafatas, pilotos y tripulación de cabina, yo nunca le había dado motivos para desconfiar de mí.

Adoraba a mi chico.

Pensé que el sexo me vendría bien para relajarme, pero no dio los frutos deseados y es que aquella mañana estaba muy nerviosa, pues empezaba a trabajar como auxiliar en una gran compañía y tenía mi primer vuelo.

Madrid-Zurich.

Dos horas y veinte de trayecto, dormir allí y vuelta a Madrid al día siguiente. Me habían hablado muy bien de los dos pilotos, Francisco Lomas, un gran talento e Ismael Lara, un histórico con miles de horas de experiencia, así que en ese aspecto estaba tranquila.

Me tranquilicé un poco en el avión, pero en cuanto comenzaron a llegar los pasajeros el corazón volvió a latir con fuerza. Me situé en una de las entradas y con mi mejor sonrisa les fui dando a todos las

buenas tardes y deseándoles un feliz vuelo. Éramos cuatro auxiliares y a mí me habían asignado junto con otra compañera la cabina de tripulación, faltaba la de primera clase y cabina de emergencia.

Por suerte mi compañera era un encanto. Una rubia que tendría mi edad, sobre 28 años, desde el primer momento estuvo muy pendiente de mí, indicándome lo que tenía que hacer. Nos echamos una mirada cómplice cuando el avión cogió velocidad antes del despegue y ella estiró el brazo y me dio la mano, susurrándome un "bienvenida" justo al separarnos del suelo.

Sandra enseguida cogió confianza conmigo, y una vez que el avión se situó en altura de vuelo y con los pasajeros ya atendidos comenzamos a hablar de manera más distendida.

—Oye, me has caído muy bien, tía...

—Tú también y muchas gracias por todo.

—Bueno, Andrea, pues encantada de haberte conocido, y no sé, cuéntame algo más de ti, lo único que sé es que eres un pibonazo y que estás muy buena, ja, ja, ja...

—Ja, ja, ja, lo mismo digo.

—¿Tienes novio, novia...?

—Sí, novio, novio...

—Yo pregunto, que hoy en día no se sabe..., ¿y llevas mucho tiempo con él?

—Sí, hemos cumplido hace poco ocho años...

—¡Guau!, eso es mucho tiempo.

—¿Y tú?, ¿tienes pareja?

—Sí, más o menos, podría decirse que sí, ando tonteando con un chico desde hace un año...

—Entiendo.

—Aunque en viajes como el de hoy, es cuando me arrepiento de tener novio.

—¿Y eso?

—¿Es que no te has fijado en Fran?

—¿En quién?

—¡El piloto!, Francisco Lomas...

—Ah, sí, sí, tampoco es que me haya fijado mucho, entre los nervios y tal...

—¡No me fastidies!, ¿es que no te parece mono?, joder, si es como el hermano gemelo de David Beckham...

—Sí, bueno, si tú lo dices...

—Ya hemos viajado juntos unas cuantas veces... y esta noche espero que no se me escape...

—¿En serio?

—Y tan en serio, pero tienes que acompañarme, tía, me da apuro ir yo sola, después de cenar podemos quedar con los pilotos y tomar algo con ellos, es lo normal...

—¿Ah, sí?

—Sí, claro... siento que el otro sea Ismael...

—A mí me da igual, como si es Brad Pitt, ya te he dicho que tengo nov...

—Es muy buen piloto, pero ya está de vuelta de todo, serio, arisco... y se rumorea que es un puto alcohólico, se le murió una hija de veinte años en un accidente de tráfico y desde entonces no levanta cabeza, eso sí, por lo que me han dicho antes tenía fama de follarse todo lo que se movía...

—¡Madre mía!, no tenía ni idea...

—Para eso estoy yo, nena, para ponerte al día... lo único es que tendremos competencia...

—¿Competencia?

—Sí, nuestras otras dos "compañeras", Beatriz es maja y tal, esa no me preocupa, pero Leticia, uffff, es que no puedo con ella. ¡Es una arpía!

—¿La que está en primera clase?

—Sí, se cree una diosa, y siempre la ponen en los mejores puestos y destinos, es una "chupapollas" de primera... clase, ja, ja, ja...

—Pues a mí no me ha parecido tan...

—¡Tú hazme caso a mí!, esa va detrás de Fran también, está como loca por que un piloto le haga casito... debería ser más realista, yo sé lo que hay, y tampoco me preocupa, claro que me gustaría salir con Fran y ser su novia, pero hay mucha competencia,

muchísima, así que me conformo con echar un polvo con él... ellos buscan otra cosa, no una auxiliar de vuelo, y Leticia se piensa que por ser guapa puede aspirar a un piloto, ja, ja, ja, pobre ilusa...

De repente se encendió una luz y se activó la señal de ponerse los cinturones de seguridad.

—Creo que estamos llegando a una pequeña zona de turbulencias... será unos minutos, ponte el cinto, luego seguimos hablando...

En cuanto pasamos las turbulencias nos volvimos a poner de pie y Sandra me sugirió acercarnos hasta la cabina de los pilotos.

—Vamos a hacerles una visita, así los conoces y hablamos un poco con ellos...
—Ya nos hemos presentado antes... me da apuro.
—Es lo normal, tonta... tú ven conmigo...

Caminamos por el estrecho pasillo hasta llegar a la cabina y al pasar por primera clase Leticia nos miró con mala cara, por lo que Sandra le dedicó una sonrisa falsa y le dijo a su compañera.

—Vamos a ver a estos para que conozcan a Andrea...

La verdad es que impresiona ver el vuelo desde allí y me quedé unos segundos absorta, observando a los dos pilotos manejar el avión. Fran fue mucho más simpático al vernos y se levantó enseguida, dejando los cascos sobre el asiento. El otro, un señor grande y corpulento con el pelo canoso, ni se inmutó, como si no estuviéramos, tratándonos como si fuéramos invisibles.

—¿Y qué tal tu primer vuelo, Andrea? —me preguntó Fran de manera cortés.

Sandra tenía razón. ¡Joder, qué guapo era el condenado!, alto, pelo castaño con unas mechitas rubias, cara cuadrada, ojos azules, se notaba que estaba en forma y además listo, educado y simpático.

¡Menudo partidazo!

—Bi... bien, muy bien, Sandra me está ayudando mucho... —tartamudeé como una idiota.

—Has tenido suerte con ella, es de las mejores —dijo el piloto, pasando una mano por el hombro a mi compañera.

Se notaba que entre ellos había mucha complicidad y que se llevaban muy bien, y ella le correspondió el gesto rodeando la espalda de él con su brazo.

—Te recuerdo que teníamos algo pendiente, eh —bromeó Fran, haciendo que la cara de Sandra se iluminara al instante.

—Sí, sí, siempre dices lo mismo y luego te me escapas corriendo...

—Bueeeeeno, a ver esta noche qué podemos hacer, a lo mejor la que se escapa eres tú...

—No creo, se lo estaba comentando antes a Andrea, que después de cenar podíamos tomar algo...

—Sí, claro, ya me lo había dicho antes Leticia también, yo por mí ya sabéis que encantado de tomarnos lo que queráis... —comentó Fran, haciendo que Sandra frunciera el ceño de manera involuntaria.

¿En serio iban a ser así todos los vuelos?

Me parecía increíble la adoración que le tenían mis compañeras a los pilotos, por muy guapos que fueran se estaban comportando como dos niñatas en una lucha de gatas callejeras y por suerte, Ismael terminó aquella conversación que me estaba empezando a dar vergüenza ajena.

—Vamos a comenzar el descenso... —dijo su voz seria y grave.

—Bueno, chicas, pues allá vamos —y Fran tomó asiento colocándose los cascos en la cabeza.

Fuimos comprobando que todos los pasajeros llevaban el cinturón puesto y después tomamos asiento en la parte de atrás. Sandra parecía enojada y se quedó unos segundos en silencio.

—¿Estás bien?

—Sí, esa zorra de Leticia se me ha adelantado... —masculló entre dientes.

—Tú eres mucho más guapa... no te preocupes... además, no sé, parecía que le gustabas a Fran.

—¿Tú crees?

—Yo creo que sí, esas cosas se notan...

—Pues esta noche no se me escapa, y tú tienes que acompañarme, eh...

—Vaaaaale, hecho...

Y el avión fue descendiendo lentamente hasta tocar tierra. Ya estábamos en Zurich.

2

¿Qué se supone que me tenía que poner para cenar en el hotel?

En teoría después íbamos a quedarnos a tomar algo con Fran y las compañeras, pero tampoco me apetecía arreglarme mucho, así que opté por una falda larga de color verde militar y una blusa blanca un poco escotada con tres botones. Un *look* informal, pero arreglada.

Pasé por la habitación de Sandra y como se retrasaba cinco minutos toqué en la puerta.

—Sí, pasa, tía, que ya estoy terminando —me pidió retocándose el maquillaje frente al espejo.

Me quedé de piedra al ver que Sandra se había arreglado bastante para bajar a cenar, con un pantalón negro de vestir y una camisa blanca con un par de botones desabrochados, dejando ver unas bonitas tetas operadas. ¡Estaba claro que quería resaltarlas!

—Pensé que era una cena más informal, vas demasiado elegante...

—No, lo normal, yo suelo ir así —dijo Sandra—. Tú también vas muy guapa...

—Casi ni me he maquillado...

—No te hace falta, cabrona, eres muy guapa y ¡menudo cuerpazo tienes, nena!, ya me hubiera gustado a mí tener esas tetazas, mmmmmm... y ese culo, mejor que disimules las curvas con esa falda, porque si no me levantas a Fran, seguro...

—Por mí no te preocupes, no me interesa, ja, ja, ja...

—Bien, bien, entonces solo me queda Leticia, uffff, y encima nos toca cenar con ella...

—Ah, ¿no cenamos solas?

—No, hemos quedado las cuatro a las 21:30.

—Pues ya vamos cinco minutos tarde...

—¡Qué se esperen...!

Al entrar al restaurante nos estaban esperando las otras dos compañeras. Vimos a los dos pilotos cenando solos; les saludamos con la mano y ni tan siquiera nos acercamos a hablar con ellos. Llegamos a la mesa y Leticia miró su reloj, con un ligero carraspeo por la tardanza, por lo que yo me disculpé.

Beatriz iba más normalita, como yo, con unos vaqueros y camisa de rayas, pero si Sandra se había arreglado, Leticia estaba en el siguiente nivel, con un vestido de fiesta morado, y una especie de recogido en el pelo. Me pareció ridículo bajar así a cenar, aunque tenía que reconocer que estaba espectacular, eso sí, si estuviéramos en una boda.

Durante la cena se notaba la tensión entre Leticia y Sandra, ¡eran dos rubias de armas tomar!, y Beatriz y yo nos mirábamos en silencio, con una sonrisa cómplice cuando se soltaban una pullita, cada vez con más frecuencia.

—Pues ahora he quedado con Fran para tomar algo —dijo Leticia terminando los postres, con una insoportable voz altiva y de pito.

—Sí, nosotras también habíamos quedado con él...

—Ah, no lo sabía...

—Yo me voy a subir a descansar —afirmó Beatriz.

—Y yo también —salí al paso.

—De eso nada, tía, hoy es un primer destino y eso hay que celebrarlo —insistió Sandra.

—Está bieeeen, una y me voy, eh...

—Sí, sí, una por lo menos...

En el bar del hotel nos estaban esperando Fran e Ismael. El clon de David Beckham se levantó en cuanto nos vio, pero Ismael ni se

inmutó y siguió sentado frente a la barra con su ancha espalda, mirando a la camarera y sin hacernos el menor caso.

—Ya estáis aquí, chicas, ¿qué queréis tomar?, yo invito —dijo Fran con amabilidad.

—Hoy tenemos que celebrar que es el primer día de Andrea, eh...

—Sí, sí, por supuesto...

Y Fran pidió una botella de champán para hacer un brindis. Fue curiosa la escena, porque Ismael pasó de nosotros y se quedó como si tal cosa, pendiente del móvil y degustando su copa.

Desde luego que era un tipo peculiar, rondaría los sesenta años, durante la cena comentaron que se rumoreaba que ya se iba a jubilar, con el pelo muy blanco, repeinado hacia atrás, muy alto y ancho de hombros, con unas manos enormes, tenía pinta de haber sido un guaperas de joven, pero ahora estaba muy desmejorado, desaliñado con la camisa por fuera, incipiente barriga, con pinta de cansado y unas grandes bolsas en los ojos que todavía le hacían más mayor.

Permanecí callada, y durante media hora tuve que asistir a la lucha entre Leticia y Sandra por ver quién se llevaba el gato al agua. Se comportaban como dos niñatas histéricas, manoseando a Fran, acercándose a él y finalmente quedaron en salir del hotel y tomar algo en la noche de Zurich.

—Yo ya me retiro, chicas, ahora sí...

—Ohhhhh, ¿no te vienes?, qué pena, debería insistir... —dijo Fran.

—No pasa nada, nos tienes a nosotras —le interrumpió Leticia, poniéndose delante de mí y se enganchó a un brazo y Sandra al otro antes de salir del restaurante.

Respiré aliviada, pues con el estrés del primer día no veía el momento de subir a la habitación a descansar. Dejé la copa en la barra justo cuando Ismael levantaba el brazo para pedir otro cóctel.

—Me voy, no subas muy tarde, eh... que mañana tienes que llevarnos a todos de vuelta —quise hacer una pequeña broma, apoyando mi mano en la espalda del piloto.

Entonces y sin que me lo esperara, se giró hacia mí, me miró con indiferencia y contestó sin cambiar el rostro.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó.

Mi primera reacción fue decirle que no, pero sinceramente sentí pena por aquel tipo, y más después de lo que me había contado Sandra sobre la muerte de su hija. Estaba claro que no se encontraba bien y quizás solo necesitaba un poco de compañía y alguien que le escuchara.

—Eh, sí, claro... —contesté con una sonrisa amable y tomando asiento a su lado...

3

Por fin se fueron las putas pesadas. Dos minutos más y me hubiera pegado un tiro. Es que no las soportaba, ni a ellas ni su voz histriónica.

Ni lo zorras que eran.

Apuré el Rusty Nail y levanté la mano para pedir otro. Ahora sí, me apetecía tomármelo tranquilamente, sin tener que escuchar a esas dos moscardonas pelearse por Fran. ¡Qué alivio!, creo que hasta se me bajaron las pulsaciones de la mala hostia que me estaban poniendo, cuando justo noté una mano en la espalda.

—Me voy, no subas muy tarde, eh... que mañana tienes que llevarnos a todos de vuelta —escuché que me decía una voz femenina.

Tuve que girarme para ver quién era y allí estaba. La nueva. Parecía una chica agradable, esas cosas se notan en la cara, pero lo que enseguida me llamó la atención fue el cuerpazo que tenía. De un primer vistazo ya pude intuir unas buenas tetas con esa camiseta escotada y sobre todo un tremendo trasero bajo esa falda hippie, que casi le llegaba hasta el suelo.

—¿Quieres tomar algo? —fue lo primero que se me ocurrió por mera educación.

No es que me apeteciera mucho tener compañía, a decir verdad prefería estar solo, aunque aquella azafata no era como las otras, la vi amable, y sinceramente pensé que declinaría mi oferta y se subiría la habitación, pero para mi sorpresa tomó asiento a mi lado.

—Eh, sí, claro... —aceptó.

Fue un momento delicado, porque ni tan siquiera recordaba su nombre.

—Perdona, ya sé que es muy grosero, pero, ¿te llamabas...?
—Andrea —contestó ruborizándose por mi incómodo olvido, aunque quiso restarle importancia—. Tú ya sé que te llamas Ismael, ja, ja, ja...
—¿Qué tomas?
—Pues no sé, en la cena he bebido un poco de vino, ahora champán, no me apetece mezclar más cosas o...
—Un Cosmopolitan... —le pedí al camarero sin volver a consultarla—. Prueba esto, seguro que te gusta...
—¿Qué lleva?
—Vodka, es afrutado, zumo de... tú hazme caso y pruébalo...
—Ah, vale, perfecto —y justo le sonó el móvil—. Disculpa un momento...

Se levantó de la silla y se apartó cinco metros para hablar por teléfono. Era su novio seguro. Lo había visto tantas veces que era lo más típico, y aproveché para pegarle otro buen repaso a aquella morena, que por su aspecto físico debía rondar los 25 años y mediría sobre 1,72.

Mi primera impresión no había sido acertado del todo; quizás me había quedado corto. Sus tetas eran bastante más grandes de lo que me pareció en un principio, por como se le movían al andar se notaba que eran naturales y además, las tenía muy bien puestas, con unas venas marcadas que recorrían la cara interna de sus pechos, pero lo que más me gustó fue el trasero que se adivinaba bajo esa falda ibicenca de color verde militar. Se le pegaba al cuerpo como una segunda piel y se podía vislumbrar perfectamente el contorno de sus caderas.

Apenas pude escuchar lo que hablaba, aunque sí entendí algo así como,"hemos bajado a tomar algo, nada, una copita y enseguida subo a dormir, me han pedido champán para celebrar que era mi

primer día, ya mañana te cuento". Me pareció curioso que en ningún momento le comentara a su pareja que estaba sola conmigo, aunque tampoco pudo explayarse, pues la conversación apenas duró tres minutos.

—Ya estoy de vuelta, disculpa —y apagó el móvil y lo metió en el bolso—. Así ya no nos interrumpirán más...

—¿Y qué tal tu primer vuelo, Andrea?

—Muy, muy bien, estoy encantada, además he tenido la suerte de que me toque con Sandra y me ha puesto las cosas muy fáciles...

—Sí, es buena chica, he volado con ella unas cuantas veces...

—Ya me lo había dicho.

—Eres muy joven, ¿puedo preguntarte la edad?

—Sí, claro, veintiocho...

—Ah, aparentas algunos menos...

—Muchas gracias, ¿y cuántos aparento?

—No sé, veintidós, como mucho...

—Ah, nunca me habían quitado tantos años, pero gracias, gracias, ja, ja, ja...

—¿Y cómo es que te dio por trabajar de azafata?

—Auxiliar de vuelo...

—Sí, eso... —dije con desgana, porque aunque le hayan cambiado el nombre, son azafatas de toda la puta vida.

—Por una amiga, me lo recomendó y tal, domino el inglés y el francés, hice un par de cursos y lo vi una buena oportunidad laboral, siempre me había gustado... aunque nunca imaginé que terminaría trabajando en esto...

—Entonces te doy la enhorabuena...

—Gracias, ¿y tú, llevas muchos años?

—Uffffff, bastantes, más de 30, y este es el último, en unos meses me jubilo, la verdad es que ya se me hace muy pesado esto de viajar, pasar noches fuera de casa, preparar la maleta... de joven me gustaba, y he disfrutado mucho, pero...

—Me imagino.

—Recuerdo cuando era como Fran, me veo muy reflejado en él, porque yo hacía lo mismo...

—¿Ah, sí?

—Sí, lo he pasado muy bien, demasiado bien..., pero también se ha llevado por delante otras cosas...

—¿Por ejemplo?

—Tiempo, sobre todo tiempo que no he podido estar con mi familia, mis hijas... y estar tanto tiempo fuera de casa ha sido un desgaste muy importante en mis matrimonios, tampoco quiero decir que las separaciones hayan sido por eso, no he sido ningún santo, eh... Fran hace bien, está soltero y no tiene ningún compromiso, pero yo cuando entré en la compañía ya estaba casado y te imaginarás el resto...

—Me hago una idea, sí...

—¿Y tú tienes pareja?

—Sí, tengo novio desde hace ocho años y llevamos viviendo juntos un par de años... —dijo cruzando las piernas, y entre la falda asomó un bonito muslo que miré inconscientemente antes de que ella se lo tapara con prisa.

Había sido un gesto involuntario, estaba claro que para nada quería provocarme, pero me encantó ver su pierna, aunque solo fueran un par de segundos y ella me pilló de pleno mirando hacia abajo, lo que hizo que se ruborizara y diera un trago a su cóctel.

—La verdad es que nos va muy bien, pensé que la convivencia sería más difícil, pero de momento no tengo queja... —siguió hablando, pasándose el pelo por detrás de la oreja y volviendo a beber de la pajita.

Me pareció curioso que me diera explicaciones sobre su relación sin que se las hubiera pedido, como para demostrarme que ella no era como las otras azafatas y quisiera decirme que ni se me ocurriera intentar nada, porque la relación con su chico era perfecta; así que asentí en silencio y enseguida cambié de tema; durante la siguiente media hora tuvimos una conversación fluida y muy entretenida hablando de sus siguientes destinos, de algunos los que países que yo había visitado y lo que más me gustaba de cada uno de ellos.

Cuando nos quisimos dar cuenta ya nos habíamos terminado el cóctel y me apeteció seguir charlando con Andrea.

—Te invito a otro —le dijo mostrándole mi vaso vacío—, hacía tiempo que no tenía una conversación tan animada y ya había olvidado lo que me gusta tener de compañía a una chica joven y simpática...

—No debería, ya es un poco tarde.

—Yo me voy a tomar otro, te prometo que es el último, que mañana os tengo que llevar a todos de regreso...

—Está biennnnn —afirmó dubitativa—, aunque ahora invito yo...

—De eso nada, si estás conmigo pago yo... —y levanté el brazo para que se acercara el camarero—. Lo mismo...

—Muchas gracias —le dijo ella esbozando una tímida sonrisa por mi descortesía.

Esperé a que el camarero nos sirviera y después levanté la copa para brindar con ella.

—Chin, chin, por que te vaya muy bien en la compañía... —y bebimos a la vez mirándonos a los ojos.

—Gracias, Ismael, es una pena que no vayamos a ser compañeros mucho tiempo...

—Sí, aunque también es una suerte que nos hayamos conocido.

—Eso sí...

—¿Te cuento un secreto? —susurré acercándome a ella y poniéndome interesante.

—Sí, claro, no hay cosa que más me guste que un buen secreto...

—Le has llamado mucho la atención a Fran, me comentó durante el vuelo en la cabina que le parecías muy atractiva, tampoco le hice mucho caso, porque estaba concentrado, aunque ahora veo que no le faltaba razón... seguro que le hubiera encantado que fueras con ellos a tomar esa copa...

—Ya va muy bien acompañado y a mí no me interesa tener nada con... bueno, ya me entiendes, con ninguno de vosotros...

—Sí, claro, tienes novio...

Y ella afirmó con una sonrisa sin decir nada.

—¿Es celoso tu novio?

—No... ¿por...?

—No sé, ¿qué pensaría si te viera a... —miré el reloj haciendo una pausa—, … a la una de la mañana de copas con un viejo piloto en tu primer día?

—Ja, ja, ja, pues supongo que nada... no tendría por qué molestarse, es solo eso, una copa —y mostró el vaso poniendo cara de indiferencia.

—Hoy eras la primera opción de Fran, pero como no has querido ir con ellos, eh... ya me entiendes... supongo que se acostará con Sandra...

Levantó la mirada y me miró extrañada, como si no le hubiera gustado mi comentario. Quizás fui demasiado directo.

—Llevan tonteando desde hace tiempo y con Leticia ya ha estado un par de veces, así que hoy le toca a tu amiga...

—Claro para eso estamos las "azafatas"... un par de veces con una y luego otra... —me reprimió bastante enfadada.

—No quería decirlo así... perdona si te ha molestado...

—¿Ya ha estado con Leticia? —preguntó indignada negando con la cabeza y bebiendo más deprisa, como si de repente tuviera prisa por terminar el cóctel—, creo que eso Sandra no lo sabía...

—Sí, ya te he dicho que dos o tres veces... aunque hoy eras tú la elegida, pero también me dijo Fran que tenía muchas ganas de follar con Sandra, esta más buena desde que se ha puesto las tetas nuevas... —le dije de manera más vulgar.

—Casi que prefería no haberlo sabido, no sé, parece que dais por hecho que podéis acostaros con nosotras cuando os dé la gana...

—Eres nueva y ya lo irás viendo; pero la verdad es que sí, esta feo que yo lo diga, y es que la mayoría de veces podemos elegir, que no digo por ti, eh... estoy hablando en general... además, es un hecho que reunimos varias circunstancias que a vosotras os parecen muy atractivas...

—¿Ah, sí?, dime alguna...

—Un trabajo con un alto standing social, un estatus superior al vuestro, con lo que eso conlleva, el uniforme también os encanta, nos tenéis en muy alta estima, aunque sinceramente... viéndome a mí ya te estarás dando cuenta de que no es para tanto...

—¿Y por eso ya caemos rendidas a vuestros pies?

—Si yo te contara...

—¿Has estado con muchas?

Me hizo gracia que quisiera saber eso, pero no le contesté y respondí con otra pregunta.

—Si no tuvieras pareja, ¿hubieras ido con tus compañeras a tomar esa copa con Fran?

—Sinceramente, te digo que no, no me gusta mucho salir y prefiero esto, tomar una copa en un sitio tranquilo y una buena conversación, además es mi primer día y quiero descansar para estar mañana presentable, quizás debería marcharme ya —y apuró su cóctel hasta el final—. Pensé que esto tenía menos alcohol, pero pega, eh... —se tambaleó al intentar ponerse de pie.

—Ey, ey, cuidado —y me incorporé, sujetándola con fuerza entre mi cuerpo.

Andrea se ruborizó, y enseguida retrocedió, sentándose otra vez en la silla.

—Te has levantado demasiado deprisa, ¿estás bien?

—Sí, sí, no te preocupes, me encuentro perfectamente, de verdad...

—Ya no bebas más, que luego no quiero que pienses que he intentado emborracharte, es broma, eh...

—Creo que una mujer puede decidir lo que bebe o no, no te preocupes, que no voy a pensar eso...

—Ey, vale, perdona, oye, ¿no serás una de estas feministas radicales? —pregunté abriendo los brazos.

—¿Feminista radical?, si fuera una feminista radical ya habría subido a la habitación y te hubiera dejado plantado hace un buen rato, porque no has parado de soltar tópicos machistas uno tras

otro, que si azafata, que si estamos rendidas a vuestros pies, que si qué pensaría mi novio si me viera contigo... no sé si eres buen tío o no, pero está claro que no has evolucionado de acuerdo a los tiempos que corren —me recriminó aquella niñata—. Y tranquilo, que aunque haya sido un poco soez, tampoco me voy a asustar porque utilices palabras como follar con una chica que acabas de conocer...

Vaya, vaya, así que Andrea se había enfadado y acababa de ponerme en mi sitio en tan solo un minuto. Me miró altiva y desafiante, esperando mi respuesta. Yo afirmé con la cabeza y levanté el brazo para que se acercara el camarero.

—Chico, pon otros dos de lo mismo...
—Dijiste antes que era el último... —me recordó ella.
—Lo sé, pero esto se acaba de poner interesante, me gustan las mujeres con carácter, aunque sinceramente, creo que tú no eres de esas... ¿te gusta mandar o que te manden?
—¡¡¿Perdona?!!
—Pues eso, ¿qué cual de las dos opciones prefieres?... —insistí cogiendo su nuevo Cosmopolitan y poniéndoselo en la mano.

Andrea aceptó mi invitación y esta vez retiró la pajita, lanzándola al suelo y le pegó un buen trago, apoyando los labios en el cristal y mirándome directamente a los ojos, en lo que meditaba su respuesta.

—Me gusta mandar... a la mierda a gilipollas machistas...
—¿Como yo...?
—Yo no he dicho...
—Está bien, como veo que no me contestas te voy a responder yo, tú eres de las que se creen que llevan el control, vas de feminista, de mujer empoderada y todas esas mierdas, aunque en el fondo te encanta que te digan lo que tienes que hacer y bueno... lo siento por ti, pero tu novio no es de esos...

4

Ya lo que me faltaba. Que encima se metiera con mi novio.

Me había quedado con él porque me daba pena, ni más ni menos. Viéndole en la barra del bar con la mirada perdida, nadie hubiera dicho que ese hombre era un reputado piloto de avión. Es verdad que todavía tenía buena planta, era corpulento y se notaba que había llevado una "buena vida", pero los excesos le habían terminado pasando factura.

Como decía, tomé una copa con Ismael por mera compasión, y siendo sincera, la primera media hora de la charla había sido muy amena. Casi sin darme cuenta me bebí el cóctel que me ofreció y me dejé llevar, aceptando una nueva invitación.

Pero enseguida sacó a relucir un lado rancio, casposo y anticuado que no me gustó nada. Con cada palabra que salía de su boca se notaba que era un machista de la vieja guardia y además, había tenido que escuchar su lenguaje soez mientras me decía que yo le gustaba a su compañero y que como tenía novio y no había querido irme de fiesta con ellos, Fran se iba a terminar follando a Sandra.

Me repateó la manera de referirse a las auxiliares, como si fuéramos las fulanitas de los pilotos, y ellos pudieran hacer con nosotras lo que les diera la gana. ¿Pero de qué cojones iba este tío?, y ya para terminar de rematar la noche, no se le ocurrió otra cosa que preguntarme, sin venir mucho a cuento tampoco, si me gustaba mandar o no.

¿En serio esa era su manera de ligar?

No me cabía duda de que Ismael, años atrás, debía haber sido un pieza tremendo; y es que con esas pintas de galán trasnochados, no me quería ni imaginar la de mujeres que habrían pasado por su cama, pero ahora estaba de vuelta de todo y se había quedado completamente obsoleto.

Ya no era ni la sombra de lo que debió ser en su día.

Y para colmo, terminó de rematarlo metiéndose con mi novio. Eso sí que no se lo iba a consentir. Ni una falta de respeto más.

—¿Y tú qué narices sabrás cómo es mi novio? —le pregunté cada vez más enfadada.

—Hombre, no lo sé, pero me hago una idea...

—¿Has estado una hora conmigo y ya te haces una idea del tipo de chico que me gusta?

—Seguro que es un guaperas, en casa hace todo lo que le pides y en la cama folla de maravilla, ¿estoy en lo cierto?

—Pues sí, mira, has acertado, ¡sobre todo en lo de que folla de maravilla!

Entonces el muy cabrón sonrió y afirmó con la cabeza. Enseguida comprendí que había caído en su juego y no solo consiguió enfadarme, sino que además le confesara intimidades con mi pareja, y es que el alcohol que llevaba encima me había desinhibido en parte y ahora me sentía capaz de hacerle frente.

—Aunque antes te has equivocado con él; es de los que les gusta mandar, a mí me gustan muy hombres... —le confesé realzando las cualidades amatorias de mi chico.

—¡Uy, eso no te pega nada!, me da a mí que me estás engañando... —sonrió rascándose la barbilla, lo que todavía me enervó más.

—¿Y tú que sabrás?

—Lo que sé es que llevas muchos años con él y seguro que ya lo tienes muy bien adiestrado, sois todas iguales, solo queréis perritos falderos...

—Paso... —dije apoyando el cóctel en la barra—. No sé cómo ha derivado la conversación en esto, pero no me apetece discutir contigo sobre lo que hago o no con mi novio... ¡faltaría más!

—Y yo solo quiero que nos quitemos las caretas, Andrea... por lo menos podías haber sido sincera... yo lo estoy siendo. Venga, termina el cóctel —y se puso de pie frente a mí y me devolvió la copa.

—Está bien, lo termino y me voy...

—De acuerdo, y ahora reconoce que te gusta que te manden; ahí dentro... —dijo haciendo círculos sobre mi frente sin tocarme—, tienes una parte sumisa escondida en algún sitio...

—Y a ti te gustaría encontrarla, ¿no?

—No me importaría, si me dejas, podemos probar...

—Ja, ja, ja, en tus sueños...

Y cogió con el palillo una de las aceitunas que nos habían puesto para picar y me la acercó a la boca. Me rozó los labios y de manera involuntaria los abrí, sacando con timidez la lengua hasta dejar que reposara en ella la aceituna, para después masticarla sin dejar de mirarle a los ojos y finalmente darle un trago a mi Cosmopolitan.

Sonrió satisfecho y se arremangó una vuelta más las mangas de su camisa, después se dejó caer en el taburete, sentándose de nuevo con una mirada arrogante. Y yo como una estúpida, me arrepentí al instante por lo que acababa de pasar, bajando la cabeza avergonzada.

¿Por qué había hecho eso?

Volvía a beber, e Ismael permaneció callado unos treinta segundos, observándome con detalle, poniéndome cada vez más nerviosa con su silencio.

—Estarías más imponente con otro botón desabrochado, sería lo ideal para mostrarte sensual, pero sin parecer vulgar —me soltó confiado señalando mi escote.

—Me parece muy bien, pero no lo pienso hacer y menos por darte el gusto...

—Ooooh, qué pena... ya casi lo tenía —dijo cerrando el puño y moviendo el brazo—. Pensé que te había gustado...

—¿El qué...?

—La sensación de sentirte dominada... —y se volvió a incorporar, avanzando un par de pasos hasta plantarse delante de mí, como si quisiera intimidarme con su altura—. ¿Por qué has abierto la boca antes? —preguntó acercando su mano a mi camiseta—. Solo sería este botón...

—¡Ey!, ¿qué haces?

Y con una habilidad asombrosa consiguió desabrochármelo, sin apenas rozarme, regresando de inmediato a su sitio.

—Mucho mejor, así, ¿no te parece?

Apenas tuve tiempo de reaccionar, y al mirar hacia abajo me encontré con mis pechos duros, hinchados, mostrándose de manera impúdica, pero elegantes, ante la cínica sonrisa de Ismael.

—La verdad es que no me extraña que Fran quisiera follarte, ¡estás bastante buena! —y de repente se giró hacia la barra y levantó la mano, pidiendo otra copa para él solo—. ¡Chico, ponme otro Rusty Nail!

Menuda falta de respeto, ni tan siquiera tuvo la cortesía de preguntarme y sin venir mucho a cuento, casi me había dado la espalda, dejándome allí plantada, con los tres botones de la blusa desabrochados.

—No querías nada más, ¿no? —soltó sin tan siquiera mirarme.

Dejé el cóctel en la barra, me levanté de la silla, y me acerqué a él furiosa, situándome a su lado.

—No te he dado motivos para que te cojas esas confianzas conmigo, así que te pediría que de ahora en adelante no vuelvas a hacer ninguna mención sobre mi físico, ¿entendido?

—Entonces, ¿te quedas o no?

La desfachatez de Ismael no tenía límites, yo le estaba regañando por sus impertinencias y a él no se le ocurrió otra cosa que preguntarme si me tomaba otra copa con él.

—Por supuesto que no, ahí te quedas...

Y de repente me rodeó con su gran brazo por la cintura, impidiendo que me moviera y atrayéndome contra su cuerpo, en un gesto que pudo parecer grosero, pero a la vez fue muy cortés.

—¡No te vayas así!, y te prometo que me disculpo contigo...

Aquel hombre era enorme, y encontrarme así, entre sus brazos, me hizo sentir pequeña, pero a la vez protegida. Apoyó su manaza en mi cintura, demasiado cerca de mi culo y un calor me subió por la boca del estómago, haciendo que me ruborizara al instante.

Ni esperó a que contestara. Otra vez levantó la mano que tenía libre y me pidió otro Cosmopolitan.

—Te he dicho que no quería nada más, ya me voy... —y con suavidad, para que no pareciera algo violento, me liberé de su brazo.

—Está bien, puedes irte si quieres, pero ahora te vas a correr pensando en mí en cuanto llegues a la habitación..., y lo sabes, je, je,je... se te han puesto las tetas duras y apostaría a que ya estás mojada...

—¡Vete a la mierda, imbécil!

—Ja, ja, ja, buenas noches, Andrea, y si cambias de opinión aquí voy a estar un rato más, eso sí, cuando vuelvas tienes que hacerlo sin ropa interior, eh, me gusta más cuando vais sin nada, esa blusa te quedaría mucho mejor sin sujetador y no me parece muy erótico cómo se te marcan las costuras por debajo de la falda, ¡ese culazo luciría mucho mejor sin las braguitas!

Me quedé con las ganas de lanzarle a la cara lo que me quedaba en la copa, pero preferí no montar ningún numerito en la cafetería del hotel, así que con las pulsaciones a mil, cogí el bolso y me dirigí hacia el ascensor. Entré en la habitación deprisa, demasiado nerviosa

por lo que acababa de pasar y me senté en la cama tratando de tranquilizarme.

Tendría que denunciar a ese hijo de puta por lo que me acababa de hacer, y mi primera reacción fue coger el móvil. ¿A quién podía llamar? Lo normal hubiera sido hablar con mi novio y contárselo, pero me dio mucha vergüenza que eso sucediera en mi primer día de trabajo, además, yo le había dejado que me metiera la aceituna en la boca y que me desabrochara el botón de la blusa.

A parte de eso, ¿qué más había pasado? Me tocó la cintura y me dijo un par de impertinencias; si denunciaba eso parecería una estúpida niñata calientapollas y me tocaría revivir lo sucedido en un juzgado delante de mucha gente. ¿Qué pensarían de mí? La típica auxiliar de vuelo tonteando con el piloto, los dos solos, a la una de la mañana en la cafetería del hotel.

Me desmaquillé la cara, me pegué una ducha relajante y ya más calmada y con el pijama puesto, me dispuse a meterme en la cama, cuando de repente, escuché ruidos en la habitación de al lado.

Era Sandra.

Iba acompañada por un hombre y enseguida me di cuenta de que era Fran, se estaban riendo y luego me pareció percibir que comenzaban a besarse. Sentí un calor inusual en la entrepierna con los primeros jadeos; no me parecía normal ponerme tan cachonda por tan solo escuchar unos besos y sus respiraciones aceleradas, y cuando me quise dar cuenta, ya había colado un par de dedos por el elástico del pijama...

5

Todo fue muy deprisa. Risas, suspiros y después un gemido hondo y profundo de Fran.

—Síííííí, eso es, Sandra, aaaaaah, muy bien, aaaah, joderrrrr, aaaaaah, eso es, no pares, no pares, mmmmm, ¡chúpamela!

No llevaban ni dos minutos en la habitación y mi compañera ya se estaba esforzando al máximo en satisfacer al guaperas. Se había llevado el gato al agua en su lucha con Leticia y no iba a desaprovechar la oportunidad de estar con Fran.

Alcancé mi coñito con la yema de los dedos y me sorprendió lo húmedo que lo tenía. Me acaricié despacio escuchando los gimoteos de Fran y no pude evitar por un segundo, imaginar que yo podría haber sido la que estuviera de rodillas delante de él. Y a juzgar por sus jadeos, Sandra le debía estar haciendo una mamada de diez.

Arqueé la espalda, levantando el culo de la cama, y con la otra mano me acaricié un pecho. También estaba hinchado y muy sensible y se me escapó un pequeño gemido, subiendo y bajando las caderas.

—Para o me corro, joderrrr...

Entonces vi sobre la silla, la blusa y la falda que había llevado durante la cena y entonces recordé las palabras de Ismael sobre que me hubiera quedado mejor sin la ropa interior. Me levanté sigilosa de la cama para no hacer ruido y durante cinco segundos pegué la oreja en la pared.

—*Ponte ahí, eso es... ahora no te muevas* —le ordenó Fran a mi compañera y se escuchó la cama como si se hubieran subido encima.

Yo me desnudé deprisa y sin pensármelo me vestí con la falda ibicenca y la blusa blanca, pero sin las braguitas ni el suje, y desabroché los tres botones para que mi escote luciera más poderoso. Me miré en el espejo de la habitación y me giré a ambos lados, comprobando cómo se me marcaba el culo sin nada debajo.

Ismael tenía razón, quedaba mucho más sugerente sin la ropa interior y con la boca abierta y jadeando, me acaricié las tetas por encima de la camiseta.

"Uf, estoy demasiado caliente"

Entonces volví a escuchar a la parejita de al lado, esta vez fue Sandra la que gimió.

—*Aaaaaah, síííííí... eeeeeh, ¿qué haces?, por ahí no, cabrón...*
—*Ssssssh, cállate, zorra, ¡voy a darte por el culo!*

Y esas palabras todavía me pusieron más cachonda.

Pensé que Sandra protestaría más o incluso que se negaría. Era su primer encuentro, llevaban cinco minutos escasos en la habitación, y ya le había comido la polla; y ahora parecía dispuesta a dejarse encular.

—*¡¡Aaaaaah, despacio, despacio, despacito, aaaaaah, AAAAAAH, AAAAAAH!!* —chilló Sandra cuando Fran penetró su culo.

Me dejé caer de rodillas en el suelo con las piernas temblorosas y me puse a cuatro patas en medio de la habitación. Levanté la falda para desnudarme de cintura para abajo y apunté con el culo hacia el espejo. Fue muy morboso girarme y verme en esa postura tan impúdica, justo cuando Fran comenzaba a sodomizar a mi compañera.

Colé una mano entre las piernas y miré mi coño a través del espejo antes de retroceder y pegar mis glúteos en el cristal.

El cabrón del guaperas se la follaba a muy buen ritmo y Sandra no dejaba de gritar y pedirle que lo hiciera un poquito más despacio, pero un minuto después ella ya gemía descontrolada.

—¡¡Diosssssss, qué rico, sigueeeeeee, sigueeeeeee!!

Yo me movía delante y atrás, chocando con mi trasero contra el frío cristal, masturbándome al ritmo del folladón que se estaban pegando a tres metros escasos de mí y de repente, y sin que me lo esperara, escuché un profundo gemido de Fran y a continuación anunció su inminente corrida.

¿¿¿Yaaaaaa????

—¡¡Me corrooooo, joderrrrr, aaaaah, me corrooooo, aaaaah, aaaaah, aaaah, síííííííí, síííííí, toma zorra, tomaaaaaa, aaaaaaah, zorraaaaaaaa!! —y unas últimas embestidas acompañaron sus chillidos de placer.

Me quedé gimoteando al borde del orgasmo y un minuto más tarde sentí la cadena del baño y a Fran que se despedía de Sandra.

—Mañana nos vemos, buenas noches...

Como mucho había estado quince minutos en la habitación y en ese momento sentí pena por mi amiga. La acababan de utilizar para un mal polvo y me la imaginé en la cama, desnuda y bocabajo. Sin embargo seguía con los dedos pegados al coño, y yo también tenía muchas ganas de llegar al orgasmo después de un día de tanta tensión.

Di un par de embestidas contra el espejo y agaché la cabeza, sacando más las caderas y arqueando la espalda, en un postura todavía más lasciva. Descansé unos segundos y después me giré, sentándome frente al espejo con las piernas abiertas. Fui tirando de

la tela hasta verme el coño y me dejé caer hacia atrás, recostándome con los codos apoyados en el suelo.

En ese momento me acordé de Ismael. ¿Qué pensaría si me viera así? Ya me lo había advertido cuando me despedí de él, *"te vas a correr pensando en mí en cuanto llegues a la habitación..., y lo sabes, je, je,je... se te han puesto las tetas duras y apostaría a que ya estás bien mojada".*

Lo que más me fastidiaba es que tenía razón e incluso me puse de pie con el corazón latiendo a toda velocidad. Me miré al espejo cada vez más nerviosa, quería eliminar ese pensamiento de mi cabeza, pero no podía dejar de imaginarme lo que pasaría si volvía a bajar al restaurante vestida de esa manera sin mi ropa interior.

Me excitaba mucho fantasear en lo siguiente que me pediría Ismael si me viera arrastrarme así ante él. Tenía la respiración entrecortada y la boca abierta, me costaba tomar aire, con una sensación de morbo que jamás había experimentado. Y cuando me acerqué a la puerta y apoyé una mano en el pomo, todavía se me aceleró más el corazón.

"No, no lo hagas, no lo hagas".

Pero abrí la puerta y con las piernas temblorosas salí de la habitación. Recorrí los escasos metros del pasillo y la espera hasta que llegó el ascensor se me hizo eterna. Dudé otra vez antes de pulsar el botón de la planta baja y cuando lo hice noté que se me humedecía más la cara interna de los muslos.

Fue muy humillante verme en el espejo del ascensor. Tenía las mejillas encendidas y los pechos jodidamente hinchados. Se me marcaban los pezones a través de la blusa y salí del trance en el que me encontraba cuando sonó el timbre al bajar las tres plantas.

Caminé despacio hasta el restaurante, deseando que hubieran cerrado o que Ismael ya no se encontrara allí, pero me lo encontré

tal cual lo había dejado, y avancé despacio, sentándome en el taburete que estaba a su lado.

Levanté la mano y llamé al camarero.

—Un Cosmopolitan...

6

Ismael sonrió sin tan siquiera mirarme.

—Vienes sin ropa interior, ¿verdad?

—Sí... —contesté en un susurro casi imperceptible—. He escuchado a Fran y Sandra desde mi habitación, tu compañero se ha comportado como un cabrón...

—Los dos son adultos, y ella ya sabía lo que había..., y tú, ¿por qué has bajado otra vez?

—No lo sé...

—No voy a follarte...

—Tampoco te lo he pedido, ni quiero...

—¿Entonces?, ¿es para que vea cómo vas vestida?

—No...

—¿Te has corrido pensando en mí? —me soltó mirando los últimos restos de su copa mientras giraba el vaso.

—No...

—Pero te has tocado, y ahora estás que te subes por las paredes...

—No he hecho nada...

—Te he dicho antes que me gusta que seas sincera, seguro que los dedos todavía te huelen a coño, je, je, je... pero bueno, si no te has corrido mejor, no quiero que lo hagas, así mañana estarás todavía más cachonda, quiero que en el vuelo de vuelta no te pongas la ropa interior... tu novio me lo agradecerá cuando llegues a casa...

Y se levantó de la silla y me pegó un buen repaso de arriba abajo.

—Anda, deja eso y vámonos... ya hemos bebido bastante por hoy —dijo soltando un billete de veinte euros y dejándolo en la barra.

Caminamos juntos y en silencio hasta el ascensor y permanecimos callados hasta que se abrieron las puertas. Entramos dentro e Ismael pulsó el número 3. Reconozco que iba muy nerviosa y ese fue el momento que él aprovechó para pegarme otro buen repaso visual e incluso hizo que me girara, para mirarme el culo.

Intentaba hacerse el duro, pero al bajar la mirada comprobé que tenía el paquete muy marcado. Me gustó saber que él no había podido evitar excitarse, y comprobar que aquel hombretón iba empalmado bajo los pantalones todavía me encendió más.

—Lo que yo decía, esa falda te queda mejor sin braguitas —y se situó detrás mí, mirándonos a través del espejo del ascensor.

Su polla rozó de manera imperceptible mis trasero y cuando eché las caderas hacia atrás para que me la incrustara entre los glúteos, él se retiró, apartándose de mí, pero me después me soltó un tremendo azote en la nalga derecha.

¡¡*PLASSSS*!!

Sonó seco y contundente e incluso se me escapó un gemido. Justo se abrió la puerta del ascensor y él se giró, dejándome allí plantada.

—Te he dicho que no iba a follarte. Buenas noches, Andrea y no olvides lo que te he pedido, eh...

Caminé hasta la habitación temblorosa, asustada, y muy avergonzada por mi comportamiento. Enseguida me desnudé, observando en el espejo la manaza de Ismael marcada a fuego en mi glúteo y colé una mano entre mis muslos, acariciándome con suavidad, pero enseguida caí en la cuenta de lo que me había pedido.

"*No quiero que lo hagas, así mañana estarás todavía más cachonda, quiero que en el vuelo de vuelta no te pongas la ropa interior... tu novio me lo agradecerá cuando llegues a casa*".

Me fastidió mucho tener que meterme en la cama en ese estado, incluso tardé en conciliar el sueño un par de horas, moviéndome de lado a lado, retorciéndome de placer, sintiendo el calor que emanaban mis muslos y reprimiendo una imperiosa necesidad de correrme.

Al día siguiente me pegué una ducha y me puse el uniforme de auxiliar, pero sin la ropa interior, como me había pedido Ismael. Sandra pasó a buscarme por la habitación para desayunar algo rápido y en su cara vi que para ella tampoco había sido una noche fácil.

—¿Qué tal ayer? —la pregunté.
—Muy bien, tía, terminé con Fran... —me confesó sin entrar mucho en detalles, como si no supiera que los había escuchado a través de la pared.

Entonces me llegó un correo del trabajo con mis próximos vuelos y la tripulación. No podía ser. La semana siguiente volvía a volar con Ismael. Otra vez el mismo destino.

Madrid-Zurich.

Y cuando entramos en la cafetería del hotel lo vi sentado junto a Fran, tomando un café, perfectamente repeinado y en aparente buen estado. Me puso muy nerviosa la mirada que me pegó y después sonrió.

Él también había visto el correo...

Nota: Basado en este relato corto, escribí la novela Mi primer vuelo, que tenéis disponible en Amazon. Os dejo el enlace también al final de este libro de relatos.

Sorpresa por navidad

1

Llegué a trabajar a la oficina el 24 de diciembre. Para mí era un día como otro cualquiera, no soy de los que odian la Navidad, de hecho, hasta me gusta ver todo decorado con los adornos típicos y las cintas de colores. Eso era lo que menos me importaba en ese momento.

No tardó en aparecer mi jefe, Sergio, y enseguida me llamó para que entrara a su despacho.

—Ya lo tengo todo preparado —dijo dándome el paquete, que contenía el disfraz—. Esta noche, después de la copa de champán, hacemos lo que habíamos planeado…

—Vale, luego hablamos —respondí y salí de su despacho con el paquete que me acababa de entregar.

No me sentía con fuerzas de decirle que no. Eran tantos años aguantando a aquel impresentable que prefería hacer lo que me pidiera antes que discutir con él. Algunos psicólogos dirían que había desarrollado una especie de síndrome de Estocolmo con mi jefe, y no les faltaba razón.

Mi relación con aquel tío no era normal, incluso rozaba lo patológico.

Llevaba más de quince años trabajando en la empresa, siempre al lado de don Arturo, un famoso empresario que había levantado aquello de la nada. Don Arturo tenía varios asuntos con los que ya había amasado un buen patrimonio, pero era un visionario, y él sabía que tarde o temprano aquel negocio de importación y exportación de productos le iba a dar mucho dinero.

Trabajábamos principalmente con la alfalfa, exportándola a todos los países del mundo. Era un negocio tan productivo que cuando empezamos a rodar apenas éramos cuatro y ahora la empresa tenía casi cien trabajadores.

Entre ellos, Sergio, que había entrado a trabajar mucho más tarde que yo, unos ocho años atrás, pero que había ascendido en el organigrama casi en vertical. Ahora era el COO, como le gustaba decir en inglés, el *Chief Operating Officer*, más o menos el director de operaciones y mano derecha de don Arturo.

También era su yerno.

Y es que recuerdo perfectamente el día que don Arturo me invitó a la boda de su hija. La empresa ya había despegado e invitó a los trabajadores que llevábamos con él desde el principio en esa aventura. Apenas conocía a su mujer y a su hija, Cayetana, de un par de cenas en las que habíamos coincidido.

Por aquel entonces, Cayetana tenía 31 años, como yo, era una mujer imponente, alta, con los ojos muy grandes y una media melena rizada de color rojizo. Tenía buenos pechos, pero lo que más llamaba la atención en ella eran sus kilométricas piernas, que terminaban en un culo grande y voluminoso bien redondo, que destacaba en su esbelto cuerpo. Aquella mujer era muy guapa, una niña de papá pija y consentida que no había dado un palo al agua en su vida. Lo poco que había estado en contacto con ella me había parecido muy buena gente, pero ridículamente infantil, con una inocencia impropia para la edad que tenía.

El día de la boda llegué con mi mejor traje y me puse con mis compañeros de trabajo, que iban acompañados de su pareja. Yo era el único soltero por aquel entonces. El novio apareció en un coche de época, del que se bajó acompañado de su madre. Y entonces lo reconocí. Claro que lo hice, en cuanto puso un pie en el suelo.

Era Sergio. Creí haber cerrado aquella pesadilla, pero qué equivocado estaba. Mi pesadilla no había hecho más que comenzar.

2

Conocía a aquel cretino desde mi época universitaria, habíamos empezado juntos la carrera y la terminamos a la vez. No solo en la misma promoción, también en la misma clase.

En cuanto lo vi, se me vinieron a la cabeza todos los recuerdos. Sergio y yo nunca fuimos amigos en la universidad, éramos más bien conocidos, nos hablábamos, pero poco más. Lo veía en todas las fiestas, jugamos muchas veces al fútbol sala y era el típico guaperas que siempre estaba rodeado de mujeres y se saltaba la mayoría de las clases. Más de una vez, cuando se acercaban los exámenes, venía a pedirme los apuntes para fotocopiarlos, y yo se los dejaba como hacía con otros muchos estudiantes.

Por aquel entonces me eché una novia en la universidad, Irene, una chica muy guapa, con la que estuve casi cuatro años. Hacíamos muy buena pareja, y yo, sinceramente, pensé que era la mujer de mi vida, pero a falta de tres meses para terminar la carrera me llegaron rumores de que Irene me había sido infiel. Cuando se lo pregunté a ella, se echó a llorar y me dijo que la perdonara, que había sido un error y que no iba a volver a pasar. Le pregunté con quién me había puesto los cuernos, pero mi entonces novia no me lo quiso decir.

Por supuesto, mi relación de pareja con Irene se terminó y unas semanas más tarde me enteré de que me había engañado con Sergio. Lo sabían todos mis colegas menos yo. Un viernes que Irene salió de fiesta con sus compañeras de piso, terminó en su coche chupándole la polla y cabalgando sobre él antes de que se corriera dentro de mi novia.

No quise decirle nada a Sergio ni discutir con él, ¿para qué? Estuve unos meses desolado por completo y me centré en los estudios y los exámenes; a final aprobé la carrera con muy buena nota. Pensé que no iba a volver a saber nada de ellos, ni de Irene ni de Sergio.

Hasta el día de la boda.

Tengo que reconocer que Cayetana iba guapísima. Espectacular. Era una mujer de bandera y supuse que, debido a su personalidad, Sergio no había tenido ningún problema en ligársela. El muy cabrón había dado el braguetazo con ella. Lucía radiante con su vestido blanco y acompañada de don Arturo entró en la iglesia. En cuanto la vi, me siguió pareciendo la misma niña de papá con ese lado inocente e infantil.

La boda fue una pasada, no le faltó detalle. Yo intenté evitar a Sergio todo lo que pude, había tantos invitados que pensé que no iba a tener problemas, pero a la hora del baile, con unas copas ya encima, me descuidé un poco y cuando me quise dar cuenta tenía a Sergio a mi lado.

Él también me reconoció.

—¡Hombre, pero si es el Fernan! —dijo utilizando el diminutivo que solo utilizaban mis amigos de la universidad—. ¡Vaya sorpresa!, ¿y qué haces tú en mi boda?

—Trabajo con don Arturo…

—¿En Artonia?

—Sí…

—¡Joder, qué casualidad!, el mes que viene empiezo yo allí…

¡Qué suerte la mía! Lo que me faltaba, que en mi empresa entrara Sergio, que además era el yerno del jefe.

—Ah, pues bien —dije como un imbécil.

—¿Y qué tal te va todo?, ¿sigues con la chica esa con la que estabas en la universidad?, ¿cómo se llamaba?, Irene, ¿no?

La desfachatez de aquel individuo no tenía límites, siete años sin vernos y lo primero que me preguntaba era por mi ex, con la que lo había dejado porque me puso los cuernos con él. No sé si es que se había follado a tantas que realmente no lo recordaba o es que me estaba puteando. Sinceramente, aquel día pensé que ni se acordaba de que se había tirado a mi novia en su coche. Irene solo había sido una más de las muchas con las que había estado.

—No, lo dejamos antes de terminar la carrera…
—Vaya, es una pena, ¿y ahora estás con alguien?
—No, he venido solo…
—Bueno, pues disfruta, me alegro mucho de verte, Fernan, pásalo bien, y dentro de poco nos vemos en el curro…

Al dejarme me invadió una sensación desagradable, me lo estaba pasando muy bien, pero hablar con él me cortó el rollo por completo. Se me vinieron a la cabeza muchos recuerdos y me fui inmediatamente de la boda. No soportaba ver a ese tío ni un segundo más haciendo sus gansadas en la pista de baile y bailando con su imponente mujer.

La vida le seguía sonriendo igual que siempre y yo me sentí como un despojo en ese momento.

Físicamente me encontraba atractivo, era alto y fuerte, igual que Sergio, pero desde la separación con Irene no había vuelto a tener una novia seria. Sí, muchas follamigas y relaciones de un par de meses como mucho, pero nada más. Yo creo que nunca llegué a superar aquella ruptura tan traumática, lo que me dificultaba a la hora de volver a confiar en una mujer para rehacer mi vida.

Por aquel entonces, a mis 31 años, me decía a mí mismo que me encantaba mi vida de soltero; tenía un buen sueldo en Artonia S. A., me había comprado un pisito de dos habitaciones en una buena zona y hacía lo que quería sin tener que dar explicaciones a nadie: viajes, gimnasio y entrar y salir de casa cuando me diera la gana.

Pero aquel día de la boda me sentí mal, todos los compañeros de trabajo fueron con sus parejas y yo era el único que estaba soltero. Fue como si se tambalease mi proyecto de vida, del que tanto me había vanagloriado.

Y además estaba lo de Sergio. Iba a tener a aquel cretino como compañero de trabajo. ¡Menuda puta mierda!

3

Un mes más tarde entró Sergio en la empresa y los primeros meses estuvo bajo mi cargo. Yo le enseñé todo lo que tenía que saber, y Sergio aprendió deprisa. Además, el muy cabrón estaba bien preparado, era un completo necio en el trato personal con los demás, pero para los negocios era bueno, tenía muy buena formación, con unos cuantos másteres y controlaba varios idiomas; inglés, francés, un poco de alemán y chino.

Yo solo hablaba inglés y no con toda la fluidez que me gustaría, y en una empresa que cada vez se estaba abriendo más al extranjero, eso era fundamental. Por supuesto, Sergio me pasó por la derecha y en un par de años ya era mi jefe, pero no se quedó ahí, y fue ascendiendo poco a poco hasta llegar a su actual puesto de COO.

En la empresa nadie lo aguantaba, era un pedante insoportable, el mejor en todo y su vida era un cuento de película. Seguía con Cayetana, con la que había tenido tres hijos, a cuál más guapo y perfecto, tenían un chalé en la mejor zona de la ciudad y cada mañana, cuando llegaba al trabajo, tenía que ver su BMW X6 aparcado en la plaza de *parking* que se había reservado para él.

Hasta olía de maravilla el hijo puta.

Y no solo lo tenía que aguantar en el trabajo, también coincidíamos en el gimnasio, y se puede decir que yo era el único con el que se llevaba medio bien en la empresa. Al menos el único que lo soportaba, hablando claro. Desde el principio me siguió llamando Fernan delante de todos y al final terminaron llamándome así en la empresa.

Tantos años dejándome el lomo en el curro para terminar siendo Fernan, el amigo de Sergio.

Poco a poco fui cediendo ante él, primero con pequeños favores, claro, era el jefe, no podía decirle que no, y con el paso de los años terminé poco menos que su secretaria. La gota que colmó el vaso fue el día que él tenía una reunión importante con un grupo asiático y me pidió que le lavara el coche para tenerlo impoluto cuando se fuera a comer con ellos.

Y yo, como un gilipollas, lo hice y se lo dejé impecable en su plaza de *parking*.

Desde ese día ya no supe decirle que no a nada; no solo eran temas de trabajo, que por supuesto me pasaba para que yo me ocupara de mucho más volumen del que me correspondía, también me encomendaba otras tareas personales, reservas en hoteles o restaurantes, enviarle flores a su mujer, recogerle ropa de la lavandería…

Era su secretaria personal.

Fue un proceso lento, paulatino, pero Sergio había conseguido hacer de mí poco menos que su perrito faldero, y me convertí en una caricatura en el trabajo. Algunas veces me llevaba de viaje, nos recorrimos parte de Europa y varios países asiáticos, y yo me tenía que encargar de todo, como si fuera su asistente. Había desarrollado una especie de dependencia con Sergio, y hasta copié su manera de vestir e incluso me compré la colonia que él utilizaba para oler igual.

Vivía por y para Sergio. Hasta que llegó aquella Navidad y la última ocurrencia de mi jefe.

4

Estuve trabajando toda la mañana con el paquete que me había dado bajo mi mesa. Dentro había un disfraz. Sergio le quería dar una sorpresa a sus tres hijos y esta consistía en que Papá Noel pasara a visitar a su familia por su magnífico chalé. Lo que empezó siendo una broma en la cafetería entre varios compañeros terminó convirtiéndose en realidad.

Y claro, Sergio necesitaba a alguien que se pusiera el disfraz. Decía que él no podía hacerlo, ya que su hijo mayor de siete años estaba con la mosca detrás de la oreja porque algún cabrón le había dicho en el colegio que Santa Claus y los Reyes Magos eran los padres, y al final me lo propuso a mí. Esta vez intenté negarme, por ahí sí que no iba a pasar, pero no debí sonar muy convincente, porque al final acabé tragando.

Como siempre.

«Total, no pasa nada porque llegues un poco tarde a cenar con tus padres, al fin y al cabo, no tienes hijos ni mujer», me soltó Sergio sin pestañear.

Pero no era solo ponerme el disfraz, Sergio quería que aquello fuera tan real que había llamado a una maquilladora amiga suya para que prácticamente me cambiara la cara. Ese día 24 me dejó salir un poco antes del trabajo y me fui a casa de su amiga.

Le tuvo que costar una buena pasta el trabajo que me hizo una tal Miren, casi dos horas de retoque profesional para envejecer mi rostro por la zona de los ojos y dejarme la nariz a punto. El disfraz no era de estos cutres tampoco, Sergio se había gastado más de 200

euros en él, no solo la tela era buena, es que hasta la jodida barba parecía de verdad. Solo tuve que rellenarme un poco la barriga y cuando me miré en el espejo era el vivo reflejo de Papá Noel.

Pero todavía me faltaba una última humillación antes del encargo de mi jefe. Unos cuantos de la empresa habíamos quedado por la tarde en un *pub* para tomar una copa de champán y yo me presenté vestido de Papá Noel entre las risas y las bromas de mis compañeros, que sabían perfectamente que Sergio andaba detrás de aquello.

Por supuesto, él también vino, quería cerciorarse de que yo estaba perfecto para dar la sorpresa a sus hijos. Sobre las siete de la tarde nos despedimos de los compañeros de trabajo y me quedé a solas con Sergio. Fuimos caminando hasta su coche y me enseñó un pequeño saco de tela que contenía los regalos de sus hijos y de Cayetana.

—¡Menuda sorpresa se van a llevar!, ¡¡estás increíble!!, pareces el puto Papá Noel de verdad, ni Cayetana sabe nada de esto, ja, ja, ja, ja, ¡vaya cara van a poner cuando entres!, ¡qué pena que no pueda verlo!… A ver, Fernan, recuerda el plan, tienes que entrar, darles los regalos a todos y hablar un poco con los niños. A los diez minutos me presentaré yo, para que al verme contigo se den cuenta de que Papá Noel existe de verdad… y no soy yo, claro…

—¿Tu mujer no sabe que voy a ir?

—Bueno, le he dicho que esté preparada, pero no se imagina lo que va a pasar…

—No sé, Sergio, no lo veo nada claro…

—Te queda de diez el traje y vaya trabajo ha hecho Miren, te ha maquillado de maravilla… Bueno, pues nada más, toma, te doy las llaves de casa y entras tú. Le voy a decir a mi mujer que tenga a los niños preparados en el salón…

—¿Entro yo solo… con el saco?

—Sí, claro, y vas repartiendo los regalos antes de que llegue yo…

—De acuerdo…

—Ahora nos vemos, Fernan…

Fui conduciendo hasta la casa de Sergio. Antes de bajarme del coche eché un último vistazo en el espejo retrovisor. Solo se me veían los ojos, la nariz y las gafas redondas. Pero era inconfundible.

Sergio tenía razón. Parecía el mismísimo Papá Noel.

Mi jefe me esperó metido en su coche y al verme me hizo una señal con el pulgar, dándome el *OK.* Me eché el saco de los regalos al hombro y entré en el porche de su casa. Tembloroso metí la llave y en cuanto abrí escuché villancicos navideños.

Cerré la puerta y me dirigí al salón, donde estaba su familia.

5

En cuanto entré, se hizo el silencio, todos se me quedaron mirando con los ojos como platos, incluida Cayetana, que era la que parecía más sorprendida. Su hija pequeña se puso a llorar y fue corriendo bajo las faldas de su madre. Los tres niños iban impecablemente vestidos, igual que Cayetana, que estaba espectacular con su media melena roja, peinada como una actriz de Hollywood de los años 70, un vestido de color negro entallado en la cintura, la falda corta y los brazos descubiertos..

Parecía una escena de película, ella sostenía en la mano una pistola de juguete de uno de sus hijos y al fondo brillaba sin parar el árbol de Navidad. Solo se escuchaban los villancicos y los lloros de la niña pequeña en el inmenso salón, que era más grande que mi piso. Nadie decía nada y, para romper un poco el hielo, me descolgué el saco del hombro y lo puse en el suelo.

—¡¡Jo, jo, jo!! ¡¡Feliz Navidad!! —grité en alto.

Los dos niños enseguida reaccionaron y fueron a abrazarme; cogí una silla, me puse frente a la chimenea y los niños se sentaron en mi regazo. Yo les fui preguntando sus nombres y si se habían portado bien y luego saqué los regalos que llevaban puestos los nombres de cada uno. La pequeña no se atrevió a sentarse conmigo y acompañada de la mano de Cayetana se acercó hasta mí para recibir su paquete.

Entonces sucedió algo que no me esperaba, y es que Cayetana se sentó en mi regazo, plantando su culo en mi muslo. Sabía que aquella mujer era infantil, pero no me imaginé que tanto.

—¿Y para mí no hay regalo? —me preguntó abrazándome por detrás.

—Por supuesto, jo, jo, jo… —contesté sacando dos cajitas, una pequeña y otra un poco más grande, con forma rectangular.

—Yo también me he portado muy bien… —sonrió Cayetana dándome un beso antes de bajarse.

Me quedé atorado y ciertamente confundido. Al calor de la chimenea y bajo el disfraz había comenzado a sudar y tuve miedo de que se me pudiera correr el maquillaje. «Tranquilo, Fernan, solo tienes que aguantar diez minutos más».

Cayetana era incluso más guapa de como la recordaba, una mujer de 1,75, que a punto de cumplir los 40 estaba más impresionante que nunca. Por lo que comentaba Sergio, todos los días iba por su chalé un entrenador personal de *fitness* que estaba haciendo un gran trabajo con ella. Tenía la cintura bien marcada y un culo que seguía igual de grande, pero ahora duro y redondo. Una jodida obra de arte, pero no solo era eso, se había teñido su pelo rizado y lo llevaba más rojo, pero muy natural, lo que le daba un toque muy sensual y ahora sus ojos grandes le sentaban fenomenal a su rostro más maduro.

Todavía no había reaccionado a lo que había pasado cuando me puse de pie. Los niños y Cayetana ya habían abierto sus regalos y me quedé observando a la familia de Sergio. Ella sacó de la cajita un anillo con una piedra de color azul y en el otro paquete había un conjuntito íntimo con braguitas, sujetador y medias de colo negro hasta medio muslo.

Solo de pensar en cómo le debía quedar eso puesto hizo que me pusiera más nervioso. Cayetana me miró con cara de niña traviesa y se acercó a mí con la caja del conjuntito en la mano.

—Esta noche lo probamos… —me susurró al oído.

Yo me quedé de piedra. No entendía nada de lo que estaba pasando, solo deseaba que llegara Sergio para que los niños me

vieran junto a él y salir pitando de allí. Entonces Cayetana me cogió de la mano, los tres niños estaban como locos jugando con sus regalos y ya no me prestaban atención. Con disimulo me sacó del salón y a los pies de la escalera, que conducía a las habitaciones, me dijo:

—¡Estás increíble, pareces otro! ¿Quieres que me ponga las medias para la cena de esta noche? Por cierto, ¡cómo me conoces!, uffffff…, ¡¡me encanta el anillo!!

¡De eso se trataba! ¡¡¡Cayetana me había confundido con Sergio!!!

Parecía de coña, pero la idea no era tan descabellada; los dos éramos grandes, con la espalda ancha y una complexión muy parecida. Bajo ese maquillaje podía estar cualquiera y aquella noche, sin darme cuenta, me había echado la colonia que usaba Sergio y que solo me ponía en días muy especiales. Además, había entrado con sus llaves, que llevaba en la mano cuando pasé al salón.

Y por sorpresa, ella me echó la mano al paquete.

—¡Ni te imaginas lo que me pone verte con ese disfraz!, ja, ja, ja, ¡ni se te ocurra devolverlo, eh! —me amenazó con voz sensual mordiéndose los labios, mientras me restregaba la mano por la polla, que empezó a cobrar vida bajo el pantalón rojo. Y al mirar hacia abajo vi la piedra azul de su anillo masajeando el bulto, que no paraba de crecer y crecer.

—¡Mmmmm, cómo se está poniendo esto! —ronroneó Cayetana con su voz infantil de pija.

Intenté apartarle la mano, la situación era muy delicada para mí. Estuve a punto de decirle que se estaba equivocando de persona, pero la escena era tan embarazosa que me daba vergüenza desvelar mi verdadera identidad. Ella me había tocado la polla y ya no había vuelta atrás. Solo quedaba que llegara Sergio y salir cuanto antes de allí lo más dignamente posible.

Cayetana entró al salón, yo seguía al borde de la escalera y escuché que les decía a sus hijos:

—¡No os mováis de aquí, voy a subir un momento a la habitación con Papá Noel a probarme su regalo! —les explicó antes de cerrar la puerta.

Aquellas palabras hicieron que me temblaran las piernas. Cayetana llevaba en la mano la caja con el conjuntito de ropa interior y parecía que su intención era ponérselo delante de mí. No podía dejar que esa bola de nieve continuara creciendo.

Tenía que plantarme ya.

Entonces Cayetana me cogió de la mano y tiró de mí, escaleras arriba, para que la acompañara a su habitación. Yo, como un tonto, me dejé llevar. Intenté decirle que no era Sergio, que no era a su marido al que arrastraba a su dormitorio y que se estaba equivocando, pero no me salían las palabras. De verdad que no. Y en cuanto me metió en su habitación y cerró con llave, supe que estaba perdido.

La estaba cagando pero bien.

Me senté en la cama y tragué saliva antes de que Cayetana se descalzara y comenzara a quitarse las medias...

6

Apoyó un pie en la cama, doblando la pierna, con sensualidad metió las manos bajo su vestido negro y se fue bajando lentamente las medias. Yo no podía dejar de mirar cómo iba desnudando sus piernas delante de mí. Me excitó terriblemente cuando se le subió el vestido y aparecieron durante un par de segundos sus braguitas negras de encaje.

Desde mi posición se le veía todo el muslo y Cayetana me miró mientras desenrollaba la pierna derecha hasta sacarse la prenda por completo. Luego apoyó el otro pie en la cama, dándome la espalda, y repitió la misma operación.

Ver cómo desnudaba sus increíbles piernas delante de mí hizo que me pusiera como loco de excitación. Sabía que en cualquier momento iba a aparecer Sergio, pero ya me importaba una mierda. Acababa de ver la imagen más erótica de mi vida. En ese instante, no era consciente de que mi jefe me iba a pillar sentado en su cama observando a su mujer a un metro de distancia y de que a continuación me iban a echar a la puta calle.

Eso como poco.

Pero todavía la situación se puso más interesante cuando Cayetana sacó las medias de la cajita y se acercó a mí antes de empezar a ponérselas. Apoyó el pie en la cama y se fue subiendo una hasta la mitad del muslo. Eran unas medias de lencería que terminaban con unos preciosos adornos de encaje de color negro.

Parecían hechas a medida para las piernazas de Cayetana.

Me recosté un poco para que ella se diera cuenta de mi erección y también poder ver sus braguitas y ella sonrió al descubrir mis intenciones; con elegancia bajó el pie de la cama para subir el otro antes de girarse levemente.

Al terminar de ponerse la segunda media, se pasó las manos por las piernas para estirar la prenda sobre su piel y después bajó el pie y se quedó frente a mí. Al darse la vuelta me encontró con las manos sobre la colcha luciendo una buena empalmada bajo el disfraz, y yo señalé la cajita con el dedo.

—¿También quieres que me pruebe las braguitas? —me preguntó colocándose la falda, que le llegaba justo por debajo de los glúteos.

—Jo, jo, jo —afirmé moviendo la cabeza.

—Se nos va a hacer tarde, el suje no me lo pongo, eh... —y sacó de la caja un tanga negro muy sensual, parecido a una braguita brasileña, pero con menos tela—. Nunca pensé que fuera a hacer esto delante de Papá Noel, ja, ja, ja… —dijo Cayetana medio en bromas.

Y al tirar de su vestido hacia arriba, pude ver las braguitas que llevaba puestas, pero todavía quedaba lo mejor. Cuando comenzó a quitárselas, deslizándolas por sus largas piernas, mi polla palpitó de manera involuntaria.

¡Aquello era la hostia!

De espaldas a mí, pude ver la mitad de su culo desnudo y al ponerse el tanguita nuevo, tiró bien hacia arriba de él, incrustándoselo entre los glúteos.

—Estas medias me quedarían genial con unas ligas... por la noche me las pongo...

—Jo, jo, no —y negué con la cabeza, señalando con el dedo hacia el suelo.

—¡¿Ahora?!, ¿quieres que vaya así a cenar a casa de mis padres?, este vestido es muy corto, se me verían las ligas...

Y yo me encogí de hombros, como si no me importara lo que me acababa de decir. Ella miró hacia mí y se dio cuenta de que no me pensaba mover hasta que hiciera lo que le había pedido y sin cortarme un pelo, me acaricié la polla delante de ella.

—Vaya, vaya, ¡cómo estás!
—Jo, jo, jo…
—Deja de hacer eso, que no sé por qué me gusta tanto, ja, ja, ja… Esta noche quiero que te vuelvas a poner el disfraz…, y te lo digo muy en serio… —afirmó Cayetana, acercándose para sobarme el paquete por encima del pantalón.

Luego se sentó en la cama a mi lado y se calzó de nuevo los zapatos.

—Deberíamos bajar…, para que los niños te vean un poco más…

Cayetana se situó de pie frente al espejo y se retocó el maquillaje mientras yo permanecía sentado en la cama. Del primer cajón de la cómoda sacó un liguero y unas ligas y ni corta ni perezosa, comenzó a ponérselo todo delante de mí.

Desde mi posición no podía dejar de mirar su imponente culo al levantarse un poco la falda y todavía me puse más cachondo cuando Cayetana me pidió ayuda para las ligas. Yo me arrodillé detrás de ella y le acaricié uno de sus muslos con las dos manos, antes de enganchar el corchete en el final de sus medias.

—Para, mmmmm, no me toques así, que... —susurró Cayetana.

Y al incorporarme, me situé detrás de ella. Nos miramos a través del cristal y la mujer de mi jefe sonrió.

—¡Joder, es que parece que tengo aquí al mismísimo Papá Noel!, te ha maquillado Miren, ¿verdad?
—Sí —le susurré al oído, acercándome a ella.

Puse las manos sobre su cintura y rocé su cuerpo con mi polla. Cayetana echó las caderas hacia atrás y restregó su culo contra mi

paquete.

—¡Nooooo, Sergio!, ahora nooooo, espérate a la noche… ya bastante he hecho que me he puesto todo lo que me has pedido...

Pero en su cara podía ver lo cachonda que estaba.

Supongo que sería una fantasía sexual de ella, o algo por el estilo, pero que Papá Noel estuviera frotando la polla contra sus glúteos hizo que se le cambiara el gesto. Se mordió el labio y echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en mi hombro.

—¡Deberíamos parar!, ¡nooooo, aaaah, para, aaaah, por favor! —me pidió prácticamente con un gemido.

Entonces tiré de su faldita hacia arriba y desnudé su culazo. Y antes de continuar, tuve que quedarme unos segundos contemplando semejante obra de arte cubierto tan solo por un pequeño tanguita negro.

—¡Sergio, noooo! —me suplicó sacando el culo hacia fuera.

Con decisión tiré de su prenda más íntima y desnudé su fina y blanca piel. Cayetana tenía un culo grande, durísimo y bien proporcionado, se notaba que hacía mucho ejercicio, y la pena es que al tener puestos los guantes no pude apreciar lo suave que debía ser su piel.

—¿Qué haces, Sergio, mmmm? —gimoteó apoyando las manos en la cómoda que tenía delante, con el tanguita a medio bajar.

De un tirón solté el nudo que mantenía el pantalón en mi cintura y la tela roja cayó hasta el suelo. Rápidamente me saqué la polla del calzón y la metí entre las piernas de Cayetana, apoyándome sobre su espalda.

—¡Aaaaah, joder! ¿En serio vas a follarme, uffff? —me preguntó con su voz de pija mirándome a través del espejo.

En cuanto acerqué la polla a su coño, noté el calor que desprendía y lo húmeda que estaba. Entonces escuché que alguien estaba llamando con la mano en la puerta de casa y sonreí. Ella estaba tan cachonda que ni se dio cuenta, y los niños, encerrados en el salón con la música navideña a todo volumen, no escucharon nada.

El que llamaba era Sergio, que al darme las llaves no podía entrar en casa. Y ahora yo tenía vía libre para follarme a su mujercita, que se inclinó sobre la cómoda y abrió más las piernas para recibirme.

Y con decisión, me sujeté la polla con el guante blanco y la acomodé entre sus labios vaginales…

7

Cayetana gimió al sentir mi dura verga rozando su coño y echó las caderas hacia atrás. Restregué mi polla contra su pubis para comprobar que estaba completamente depilada y de un solo golpe se la metí hasta el fondo.

—¡Ahhhhggggg, joder!, ¡qué bueno! —gritó ella, agarrándose con fuerza a la cómoda.

Me eché un poco hacia atrás para poder verlo bien y retiré mi polla unos centímetros para volver a clavársela hasta el fondo. No me podía creer.

¡¡¡Me estaba follando a la mujer de Sergio!!! ¡¡¡A la hija del dueño de la empresa donde trabajaba!!!

Con un golpe de cadera mi polla desapareció por completo en su interior y puse las manos en su cintura para comenzar a follármela. En ese instante, nos miramos a través del espejo y yo seguí embistiéndola con golpes fuertes, secos y duros.

Sentí cómo me vibraba el móvil que tenía en el bolsillo. No me hizo falta mirar para saber que el que me estaba llamando era Sergio. Me daba igual, ya solo quería tirarme a su imponente mujer, que gemía como una loca al ritmo de mis acometidas.

Me encantaba cómo rebotaba mi estómago contra su culazo, y Cayetana cada vez sacaba más las caderas, incluso había acompasado el ritmo de nuestros cuerpos y ahora ella se lanzaba contra mí, buscando el contacto. Pero yo no podía dejar de mirar su culo, y al tirar de sus glúteos con las manos, su pequeño ano rosado pareció llamarme a gritos.

Allí lo tenía a mi entera disposición.

Ya no me iba a conformar solo con follármela, ¡también quería probar ese culo, que debía ser una absoluta delicia!

Volvieron a llamar, esta vez sonó el timbre y Cayetana sí que lo escuchó y se detuvo casi de inmediato.

—¡¡Ahhhhggggg, Diosssss!!, ¡¡para, para, están llamando a la puerta, joder, qué bueno, aaaaahhhggg!!

Hice como que no la había escuchado y la agarré con fuerza por el pelo antes de azotar sus blancas nalgas con la mano. La obligué a que se subiera en la cama y la arrastré por ella sin soltar su precioso pelo rojizo.

Cayetana se quedó a cuatro patas con las braguitas a medio bajar y miró hacia atrás.

—¡¡Joder, Sergio!!, pero ¡¡¿qué estás haciendo?!!

Enseguida descubrió mis intenciones cuando me puse detrás de ella, aparté la barba postiza y dejé caer un salivazo entre sus glúteos.

—¡¡Noooo, por el culo noooo!!, ¡¡ahhhgggggg!! —gimió Cayetana cuando la volví a azotar con dureza.

Me decía que no de palabra, pero su lenguaje corporal era distinto. Me fijé en lo mojadísima que estaba, tanto que su coño literalmente goteaba en la cama.

—¡Te voy a matar, Sergio!, ¡joder, te dije que te esperaras a esta noche! —dijo metiéndose dos dedos en la boca para luego acariciarse el culo e introducírselos ella misma en el ojete.

La muy puta se lo estaba preparando para mí.

De forma soez, la pija de Cayetana se metió los dedos por el ojete, hizo círculos con ellos y tiró hacia fuera para abrir su pequeño

ano. Yo dejé que durante unos segundos se follara de esa manera y ella gimió como una cerda trabajándose el culo delante de mis narices.

Entonces me di cuenta de que se ponía cachonda comportándose de esa manera tan vulgar.

No quise interrumpirla y un minuto más tarde se sacó los dedos, apoyó las dos manos en la cama y arqueó, de manera muy *sexy*, la espalda hacia abajo para que su culazo sobresaliera más. Su ano lucía increíblemente abierto y ahora Cayetana me lo estaba ofreciendo para que se lo follara.

Dejé caer otro salivazo entre sus glúteos y acerqué mi polla a su entrada trasera. Supuse que no iba a ser tan fácil de penetrar como su coño, pero de forma alucinante su ano se tragó mi glande con un ligero empujón. Apoyé las manos en su cintura y con un leve golpe de cadera toda mi polla se hundió en sus entrañas.

Cayetana gimió y se giró sorprendida mientras meneaba de lado a lado sus caderas.

—¡¡Ahhhhhggggg, qué rico!!, ¡¡qué bien ha entrado hoy!!

No hacía falta ser muy listo para deducir que la polla de Sergio era bastante más grande que la mía, pero en ese momento me importó tres cojones.

Ahora estaba en su cama sodomizando a su mujercita.

La sujeté bien por la cintura, ya no se me iba a escapar, y le subí bien la faldita. Aquello quería verlo bien. Era impactante ver mi polla dentro de aquel culo de clase alta y comencé a embestirla con golpes secos.

Había una pequeña foto en la mesilla del día de la boda de Sergio y Cayetana y a cada sacudida que le pegaba el marco temblaba amenazando con caerse. Yo no podía dejar de mirar esa foto

mientras me la follaba, haciendo que el cabecero de la cama martilleara la pared sin piedad.

Estaba cabreado y furioso con aquel cretino.

Esto por hijo de puta. Y embestí con fuerza el culo de su mujercita.

Esto por robarme el puesto de trabajo.

Esto por humillarme cada día.

Esto por llamarme Fernan.

Esto por follarte a mi novia.

Esto por Irene.

Esto por joderme la vida.

—¡¡¡Ahhhhgggggg, más despacio, más despacio, ahhhggggg!!! —gritó Cayetana.

La cama seguía golpeando la pared y me la follé todavía con más ganas, lo que hizo chillar de placer a la mujer de mi jefe, hasta que la foto cedió y se cayó bocabajo en la mesilla. No me quedaba mucho para correrme, pero quería durar un poco más.

Le saqué la polla y la dejé extendida en la raja de su culo. Cayetana, también al borde del orgasmo, movió sus caderas, buscando que se la metiera de nuevo.

—¡¡Venga, no te pares ahora, termina ya, vuélvemela a meter, joderrrr!!

Y ella misma me agarró la polla para ponerla a la entrada de su ano, echó las caderas hacia atrás y mi verga desapareció en su interior.

Era el momento de correrme. Me hubiera gustado alargar más aquello, pues uno no tenía todos los días a una mujer como

Cayetana abierta de piernas, ofreciendo su culo para ser follado; pero no nos podíamos demorar más. Antes de empezar a destrozarla le solté otro sonoro azote en la nalga derecha y la sujeté por las caderas para taladrar su culazo sin piedad.

Cayetana chillaba sin dejar de lanzar su culo contra mi cuerpo; con un último golpe de cadera le hundí mi verga hasta las entrañas y golpeé con mis huevos en su empapado coño.

—¡¡¡Ooooh, ooooh, oooooh, me corrooooo!!! —aullé, vaciándome dentro de ella.

Sí, me estaba corriendo dentro de Cayetana. La mujer de Sergio. El hijo de puta de mi jefe. Y en ese momento me pareció el mejor placer de la vida.

¡Insuperable!

Pero Cayetana no había terminado, ahora movía con violencia su culo de pija, buscando su propio orgasmo y lanzando su cuerpo contra mí, aplastándome las pelotas.

—¡¡Diosssss, Diosssssss, me voy a correr, Sergio, aaaaah, aaaaaah!!

El timbre no dejaba de sonar, ni tampoco mi teléfono, que me llevaba vibrando en el bolsillo por lo menos diez minutos. Tenía que ser Sergio el que me estaba llamando, pero yo no le hacía caso, estaba muy ocupado clavando mis dedos en las caderas de su mujer mientras su culo se tragaba mi polla.

—¡¡Ahhhhhgggggggg, ahhhhhhgggggggg!! —gimió Cayetana cuando comenzó a correrse.

Y yo aguanté todo lo que pude para seguir lo más empalmado posible una vez que había llenado sus entrañas con mi leche calentita.

Era increíble la manera de moverse de Cayetana mientras el orgasmo atravesaba su cuerpo, no se paraba quieta y solo pasado

un minuto pareció tranquilizarse y se quedó ronroneando unos segundos más, meneando suavemente sus caderas delante y atrás hasta que mi polla, con un pequeño *plop*, abandonó su esfínter. Entonces hizo algo que todavía me dejó más alucinado.

Se dio la vuelta y a cuatro patas, me agarró mi alicaída verga para metérsela en la boca y dejarla bien limpia, mientras gimoteaba y sacaba su lengua.

¡¡Menudo vicio tenía la Cayetana!!

Ni se inmutó porque la acabara de tener dentro de su culo. Eso le dio igual, chupó con ansia los restos de semen e incluso me pegó un par de lametazos en los huevos, que hicieron que me palpitara la verga.

—¡¡Uffffff…, creo que ha sido el mejor orgasmo de mi vida!! —suspiró con su peculiar voz de pija.

Rápidamente me subí los pantalones y me aparté para quedarme mirando a Cayetana, que seguía a cuatro patas en la cama, con la faldita en la cintura y lamiéndose unas gotitas de semen que tenía entre los dedos.

—Anda, baja a ver quién es el pesado que lleva llamando un rato. Yo me voy a arreglar un poco y a volverme a pintar, no puedo ir a cenar a casa de mis padres con estas pintas, mira cómo me has dejado el vestido... —dijo Cayetana bajándose de la cama y alisándose la falda.

8

Abrí la puerta y me encontré con Sergio, que tenía un buen enfado.

—Pero ¿dónde coño estabas, tío?, llevo más de diez minutos llamando a la puerta, al móvil de Cayetana y al tuyo…

—Buffff, perdona, es que tenemos mucho jaleo en el salón con la música y tal y los niños… Además, como has tardado tanto en venir, se me ha ido el santo al cielo y la verdad es que ni nos habíamos acordado de ti….

—Es que justo cuando iba a entrar me ha llamado un amigo, por eso me he demorado un poco más, pero tampoco ha sido tanto, luego venga a llamaros y llamaros y nada…, hasta me estaba preocupando…

Pasamos al salón y los tres niños seguían jugando con los regalos que les acababa de dar. Saltaron de alegría al ver a su padre y fueron a abrazarlo.

—¡Mira, papi, mira!, ¡¡es Papá Noel!!, ha venido a casa…

—Sí, ya veo, ¡anda, qué bien!, ¿estáis contentos?

—Sí, mucho.

—Y, por cierto, ¿dónde está Cayetana? —me preguntó Sergio extrañado.

—Creo que ha subido a cambiarse y a probarse los regalos, jo, jo, jo…

—¡¡Muchas gracias por haber venido a visitarnos, Santa Claus!!… —exclamó Sergio.

Y de repente apareció en el salón Cayetana. Ya se había recompuesto y bajaba perfectamente arreglada y maquillada, como si no hubiera pasado nada en su habitación.

—Pero, bueno, ¿qué es este jale… ? —preguntó Cayetana, que se quedó sin habla cuando me vio junto a su marido.

Tuvo que apoyarse en una silla y su cara se descompuso al momento; se quedó blanca, como si le hubiera dado una bajada de tensión.

—¿Estás bien, Caye? —dijo Sergio, acercándose a ella para ayudar a que se sentara.
—Sí, sí, estoy bien —respondió ella sin dejar de mirarme, preguntándose quién coño era el que acababa de follársela.
—¡¡¡Bueno, chicos!!!, pues yo me voy a ir ya, dadle un abrazo a Papá Noel…

Los tres niños vinieron a abrazarme, después saludé a Sergio y me di dos besos con Cayetana mientras ella ponía cara de circunstancias.

—¡¡¡Jo, jo, jo, feliz Navidad, familia!!! —exclamé antes de salir de su casa.

Tuve el tiempo justo para pasarme por mi piso, quitarme el maquillaje de la cara y pegarme una ducha antes de ir a cenar a casa de mis padres. En el coche llevaba una sonrisa de oreja a oreja.

Por la cara de tonta que puso Cayetana supe que jamás le iba a contar nada a su marido. Ese secreto se lo iba a llevar a la tumba.

Segurísimo.

9

Once meses más tarde nos invitaron a todos los trabajadores de Artonia S. A. a una cena de despedida. Por fin se jubilaba don Arturo, que iba a dejar la empresa en buenas manos; ni más ni menos que en las de su yerno, Sergio. No solo fuimos los trabajadores, también estaba su familia y los más allegados de don Arturo.

Celebraron una cena de gala en uno de los mejores hoteles de la ciudad, casi como si fuera una boda. Después del convite hubo copas, baile y mucha fiesta. Y una de las veces que estaba solo en la barra tomándome una copa se acercó a mí Cayetana.

No había vuelto a verla desde aquel 24 de diciembre. Estaba igual de guapa que siempre, tal y como la recordaba, espectacular con su pelo rizado de color rojo y con un vestido verde largo ceñido al cuerpo que realzaba su culo y sus perfectas piernas.

—¡Eres un hijo de puta! —dijo sin mirarme mientras esperaba a que la atendiera el camarero.

—Muchas gracias.

—No te creas que me he olvidado de lo que pasó, debería decirle a Sergio que te despidiera…

—Yo no tuve la culpa, te recuerdo que fuiste tú la que comenzaste todo… ¿Te acuerdas de lo que hiciste en la escalera? Además, cómo era eso que dijiste, ¿no habías tenido el mejor orgasmo de tu vida?

Cayetana me miró con cara de odio justo antes de que apareciera Sergio, que ya iba un poco pasado con el alcohol.

—Pero si están aquí Fernan y mi mujercita, ¿de qué estáis hablando vosotros? —nos preguntó, abrazándonos a la vez.

—De nada, cosas nuestras, Sergio —le dije, dándole unos golpecitos en la espalda—. Por cierto, si queréis que este año vuelva ponerme el disfraz de Papá Noel, no tienes más que pedírmelo, por un amigo hago lo que sea…

—Precisamente lo había hablado la semana pasada con Cayetana y estaríamos encantados de que repitieras.

—Yo encantado.

—¿De verdad que no te importa? —me preguntó Sergio.

Me quedé mirando fijamente a la mujer de Sergio, esperando su reacción, no me podía creer que Sergio me estuviera diciendo eso en serio.

—¿A ti te parece bien, Cayetana?, ¿entonces, lo repetimos? —pregunté yo.

—Eh, sí, sí, claro…, eeeeh… los niños se quedaron encantados con la sorpresa… —balbuceó ella.

—Pues por mí sin problemas, contad conmigo para Nochebuena, ya voy a ir practicando el ¡jo, jo, jo!, bueno, pareja, os dejo solos, me ha gustado saludarte, Cayetana —dije, dándole dos besos de despedida.

Ella me miró con los ojos abiertos como platos. No supe muy bien cómo definir su expresión, no sabía si era enfado, odio, indiferencia, lujuria o una mezcla de todo. Y Cayetana me mantuvo la mirada unos segundos, antes de dar un pequeño sorbo del elegante cóctel que se había pedido.

Cena de empresa

1

Me puse mis mejores vaqueros, una camisa a cuadros y los zapatos bien limpios. La excusa no era otra que la cena de empresa de cada año. Enfrente del espejo me acabé de peinar, echándome un poco de gomina para intentar domar los caracolillos de mi pelo.

Me encantaban estas cenas de empresa. Todos nos poníamos nuestras mejores galas y la gente suele cambiar el carácter, no es el ambiente aburrido de la oficina de trabajo: los compañeros, de repente, son más simpáticos, las chicas que algún día ni te saludan ahora parece que son tus mejores amigas, y encima van vestidas de una manera bien distinta a como lo suelen hacer.

No es que fuera con ninguna intención de ligar ni nada parecido; con 43 años, pero casado desde hace más de diez y con tres peques de ocho, cinco y dos, las oportunidades de salir suelen ser bastante escasas. Además, esa noche me lo suelo pasar muy bien, el ambiente nocturno de la ciudad es espectacular esos fines de semana de diciembre, con cenas de empresa por todos los lados.

Me despedí de mi mujer, que me advirtió cariñosa antes de salir.

—Ten cuidado, que siempre terminas igual, y por supuesto deja el coche aparcado y te vuelves en taxi…
—¡Que sí!

Judith tenía razón, me conocía perfectamente, los últimos años había llegado a casa con una buena borrachera y luego lo había pagado el resto de la semana. Uno ya tiene una edad en la que recuperas mucho peor que cuando eres joven.

Bajé con el coche y lo dejé en el *parking* del hotel, al día siguiente me tocaría volver a por él en taxi o en autobús, pero eso ahora no me preocupaba. Cuando entré dentro ya estaban la mayoría de los compañeros. El organizador de la cena había tenido que reservar en uno de los hoteles de la ciudad debido a que éramos muchos los que íbamos a asistir. En el nuevo edificio de la Seguridad Social trabajábamos más de ciento cincuenta funcionarios, aunque a la cena íbamos aproximadamente unos sesenta.

Esta era una de las cosas que más me gustaban, la proporción de hombres y mujeres que íbamos. El 80 % eran chicas y diez de nosotros teníamos que «lidiar» con cincuenta de ellas durante la noche; muy mal se te tenía que dar para no terminar, al menos, charlando en un grupo tú solo rodeado de cinco o seis compañeras.

En la mesa me senté con dos de mis mejores amigos en el trabajo, con los que tenía más confianza. Antes de pasar al salón ya nos habíamos bebido dos copas de vino y la noche prometía, sobre todo cuando se nos pusieron enfrente dos de «las nuevas». Tuve que preguntar cómo se llamaban, porque no lo sabía, aunque me había cruzado con ellas varias veces por el edificio. Olga y Raquel.

A mí me gustaba especialmente Raquel, era de las chicas que habían entrado recientemente en el concurso de traslados, apenas llevaba seis meses trabajando con nosotros. Tendría sobre 35 años, morena, media melena, con una cara de esas que sin ser muy guapa tiene su atractivo. Me encantaba especialmente la mirada morbosa que tenía; parecía reservada y bastante callada, pero con los ojos lo decía todo. No es que tuviera un gran culo, bastante plano y ancha de caderas, pero lucía dos poderosas tetas, que eran lo mejor de su anatomía.

Llevaba una camiseta demasiado escotada y, además, el sujetador ayudaba realzándolas y apretándoselas bien hacia arriba. Me fue imposible no fijarme en aquellas tetazas, eran grandes, suaves, blanquitas y con las venas bien marcadas; de esas que te

apetece chupar hasta que se te secan los labios. La cena iba a ser una puta tortura con aquella mujer enfrente de mí.

Con tres copas de vino encima me dio igual que Raquel me sorprendiera varias veces con la vista clavada en sus pechos. Era ella la que se había vestido así para lucirlos. Y mis compañeros y yo como unos pardillos estuvimos toda la cena deleitándonos con aquellas poderosas tetas.

Tuve que levantarme al baño un par de veces para poder aliviar la erección que me provocó Raquel. Y al parecer no era el único que empezaba a estar excitado, cuando mi compañero entró al servicio conmigo, fue lo primero que me dijo.

—¡Joder!, ¡vaya tetas tiene la nueva!, ¡me cago en la puta, me está poniendo a mil!

Raquel hablaba poco, pero cada vez que lo hacía todos le prestábamos atención. Hizo un comentario sobre no sé qué de su marido. «¡Mierda, está casada!», pensé.

¿Y qué? Lo mismo me daba si estaba casada, pues como casi todos los que estábamos allí; sin embargo, cuando mencionó al marido, sentí una pequeña decepción. Lo importante es que teníamos mucha noche por delante, que iba a poder disfrutar muchas horas de esas tetas. Y además, me había fijado en que Raquel también vaciaba con facilidad su copa de vino. Cuando iban a llegar los postres, tenía unos buenos coloretes en su blanca piel y ya no parecía tan seria como al principio, se estaba soltando y cualquier tontería que decíamos los chicos a ella le hacía mucha gracia.

2

Terminamos de cenar y nos tomamos una copa en el hotel antes de irnos. Formamos un grupo de cinco chicos comentando qué tal había ido la cena y de repente apareció Paco. Era el típico odioso, enterado y sabelotodo del trabajo. Se había casado y divorciado tres veces, a pesar de ser un cincuentón. Era lo que se suele llamar un ligón empedernido. No sé qué le verían las mujeres, porque, a mí, físicamente, me parecía del montón, pero la seguridad en sí mismo que transmitía parecía que les gustaba.

Entró en la conversación como un elefante en una cacharrería.

—¿Os habéis fijado en las tetas de Raquel?, este año hemos ganado nivel con las nuevas incorporaciones, je, je, je, je, je.

El muy cabrón ya se sabía el nombre de «la nueva», no como nosotros que nos habíamos enterado esa misma noche. Era un profesional de la seducción, se sabía el nombre de todas las mujeres que trabajaban en el edificio, y no eran pocas. De hecho había tenido más de un escarceo con varias compañeras de trabajo, con las que siempre había terminado muy mal.

—Esta noche hay que intentarlo…
—Esa es mucha mujer para ti, Paquito —lo retó uno de mis amigos.

Justo lo que le hacía falta a Paco, que alguien lo provocara. Le echó una mirada desafiante a mi compi y sonrió. Luego le dio un trago a la copa que se estaba bebiendo y le pegó un par de palmaditas en la espalda.

—Para unos aficionados como vosotros, puede ser, je, je, je, je. —dijo y nos dejó allí plantados.

—¡Menudo fantasma! —contesté yo cuando ya no podía escucharnos.

Casi mejor que se hubiera ido, porque no soportaba a ese tío. Me fijé en él y no tardó en empezar a meter fichas, uniéndose a un grupo numeroso de chicas que hablaba animadamente en el otro lado del salón.

—Bah, pasa de él —me dijo uno de mis compañeros leyéndome el pensamiento.

Cuando salimos del restaurante, fuimos a un bar en el que habían contratado copas gratis. Allí echamos un par de horas, me lo pasé fenomenal hablando con varias compañeras, compartiendo anécdotas del trabajo mientras bebíamos y bailábamos. Me lo estaba pasando tan bien que casi ni me acordé de Raquel, hasta que pude verla en otro grupo y vi que me estaba mirando fijamente. Al verse sorprendida, rápidamente desvió la mirada, pero tengo que reconocer que me subió el orgullo al saber que aquella chica me estaba controlando.

Lo malo es que en ese bar no pude hablar con ella y cuando entramos en otro me puse a hablar con otras dos chicas y se me pasó otra hora volando. Me fui donde estaban dos compañeros y les pregunté si querían algo, que me iba a acercar a la barra. Una vez allí ni me percaté cuando Raquel se acercó por detrás.

No sé si me estaba esperando o fue fortuito el encuentro.

—¡Vaya, no nos habíamos visto en toda la noche!
—¿Raquel te llamabas? —pregunté yo como un tonto.

No sé por qué tuve que preguntar eso, me hizo quedar como un auténtico estúpido. Menuda manera de ligar si ni tan siquiera me acordaba de su nombre. Empezaba bien. Por suerte Raquel se lo tomó bien y contraatacó rápido.

—¿Jorge, no?

—Eeeeeh, sí, sí… ¿Qué quieres tomar?, te invito.

—No sé si debería beber más, voy ya bastante… Además —dijo mostrándome la copa medio llena.

—Venga, hoy no hay excusas, ya le advertí a mi mujer que iba a llegar borracho, ¿qué es eso que estás tomando?

—Brugal con cola…

—Pues termina, que se te va a acumular…

Raquel le pegó un par de buenos tragos y, mientras pedía su copa, dejó la suya vacía apoyada en la barra. ¡Qué manera de beber!

—Ya está…

—Así me gusta.

Nos fuimos a un sitio más tranquilo para poder hablar. No es que quisiera ligar con ella ni nada, pero me gustaba el pequeño tonteo que teníamos; además, con unas copas de más como llevaba, me ponía realmente caliente fijarme en las enormes tetas de mi compañera de trabajo. Al ser un poco más alto que ella, desde mi posición tenía unas vistas privilegiadas del escote de Raquel. Y ella sonrió confiada.

Sabía que con esas dos armas podía hacer conmigo lo que quisiera.

—¿Y qué tal en el nuevo trabajo?, ¿te has adaptado bien?

—La verdad es que fenomenal, me ha costado muchos años poder llegar, pero por fin ya estoy en casa.

—¿De dónde vienes?

—He estado casi diez años en Madrid, pero esta oficina me gusta más, es más modernita, funciona mejor, veo más compañerismo… Y yo en Madrid no pintaba nada, lo único que me unía allí era mi marido…

—¿Era?

—Digo era porque ya no estamos allí. Él sabía que, en cuanto tuviera plaza, yo me quería venir cerca de mi familia y, bueno…, aquí estamos…

—¿Así que te has traído a tu marido de Madrid? ¿Él no tenía trabajo allí?

—Sí trabaja, pero mucho de su trabajo lo hace desde casa, y luego de vez en cuando tiene que ir a Madrid, así no lleva tan mal el haberse ido; en cuanto tiene una oportunidad, se me escapa unos días, como por ejemplo este fin de semana…

—¿Te ha dejado sola?

—Sí, como sabía que tenía la cena de empresa, él también se ha ido, viene mañana por la tarde.

—Parece que echa mucho de menos Madrid…

—No lo está llevando tan bien como yo me pensaba…, pero bueno, vamos a hablar de otras cosas más alegres.

—De lo que tú quieras.

Me sorprendió que de buenas a primeras ella me contara todo eso y se sincerara conmigo; apenas habíamos hablado antes. No sé si se me estaba insinuando o qué me quería decir. Parece que su marido la había dejado sola y me había parecido leer entre líneas que su relación no iba todo lo bien que debiera.

Otra vez miré hacia abajo y me encontré con sus formidables tetas. Ella me pilló mirando su escote y yo sonreí.

—Has venido muy guapa esta noche…

—Gracias, tú también.

Comenzamos a hablar de otras cosas. Yo le conté que tenía tres hijos y según me dijo ella no tenía ninguno. Hablamos de la ciudad, de nuestras aficiones, de las series que veíamos, y de repente parecía que nos conocíamos de toda la vida. Raquel era una chica muy agradable y a la vez muy sensual; por unos instantes hasta se me llegó a olvidar que estábamos en la cena de empresa rodeados de compañeros.

Y me empecé a poner nervioso cuando sentí un roce casual de uno de sus pechos contra mi hombro. Noté que hacía presión e intenté adivinar cómo sería el tacto de sus formidables tetas, si las

tendría duras, blandas, suaves. Raquel se separó de mí y como el que no quiere la cosa me volvió a rozar con sus tetas en el brazo.

Aquello ya no fue casual. Raquel me estaba calentando a propósito y mi polla reaccionó inmediatamente bajo los pantalones.

3

Nos miramos fijamente a la vez que le dimos un trago a la copa, entonces fue ella la que volvió a sacar el tema de su marido.

—Me lo estoy pasando muy bien esta noche, la verdad es que había venido un poco cabreada…

—Anda, ¿y eso por qué?

—Por lo que te dije antes de mi marido, que se había ido a Madrid, aprovecha la más mínima ocasión para dejarme sola.

—Pues no sé qué decir, yo no dejaría sola a una mujer como tú…, perdona…, eeeeh…, lo que quería decir…

—No, no pidas perdón, no tienes por qué disculparte…

—No te quería incomodar…

—No lo has hecho, estás siendo muy respetuoso, me gusta mucho hablar contigo —dijo Raquel volviéndome a rozar con sus tetas en el brazo.

Me estaba poniendo a mil ese contacto entre nuestros cuerpos, hacía tiempo que había dejado de ser casual. Le di un trago a la copa y al bajar la mano fui yo el que disimuladamente rozó una de sus tetas con el dorso de la mano. Fue un gesto que intenté que fuera natural, una leve caricia que me atreví a hacer debido a que llevaba unas copas encima y porque Raquel parecía que me lo estaba pidiendo…sin pedirlo.

Ella se sorprendió cuando lo hice, pero no dijo nada, su reacción fue volverme a pegar las tetas contra el brazo mientras me hablaba al oído. Ahí sí que ya me puse nervioso.

Empecé a ver la posibilidad real de terminar la noche teniendo algo con Raquel.

Y digo que me puse nervioso, porque después de llevar más de veinte años con mi mujer nunca le había sido infiel. Tampoco lo había buscado y ahora tampoco es que lo hiciera, pero aquella chica me gustaba y el tonteo descarado que estaba teniendo conmigo me estaba excitando demasiado. Ya hacía casi media hora que lucía una buena erección bajo los pantalones. La sangre se me estaba acumulando ahí abajo. Cada vez me costaba más pensar con claridad.

De repente aparecieron mis dos amigos del trabajo y me dieron una palmada en la espalda.

—¡Esos tortolitos! —dijeron en broma—. Nos vamos a otro bar, os lo decimos por si queréis venir…
—Eh, sí, claro, claro —contestó Raquel.

Otra vez nos juntamos con el resto del grupo, pero antes de hacerlo Raquel me dijo:

—En el siguiente me dejas a mí que te invite a una copa, eh…
—Vale, eso está hecho.

Esto lo escucharon mis amigos, que hasta el siguiente bar fueron bromeando, diciéndome que había ligado con la tetuda y que la tenía a punto de caramelo, chorradas de esas. En cuanto entramos a otro bar, fue Raquel la que me vino a buscar enseguida.

—Te pido la copa y seguimos hablando, eh —me dijo.
—Perfecto, lo estoy pasando fenomenal esta noche…
—Ahora vuelvo.

Cuando se fue a la barra me quedé hablando con mis compañeros. A decir verdad no les prestaba atención a las tonterías que decían, solo tenía ojos para Raquel, que ahora conversaba con otra chica de la oficina. De repente se quedó sola en la barra y me disculpé con los compis para ir con ella, pero, mientras me acercaba,

se me adelantó Paco, metiéndose en el hueco libre que había en la barra al lado de Raquel, y se puso a hablar con ella.

Me quedé sorprendido y no quise acercarme hasta ellos. Solo esperaba que Raquel se deshiciera rápido de él, pero Paco era muy pesado e insistente con las mujeres; además, siempre tenía tema de conversación y Raquel tampoco era de las que se quedaban calladas, así que empezaron una charla que desde mi posición veía que estaba muy animada.

Permanecí paciente al otro lado de la barra, a unos metros de ellos, para que Raquel pudiera verme. Entonces ella se fijó en mí y, cuando cruzamos la mirada, me hizo un pequeño gesto levantando las cejas, como diciendo: «a ver si me puedo quitar de encima a este pesado».

4

En lo que Raquel pedía las copas me fui al baño. Solo tenía que darle un poco de tiempo, seguía nervioso y excitado ante la posibilidad de tener un encuentro sexual con mi nueva compañera de trabajo. Salí del baño y me volví a poner en la misma posición de antes en la barra para que Raquel pudiera verme, pero ella seguía hablando con Paco.

Me sorprendió que todavía no me hubiera pedido la copa a mí, y no solo eso, se estaba tomando una copa y Paco a su lado otra. Volvió a mirarme, pero esta vez no me dijo nada, no me hizo ningún gesto. Nada. Y seguí esperando solo, en la barra, esperando que ella viniera conmigo, pero seguía hablando con el puto pesado de Paco. Y cada vez parecía que se lo estaban pasando mejor.

Se acercaron mis dos amigos de la oficina hasta mí.

—¿Qué haces aquí solo, Jorge?
—Eeeeeh nada, me estaba pidiendo una copa…
—Joder, llevábamos un tiempo buscándote, ya pensábamos que te habías ido a casa con la tetona y no habías dicho nada…
—No, no, estoy aquí…

Uno de ellos se dio cuenta de que Raquel estaba en la barra charlando cada vez más animadamente con Paco.

—Vaya, ¡ya está el pesado de Paquito!, y parece que ella se lo está pasando muy bien.
—Venga, anda, vamos para otro sitio.
—¡Ya te ha levantado el ligue de esta noche! —dijo de bromas el otro compañero, pero a mí me sentó como una patada en los

huevos.

No entendía qué es lo que había pasado, nos lo estábamos pasando fenomenal Raquel y yo. Ella me había dicho que quería seguir conmigo y que se iba a acercar a la barra a pedirme una copa, y de repente se había puesto a hablar con Paco y había pasado por completo de mí.

La noche no podía terminar así. Me tomé una copa con mis colegas y ahogué mi derrota en el alcohol. Estaba asqueado, la copa me supo a garrafón, la música no me gustaba y estaba muy borracho. Y cada vez que miraba hacia la barra y veía a Raquel tonteando con Paco, era como una puñalada en el estómago.

Ella hacía tiempo que ya ni me buscaba con la mirada, pero todavía tenía la esperanza de que la noche pudiera terminar bien para mí. «Solo lleva una hora hablando con Paco», me dije cuando miré el reloj. Entonces volví a girarme hacia la barra y me quedé a cuadros cuando me di cuenta de que ahora Raquel al que le rozaba el brazo con sus enormes tetazas era al indeseable de Paquito.

Y él sonreía triunfal, la nueva le estaba zorreando descaradamente como un rato antes me había hecho a mí. Sin embargo, Paco no era como yo, él no iba a dejar escapar a Raquel, y cuando se acercó a su oído a decirle algo pude ver como con todo el disimulo bajaba una mano y le acariciaba el culo.

Nadie más pareció darse cuenta en todo el bar. Solo yo. Era la consumación de mi derrota. Paquito me había levantado a Raquel en mis narices.

5

Apuré la copa y les dije a mis compañeros que me iba para casa. No podía seguir un minuto más en ese bar soportando aquella humillación.

Salí a la calle con las manos en los bolsillos, hacía frío y llevaba una borrachera considerable. A pesar de todo, no quería irme a casa en ese estado, con esa sensación dentro de mi cuerpo. Me lo había estado pasando muy bien y no podía terminar la noche así. Mientras caminaba hacia la parada de taxi, vi un bar que parecía que estaba muy animado.

Me daba igual que estuviera borracho y solo, no sé por qué lo hice, pero entré a tomarme otra copa. El bar estaba hasta arriba de gente, se notaba que había varias cenas de empresa y cuando me dirigí a la barra me pareció ver entre la multitud a…

Sí, joder, parecía ella. No me lo podía creer. Era Eva, la mujer de uno de mis mejores amigos.

Estuve un rato fijándome para asegurarme de que era ella y cuando estuve seguro me acerqué por detrás. Le di un toque en el hombro y Eva se giró. Menuda alegría se llevó cuando me vio allí.

—¡Pero, Jorge, ¿qué haces tú aquí?!
—Pues lo mismo que tú, me parece a mí.
—Yo estoy de cena de empresa.
—Pues como yo.

Conocía a Eva desde hacía muchísimos años, más de veinte, desde la época universitaria, en la que ya salíamos en el mismo

grupo de amigos. Con el paso de los años, el grupo se fue quedando más reducido hasta terminar en cinco parejas, que solíamos quedar a menudo. Habíamos salido muchas veces de fiesta, habíamos hecho viajes juntos, fines de semana en casas rurales, cenábamos en su casa y ellos en la nuestra, escapadas a la playa y ahora quedábamos cada pareja con sus hijos. Eva y su marido Luis tenían dos niños y congeniaban muy bien con nuestros peques, por lo que seguíamos quedando muy a menudo.

Lo que sí que es verdad es que nunca me la había encontrado de fiesta así sola. Era distinto cuando éramos jóvenes y salíamos juntos cada uno con su pareja. Eva era la mujer de uno de mis mejores amigos, Luis, al que también conocía de la época universitaria; a sus 43 años estaba estupenda, parecía que tenía un pacto con el diablo y cada año que pasaba estaba más guapa.

Sobre 1,55 de altura, pelo moreno y muy liso, cuerpo pequeñito, pero bien puesto, unas tetas normales y un culo redondito que parecía que mejoraba con los años. No es que fuera un bellezón de estos que te giras por la calle cuando pasan, pero era muy atractiva, y a mí, como la conocía desde hacía muchos años, me daba mucho morbo. Ella, además, se cuidaba mucho; de joven iba al gimnasio y recuerdo cuando íbamos a la playa que lucía un vientre superplano. Ahora, después de tener dos hijos, seguía igual de delgada y casi con el mismo cuerpo de cuando era joven.

—Pero, bueno, ¿dónde has dejado a Luis y los niños?

—Esta noche que se ocupe él de los niños, necesitaba un día para salir de fiesta.

—Sí, lo mismo me pasa a mí.

—Ya sabes que Luis siempre está con el trabajo, cuando viaja está dos o tres días fuera de casa y ya le he dicho que hoy se tenía que hacer cargo de los peques.

Como me decía Eva, es verdad que mi amigo siempre había estado absorbido por el trabajo, le echaba muchísimas horas e incluso tenía que viajar varias veces al mes al extranjero y dejar a

Eva sola con los peques algunos días. Además sus hijos eran muy movidos, dos pequeños diablos de siete y cinco años que cada vez que salíamos por ahí preparaban alguna trastada.

Siempre me había preguntado cómo sería en la intimidad la pareja; Eva me parecía una mujer llena de vitalidad y muy sensual, todo lo contrario que Luis, que parecía constantemente agotado por el ritmo de trabajo que llevaba.

Me fijé además en que Eva se había vestido de manera sensual; llevaba unos *leggings* de cuero rojos tan ajustados que le hacían un culo perfecto, arriba una camiseta negra fina de media manga bastante ceñida y unos botines bajos con un buen tacón, con los que ganaba un poco de altura. No era mucho su estilo, pues ella solía vestir más tradicional, tirando un poco a pija. Yo, al menos, nunca la había visto así.

—¡Estás muy guapa con esos pantalones de cuero, te quedan espectaculares!

—Muchas gracias, tú también has venido muy guapo, Jorge…

—Tú sí que estás guapa, parece que tienes un pacto con el diablo, cada año que pasa estás más joven y atractiva —dije tirándole los trastos directamente.

Eva se rio y no me dijo nada, no quería entrar en ese juego.

—¿Y dónde están tus compañeros? —me preguntó.

—Allí, se han quedado al otro lado del bar —mentí, pues estaba más solo que la una.

Tampoco era plan de decirle a Eva que había entrado solo a tomarme una copa; además, se notaba que yo llevaba una buena borrachera, estaba muy torpe y hablaba sin que se me entendiera casi nada de lo que decía.

—¡Déjame que te invite a una copa y mañana se lo cuentas a Luis!

—Venga, de acuerdo…

—Ya le vale, tanto trabajo, si estuvieras conmigo, mandaría a la mierda el trabajo, no se da cuenta de la pedazo de mujer que tiene.

—Ja, ja, ja, ja, ja, eso le digo yo…, además, cada vez estáis más cascados, no nos seguís el ritmo. Esta semana voy a llamar a Judith y vamos a preparar un fin de semana solo de chicas, y por supuesto vosotros os quedáis con los niños…

—¡Qué mala eres! Oye, lo de estar cascados no lo dirás por mí, que estoy estupendo.

—Sí, ya, nada nada, nos vamos a tener que buscar a unos más jóvenes, de 20 años.

Justo cuando decía eso pasaron dos chicos jovencitos, uno de ellos moreno, con el típico corte de pelo rapado por los laterales y por arriba más largo con flequillo. Era muy atractivo, alto, sobre 1,85. A Eva se le fueron los ojos detrás de ese chico.

—Por ejemplo como ese, ¿no? —dije yo.

—Sí, más o menos.

—Pues tómate una copa con él, ahí lo tienes…

—Anda, sí, se va a fijar en una tía como yo…

—¿Y por qué no?, ¡joder, Eva, estás buenísima, uffff, con esos pantalones! —dije acercándome a ella y pasando una mano por su cintura.

—Estás tú muy lanzado hoy…

—Sí, nos tendríamos que ir de fiesta tú y yo solos, acabar la noche a las tantas, te invitaría a desayunar…

—¿Qué dices? Yo dentro de poco me voy a retirar ya. Me lo he pasado muy bien, pero mañana a ver qué cuerpo tengo para aguantar a estos…

—Pero la copa esa te la tomas conmigo, eh…

—Eso sí… Venga, vete a pedir.

—¿Qué te ha dicho Luis de que salgas con estos pantaloncitos de cuero?

—Ja, ja, ja, ja, nada, qué me va a decir, si casi ni se ha fijado…

—¡Madre mía!, ¡no fastidies!…, si es que este hombre no tiene remedio… Es que te veo así vestida y mmmmm —dije mordiéndome

los labios.

—Anda, Jorge, vete a pedir esa copa, que me tengo que volver con las compis —me contestó Eva sin seguirme mucho el juego.

Tenía mucha confianza con Eva, aunque no tanta como para hacer lo que hice, y es que, entre que estaba envalentonado y desinhibido por el alcohol que llevaba encima y que llevaba unos minutos agarrado a su cintura, aparte del calentón acumulado durante la noche pensando en las tetas de Raquel, al final bajé la mano, la puse sobre su culo y sobé su prieto trasero por encima de los *leggings* de cuero durante un par de segundos.

Nos conocíamos desde hacía muchísimos años, pero era la primera vez que teníamos un acercamiento de ese tipo. No se lo tomó demasiado mal, era evidente que ella sabía que estaba borracho y no le quiso dar importancia. Rápidamente me apartó la mano y se desembarazó de mí.

—¡Oye!, ¿qué haces, Jorge?, anda, vete a pedir esa copa antes de que me arrepienta…

—Lo siento, Eva, no quería…

Con la cabeza agachada me acerqué a la barra para invitarla a la copa que le había prometido. Había intentado tontear con ella, aunque Eva no me había seguido el juego. Al menos, después de tantos años, había podido sobar su culo, que tantas veces había visto en vaqueros o en traje de baño. Todavía me faltaba una última bala que gastar con ella, estar juntos un rato más hablando mientras nos bebíamos esa copa.

En el estado en el que estaba, si Eva hubiera querido, yo no hubiera tenido ningún problema en follar con ella. Ya sé que es la mujer de uno de mis mejores amigos, pero estaba seguro de que esa noche lo hubiera hecho. Ya habría tiempo para los remordimientos al día siguiente, cuando se me pasara la borrachera.

Me apoyé en la barra, todo me daba vueltas. Entonces el morenazo que pasó antes por delante de nosotros se puso a mi

lado. Y se me cruzó una idea por la cabeza. No sabía cómo se lo iba a tomar Eva. Esperaba que como lo que era, una pequeña broma.

—Hola, perdona, ¿puedo pedirte una cosa?

—Sí, ¿qué pasa, tío? —me dijo el chico.

—Verás, me gustaría pedirte algo, te sonará un poco raro, pero… Mira, yo te pido una copa, te invito por supuesto, y además le tienes que llevar otra a una amiga que está aquí. Solo tienes que hablar con ella, nada más. Si ella no quiere, pues tampoco pierdes nada, luego te bebes la copa con tus colegas y ya está, ¿te parece bien?

—No te he entendido muy bien, tío, suena muy raro esto que me estás pidiendo…

—Es muy fácil. Tengo una amiga, que antes se ha fijado en ti cuando has pasado. Es una pequeña broma. Es una amiga mía. Yo pido dos copas, una para ti y otra para ella, y te acercas y se la llevas. Luego, si ella quiere, habláis un poco y ya está…, solo eso…

—¿Y quién es tu amiga?, si se puede saber.

—Es aquella morena de allí, la que va de negro y con el *legging* rojo…

—Vale, sin problemas. Entonces, tú pagas, no?

—Sí, dime qué bebes.

Pedí las dos copas y se las di al chico, que ni tan siquiera sabía cómo se llamaba. Con la confianza de saberse un guaperas a sus veintipocos años, se dirigió hacia donde estaba Eva, aunque antes se giró.

—¿Cómo se llama tu amiga?

—Eva.

6

Asintió con la cabeza y, ahora sí, decidido fue hasta donde estaba la mujer de mi amigo, que hablaba con una de sus compañeras de trabajo.

—Hola, ¿Eva? —me pareció que le preguntaba el chico.

Ella asintió extrañada, buscándome con la mirada. Enseguida me vio en la barra sonriendo y volvió a centrarse en el chico. No sé qué más le diría, pero se saludaron con dos besos, seguramente se había presentado. Eva me echó otra mirada, como diciendo «te voy a matar», aunque tampoco parecía que estuviera muy enfadada; de hecho se quedó hablando con el chico varios minutos. Desde la barra me encantaba verla charlar con él, me hacía gracia, porque su broma más recurrente siempre era la de que nos tenían que cambiar a los maridos por chicos de veinte, y ahora allí tenía uno delante de ella. Tengo que reconocer que el chico era muy atractivo. No era tan jovencito, pero debía tener unos 25 años, más o menos. Era bastante más alto que Eva, y me gustaba ese contraste entre un chico joven y grande y el pequeño cuerpo maduro de la mujer de mi amigo.

Estuvieron charlando unos quince minutos, incluso me pareció que Eva se ruborizó un par de veces, y el chico se despidió de ella en cuanto se terminó la copa. Luego se acercó a mí para dejar el vaso en la barra.

—Hecho, gracias por la copa. Por cierto, tu amiga es muy interesante…, lo he pasado muy bien.

—Gracias a ti…

Cuando el joven volvió con su grupo de amigos, Eva vino hasta mí.

—¡Te voy a matar! —me dijo de bromas.

—¿No querías hablar con uno de 20?, pues ahí lo tienes. Yo creo que está muy interesado en ti, por lo que me ha dicho.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí, ¿qué pasa?, ¿te gusta, o qué?

—¡Cómo no me va a gustar!, ¿tú lo has visto bien?, mmmmmm, comparado con vosotros, je, je, je.

—Pues adelante con él, yo no voy a decir nada…

—Te voy a dar yo a ti, anda, deja de decir tonterías. Bueno, Jorge, me voy a volver con las compis, pásalo muy bien y no bebas más, que vas bonito. Te va a matar Judith cuando llegues a casa…

—Ya le había advertido que iba llegar borracho, ja, ja, ja, recuerdos a Luis y los niños. Yo creo que me voy a ir, porque no veo a los de mi trabajo y se habrán ido a otro bar.

Eva se inclinó y me dio un beso en la mejilla antes de volver con sus amigas. Cuando salía por la puerta, me despedí de ella con la mano y ella me devolvió el saludo. Otra vez estaba en la calle, solo, borracho y hacía un frío que pelaba. Iba a acercarme hasta la parada de taxis más cercana, pero me entraron unas ganas locas de mear.

Al intentar entrar otra vez en el bar me detuvo el portero y me dijo que iban a cerrar en quince minutos y que ya no se podía pasar. Le respondí que acababa de salir y que tenía que ir al baño un segundo. Al final se apiadó de mí y me abrió la puerta para que entrara.

Veloz entré en el baño y descargué mientras todo me daba vueltas. Entonces al salir no sé por qué me fijé entre la multitud y vi al chico moreno cerca del grupo de mi amiga. Disimuladamente pasé entre la gente para acercarme más y lo que vi me dejó de piedra.

¡El jovencito estaba volviendo a hablar con la mujer de mi amigo!

7

Aquella escena de repente me dio mucho morbo y, escondido entre la multitud, me puse a observarlos. Me gustaba espiar a Eva sin que ella se diera cuenta y me excité muchísimo solo por verla hablar con aquel chico tan guapo.

La situación era muy extraña, todos bailaban y se movían a mi alrededor y yo solo tenía ojos para el tonteo que Eva se traía con aquel jovencito tan guapo. Intenté ponerme en un lateral para que ninguno de los dos me viera, tenía que buscar un sitio para poder espiarlos y recrearme con esa escena.

Las compañeras de Eva hablaban entre ellas mirando hacia la mujer de mi amigo, seguramente también sorprendidas ante la soltura que mostraba Eva. No le pegaba nada tontear así con un chico desconocido, siempre la había considerado una madraza y podría apostar sin ningún riesgo a que jamás le había sido infiel a Luis.

Pero seguía hablando con aquel chico, cada vez más cerca de él y con gesto inocente como los niños cuando cometen alguna travesura. La escena a mí me estaba poniendo a mil, a pesar de la borrachera que llevaba, hacía un rato que me había empalmado viendo a Eva charlar con ese chico que yo mismo le había presentado.

Unos minutos más tarde Eva volvió con su grupo de compañeras y yo me sentí muy decepcionado; tampoco es que me esperara ver cómo se enrollaba con el jovencito en el bar, pero viendo lo animada

que hablaba con él, incluso empecé a pensar que algo podía pasar entre ellos.

Y de repente se encendieron las luces del bar, señal de que iban a cerrar, eché un último vistazo para comprobar que Eva seguía alejada del chico y salí fuera. Crucé al otro lado y me escondí detrás de un coche, quería esperar a que saliera Eva para verla una última vez. Eso de espiarla me estaba dando un morbazo tremendo. Y ella no tardó en salir acompañada de sus compañeras de trabajo, pero no me di cuenta de que fuera la estaba esperando el jovencito.

Joder, qué bueno, tuve que esconderme para que no me vieran cuando comenzaron a hablar de nuevo fuera del bar. No podía escucharlos, pero el corazón se me puso a mil pulsaciones cuando Eva se despidió de sus compañeras de trabajo y se quedó en la puerta del bar hablando con el jovencito.

Unos diez minutos más tarde echaron a andar ellos solos. Lo primero que pensé es que él iría con Eva hasta una parada de taxi o algo así. Yo por si acaso los seguía a unos treinta metros de distancia. No sabía muy bien qué es lo que estaba haciendo, parecía surrealista, siguiendo a la mujer de mi amigo a las cinco de la mañana en una fría noche de invierno.

Cada vez se iban alejando más de la zona de fiesta y, como había menos gente, yo tenía que tener más cuidado de que no me pillaran. Ellos iban hablando, aunque es verdad que no se hacían ningún gesto de cariño, ni se tocaban, ni nada. No sabía hacia dónde se dirigían, lo único que había por esa zona era el hotel donde nosotros habíamos celebrado la cena de empresa.

Entonces vi como entraban en el *parking* del hotel. El chico debía tener el coche allí. Yo ya no sabía ni qué pensar, todo mi objetivo era seguirlos y ver lo que pasaba entre Eva y aquel jovencito tan atractivo. Yo anduve hacia mi coche y me metí dentro para que no me vieran, no estaba en condiciones de conducir, pero cuando vi como Eva se subía en el Golf blanco del chico ni me lo pensé.

Arranqué y en el estado en el que estaba salí detrás de ellos, fue toda una inconsciencia lo que estaba haciendo, podía haber tenido cualquier accidente o que me hubieran pillado en un control, que en esas noches eran frecuentes. Pero yo no pensaba bien, solo quería seguir a Eva y ver por qué se había subido en el coche de aquel chico.

Me supuse que el jovencito iba a acercar a Eva a su casa; si hubieran querido follar, se hubieran reservado una habitación en el mismo hotel, y no me imaginaba a la mujer de mi amigo follando en el coche. Ella tenía mucha más clase que todo eso. Eva era bastante pija para esas cosas.

Con el coche ya no me fue tan fácil seguirlos, por suerte no les perdí la pista y me sorprendí mucho cuando vi que se dirigían a una zona que era bastante conocida en la ciudad por ser un picadero para las parejitas.

Aquello no era posible, de repente se me quitó la borrachera de golpe. Y, cuando vi cómo se detenía el Golf blanco en un lugar apartado, yo aparqué también a unos cien metros para que no se dieran cuenta de que los seguía.

Ni me lo pensé, rápidamente me bajé del coche y me dirigí andando entre los árboles hacia donde estaba el coche de ellos. Las pasé putas para poder llegar en la oscuridad de la noche, no podía encender la linterna del móvil para que no me vieran, y en unos minutos llegué a unos diez metros del Golf.

8

Hacía mucho frío, pero yo estaba caliente como hacía tiempo que no lo estaba; no hacía más que preguntarme qué cojones hacía en ese picadero la mujer de mi amigo. Es que no le pegaba nada a Eva follar en el coche, como una vulgar puta de carretera.

Yo seguía escondido entre los árboles. Quería acercarme al coche, pero me daba vergüenza por si me pillaban. Solo pensaba en que Eva estaría posiblemente morreándose con el jovencito dentro y eso no hacía más que encenderme más y más.

Después de veinte minutos esperando me acerqué sigiloso, no podía seguir detrás de los árboles sin enterarme de qué estaba pasando en el interior de ese Golf. Caminé deprisa medio agachado hasta que llegué justo a la parte trasera del coche y apoyé la espalda. El corazón se me iba a salir del pecho.

El coche se movía rítmicamente, señal inequívoca de que estaban follando, pero lo mejor eran los gemidos; ahora estaba escuchando como Eva jadeaba a cada sacudida del jovencito y se oía perfectamente el ruido de los cuerpos al chocar, ese PLOP PLOP característico de cuando te embisten desde atrás.

Escucharlos follar era casi más morboso que ver lo que estaba pasando. Mi cerebro imaginaba lo que sucedía en el interior del coche. ¿Estaría Eva a cuatro patas dejándose follar por un chico que acababa de conocer? ¿Se habría quitado los pantalones? ¿Estaría completamente desnuda? ¿Se la estaría follando a pelo o con condón?

Eva cada vez gemía más fuerte, su voz era inconfundible para mí, y de repente soltó un…

—¡¡Joder, síií, más, más rápido!!

Y las embestidas del jovencito se aceleraron, la polla me palpitó bajo los pantalones y me abrí la cremallera para poder sacármela. Me pegué un par de sacudidas más, pero no quería correrme todavía.

Uno no escucha follar a la mujer de uno de sus mejores amigos todos los días.

Entre lo cachondo que estaba y el alcohol que llevaba encima, me armé de valor para levantar la cabeza. Sabía que había muchas posibilidades de que me pillaran, pero me dio absolutamente igual. Me incorporé un poco al pasar por un lateral y casi no se podía ver nada, los cristales estaban muy empañados, pero sí se observaban dos siluetas en la parte de atrás del coche. La postura no dejaba lugar a dudas.

El jovencito se estaba follando a Eva a cuatro patas.

¡Qué hijo de puta!, yo toda la vida fantaseando con ese culo y el guaperas en unos minutos la había convencido para follársela en su coche. Se la debía estar gozando con la mujer de mi amigo, esa MILF que casi le sacaba veinte años.

Tampoco estuve mucho tiempo mirando, me volví a agachar y me senté apoyando la espalda en la parte de atrás del coche, luego me pajeé despacio al ritmo al que follaban dentro. Esos gemidos me estaban volando la cabeza.

¿A quién no le gustaría escuchar gemir a la mujer de uno de sus mejores amigos?

De repente el jovencito le soltó un buen azote en el culo, ¡PLAS! Eva no protestó, solo aumentó el volumen de sus gemidos, la follada

ya era brutal: dura, rápida y salvaje. Yo también aumenté el ritmo de mis sacudidas. Otro azote rompió el sonido de la noche. ¡PLAS!

—¡¡Aaaaaaaah mássssss, mássssss!!, ¡¡fóllame, fóllame más fuerte!! —volvió a jadear Eva.

—¡¡No puedo, ahgggg!!, me voy a correr, me voy a correr —le advirtió el chico.

Y mi polla explotó a la vez que la suya. Luego fue Eva la que empezó a correrse. Llegamos al orgasmo casi los tres a la vez. Yo, de rodillas en el suelo, me acababa de hacer la mejor paja de mi vida. Y en cuanto me corrí, volví a esconderme deprisa detrás de los árboles.

Desde allí me quedé mirando al Golf blanco, que no se movía, posiblemente se estarían limpiando. Hacía mucho frío, pero yo seguía esperando a que se fuera el coche. Pasaban los minutos y nada, el coche seguía allí. Diez minutos, veinte, treinta. Nada.

Y yo seguía detrás del árbol. ¿Estarían follando otra vez? Seguramente sí, pero esta vez no me moví, seguía excitado por la situación, pero se me había pasado el supercalentón que llevaba al principio; así que esta vez no me atreví a acercarme al coche y me quedé a unos diez metros.

Solo con fantasear lo que estaría pasando dentro del coche comencé a pajearme de nuevo: ¿se la estaría chupando Eva al jovencito? ¿Estarían follando otra vez? No tenía ni puta idea, pero me hice otra paja hasta que me corrí escondido detrás de esos árboles.

Luego todavía tuve que esperar otro rato más, en total estuvieron allí aparcados casi una hora y media. ¡Una hora y media!, que se dice pronto. En cuanto el Golf desapareció de mi vista, salí andando hasta la carretera y me encontré dos condones llenos de semen tirados en el suelo, los toqué con el pie y me fui hasta mi coche.

Me monté y en el sitio más cercano que pude lo dejé aparcado, luego me fui andando hasta una parada de taxi y una hora más tarde llegué a casa borracho y con una tiritona tremenda, debido al frío. Tuve que meterme bajo la ducha de agua caliente unos cuantos minutos.

Cuando me acosté todo en mi cabeza era muy confuso. ¿De verdad acababa de pillar a Eva follando con otro? Seguía sin podérmelo creer.

9

El lunes llegué a la oficina. Todavía estaba muy jodido de la resaca del sábado por la noche. No tardé en cruzarme con Raquel por un pasillo y me saludó con un tímido «hola». Ni tan siquiera se paró a hablar conmigo, después de lo bien que lo habíamos estado pasando en la cena de empresa, ahora ni se dignaba a dedicarme unos minutos.

Y enseguida comprendí la razón de que Raquel estuviera así, avergonzada; en cuanto vi a Paquito por la oficina, lo entendí todo, iba estirado como un pavo real. ¡No podía ser!, ¿también se había follado a Raquel?

En cuanto me senté en mi silla, se acercó uno de mis compañeros.

—¿Pero dónde te metiste el sábado?, te perdiste lo mejor, ¡qué hijo de puta el Paquito!, parece ser que él y la nueva, la de las tetas, ya sabes —dijo juntando los dos dedos índices de sus manos.

Me tenía que haber dado igual, pero en el fondo me jodió que ese cabrón hubiera terminado follando con Raquel; eso es que ella había salido dispuesta a todo en la cena de empresa y yo ya había recorrido mucho camino para poder haber llegado a la meta con ella. En fin, ya no podía hacer nada.

Paco se había vuelto a salir con la suya.

Para más tortura, el fin de semana quedamos todos los colegas para comer en el terreno de uno de los amigos de nuestro grupo. Y por supuesto estaba Eva. Iba muy campera con unas zapatillas

blancas, un vaquero viejo y una sudadera. En nada se parecía a la mujer que me había encontrado de fiesta con sus *leggings* de cuero rojos y su chupa negra corta.

—¿Qué tal acabaste la noche? —le pregunté impaciente por escuchar su respuesta.

—Pues seguro que mejor que tú, que ibas bueno…

—Sí, menuda borrachera con la que llegó este —intervino mi mujer, regañándome como a un niño pequeño.

—Si es que no se te puede dejar salir solo —me dijo Luis dándome un golpecito en el hombro—. Eva también llegó tarde, pero es mucho más responsable que tú, llegó fenomenal…

Me quedé mirando a mi amigo sin decir nada, pobre cornudo. Eva estaba con sus hijos escuchando la conversación, pero ni se inmutaba la muy zorra. ¿Y qué le respondía yo a ese hombre? «Sí, muy responsable tu mujercita, pero acabó follada por la polla de un jovencito de 25 años».

En ese momento tuve la duda razonable sobre si Eva le habría sido infiel más veces a mi amigo Luis. No tenía pinta, era toda una madraza con sus dos hijos, pero es que disimulaba tan bien que para ser la primera vez que lo hacía no se la veía nada nerviosa. Estuve todo el día fijándome en ella, no podía parar de pensar en sus gemidos, en que había estado una hora y media follando con un chico en su coche.

Reconozco que de pensar esas cosas terminé la comida entre amigos con una buena erección bajo los pantalones.

Y esa fue mi cena de empresa en el 2019. Me hubiera gustado contar que terminé la noche mamando las preciosas tetas de Raquel, o que me follé a la mujer de mi colega, pero no fue así. Terminé borracho y pajeándome detrás de un coche mientras escuchaba a Eva follar con un chico casi veinte años más joven.

¿Vosotros hubierais hecho lo mismo que yo? ¿Os habría gustado escuchar los gemidos de la mujer de uno de vuestros mejores

amigos mientras le ponía los cuernos?

Seguro que sí.

Asignatura pendiente

1

—Joder, qué ganas tenía de que empezara ya el puto curso —me soltó José en la cafetería que había al lado del colegio.

—Y yo igual, tío...

—Mira, que luego que cuando llega el verano, me alegro, pero, uf, se me hacen largos estos tres meses.

—Faltan quince minutos para que salgan —dije apurando mi caña—. ¿Y entonces bien con la profe que les ha tocado en cuarto?

—Es nueva este año en el colegio, acaba de pillar la plaza, pero tenemos buenas referencias de ella, se llama Judith..., y entre tú y yo, sin que nos escuchen nuestras mujeres, cuando la he visto esta mañana, uffff, está bastante buena, ja, ja, ja...

—Ja, ja, ja...

—Sí, sí, ríete, es una morenita muy interesante, tendrá unos 40 años o así y está muy potente, eh...

—Bueno, pues entonces habrá que verla...

—¿Nos da tiempo a tomar otra? —me preguntó José apurando su caña y mirando el reloj.

—Yo creo que sí, pero tiene que ser una rapidita...

Después de la segunda cerveza, salimos disparados y nos pusimos en la cola de 4ºB para recoger a nuestros hijos. A las dos en punto salieron los chiquillos con la profesora a la cabeza y entonces la vi. Era ella. Joder, claro que era ella.

Judith.

No podía ser, habían pasado casi veinticinco años desde la última vez que nos vimos. Mentiría si dijera que era tal y como la recordaba, pero es que no tenían nada que ver. Por aquel entonces

era casi una niña a sus 18 años, ahora hasta parecía más alta, o le cundía más su 1.70, llevaba media melena, con unas gafas de pasta que le daban un aire intelectual, tenía más cadera, más pecho, más culo.

Era más mujer.

Con un pantalón de vestir azul marino ajustado, se le notaban unos muslos potentes y poderosos, coronados en un magnífico culo y arriba se había puesto una camiseta blanca muy normalita sin apenas escote, pero estaba claro que su pecho era más grande.

Ni tan siquiera se fijó en mí cuando levanté la mano, salió mi hijo disparado y nos dimos media vuelta, pero en el camino a casa fui pensando en ella. Los chicos iban jugando delante de nosotros y José me sacó de mis ensoñaciones.

—¿Qué te ha parecido la profe?, estaba buena, ¿eh?
—Sí, la verdad es que sí, está muy bien...
—¿Muy bien solo?, no me fastidies, Guille, este año no pienso perderme ninguna de las actividades para padres y por supuesto, voy ir a todas las tutorías, ja, ja, ja...
—¡Qué cabrón!

Cuando llegó mi mujer de trabajar, me preguntó por la profesora nueva y quizás en ese momento se lo tenía que haber contado, pero la verdad es que no me atreví. ¿Cómo le dices a tu mujer que la profesora de tu hijo fue tu primera novia en la universidad?

Hubiera sido una simple anécdota y lo más normal del mundo, pero sabiendo cómo es mi mujer, preferí omitir ese "pequeño" detalle. Mi historia con Judith se remontaba a muchos años atrás. Por aquel entonces, a principios de los 2000, estuvimos saliendo casi un año. Once meses para ser exactos. Conocí a Judith en la facultad de derecho, y es que si nuestra relación hubiera sido un asesinato, ya habría prescrito el delito.

¡Habían pasado más de 25 años!

No se puede decir que a ella le fuera muy bien ese primer año de carrera, no tenía vocación de abogada y lo que quería era trabajar con niños. Ser profesora. Justo antes del verano, sus padres se separaron y ella tomó la decisión de irse a vivir con su madre a Salamanca y comenzar la carrera de magisterio. Quedamos en que nos escribiríamos e iríamos a vernos a menudo, pero en esa época no era como hoy en día, no teníamos móviles para mensajearnos, nos comunicábamos de vez en cuando con el teléfono fijo y nuestras cartas se fueron espaciando en el tiempo hasta que dejamos de escribirnos.

Ni tan siquiera terminamos nuestra relación. Simplemente, se apagó sin más...

Dos chicos de 19 años, universitarios, que viven en ciudades distintas, era algo que no tenía ningún futuro. Una muerte anunciada. Y jamás volví a tener noticias de Judith hasta esa mañana a la salida del colegio.

Por la tarde, rebusqué en el trastero un viejo álbum de fotos que tenía guardado de la universidad y rescaté un par de ellas; en una estábamos en grupo, con todos los amigos y en la otra solo salíamos agarrados Judith y yo de la cintura. Era bien guapa, con su cariña aniñada, el pelo largo recogido en una coleta y esa sonrisa que siempre tenía en la boca.

José no iba nada desencaminado cuando la vio por la mañana, tan solo había fallado su edad en tres años. Judith era de mi quinta y ahora tenía 43. Me quedé sentado en el suelo del trastero ojeando todas las fotos y recordando esos meses, que sin duda alguna, fueron los más intensos, morbosos y sexuales de mi vida.

Y es que aunque hubiera querido, me habría sido imposible olvidarme de Judith. Perdimos juntos la virginidad, pero de una manera bastante peculiar. Fue una tarde a última hora, en los baños de la facultad de derecho y me acuerdo perfectamente de cómo se la metí de pie por detrás. Sí, por el culo.

Nuestro estreno fue por el puto culo.

Un polvo de apenas un minuto, en el que se la clavé sin condón y me corrí dentro. Así tal cual. Por aquel entonces llevábamos saliendo un par de meses y salvo enrollarnos y unas cuantas masturbaciones, todavía no había pasado nada más entre nosotros. Sin embargo, le cogimos el gustillo a lo de meternos a última hora en los baños de la facultad.

Después de estudiar en la biblioteca, cuando ya apenas quedaba gente por la facultad, nos colábamos en uno de los cuatro reservados que había en los baños de la planta alta del edificio y Judith me hacía unas pajas tremendas hasta que yo eyaculaba contra la puerta del baño, soltando unos lefazos tremendos a mis 18 años.

Judith tenía mucho miedo a un embarazo no deseado, así que yo no la presioné en absoluto para acostarnos por primera vez. A mí me valía con que nos comiéramos la boca, aunque a las tres semanas ella ya me estaba sacando la polla para meneármela. Una noche, tirados en el césped de un parque, yo también la penetré con los dedos y terminamos los dos manchados de sangre.

Puede decirse que la desvirgué con los dedos.

Judith era tremendamente sexual, lo mismo que yo, y como al principio no teníamos ni coche ni sitio donde hacerlo, los baños de la facultad se convirtieron en nuestro lugar especial. Algún fin de semana teníamos suerte y sus padres se iban al pueblo o al cine y podíamos disfrutar de su casa un rato para nosotros solos.

Pero eso pasaba muy pocas veces.

Un día alquilamos una película porno en un videoclub, e imitando lo que hacía la actriz, Judith me hizo mi primera mamada. Y la suya. Y entonces salió una escena de sexo anal y yo le sugerí si alguna vez quería probar eso y sorprendentemente, ella no me dijo que no, incluso vi en su cara que tenía curiosidad, pero ahí quedó la cosa.

Hasta que un par de semanas más tarde ocurrió. En una de las pausas de estudio, nos solíamos enrollar en un banco que había apartado en uno de los pasillos de la facultad, yo colaba las manos por debajo de su blusa y le acariciaba los pechos y cuando ya estábamos muy cachondos, subíamos a los baños de la planta alta y nos encerrábamos en el baño.

Pero aquella tarde había alguna charla en una de las aulas de arriba y esa planta tenía bastantes estudiantes. Nos bajamos a la intermedia y lo mismo y yo creo que esa tensión de no encontrar un lugar donde desfogarnos, todavía nos puso más cachondos. Con 18 años éramos unas hormonas con patas y al final, todavía descendimos más hasta la planta baja. Justo en los baños de al lado de la cafetería, que solían ser los más concurridos, pero casualmente, ese día estaban vacíos ya a última hora de la tarde.

Primero solía entrar yo, y comprobaba que no había nadie y luego ya pasábamos juntos a un reservado y cerrábamos la puerta con el cerrojo. Comenzamos a enrollarnos y enseguida tiré de sus pantalones y las braguitas hacia abajo, dejándolos hasta mitad de su muslo, lo justo hasta desnudar su culo.

Ella me sacó la polla del pantalón y comenzó a pajearme mientras yo también le metía un par de dedos en el coño. Ni tan siquiera dije nada, fue todo improvisado, yo le di media vuelta, la situé entre sus glúteos y rocé su ano con mi glande. Judith me miró jadeando, con la boca abierta, pensé que protestaría o me diría algo, pero estaba tan cachonda que ella mismo empujó hacia atrás.

Fue como darme su visto bueno.

En ese momento me puse bastante nervioso. Yo no lo había hecho nunca, jamás se la había metido a ninguna chica, era completamente virgen, y ahora Judith me ofrecía su culo para que la sodomizara. Lo único que se me ocurrió fue ensalivarme los dedos y clavarle uno en su recto, tratando de lubricar un poco la zona. Y parece que dio resultado, porque Judith se puso a gemir, moviendo sus caderas y lanzándolas contra mí.

Tampoco podía demorarme mucho, no estábamos en un sitio tranquilo para tomarnos nuestro tiempo y después de mojarme la polla con más saliva, la apoyé en su entrada trasera y empujé con fuerza. Yo no sabía que quizás debería haber lubricado más su ano, pero increíblemente mi polla fue desapareciendo poco a poco dentro de ella.

Llegó un momento en que de verdad no sabía si lo había conseguido o no. Y esto es verídico. Me había parecido demasiado fácil, porque para ella también era su primera vez. Y para comprobarlo, pasé una mano hacia delante, tanteé su coño y fui descendiendo, hasta que me di cuenta de que mi polla había desaparecido dentro de ella.

Ese primer polvo fue un desastre. No hice un mete saca como tal, tan solo me quedé dentro y los dos acompasamos las caderas delante y atrás, hasta que empujé un poco, ella puso una cara de gusto que se derretía y me corrí en apenas un minuto.

No creo ni que durara tanto, 45 segundos a lo sumo...

En cuanto terminamos, salimos del baño como si nada, recogimos los apuntes de la biblioteca y acompañé a Judith andando hasta su casa.

Y yo me quedé un rato allí, sentando en el trasero, con una cerveza en la mano que había sacado de la cámara, recordando esos primeros años de la universidad casi tres décadas después... todavía no podía creérmelo.

Judith, mi Judith, iba a ser la profesora del peque durante todo el año...

2

—Bueno, bueno, bueno, el modelito que nos traía esta mañana...

—¿Quién?

—Joder, la Judith esta —me soltó José apurando la caña.

—Ah, ¿sí?

—¡Hostia, menudas piernas tiene!, la tenías que haber visto, tío, te lo juro que llevo todo el día pensando en ella.

—No será para tanto.

—Ahora me lo dices...

Nos pusimos a la cola y puntuales fueron saliendo los niños con Judith a la cabeza. José tenía razón, desde luego que la profesora llamaba la atención y todos los padres que estábamos en el patio, giramos la cabeza hacia ella en cuanto la vimos desfilar delante de los peques. Llevaba una minifalda vaquera hasta medio muslo, con medias de dibujos y unos botines tobilleros.

Esos muslos no eran ninguna broma, trabajados en el gimnasio, duros, potentes, bien marcados y en la parte de arriba ya se cuidaba de que su *look* no fuera demasiado arriesgado y llevaba una chaqueta negra de botones bien abrochada hasta el último. Me quedé observándola bien y la verdad es que me costaba creer que aquella mujer hubiera sido mi novia.

Allí parecía tan educada, tan correcta, tan formal. Todo una señora. Y solo ella y yo sabíamos cómo realmente era en la intimidad. Habíamos hecho de todo durante el año escaso que estuvimos juntos.

Y es que ella aprendió todo conmigo. Y yo con ella.

Aquel año experimentamos todo lo que se puede hacer y más. Sexo anal, oral, juguetes, porno, literatura erótica, sexo en lugares públicos y hasta un poco de BDSM...

No teníamos límites.

Después de esa primera vez, en la que lo hicimos en los baños, estuvimos cuatro meses en los que solo follábamos por el culo. Yo no quería presionar a Judith con penetrarla por el coño, y es que practicando sexo anal disfrutábamos mucho los dos, ella se corría, y estábamos más que satisfechos, así que no teníamos ninguna prisa.

Hasta que un día en el que mis padres estaban trabajando y mi hermano mayor se fue a la universidad, nos saltamos las clases y estuvimos toda la mañana en mi casa. Después de follarme su culo, encontramos unos condones de mi hermano en el cajón, el muy cabrito los tenía caducados desde hacía casi un año y solo por curiosidad, me puse uno con ayuda de Judith y terminé penetrándola en un misionero, aunque no terminé dentro. De hecho ni me la follé, solo le solté unas cuantas embestidas y quedamos en comprar unos condones para hacerlo en condiciones, cosa que sucedió una semana más tarde otra vez en mi habitación.

Y a partir de ahí, una vez que habíamos probado todo, ya solo nos quedaba pasarlo bien. Aunque teníamos un pequeño problema. O un gran problema, según se mire.

No teníamos un sitio donde hacerlo.

Nos apañábamos bastante bien y eso no fue impedimento para que comenzáramos a follar casi a diario; nos valía cualquier lugar y cualquier ocasión que tuviéramos, el portal de su casa, un parque, el cine, los baños de la facultad o de alguna discoteca, en casa de un amigo si montaba una fiesta... y más adelante mis padres me compraron un coche de segunda mano, que se convirtió en nuestro picadero particular, aunque esto solo lo disfrutamos un par de meses, porque cuando llegó el verano, Judith ya se fue a vivir a otra ciudad.

La saludé con la mano antes de darme media vuelta y ella me correspondió, pero no se fijó en mí, pues estaba a casi diez metros de distancia y no me reconoció. Cada mañana mi mujer llevaba al peque al cole y yo lo iba a recoger si me daba tiempo a salir del trabajo. Antes me gustaba pasarme por el bar para tomarme una caña rápida y José me solía poner en antecedentes sobre el vestuario de la profesora.

Que si hoy se ha puesto unos vaqueros ajustados, unos pantalones blancos, o una minifalda de cuero..., daba igual, con cualquier cosa Judith estaba espectacular y ya el viernes, al recoger al peque, decidí ponerme el primero en la fila. Mi hijo salió corriendo y ella levantó la mirada hacia mí. Apenas me tenía a tres metros y esta vez sí.

Me reconoció al instante.

Se quedó un par de segundos parada, con la mirada fija, como si hubiera sufrido un cortocircuito y yo le solté un "*hasta luego*" que ella contestó, antes de darme media vuelta con una sonrisa en la boca.

"Bueno, Judith, pues ya sabes que eres la tutora de mi hijo".

Estuve todo el fin de semana pensando en ella, planeado cómo acercarme a Judith y entablar una conversación. Cualquier excusa era buena. Había pasado tanto tiempo que desde luego que no era nada fácil para ninguno de los dos y al final decidí dejarlo correr, si ella no me decía nada, yo tampoco iba a hacerlo.

Pero la oportunidad se me presentó unos pocos días después, con una actividad en clase a la que podíamos asistir los padres para ayudar a nuestros hijos y como mi mujer no podía, porque tenía que trabajar, yo me pillé unas horas y me presenté en el aula a la hora indicada.

Excepto José, que no trabajaba por una lesión en el hombro y yo, que era autónomo y mi propio jefe, el resto de los que asistieron

eran todo madres. Judith me vio entre los padres y con la voz algo temblorosa, aunque intentando disimular los nervios por mi presencia, nos fue indicando lo que teníamos que hacer, donde situarnos, cómo ayudar a los peques y José y yo nos sentamos juntos en la mesa en la que estaban nuestros hijos.

Y por fin llegó el momento deseado cuando Judith se acercó a nuestra mesa. Tuvo que aguantar las bobadas que le soltó José, que intentó hacerse el gracioso aunque quedó como un idiota redomado y luego yo me incorporé y me quedé de pie junto a ella.

Nos miramos a los ojos y durante un fugaz instante fue como si el tiempo no hubiera pasado. Nuestra piel tenía más arrugas y habíamos envejecido unos años, pero los ojos no engañaban. Y los suyos seguían vivos, brillantes y llenos de vida. Tal y como los recordaba.

Le dije alguna tontería sobre los peques y la actividad, y ella afirmó, esbozando una sonrisa con los brazos cruzados en su pecho. Tímida. Desde luego que la situación era muy extraña para los dos, y Judith enseguida nos abandonó, centrándose en otras mesas. El resto de la hora que duraba la actividad, me evitó todo lo posible hasta que todos los padres salimos del aula.

Pasaron dos meses más, en los que nos vimos cada día en la cola para recoger al niño, pero seguimos sin decirnos nada, como si fuéramos dos desconocidos, y una semana antes de que terminara el primer trimestre, mi mujer me dijo que le había mandado un correo la profesora, igual que al resto de padres, para tener una tutoría individual con alguno de nosotros.

—El martes a las dos tienes tutoría con Judith en el aula, el niño se quedará en continuadores hasta que le pases a recoger...
—Vale, perfecto.

Ahora sí, por primera vez íbamos a estar los dos solos. Reconozco que estuve un poco nervioso durante la semana hasta que por fin

llegó la cita, y es que uno no se reencuentra con su primer amor todos los días...

3

Mi mujer le contestó a su email, diciéndole que asistiría el padre del niño, así que Judith ya sabía que el que iba a ir a la tutoría era yo.

Aquella mañana me pasé por el bar media hora antes de la salida de clase y allí estaba José, tomándose su cañita diaria.

—Ey, ¿qué tomas, tío?

—No, no, hoy nada, que tengo tutoría con Judith y no quiero ir oliendo a cerveza... —le contesté.

—Ufff, qué suerte, no veas qué modelito nos llevaba hoy la profe, madre mía... esta es de las que les gusta enseñar, pero sin enseñar, ya me entiendes...

—Pues no.

—Joder, lleva una minifalda vaquera, que más te vale que no se siente frente a ti, o te va a ser inevitable mirar hacia abajo, es corta corta, cortísima y unas medias con corazoncitos, ¡tremenda!, me encanta su estilo, ya me gustaría que mi profesora hubiera estado tan buena cuando tenía la edad de estos, te aseguro que hubiera prestado mucha más atención en clase, ja, ja, ja...

—Ja, ja, ja...

—Me jode que arriba va siempre muy tapada, pero tiene pinta de tener unas buenas tetas también.

—Ja, ja, ja, ¡estás enfermo!, que es la profesora de tu hijo...

—Ya, ya, ¿tú no te la follarías?

—Pues no.

—Pues yo sí, vamos, sin dudarlo ni un segundo...

Acompañé a José hasta la fila y cuando salieron todos los peques, me acerqué a Judith antes de que se diera media vuelta.

—Hola, soy el padre de Jaime...

—Sí, sí, claro, Guillermo, tu mujer me comentó que venías tú, tenemos ahora la tutoría, acompáñame, por favor.

Creo que no me había llamado Guillermo en la vida. Para ella y todos mis amigos siempre fui Guille. Y mientras caminaba detrás de ella, me acordé de las palabras de José. Esta vez tenía razón. Ni había exagerado ni un poquito. La minifalda vaquera de Judith era bastante corta, llevaba unas medias de corazones muy sexys y unas botas por debajo de las rodillas y como bien dijo mi amigo, completaba su *look* con un precioso jersey fino de color rosa, bajo el que se adivinaban unas tetas muy bien puestas.

Quería ir provocativa, pero a la vez formal, y es que si se hubiera puesto una camiseta de tirantes con escote, hubiera sido demasiado llamativo, sin embargo, con ese jersey le daba otra apariencia a su vestuario.

Pasamos el aula de nuestro hijo y me pidió que tomara asiento donde quisiera. Sacó una hoja donde tenía varias anotaciones y se sentó frente a mí, cruzando las piernas. Tragué saliva al ver cómo asomaba todo su muslo y aquello sí me pareció muy descarado. La tenía a apenas un metro de distancia y estaba claro que Judith quería provocarme.

—Nada, termino rápido, estoy llamado a todos los padres para iros informando de cómo ha ido el primer trimestre antes de las vacaciones de navidad. Aquí he apuntado unas cosas de Jaime, la verdad es que muy bien con él, al principio era muy tímido en clase, pero se ha ido soltando, le encanta participar en todo lo que hacemos, es muy buen estudiante, trae todos los deberes hechos, tiene su grupo de amiguitos...

Intenté estar concentrado en lo que me decía, pero os juro que me fue imposible. Y mientras hablaba, aproveché que ella de vez en cuando leía su hoja de notas, para mirar sus piernas y deleitarme con ellas. Estaba tremendamente buena y después comencé a recordar cuando salíamos juntos.

Su voz me transportó a tiempos pasados, y yo dejé volar mi imaginación, pude sentirlo como si hubiera sido ayer, todos los recuerdos agolpándose en mi mente, esas pajas y las mamadas que me hacía en el cine, las enculadas que le pegaba en los baños de la planta alta, los polvos furtivos que echábamos de madrugada en el portal de su casa, en el descansillo entre el segundo y el tercero, los dedos disimulados que le hacía en el parque, como si la estuviera abrazando desde atrás, pero realmente estaba colando mi mano por debajo de su falda, y la de veces que follamos en mi coche, en el *parking* del cementerio.

Y mientras tanto, Judith seguía hablando y hablando.

—... en el recreo se lo pasa genial, casi siempre juega al fútbol, le encanta leer, y las notas pues muy bien, casi todo sobresalientes y algún notable, creo que en inglés... estoy muy contenta con él, es un niño súper bueno —y de repente levantó la mirada y sonrió—. No sé, si me quieres preguntar alguna cosa, o si ha dicho algo el niño en casa, o cómo le veis respecto al colegio...

—No, no, la verdad es que todo muy bien...

—Pues entonces eso es todo, ha sido muy rápido, el 22 os mandaremos las notas por el Stylus y ya nada más, feliz navidad y felices fiestas —dijo poniéndose de pie y estiró el brazo para despedirse de mí.

Y ahí ya no pude más y me quedé tranquilamente sentado en la silla, cruzando los dedos de las manos. Ella me miró sorprendida y me preguntó.

—¿Quieres decirme algo más?

—¿En serio, Judith?, ¿vas a seguir actuando como si no nos conociéramos?

Se le cambió la cara al momento y se puso la carpetilla sobre su pecho, intentando mantener la compostura. Y las distancias.

—Ha pasado mucho tiempo, eh, casi veinticinco años... —insistí yo—. ¡Qué pequeño es el mundo!, y mira que es verdad esa frase,

pensé que no volvería a verte nunca más y de repente... eres la profesora de mi hijo.

—Sí, tienes razón, ha pasado mucho tiempo, aunque preferiría seguir guardando las formas entre nosotros, como si no nos conociéramos, por lo que te pediría mucha discreción en este asunto...

—No te preocupes por eso, ni tan siquiera se lo he dicho a mi mujer, ella no tiene por qué saber que tú y yo fuimos novios...

—No te estoy pidiendo eso, tampoco.

—No se lo voy a decir a nadie, esto es algo entre nosotros... y bueno, ahora que hemos aclarado eso, cuéntame algo más de ti, dicen por ahí que estás casada y que tienes una hija...

—Sí, tengo una niña de la edad de Jaime, pero va a otro colegio, mi marido es arquitecto y ha abierto aquí un estudio, como yo he pillado aquí plaza, hemos decidido comprarnos un piso y quedarnos a vivir, nos gusta mucho la ciudad...

—Qué bien, bueno, yo soy abogado, me puse por mi cuenta y no me va mal, no puedo quejarme...

—Ah, genial, tú sí terminaste la carrera de derecho... ha pasado tanto tiempo...

—Sí, mucho, pero te reconocí el primer día, en cuanto te vi a lo lejos ya supe que eras tú... ¡estás muy guapa!, siempre fuiste muy guapa...

—Bueno, Guille, Guillermo, perdón —y se ruborizó, pasándose el pelo por detrás de la oreja—, me ha gustado verte y hablar contigo...

—¿Podría invitarte un día a tomar un café?, así hablamos y recordamos los viejos tiempos...

—No, no puedo hacer eso.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo, sabes que no estaría bien que me vieran con un padre en una cafetería fuera del horario escolar, imagínate todo lo que dirían...

—Sí, tienes razón... es que no sé, siento que quedaron tantas cosas pendientes entre nosotros y me gustaría hablarte de todos los del grupo...

—¿Sigues teniendo contacto con ellos?

—Con la mayoría sí, de hecho forman parte de mi grupo de mi amigos habitual, algunos están casados, tranquila, tampoco les he dicho nada de que tú seas la profesora de Jaime...

—Muchas gracias, lo prefiero así...

—Como te decía, siento que fue un final raro, ¿verdad?, realmente nunca llegamos a romper.

—Éramos muy jóvenes y al final la distancia, es difícil, tampoco había móviles como ahora...

—Sí, eso lo he pensado yo también, ¿te imaginas que hubiera pasado con las tecnologías de hoy en día?, quizás hubiera sido muy distinto.

—Eso ya no se puede saber...

—Bueno, pues nada entonces, nos vemos por el colegio —dije levantándome de la silla.

—Sí, claro...

—Feliz navidad y felices fiestas, Judith, me ha alegrado mucho verte —y le di dos besos en la mejilla, haciendo que ella se ruborizara.

—Igualmente, pasadlo muy bien en familia.

Salí un poco decepcionado del aula, pero, ¿qué me esperaba?, ¿que se me echara encima como si no hubiera pasado el tiempo y nos pusiéramos a follar como locos?

Judith había estado muy correcta y comedida y yo creo que también había actuado con normalidad, siendo muy amable con ella y aunque quizás lo del café fue precipitado, tampoco consideré que hubiera sido algo muy forzado o que pudiera violentar a Judith.

Entonces me acordé de las palabras de José, "*yo sí, me la follaría sin dudarlo ni un segundo*" e internamente reconocí que yo también me acostaría con ella. Llevaba casado casi quince años y jamás le había sido infiel a mi mujer.

Pero a Judith sí me la follaría. Ya lo creo que lo haría.

Mantener un *affair* con ella a espaldas de todos, me daría un morbo de la hostia, sabiendo que si esa relación prohibida se descubriera, sería un auténtico escándalo en el colegio. Y en todo el pueblo. Uf, ese peligro de que nos pudieran pillar, lo haría todo más intenso y excitante.

De todas formas, no me hice ninguna ilusión, Judith había sido bastante tajante conmigo y si solo nos veíamos en el colegio, era imposible que allí pudiera encenderse la más mínima chispa entre nosotros.

Sin embargo, y sin que me lo esperara, unos días más tarde, justo después de navidad, recibí un *whatsapp* de Judith.

Hola, Guillermo, soy Judith, perdona que te moleste, me dio tu teléfono, Mamen, una de las profesoras de inglés y me comentó que tú la habías ayudado con unos temas legales respecto a la herencia de una vivienda.
No conozco a ningún abogado en la ciudad y no sé si podrías recomendarme a alguno.
Muchas gracias

Esa era mi especialidad, el derecho civil, así que me ofrecí gustosamente a ayudarla yo mismo.

Sí, claro que podría recomendarte a algún colega, pero el derecho de sucesiones es mi terreno
Si quieres que te ayude yo me comentas y podemos ver tu caso si te parece bien

Ella aceptó y al día siguiente quedamos en mi despacho. Sin esperarlo, se me presentaba una nueva oportunidad de estar a solas con Judith...

4

Quizás me había emocionado más de la cuenta y me llevé una gran decepción cuando Judith se presentó en mi despacho junto a su marido. Me presentó a Raúl, un tipo alto y calvo que era el que tenía unos problemas legales con sus hermanos y sobrinos por una herencia que le habían dejado. Yo le estuve asesorando y les indiqué lo que tenían que hacer mientras estaba pendiente en todo momento de Judith.

Con el disgusto inicial al comprobar que no venía sola, apenas me había fijado en ella, pero llevaba una camiseta de tirantes blanca bien escotada bajo una fina chaquetilla negra de lana, y lucía unos bonitos pechos que antes no tenía.

No es que fueran especialmente grandes, pero no recordaba que Judith tuviera esas tetas tan bien puestas y después de mirárselas de reojo un par de veces, no me cabía la menor duda de que se había operado.

Y el resultado tengo que reconocer que era excelente.

Solo esperaba que ella no se hubiera dado cuenta de que le había mirado unas cuantas veces y tras casi cuarenta y cinco minutos, dimos por terminada la reunión. Su marido el arquitecto, un tipo serio, aunque amable, me estrechó la mano con fuerza y Judith me dio un par de besos.

—Muchas gracias por todo, Guille... —me soltó ella de manera informal y antes de salir de mi despacho, me dedicó una última mirada que no supe cómo interpretar.

Le eché un último vistazo a su culo, embutido en unos vaqueros que no podía llevar más ajustados y después me quedé toda la mañana pensando en Judith. Y sobre todo en esa última mirada. Estaba claro que algo también se tenía que haber removido en ella desde el día que me vio en el colegio.

Y es que nuestra historia había sido de todo, menos convencional. Era imposible que lo pudiera haber olvidado.

Desde que mis padres me compraron el coche, ya no tuvimos esa necesidad urgente de buscar un sitio en el que poder estar a solas, aunque nos seguía encantando esa sensación de la adrenalina desbordada al hacerlo en lugares públicos y que nos pudieran pillar. Y si no encontrábamos ninguno ahí teníamos el coche. Esas folladas que nos pegábamos en los descampados eran salvajes, excitantes. Adictivas. Nos corríamos y ya teníamos ganas de repetir otra vez, hasta que terminábamos exhaustos, sudorosos, vacíos.

Y al día siguiente, si teníamos oportunidad, volvíamos a repetir.

Habían pasado más de veinticinco años, pero yo era el mismo. Un poco más viejo y con más canas, pero estaba igual de salido que en aquella época, incluso más y Judith tenía algo en su mirada que me indicaba que tampoco había cambiado.

Seguía desbordando una sexualidad demasiado intensa que no pasaba desapercibida, aunque ella intentaba ocultarla bajo esa capa de formalidad que se le suponía como profesora de unos niños de diez años. Pero no podía haber cambiado tanto en estos años, y es que me costaba reconocer a "mi" Judith, al lado de ese tipo calvo y tan serio. Ella era todo lo contrario, por lo menos cuando estuvo conmigo; yo la recordaba alegre, vital, extrovertida, morbosa, decidida, inquieta..., y en mi despacho, al lado de su marido, parecía que no había roto un plato en su vida.

Pero yo sabía cómo era ella en la intimidad. Cómo le gustaba chupármela, cómo le encantaba ofrecerse a cuatro patas y que se la

metiera bien por el culo, y no me dejaba sacarla hasta que me corría dentro. Se volvía loca en cuanto tenía mi polla entre sus dedos.

Eso era lo que más le gustaba. Una buena polla.

No me pude sacar de la cabeza, sus putas tetas en toda la mañana, ni tampoco su tremendo trasero bien marcado bajo los pantalones vaqueros. Ufff, me puso tan cachondo que al final tuve que desahogarme en el baño antes de regresar a casa.

Volvieron por mi despacho un par de veces, antes de resolver el asunto satisfactoriamente y al final su marido pudo comprar el piso al resto de las partes. Ya solo tenían que recoger una documentación y poco más y una tarde, ya a última hora, alguien tocó en la puerta de mi despacho.

La administrativa que tenía conmigo ya se había ido a casa, por lo que estaba yo solo, y cuando me levanté a abrir, me quedé de piedra al comprobar que allí estaba Judith.

Ella sola.

—Hola, Judith, vaya sorpresa...
—Perdona, es que pasaba por aquí y ya me he acercado a ver si me dabas eso que teníamos pendiente...
—Sí, claro, pasa, pasa —y se adentró en mi despacho con el pelo húmedo, un pantalón de chándal gris, camiseta blanca de tirantes, sudadera de capucha desabrochada y una bolsa de deportes.
—¿Te pillo bien?, es que como he venido sin avisar, tengo el gimnasio al lado y salgo ahora...
—No pasa nada, yo hasta las ocho y media o nueve, suelo estar trabajando...
—Ah, vale.
—Pues aquí está —dije sacando los papeles—. Con esto podéis ir al registro, a la notaría y bueno, al final ha salido todo bastante bien, ha sido muy rápido, cosa difícil en estos casos cuando cada parte quiere una cosa...

—Muchas gracias por todo, Guille, la verdad es que mi marido está encantado —y yo caí en la cuenta de que ella me había vuelto a llamar igual que cuando éramos novios.

—Para cualquier cosa, ya sabéis dónde podéis encontrarme.

—Sí, claro... oye, una cosa, ya me iba para casa, pero no sé, si te apetece y ya has terminado, por supuesto, lo mismo te gustaría tomar un café o bueno, ya a estas horas, una caña...

—Acabo de apagar ahora el ordenador —mentí de broma y me acerqué hasta mi escritorio, cerrando la sesión, lo que provocó la risa de Judith.

—Que si tienes trabajo pendiente, no quiero molestart...

—No hay nada tan urgente de lo que no me pueda ocupar mañana...

Apagué las luces, cerré el despacho y salimos juntos a la calle. Muy cerca había una cafetería a la que Judith y yo íbamos cuando éramos novios y casi instintivamente los dos fuimos caminando en esa dirección. Era como que lo estuviéramos buscando.

—¿Te acuerdas? —le pregunté deteniéndome frente a la puerta de la cafetería.

—Sí, claro, ha pasado mucho tiempo, pero sigue igual...

—Sí, ya ha tenido dos dueños distintos, aunque han mantenido la decoración y a mí me gusta mucho, yo vengo algún día a desayunar, no me pilla muy lejos del despacho...

—Ah, ¿sí?, pues si está bien, entramos aquí mismo...

Pedimos un par de cañas y nos subimos a la planta alta. Era un bar de dos alturas, la barra estaba abajo y arriba había muchas mesas y los baños. Esa cafetería también había sido uno de nuestros numerosos picaderos en la época universitaria y en aquellos baños habíamos follado unas cuantas veces. Cinco o seis como mínimo.

A esas horas no es que hubiera mucha gente, era un día de diario y allí podíamos estar tranquilos de miradas indiscretas.

—¡Jo, qué recuerdos!, aquí veníamos muchas veces todos con los juegos de mesa...

—Sí, echamos unas cuantas tardes. ¡Madre mía!, qué raro se me hace estar aquí contigo.

—Sí, sí, a mí igual.

—No les he dicho nada a estos de que te he visto y menos que eres la profesora de Jaime...

—Tampoco pasaría nada, ¿no? —me dijo Judith.

—Ya, pero bueno, lo hago más que nada por mi mujer, no creo que a ella le hiciera mucha gracia saber que tú y yo... ya me entiendes.

—Sí, es una situación rara.

—¿Tú se lo has dicho a tu marido?

—No, no —negó con la cabeza ruborizándose y miró hacia abajo, pasándose el pelo por detrás de la oreja.

—Seguro que esto no te había pasado nunca, lo de dar clase al hijo de un ex...

—No, ja, ja, ja y llevo más de quince como profesora, pero bueno, a decir verdad es imposible que me hubiera pasado con otro salvo contigo, más que nada porque Raúl es mi segundo novio... y hasta hoy.

—¿En serio?

—Sí, le conocí al año siguiente en una fiesta universitaria en Salamanca, casi a final de curso, tú y yo ya no estábamos —murmuró como si le diera vergüenza.

—Es normal, Judith...

—Estuve esperando unos meses a que me escribieras o me llamaras... te tocaba a ti escribirme y cuando intenté llamarte, me contestó otra persona...

—Sí, nos cambiaron el teléfono cuando nos mudamos, vaya, lo siento,... ¿así que me estuviste esperando?

—Sí, claro.

—Yo pensé que te habrías olvidado de mí rápido, con el ambiente universitario de Salamanca, las fiestas, ya me entiendes... yo la verdad es que...

—Tampoco tienes que darme explicaciones, seguro que ese año conociste a otras chicas, y poco a poco...

—Sí, claro ¿y tú?, ¿tuviste algún rollo?

—Mientras nos escribíamos no, luego sí tuve algo en el último trimestre, pero nada serio, ya sabes, lo típico, enrollarme con alguno y tal, pero nada más y ya a final de curso conocí a Raúl.

—Un arquitecto y una maestra.

—Sí.

—Así que lleváis mucho años...

—Sí, vamos a cumplir veinticinco dentro de poco...

—¡Ufff, qué pasada!

—¿Y tú conociste a tu mujer en la universidad?

—No, no, lo nuestro es algo más reciente, aunque también llevamos catorce o quince años juntos, la conocí por un tema de trabajo y luego fue todo muy rápido. Piso, boda y el niño, ¿tú tenías una...?

—Sí, una niña...

—Es verdad, que me lo dijiste.

—¿Y qué tal les va a estos?

—Ufff, a ver por dónde empiezo...

Y durante media hora estuvimos recordando viejas historias, hablando de nuestros antiguos amigos, cómo les iba en su trabajo, le conté si se habían casado, si tenían hijos. Casi sin darnos cuenta, la gente se fue marchando de la planta alta de la cafetería, hasta que se fue la última pareja y nos quedamos solos. Miramos la hora y ya eran las 21:10.

Habíamos echado casi una hora de parrafada sin darnos cuenta.

—Creo que cierran a y cuarto —le comenté.

—Sí, se nos ha hecho un poco tarde...

—Me ha gustado mucho hablar contigo, Judith —y la miré directamente a los ojos, haciendo que otra vez se ruborizara.

En ese momento subió el camarero y fue limpiando las mesas a toda velocidad para dejarlo todo recogido.

—Ya nos vamos —le advertí.

—No, tranquilo, lo único que cerramos en veinte minutillos... —me soltó el señor muy amable.

—Sí, claro.
—¿Os puedo recoger la mesa?
—Sí, por supuesto...

Y nos quedamos mirando cómo le pasaba la bayeta a todas las mesas y recogía los restos en un pequeño cubo metálico.

—Nos vamos ya, ¿no? —me dijo Judith y el camarero regresó abajo, por lo que nos quedamos solos otra vez.
—Sí, voy a ir un momento al baño...
—Eh, vale.

Fue como en los viejos tiempos. Una especie de *deja vu*. La puerta de acceso a los servicios era la misma, tenía un lavabo compartido para chicos y chicas, pero luego salía una puerta a la derecha y otra a la izquierda, con dos privados en cada lado. Cuando estábamos juntos, yo le decía que iba al baño, inspeccionaba el de los chicos para comprobar que estaban vacíos y luego la esperaba junto al lavabo.

Ni tan siquiera hice pis. Solo me quedé allí de pie, plantado. Esperando a que Judith entrara. No sé por qué, pero tuve el presentimiento de que lo iba a hacer. Como en los viejos tiempos. Y como un idiota, me lavé las manos dos veces, hasta que pasaron cinco minutos y ya consideré que era absurdo seguir allí.

Menuda película me había montado en mi cabeza. Salí del baño y Judith permanecía sentada en la misma silla que la había dejado.

—¿Nos vamos? —la pregunté sin tan siquiera volverme a sentar.
—Sí, claro...

La acompañé caminando hasta la calle perpendicular a su casa y nos despedimos con un apretón de manos muy cordial. Estaba claro que Judith no quería ningún malentendido y menos que nos pudiera ver algún vecino.

Lo había pasado muy bien con ella, pero me sentí un poco decepcionado con ese final tan abrupto. En las semanas posteriores,

nuestra relación siguió igual de cordial, nos saludábamos con la mano cuando salía el peque del cole y nada más.

Hasta que se me presentó una nueva oportunidad de poderme acercar a ella. La excusa: los disfraces de carnaval.

Se pidieron voluntarios entre los padres para confeccionar los disfraces y por supuesto, yo me ofrecí el primero...

5

Quedamos a primerísima hora de la tarde y lo que me temía, cuando se trata de arrimar el hombro apenas nos presentamos dos madres y yo para ayudar a Judith con los disfraces. Entramos en el aula de nuestros hijos y la profe ya tenía dispuesto todos los materiales necesarios.

—Bueno, hay que hacer 18, antifaces, cuatro un poquito más grandes de tamaño, el símbolo del dinero para poner en los saquitos, así que si os parece bien nos organizamos por parejas... —dijo Judith.

Las otras dos mujeres eran amigas, así que se pusieron juntas y a mí me tocó con ella. Nos fue explicando lo que teníamos que hacer y mientras hablaba yo me fijé en Judith. Se había puesto una minifalda de cuero negra muy erótica y una fina chaqueta de lana de color rojo, con la que se le marcaban bien los pechos.

Me encantaba cómo movía las manos al hablar, los gestos que hacía, y aunque ella no solía llevar, aquellas gafas de pasta le sentaban de maravilla. Nos dio unas indicaciones muy precisas y sin tiempo que perder, comenzamos.

Nos dispusimos en dos mesas grandes en perpendicular, nosotros pegados a una pared lateral y las otras dos madres, enseguida se pusieron a lo suyo. Yo era menos mañoso para esas tareas, pero Judith me fue ayudando todo lo que pudo y poco a poco fuimos confeccionando los disfraces. Me encantó compartir esas casi dos horas con ella, de vez en cuando nos mirábamos con complicidad y se nos escapaba alguna sonrisilla nerviosa.

Al estar arrinconados contra la pared, una de las veces que Judith quiso salir, pasó por delante de mí y sin que me lo esperara, me rozó el paquete con su culo.

Intenté no mirar hacia abajo, pero fue inevitable que no sintiera una punzada de morbo al ver esa minifalda de cuero negra pasar por delante de mi polla. Aspiré su olor y me envolvió un perfume que se debía haber echado antes de comenzar la actividad y luego vi su melena ondearse delante de mí.

—Perdona —murmuró con timidez y yo apoyé las manos en su cintura.

—No pasa nada...

No sé si aquello había sido casual o lo hizo para provocarme. Y es que con una mujer como Judith nada era casual. Y después se giró hacia mí, comprobando si estaba pendiente de ella y yo la seguí con la mirada hasta un pequeño armario, del que cogió unas pegatinas para poner los nombres de cada niño.

Enseguida regresó a su sitio y pasó de nuevo por delante. Y otra vez la misma sensación. Su pelo golpeando mi cara, su olor invadiendo mis fosas nasales y su culazo acariciando mi polla.

Pero esta vez no fue tan sutil e hizo un poquito más de presión, aunque sin ser descarada. Como si quisiera sentirme detrás. Deteniéndose justo allí. El tiempo se detuvo un segundo y yo apoyé de nuevo mi mano en su cintura mientras ella se disculpaba con timidez.

—Perdón...

Las otras dos mujeres estaban tan metidas en lo suyo, que apenas se percataron del tonteo que nos traíamos Judith y yo. Porque eso ya era un tonteo en toda regla. No había sido casualidad que la profesora pasara por delante de mí.

Dos veces.

Y después, mientras seguimos haciendo los disfraces, nos tocamos las manos sin querer en un par de ocasiones, me dedicó otra mirada nerviosa y por último una sonrisa cómplice. Me encantaba ese flirteo en presencia de las otras dos madres.

Eso le daba un morbo increíble a lo que estaba pasando entre nosotros.

No es que de repente sintiera nada por Judith, ni que me estuviera enamorando de ella ni ninguna chorrada de esas. Era simplemente deseo sexual. Una atracción irresistible. Solo podía pensar en cómo sería si estuviéramos solos y levantara su falda, colocándome detrás de ella.

¿Qué llevaría puesto bajo esa minifalda de cuero tan provocativa?

¿Un tanguita o unas braguitas de lencería? Me daba absolutamente igual, yo solo fantaseaba con tocar ese culo, con verlo desnudo después de veinticinco años. ¿Habría cambiado mucho? Seguro que sí, ahora parecía más grande, más voluminoso, pero igual de redondo y contundente.

Un culazo de los que tenías que azotar sí o sí mientras te lo follas a cuatro patas. ¿Le soltaría buenos azotes el arquitecto? ¿La habría sodomizado muchas veces igual que hice yo? Mientras estábamos los tres en mi despacho, él no tenía ni idea de que ese abogaducho de tres al cuarto que tenía delante, era el primero que había enculado a su mujer en los baños de la facultad de derecho.

Entonces Judith dio un paso lateral y se quedó todavía más pegada a mí. Casi hombro con hombro. Como se suele decir, invadiendo mi espacio. Ya no rehusaba el contacto conmigo, ni yo tampoco, y terminamos la actividad poniendo los nombres de todos los niños en las pegatinas que acababa de coger. Ella escribía con la izquierda y yo con la derecha, por lo que nos rozamos con el dorso de la mano inclinados sobre la mesa y otra vez nos miramos.

Judith parecía ruborizada, con los coloretes encendidos y yo os juro que terminé con la polla dura bajo los pantalones. Era increíble, lo mismo me estaba montando yo una historia absurda en mi cabeza, pero con una actividad tan simple como hacer los disfraces para los peques, me atrevería a decir que los dos estábamos fantaseando con lo que no debíamos.

Y yo me lancé y fui un poco más allá. Estiré mi pierna y puse un pie al lado del suyo, pero por dentro, situándolo por así decirlo entre sus dos pies. El exterior de mi pierna entró en contacto con la cara interna de uno de sus muslos y Judith terminó de escribir el nombre que le tocaba y se quedó parada.

Expectante.

Se lamió los labios con la lengua y luego abrió la boca, soltando una pequeña exhalación. Tenía mi paquete demasiado cerca de su culo y ella se pasó el pelo por detrás de la oreja y en ese momento estuve tentado de acariciar su trasero, pero quizás eso hubiera sido demasiado descarado y más teniendo a las otras dos madres a menos de tres metros de nosotros.

—Creo que ya está todo —dijo Judith como si le diera pena y yo retiré el pie a toda velocidad, separándome de ella con naturalidad para no levantar sospechas.

—Nosotras también lo tenemos... —exclamaron las mamás, colocando los disfraces estirados sobre la mesa.

—Jo, pues muchas gracias a los tres, menos mal que habéis venido, si me toca hacerlo a mí sola, no salgo de aquí ni a las diez de la noche...

—Ha sido un placer —intervine yo, que todavía seguía empalmado.

Hice un poco de tiempo para ver si se iban las mamás y me dejaban con Judith, no es que esperara que fuera a pasar nada entre nosotros, pero me apetecía ver su reacción al estar a solas, aunque nada, no hubo manera. No paraban de hablar y Judith y yo nos miramos un par de veces resignados hasta que una dijo.

—Bueno, pues nos vamos ya... —y tuve que salir con ellas del aula. Nos despedimos con un simple gesto con la mano, como si nos diera pena separarnos y de camino a casa no pude dejar de pensar en Judith.

Y por la noche tampoco.

Al día siguiente por la mañana, mientras estaba ocioso en mi despacho, solo hacía que recordar lo que ha había pasado con Judith la tarde anterior y no se me ocurrió otra cosa que mandarle un mensaje.

Hola, Judith, ayer estuvo genial lo de la actividad
Lo pasamos muy bien
Oye, por cierto, tengo una cosa para ti aquí en el despacho
Nada, es una tontería no corre prisa
Un saludo!

Como un tonto me pasé mirando el móvil todo el día, esperando su respuesta, pero esta no se produjo, lo que me causó un cierto malestar. ¿Le habría sentado mal mi mensaje?, ¿quizás me había tomado demasiadas confianzas con ella?

Cada vez que lo pensaba me daba una vergüenza tremenda haberle mandado el *whatsapp*, ojalá pudiera dar marcha atrás en el tiempo y borrarlo, pero ya no había solución. Decidí dar por terminada mi jornada de trabajo, apagué el ordenador y a punto de salir del despacho, más o menos sobre las ocho y media, alguien llamó a la puerta. En cuanto escuché esos nudillos golpeando la madera, tuve el palpito de que era ella.

Y efectivamente. Al abrir me encontré a Judith en el descansillo...

6

—Hola, Guille...

—Ah, hola, vaya sorpresa, ¿qué haces por aquí?

—¿Te pillo bien? —me preguntó otra vez vestida de sport, recién salida y duchada del gimnasio, con unas mallas Nike ajustadas, un top blanco marcando escote a lo bestia y una fina chaquetilla negra que llevaba abierta, para lucir bien sus preciosas tetas.

Tragué saliva al verla. Glup. ¡Joder qué buena estaba la cabrona!

—Sí, claro, pasa, pasa, me has pillado de casualidad, porque ya me iba...

—Como esta mañana me has mandado el mensaje, perdona que no te haya podido contestar, es que menuda día de locos he tenido, ya sabes, entre el colegio, salir corriendo a buscar a la peque, médico, el gimnasio...

—Sí, es normal, nos pasa a todos...

—¿Y de qué se trata eso que me has dicho?, yo pensé que ya nos habías dado toda la documentación...

—No, no tiene nada que ver con eso, es solo una tontería, pensé que te haría ilusión tenerlas —y abrí el cajón de mi escritorio, sacando un sobre—. Toma, son para ti...

Ella me miró extrañada, dejó la bolsa de deporte en el suelo y abrió el sobre, sacando una copia de las dos fotos que había rescatado de mi trastero.

—¡Anda, qué bueno!, ¡no me lo puedo creer!, ¡si estamos todos!, Sandra, Laura, Pedro, Jorge, Carlos, César, Raquel... —y continuó nombrando a todos, pasando el dedo por la foto—. Y aquí estás tú...

—Y tú a mi lado...

—¡Madre mía!, sí, uffff, vaya pintas llevaba, ¡qué horror!

—Es lo que se llevaba esa época, tampoco estamos tan mal.

—Ja, ja, ja, tú estás igual, pero yo... —dijo entusiasmada y miró la otra foto en la que estábamos los dos solos—. ¡Qué recuerdos! —exclamó con nostalgia, esbozando una tímida sonrisa, aunque en esta no se detuvo mucho tiempo.

Guardó las dos fotos en el sobre y me las devolvió.

—Muchas gracias, me ha gustado mucho verlas...

—No, son para ti, hice unas copias, no sé, pensé que te gustaría tenerlas.

—¿Ah, sí?, pues gracias, claro que me gustaría tenerlas, lo único... —se quedó titubeando—, que no las puede ver mi marido, se sorprendería si ahora descubre que ya nos conocíamos de jóvenes, ¿no?

—Sí, sería un poco raro si no le has comentado nada, aunque reconozco que yo estoy igual, tampoco se lo he dicho a mi mujer y ahora ya no tiene sentido después de que llevamos medio curso. ¡Vaya dos estamos hechos!

—Sí, sí..., pues nada, si ya te ibas, no te molesto más.

—Tú nunca molestas, Judith.

—Gracias, oye, no sé si te viene muy bien, pero después del día de locos que he tenido y para agradecerte lo de las fotos, ¿te apetecería tomar una rápida? —me preguntó mirando su reloj.

—Eh, sí, vale —contesté sorprendido—. ¿Vamos donde el otro día?

—Perfecto.

Fuimos caminando hasta la misma cafetería, nos pedimos un par de cañas en la barra de abajo y subimos a la planta alta. Apenas había un par de parejas y Judith volvió a sacar las fotos.

—¡Me ha hecho mucha ilusión!

—Ya, ya lo he visto.

—¡Uf, qué tranquilidad! —y soltó un resoplido, relajando el cuerpo en la silla después de dar un trago a su caña.

—¿Día intenso?

—Ni te imaginas...

—Entre los preparativos de los carnavales con los otros profesores y el AMPA, salgo del trabajo y corriendo a buscar a la niña al colegio, corriendo a llevarla al médico, luego a piano, tenía cita con el dermatólogo, otra vez corriendo a casa con el tiempo justo para coger la bolsa y al gym... me he sentado ahora desde que me he levantado a las seis...

—Sí, vaya día has tenido.

—Estoy deseando que llegue el finde para no hacer nada, bueno, nada, recoger y limpiar la casa, lavadoras, lo típico...

—Te has convertido en toda una madraza —dije cogiendo la foto—. ¿Quién te lo iba a decir aquí?

—Sí...

—¿Alguna vez has pensado que hubiera pasado si tu madre no se hubiera mudado?, ¿crees que seguiríamos juntos?

—Ja, ja, ja, ¡vaya pregunta!, no lo sé, posiblemente no.

—Anda, ¿y por qué no?, Sandra y Jorge y Laura y Carlos siguen juntos —afirmé señalando la foto.

—Sí, es verdad, ¿quién sabe?

—Hacíamos muy buena pareja, creo que no discutimos ni una vez...

—No teníamos tiempo para eso —me soltó subiendo las dos cejas y luego agachó la cabeza, ruborizándose por lo que acababa de decir.

—Eso también es cierto, sí, lo pasábamos bien...

—Estabas muy loco —sonrió y casi en un gesto instintivo negó con la cabeza y se mordió los labios—, se te ocurría cada cosa...

—Había que improvisar, no nos quedaba más remedio, te recuerdo que aquí también... —dije apuntando con el dedo hacia los baños.

—Ya, ya... —y se pasó el pelo por detrás de la oreja, dando otro trago a su cerveza.

Ese gesto lo seguía manteniendo de su época universitaria. Siempre lo hacía cuando se ruborizaba, y agachó la mirada, mientras sus mejillas se encendían. Casualmente las dos parejas que había en el bar se fueron casi a la vez, y de repente nos quedamos solos.

Se hizo un silencio incómodo entre los dos y Judith miró el reloj.

—Queda un ratito para que cierren... —la informé yo.
—Sí, bueno, casi mejor si ya nos vamos... —se excusó apurando la caña.
—Pues muchas gracias por la invitación.
—Te debía una y gracias de nuevo por esto...
—Escóndelas bien, eh —le advertí.
—Sí, sí...
—Será nuestro pequeño secreto...
—Voy a ir un momentito al baño —y en cuanto escuché esas palabras, mi corazón se disparó a mil pulsaciones, aunque rápidamente, Judith frenó mi euforia—. ¿Me cuidas la bolsa?
—Sí, claro...

Pensé que me había soltado una indirecta, pero simplemente es que necesitaba entrar en el servicio. Yo me quedé observando su culo embutido en esas mallas deportivas y la seguí los cinco metros que había hasta el baño y justo al llegar, ella se giró, sorprendiéndome con la vista fija en su trasero y me echó una mirada rápida antes de perderse tras la puerta.

¿Qué había sido eso?

Mi polla saltó como un resorte bajo los pantalones y me limpié las gotitas de sudor que perlaban mi frente. Yo nunca le había sido infiel a mi mujer y de repente allí tenía a mi exnovia, la profesora de mi hijo, que parecía que se me estaba insinuando. Pegué un resoplido, dejé la bolsa a buen recaudo escondida en la silla y me levanté decidido hacia el baño.

El corazón se me iba a salir del pecho. En mi fantasía, imaginaba que Judith me estaba esperando allí, pero al entrar no había nadie.

¡Menudo chasco!, dudé qué hacer y justo en ese momento, escuché la cadena. Unos segundos más tarde, Judith salió y me encontró junto al lavabo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó extrañada.
—Eh, nada —contesté tratando de disimular.

"Es que he venido a follarte", creo que sonaba demasiado fuerte. ¿No?

—¿Y la bolsa?
—La he dejado ahí en la silla, tranquila, que no hay nadie...
—Tengo las llaves de casa y la cartera... —y abrió ligeramente la puerta, comprobando que seguía sobre la silla.
—Espera, Judith —le pedí agarrando su brazo.
—¿Qué...?

Y sin titubear y con los nervios disparados, me lancé a su boca y le solté un pico rápido.

—¡¿Qué haces, Guille?! —me preguntó enfadada, poniéndome la mano en el pecho para poner distancia conmigo.
—Lo... lo siento, yo pensé que...
—¿Que pensaste el qué...?, que venía al baño para..., por favor, Guille.
—Lo siento, perdona, se me ha ido la cabeza...
—No pasa nada, creo que es mejor que nos vayamos —dijo abriendo la puerta y avanzó deprisa hasta su bolsa.
—Sí, claro.
—Muchas gracias por todo, lo he pasado muy bien —y casi sin despedirse, bajó a toda velocidad por las escaleras y me dejó allí plantado.

Me dejé caer derrotado en la silla y me puse las manos en la cara. ¡Joder, qué vergüenza! ¿Qué cojones acababa de hacer?

Y sobre todo, ¿qué me esperaba que hubiera hecho ella?

¿Que Judith me devolvería el beso y enrollarnos hasta terminar follando en los baños como dos adolescentes?

Con las prisas ni tan siquiera se había llevado el sobre con las dos fotos y yo regresé a mi despacho y lo dejé a buen recaudo en el mismo cajón del que habían salido. Regresé a casa hundido, echo polvo, me encontraba tan fastidiado que hasta mi mujer me preguntó si estaba bien.

—Ha sido un día muy duro en trabajo, no te preocupes, mañana estaré mejor —la mentí.

Pero al día siguiente todavía no me había recuperado y lo peor es que en apenas un par de días era la fiesta de carnaval del colegio y yo me ofrecí para colaborar con los profesores y el AMPA, así que de nuevo tenía que ver a Judith.

7

Se me hicieron muy largos esos dos días pensando en Judith, en la metedura de pata que había cometido, aunque sabía que ella no iba a decir nada a nadie. Tampoco podía. Le iba a ser muy difícil explicar qué hacía a las nueve de la noche de cañas con un padre del colegio y todavía se podía poner peor para ella, si salía a la luz que habíamos tenido una relación.

Así que en ese aspecto podía estar tranquilo.

Pero asistí al colegio atacado de los nervios, sin saber cómo se iba a comportar ella conmigo. Los niños de todas las clases, hacían un desfile por los alrededores y las calles del pueblo y al entrar en el aula de mi hijo, los peques ya tenían puesto su disfraz de ladrones. La verdad es que estaban muy graciosos, vestidos todos de negro, con el gorro que habíamos hecho, los antifaces y unas bolsas de tela con el símbolo del dólar.

Yo me había ofrecido para salir vestido de policía y Judith era la jefa de la banda de ladrones. Los niños gritaron al verme y Judith sonrió con su antifaz puesto en la cara y el pelo suelto.

—Pues ya estamos todos —dijo sonriéndome como si no hubiera pasado nada entre nosotros—. Espero que me ayudes a controlarlos, hoy están desmadrados...

—Por supuesto, cuenta con ello...

La cabrona estaba demasiado sexy toda vestida de negro, con unas botas altas hasta las rodillas, unos leggins de cuero superajustados que dejaban poco a la imaginación y una camiseta de manga larga, también bastante ceñida a su cuerpo.

¡¿Cómo se había puesto esa ropa?!

¡Qué caderas, qué trasero, qué tetas!

¡¡No podía estar más buena la cabrona!! ¡Y ella lo sabía!

Desde luego que Judith no iba a pasar desapercibida en el desfile y lo mejor de todo es que hacíamos una pequeña *performance* en la que yo la detenía y ella terminaba esposada. Un colega que trabajaba en una comisaria me había dejado unas esposas de verdad y yo se las mostré mientras los niños se impacientaban por salir en el desfile.

—Al final las he conseguido —dije mostrándole las esposas.
—¡Ah, genial!
—¿Hacemos lo que teníamos pensado?
—Sí, claro...

Me calmé enseguida porque estaba claro que Judith no parecía que le hubiera dado mucha importancia a mi intento de beso en el bar y se comportó conmigo de manera muy normal. Es más, antes de salir del aula se giró y me dijo.

—Ah, el otro día se me olvidaron las fotos en el bar...
—Sí, las tengo en el despacho, cuando quieras ven a por ellas, no tienes ni que avisarme..
—Vale, la semana que viene me paso sin falta, por cierto, te queda muy bien el disfraz de policía...
—Y a ti el de ladrona, pero no habíamos dicho nada de que ibas a ir de ladrona sexy, ¿no?
—Idiota...
—Por cierto, voy a dejar en clase la cartera para no llevar nada en los bolsillos, dentro está la llave de las esposas, aunque no hace falta, mi amigo me ha dicho que quite el seguro y ya está, así no se pueden cerrar... solo voy con el móvil para tirar unas fotos...
—Vale, deja aquí la cartera si quieres —dijo abriendo el cajón de su mesa.

Salimos del aula y ella cerró la puerta con llave, guardándosela en el bolsillo trasero de sus leggins de cuero.

Enseguida vinieron a buscarnos el director y el jefe de estudios y fuimos formando por orden antes de salir del colegio, empezando por los más pequeños. Mientras hacíamos el desfile, interpretábamos un pequeño teatrillo en el que los niños robaban un banco y yo acababa deteniendo a su cabecilla, que era la profesora. Le ponía las esposas a Judith, la agarraba del brazo y silbaba con fuerza, apuntando con el dedo hacia delante.

"¡Detenida!"

Mientras todos los niños gritaban y terminaban haciendo un pequeño baile al ritmo de reguetón hasta liberar a la profesora.

La verdad es que era bastante morboso sujetar del brazo a Judith y caminar con ella unos metros reteniéndola. Y es que con ese conjuntito que llevaba, a mí todo me parecía muy excitante. Yo sabía que íbamos a ser el centro de atención y vaya si lo fuimos. Hasta recibí un mensaje de José cuando nos vio.

Menudo cabronazo estás hecho, ¿en serio se ha puesto ese disfraz para el desfile del colegio?, cómo te lo estás pasando, eh, ¡qué envidia!, eso, aprovecha, aprovecha...y cuidado con esa manita, que la llevas muy suelta cuando la agarras, ja, ja, ja...

Cada x metros hacíamos la idea que habíamos creado y yo engrilletaba a Judith con el seguro quitado, por supuesto, la cogía del brazo, avanzábamos unos pasos, los chicos bailaban, la liberaban y seguíamos adelante. El desfile terminaba en el patio del colegio, donde se reunían todos los padres y luego tenían pensado, dejar a los niños jugando una hora, para que no tuvieran que volver a clase.

Y justo en la última *performance*, no sé si es que le di al seguro sin querer, pero las esposas se quedaron atascadas. Por suerte ya casi nadie nos prestaba atención, los niños se habían dispersado en

el patio, corrían por todos lados y yo agachado detrás de Judith, intenté liberarla sin éxito.

—No puedo soltarte, creo que se ha puesto el seguro...

—¡No me fastidies! —exclamó Judith.

—Ha sido sin querer, pero lo mismo cuando las ha cogido algún peque, le ha dado a la pestañita y las ha cerrado...

—¿Y ahora qué hacemos? —me preguntó ella angustiada.

—Tengo las llaves en la cartera, en tu despacho...

—Vale, pues vamos caminando, intenta no llamar la atención... ¡madre mía, qué vergüenza como nos vea alguien!, disimula, disimula... —me pidió Judith y entramos en el colegio sin llamar la atención.

Por suerte los pasillos estaban vacíos dentro, subimos hasta el aula de cuarto y Judith me dijo que tenía la llave en su bolsillo trasero. Evidentemente, ella no podía sacarla con las dos manos esposadas a su espalda. Con los dedos temblorosos, los metí en su bolso, palpando su culo y le saqué la llave como buenamente pude, disfrutando de esa excelsa sensación de tocarla.

Tengo que reconocer que solo con eso ya se me puso dura.

Pasamos dentro del aula y Judith me pidió que cerrara la puerta con la llave otra vez, para que nadie nos viera allí. Y de repente me vi en el aula, a solas con ella, la sujeté con fuerza del brazo y la arrastré hasta la pizarra.

—¡¿Qué haces, Guille...?!

—No te muevas, estás detenida, ja, ja, ja...

—Ja, ja, ja... anda, suéltame esto... —me pidió, moviendo las esposas.

—¿Y si no lo hago?, ¿qué vas a hacer? —la pregunté al oído, agarrándola otra vez del brazo.

—Resistirme...

—¿Ah, sí?, ¿cómo?

—Venga, Guille, no seas idiota...

—Ni en mis fantasías más optimistas habría soñado yo con esto... aunque recuerdo cuando éramos novios que te gustaba que te atara...

Solo era un juego, por supuesto. Una broma. Iba a soltarla de inmediato, y entonces ella giró la cabeza y pude ver que su cara se había transformado. Judith parecía otra.

—Sí, eso me gustaba —susurró.

Os juro que aquella frase hizo que me palpitara la polla.

—¿Y ahora también te gusta estar así conmigo?
—Sí —suspiró, agachando la cabeza.
—Podría aprovecharme de ti, ja, ja, ja —le dije medio en broma, pero Judith no estaba para jueguecitos.
—Tenemos que bajar cuanto antes o nos echaran en falta, como mucho tenemos diez minutos —me soltó y yo no supe a qué se refería.
—¿Diez minutos?
—¿No ibas a aprovecharte de mí?
—Eh, sí, sí... solo lo decía de brom...
—Pues tú decides lo que quieres hacer conmigo...

La situación era increíble, encerrados en el aula, tenía a Judith esposada y... ¿se me acababa de insinuar descaradamente?

—Primero tendría que cachearte, para comprobar que nos llevas objetos peligrosos.

Judith no dijo nada, solo abrió un poco más las piernas y se quedó en esa posición sumisa frente a la pizarra.

—Buena chica...

Pasé las manos por sus costados, tanteando su cuerpo y fui descendiendo, por las caderas y las piernas. Todo ello sin sobrepasarme lo más mínimo, aunque Judith esperaba otra cosa.

—¿Ya has terminado? —preguntó decepcionada.

—No, debería hacerlo de nuevo, para asegurarme bien...

Y esta vez, comencé de nuevo el cacheo por sus costados, mirando su espalda, solo que pasé las manos hacia delante y rocé sus pechos con los dedos. Judith gimió y eso fue como que me diera el visto bueno para seguir, por lo que decidido, atrapé sus preciosas tetas con mis manos, sobándoselas bien. Sopesándolas arriba y abajo.

Jugando con ellas.

—Uf, tienes unas tetas increíbles...
—Mmmm, no tenemos casi tiempo —me advirtió Judith con un gemido.
—¿Quieres que suelte las esposas?
—¡No!, déjame así, por favor...
—Ya me lo imaginaba, esto te gusta demasiado, ¿verdad?, te encanta estar así... ¿qué es lo que quieres realmente, Judith?
—Ya lo sabes —suspiró.
—Quiero que me lo digas...
—Ya lo sabes...
—¡Dímelo joder!
—¡Fóllame, Guille!, ¡quiero que me folles! —me pidió directamente.

Esa frase fue el detonante de todo. A partir de ese momento no pensé en lo que hacía. No me acordé ni de mi mujer, ni de que estaba en el aula de mi hijo, ni del riesgo que suponía lo que íbamos a hacer. Me daba todo absolutamente igual.

Solo estábamos Judith y yo.

Fue todo salvaje y primitivo. Puro instinto animal.

Bajé sus leggins de cuero con mucho esfuerzo y me quedé mirando cómo se le metía la tela de sus braguitas brasileñas entre los glúteos. Allí lo tenía delante. Casi veinticinco años después.

El culazo de Judith.

No era como lo recordaba, pequeño, duro, perfecto, ahora lo tenía más grande, le habían crecido las caderas, pero seguía igual de apetecible. Incluso más. Y le solté un azote bien duro.

¡*PLAS*!

Y ella gimió, dejándose caer hacia delante, aplastando sus pechos contra la pizarra. Mis dedos se quedaron marcados a fuego y yo acaricié su suave piel, apretando bien esos glúteos.

—¡Vamos fóllame! —insistió, mirando hacia mí.

De un tirón seco le bajé las braguitas y durante unos segundos me quedé mirando su coño a su espalda. Estaba mojado, brillante. Empapado. Y yo me situé detrás de ella dispuesto a todo. Me abrí la bragueta del pantalón y me saqué la polla, colocándola entre sus piernas. Entonces, Judith me volvió a sorprender. Estaba punto de penetrarla cuando la escuché.

—¡¡Aaaaaah, por el culo, métemela por el culo!!

Como aquella tarde, en los baños de la planta baja de la facultad de derecho, dejé caer un salivazo entre sus glúteos y le clavé un dedo en el ojete. ¡Menudo gemido de placer soltó!

Judith estaba encendidísimo, muy cachonda, echaba las caderas hacia atrás y me restregaba ansiosa su culazo contra mi polla.

Aparté los brazos que seguían esposados a su espalda, situé mi glande en su ano y con un golpe seco la penetré hasta los huevos.

—¡¡¡Aaaaah, joderrrrr, qué ricoooo, aaaaaaah!!!, eso es, Guille, aaaaah...

—Te gustaba que te follara el culo, ¿eh?

—Aaaaah, lo que mássss, me volvía loca, aaaaah...

—¿Y con tu marido también lo haces?

—No, aaaaah, aaaaah, él nunca me..., solo tú... —me confesó, sacando las caderas hacia atrás.

Me quedé a cuadros con lo que me acababa de decir, casi veintinco años con aquel tipo y no había sido capaz ni una sola vez de follarse semejante culo. Yo no lo hubiera podido resistir y sujeté su cintura, dispuesto a embestirla con fuerza.

—¡Másss, mássssss, dame duro, aaaaah, dame muy duro! —me pidió la muy cabrona y yo comencé a follármela como un auténtico semental.

Fue una puta pasada ver mi cuerpo rebotando contra su culo, no podía dejar de mirar hacia abajo, y es que me encantaba el sonido de mi pubis al chocar contra sus glúteos. Como ella no podía usar las manos, apoyó la cabeza contra la pizarra, dejándose someter, lo que parecía que le excitaba más si cabe.

Le pegué una follada tremenda, y la pena es que no durara mucho más. Todo aquello era demasiado morboso y reconozco que apenas aguanté un par de minutos. Ni tan siquiera la avisé, me dejé llevar y terminé vaciándome dentro de ella sin sacársela, mientras Judith también llegaba al orgasmo pidiéndome que siguiera.

—¡¡¡Aaaaah, aaaaaah, mássssss, mássssss, mássssss, aaaaah, sigueee, sigueeee, me corrooo, me corroooo, aaaaaah!!!
—Me corro, joderrr, me corroooo, Judith, aaaaaaah...
—Síííííí, síííííí, sigueeeeee, eso esssss, aaaaah, aaaaah, síííííí, sigueeee...

Me quedé apoyado en su espalda, acariciando sus tetazas por encima de la camiseta mientras degustaba esos segundos posteriores tan placenteros. Allí estábamos los dos, de pie, frente a la pizarra, sudorosos, con los pantalones a medio bajar.

—¡Joder, Guille!, ¿qué hemos hecho? —me preguntó ella todavía con mi polla dentro de su culo y la respiración acelerada.
—Ufff, no sé, pero ha sido la hostia...
—Tenemos que irnos ya...
—Sí, claro —y antes de retirarme, le di un beso en el hombro.

La dejé así, con los pantalones bajados hasta la mitad del muslo, esposada contra la pizarra, mientras de su ano comenzaba a salir un líquido espeso y blanquecino. Saqué la cartera de su cajón, cogí las llaves de las esposas y las abrí, liberando sus muñecas.

Ella misma se subió los leggins de cuero y las braguitas y me pidió que bajáramos deprisa por separado. Primero fue Judith la que entró en el patio y yo salí del colegio por la otra puerta, sin creerme lo que acababa de pasar.

Había sido todo tan rápido y sucio que parecía irreal.

No sabía qué es lo iba a suceder en el futuro entre nosotros, lo único que tenía claro es que ella había sentido lo mismo que yo, una sensación demasiado potente, intensa y morbosa, y conociendo bien a Judith, seguro que estaba deseando volver a follar conmigo. Ya encontraríamos la manera de volver a repetirlo.

Y es que todavía quedaban cuatro meses de curso escolar por delante...

Agradecimientos

Muchísimas gracias por haber llegado hasta aquí.

Como siempre os digo, os agradecería si dejáis una reseña en Amazon. Ya sabéis que son muy importantes para que otros lectores se animen con mis historias.

Para cualquier duda, sugerencia, comentario, crítica, lo que queráis, tenéis mi X y el email antes de el primer relato.

Prometo contestar a todos.

Un abrazo.

Libros de este autor

Un Plan (Casi) Perfecto

Mi Primer Vuelo

Cornudo

El Inquilino Universitario

La Propuesta
